TERESA DE LOS ANDES



TERESA DE CHILE

communicable lo que el dr
ue que ella era infantil
aciba como le va en su

para los unos pobres, pero ellos
dadero talles, pues por anal
gedán 20. ó 30 ₰.
Yo preparame para goyen
nobo nos han dicho que e
lor se para muy bien, lo q
sentimos es que V. no veya
nos, y ya sabe V. papachito q
dichosos cuando no esta V.
todos aquí muy bien escep
to que ayer con fiebre anteay
sabe que pueda ser, se le d
esta mañana pero tiembl

NIHIL OBSTAT:
José García de
Mendoza O. C. D.
Censor.

TERESA DE LOS ANDES TERESA DE CHILE



CONTENIDO

10 DEPOSITARIOS DE
LA HERENCIA DE UNA SANTA:
Padre Obispo Manuel Camilo Vial R.
Obispo de San Felipe.

12 PROLOGO:
Carmelitas Descalzas del
Monasterio del Espíritu Santo, Auco.

18 INTRODUCCION

PRIMERA PARTE:
20 JUANITA

SEGUNDA PARTE:
50 JUANITA, HIJA DE MARIA

TERCERA PARTE:
122 TERESA DE JESUS

CUARTA PARTE:
180 TERESA DE LOS ANDES

QUINTA PARTE:
200 TERESA DE CHILE,
Carmelitas Descalzas del
Monasterio del Espíritu Santo, Auco

212 RASGOS BIOGRAFICOS

217 AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFIA

Autora: Ana María Risopatrón L.
Editado por PAULA Ediciones S.A. (Providencia 727. Santiago) a beneficio de Fundación Teresa de Los Andes.
Dirección, Diseño y Producción General: Revista PAULA.
Fotografía: TALLER UNO LTDA., Carmen Gloria Durney.
Impreso en Chile por Cochrane S.A.
Con Inscripción N° 71289.

AL LECTOR

Este libro es la breve biografía de una joven que alcanzó a vivir apenas diecinueve años, buscó el anonimato y por humildad intentó no dejar huellas. Murió hace 68 años. Sobreviven pocas personas que la conocieron y escasa información dispersa.

Es por ello que me enorgullece el hecho de poder presentar este libro que cumple con los objetivos iniciales: rigurosidad y exactitud en la búsqueda y transmisión de la información, objetividad y ausencia de interpretación de los hechos. En forma casi íntima, logra la difícil tarea de reconstruir su breve vida.

Sorprende la riqueza espiritual de esta joven carmelita chilena que, pienso, llevará a todos los lectores a meditar y reconocer en Sor Teresa de Los Andes un ejemplo extraordinario de amor, perseverancia y humildad.

ROBERTO EDWARDS E.
Presidente
Paula S.A.

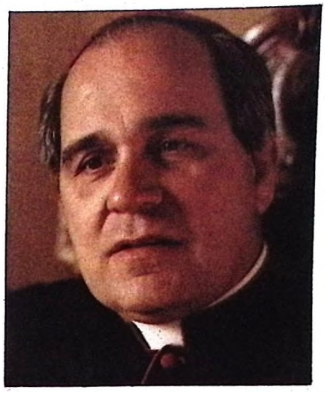
DEPOSITARIOS DE LA HERENCIA DE UNA SANTA

El Papa Juan Pablo II, al comenzar sus palabras, en la memorable tarde del 3 de abril de 1987, proclamó con voz firme y confiada: "Hoy, amadísimos hermanos y hermanas de Santiago y de Chile, es un día grande en la vida de vuestra Iglesia y de vuestra nación.

"Hija predilecta de la Iglesia chilena, Teresa es ensalzada a la gloria de los altares en la patria que la vio nacer. El pueblo de Dios peregrino encuentra en ella un guía para caminar hacia la meta de la Jerusalén celestial".

¿Cuál es el camino que Teresa de Los Andes nos muestra para el retorno a la casa del Padre? ¿Cuál es el carisma, el soplo del Espíritu Santo que se nos hace palpable en la santidad de esta niña que tanto se ha adentrado en el corazón de los chilenos por sus virtudes y por su amor a cada uno de los que la invocan?

Teresa de Los Andes se ha constituido en símbolo del amor del Señor por nuestra patria. Teresa de Los Andes es un desafío para nosotros por su entrega incondicional a Cristo, por ser modelo de virtud, guía espiritual e intercesora. Su vida sencilla y accesible es un ejemplo de vida evangélica, especialmente para nuestros jóvenes, y es un llamado a la reconciliación de todos en Dios.



Este libro nos entrega la oportunidad de descifrar la palabra que el Señor nos ha dicho en Teresa de Los Andes con su vida y su mensaje.

Por estas líneas quiero agradecer a nombre de la Diócesis de Aconcagua, de la familia carmelitana y del Centro de Espiritualidad Teresa de Los Andes, a Revista PAULA, que generosamente nos regaló esta magnífica edición, a todos los que han colaborado en esta linda empresa y a ustedes que tienen este libro entre sus manos, porque con su aporte contribuyen a difundir su camino hacia la santidad.

¡Que Teresa de Los Andes, Teresa de Chile, implore la bendición del Señor para todos los que se han unido y hacen posible esta publicación!

¡Muchas gracias!

Les bendice,

† *Padre Obispo*
Manuel Camilo Vial R.
Obispo de San Felipe.

PROLOGO

Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea "colmado".

(Jn. 15,11)

La presencia juvenil y atrayente de Teresa de Los Andes en la Iglesia no deja de producir asombro y admiración. ¿Por qué Dios nos la pone como modelo a imitar? ¿Cuál es su misión específica en el mundo de las almas a través de los tiempos?

Cuando se nos presenta a un Francisco Javier, a una Teresa de Avila o, incluso hoy, a una Teresa de Calcuta, nadie se pregunta por qué los canonizan o se piensa en ellos como santos, pues sus obras están a la vista. Pero en el caso de nuestra Teresita, ¿quién puede demostrar sus obras, aquellas por las cuales mostró su heroico amor a Dios? Difícil. Difícil porque la misión de esta jovencita escapa a la simple mirada. Hay que buscarla a la luz del Evangelio. Hay que comprenderla con mirada de eternidad, mirada que todos podemos y debemos usar.

El porqué Dios la escogió privilegiadamente y la ensalzó ante nosotros lo expresan de forma simplísima las primeras palabras de la oración compuesta por Monseñor Enrique Alvear: "... Tú escogiste a Teresa de Jesús de Los Andes PARA MANIFESTAR A LOS HOMBRES LA ALEGRIA DE CONOCERTE Y AMARTE..." Ahí está todo. Una delicadísi-



Actual Comunidad del Monasterio del Espíritu Santo, Auco.

sospechar qué –o Quién– era ese poderoso atractivo que la seducía. ¿Qué entretención encontraba durante esas largas horas junto al Sagrario? ¿Quién llenaba la soledad buscada con tanta avidez? ¿Qué melodías sabía ella escuchar contemplando muda un amanecer o el sol poniente en el horizonte?

Si Juanita era tan alegre y comunicativa, no podía ser por timidez. Ella era siempre el centro del grupo, sin proponérselo, por su amabilidad, su gracia, su simpatía. Se daba a todos por igual, nadie podría ver en su actitud un rechazo, sino unos brazos siempre abiertos y un corazón lleno de comprensión.

Ese equilibrio humano y espiritual que manifestaba en todos sus actos era fruto de la Vida de Dios que en ella estaba llegando a su plenitud. El verdadero contemplativo sabe caminar por el polvo de esta tierra inmerso en el Misterio insondable del Amor de Dios. Amor que se expresa en una profunda amistad –AMISTAD– hasta hacer que el uno sea la vida, la alegría, la paz, el todo para el otro.

El vivía dentro de ella. Así de sencillo. El camino correcto en la relación amor a Dios-amor al prójimo no es el que predica cierta mentalidad actual diciendo que hay que ir a Dios a través de los hermanos, sino exactamente al revés, encontrar a los hermanos a través de Dios, ir hacia los demás desde Dios, en Dios, con Dios. Ese es el camino de un alma contemplativa, el camino que logró hacer Teresa de Los Andes.

Así supo relacionarse con los que le rodeaban con un corazón abierto, generoso y totalmente libre. Sobre todo lleno de amor puro porque ya vivía sumergida en Dios.

Después de este proceso, Juanita encontraba a Dios en todos y en todo, porque dentro de ella se realizaba la más fecunda y maravillosa convivencia: la amistad entre Dios y ella. Así, partiendo de la experiencia de Dios, de la certeza de su Amor vivida en cada instante, en donde pusiera sus ojos encontraría a Aquél de quien estaba enamorada y al que pertenecía por completo. "Vivo con El y, a pesar de estar en los paseos, ambos conversamos sin que nadie nos sorprenda ni pueda interrumpirnos" (C. 40). "He sido cautivada en las redes amorosas del Divino Pescador... Todo lo que lo quiero me es imposible decirlo. Mi pensamiento no se ocupa sino en El. Es mi ideal" (D. 16).

El es su ideal. No es una doctrina ni un estilo de vida, sino Jesucristo. Y la amistad de que hablamos informaba toda su vida. Siendo consecuente, su comportamiento habitual respondía a las exigencias y a las características de una vida de seguimiento de Cristo. No en vano sería hija de Santa Teresa, nuestra Madre, que había dicho: "Para esto es la oración, hijas mías... de que nazcan siempre obras, obras" (M. VII 4, 6). Y Teresa de Los Andes realizó aquella obra, la "única necesaria", que fue amar a Dios dejándose transformar por El en su Hijo divino, Jesús, para mostrar al mundo que en sólo esto está la felicidad. Cada renuncia, cada acto hecho con verdadero amor y sentido de trascendencia, aun el más trivial; el estar siempre alegre aunque por dentro sangrara, el decir "sí" a Dios en la oración aunque ésta constituyera a veces un martirio, el seguir creyendo en El aunque su alma se viera sumida en densas tinieblas. En fin, el hacer de todos sus días un canto de amor se convirtió para ella en una fuente inagotable de alegría.

Felizmente, para ella y para nosotros, como ocurre en todos los santos, Juanita jamás encontró dificultad para vivir en la tierra la vida del cielo: "He principiado aquí

ma misión. Una bellísima tarea confiada por Dios a una niña. Cuando Dios quiere revelar algo grande escoge un pequeño instrumento. Y en Teresa quiso revelar nada menos que la felicidad, la alegría inmensa que es conocerlo a El y amarlo. Qué misericordia del Padre salir al paso de los hombres que buscan la felicidad allí donde no está y mostrarles la verdadera alegría, la de conocerlo y amarlo.

Teresa fue un profeta del amor de Dios, y los profetas no anuncian la Verdad sólo con enseñanzas y doctrinas nuevas, sino con sus propias vidas. Como Jesús, el gran profeta que vino a los hombres, con su propia vida desgajada minuto a minuto hasta la muerte de Amor.

Si su misión fue –y es– mostrar la alegría de conocer y de amar a Dios, era imposible realizarla teóricamente. Tenía que "ser" ella misma feliz. Tenía que plasmar en su vida esta experiencia de encontrar la felicidad en el conocimiento y amor de Dios. Felicidad tanto mayor cuanto más cerca estaba de Dios y más desposeída de todas las cosas creadas.

Por eso fue necesario que desde su infancia comenzara en ella el reinado de la Gracia, es decir, de la vida sobrenatural. Y comenzó, para llegar a la cumbre, el proceso de transformación, pues no nació santa. Y este proceso iba a ser a precio de sangre ya que el seguimiento de Cristo supone caminar sobre espinas y gustar hasta la hartura los oprobios y las amarguras de la Pasión de Jesús.

Sufrió, sí, y mucho. Porque si hay algo en el mundo contrario a la naturaleza del hombre es precisamente el Evangelio. Y lo fue para Juanita que no estaba exenta de todas las pasiones que atan el corazón del hombre: orgullo, vanidad y una gran dosis de amor propio que daban origen a sus imperfecciones y defectos.

Los sufrimientos de los santos dependen de la misión que Dios les ha confiado. Mientras otros sufren calumnias, trabajos, enfermedades, problemas con la sociedad según los apostolados que ejercen, los santos como Teresa traban su combate allá adentro, donde está la raíz de todos los males, en el corazón humano.

Puso por obra los consejos del Maestro de "entrar por la puerta estrecha", dando muerte en sí misma a todo cuanto la alejaba del camino a seguir. Y "vivió como joven el Evangelio del Amor". Entre sus amigas, en las misiones, en su familia fue un destello del amor con que Dios la amaba a ella. "Jesús me pide la renuncia completa de mi voluntad. Si quiero ser crucificada a su semejanza, es necesario vivir en cada instante cumpliendo perfectamente su divina voluntad, aunque ella me traiga sacrificio e inmolación" (C. 27).

Con la oración fue entrando rápidamente en el misterio fascinante de Dios revelado en su Hijo Jesucristo. Como fruto de su constante inmolación, Dios la fue llevando a honduras insospechadas. La colmó de gracias especiales con las que se acercó más y más a su divino modelo, Jesús Crucificado. Ella escribió: "El fin de la oración es inflamarnos en el amor de Nuestro Dios" (C. 109). Y habiendo hecho de su vida una oración continuada creció y creció en el enamoramiento e identificación de Aquel que la había cautivado, hasta establecerse dentro de ella un consorcio divino, una relación divino-humana cuya raíz se hunde en el Amor mismo de Dios.

Cuando Juanita se escapaba por momentos del grupo familiar, muy pocos podían

en la tierra, la vida del cielo..., ya no existe entre El y su criatura nada. Siempre escucho su palabra divina. Siempre miro y contemplo su belleza infinita. Siempre siento los latidos del corazón de mi Dios que me pide amor" (C. 141). Dios constituía toda la felicidad de Juanita. Sin embargo, hemos dicho que el seguimiento de Cristo supuso para ella dolor y cruz. ¿Cómo puede enseñarnos entonces la alegría de conocer y amar a Dios? Es que la alegría verdadera nace de la cruz. La alegría que gozan los santos y a la que estamos llamados brota del amor que se manifiesta en ella. Todas las demás alegrías pasan, se esfuman, pero la que nace de la cruz permanece porque es un fruto del amor, un fruto de la acción del Espíritu Santo en el alma.

Además, Dios que es la paz y la alegría misma, colma todas las ansias del alma humana saciándola de sus bienes. El que se acerque al Señor y se le entregue de veras vivirá inundado de la alegría que hay en El. Cuando el alma se ha vaciado queda capacitada para llenarse de Dios, hasta desaparecer en El. "PUDO REFLEJAR EN SU ROSTRO HUMANO EL ROSTRO AMOROSO DE DIOS".

En su visita al Convento de Los Andes, la Madre Angélica Teresa le dijo que... había nacido carmelita. ¿En qué se basaba? Conociéndola por sus cartas y al verla personalmente descubrió en ella el llamado íntimo de Dios y su fiel correspondencia. La experiencia que tenía ya a sus 18 años era la de aquellos que son escogidos por el Señor para penetrar hasta lo más hondo de su misterio. Camino que se hace en la oración solitaria, en el silencio, en la penitencia.

Dicen nuestras leyes: "Nuestra vocación consiste en una gracia por la que somos llamadas a una "misteriosa unión con Dios", en la amistad con Cristo y en intimidad con la Virgen María, en una vida que funde vitalmente la oración y la contemplación con un especial servicio apostólico a la Iglesia" (Declaraciones Nº 10).

La unión con Dios. En una carta al Padre Blanch, Juanita le explica por qué desea el Carmelo y, entre otras cosas, le dice: "Porque la vida de oración y de unión con Dios es lo que amo más por encontrarla la más perfecta... La soledad del Carmen ayuda al recogimiento. Ese aislamiento de las criaturas hace que se trate sólo con Dios y se adquiera por lo tanto mayor unión con El, en lo que consiste la perfección. La soledad creo no me cansará, pues siempre la busco... pues estando sola estoy con Dios" (C. 58).

Juanita era carmelita desde siempre. Reunía en sí todas las características de esta vocación. Además del deseo de unión con Dios asemejándose a Cristo Crucificado, el ansia de oración en soledad, la actitud interior de penitencia –vivir consciente de su pecado y contrita por ello–, inmolación por la Iglesia y ardiente celo por la salvación de las almas. Toda esta vida carmelitana en unión de María, en su imitación y amistad. Pues no es carmelita quien no tiene a la Madre de Dios como modelo y estrella de toda su vida.

En fin, el estilo, la forma de ser de esta joven "se avenía" bien con el estilo de las hijas de Santa Teresa, por su libertad interior, su sencillez y su transparente alegría. Juanita ingresó al Carmelo sólo por vivir más plena y libremente la vocación que se venía desarrollando en ella desde hacía años. Por eso –tal vez– le bastaron sólo once meses de vida conventual, porque el camino ya lo había comenzado desde antes.



Cuando la Iglesia propone a algunos hermanos como ejemplos de vida cristiana es para que los imitemos. ¿Qué vamos a imitar en Teresa? ¿En qué consistirá nuestra devoción a ella? Esto será según la misión de que hemos hablado: "Cómo rezo para que conozcas y ames a Dios. No te figures que tienes que ser monja para esto. No. En el mundo hay almas que lo aman y le sirven" (C. 102). Su vida lo atestigua. Ella es modelo para aquellos que peregrinan en medio del mundo tanto o más que para los que somos llamados a la vida solitaria. En sus trabajos, en el colegio, en las diversiones, en la playa y el campo, en el dolor y el consuelo, Juanita pasó como un testimonio vivo de la Presencia amorosa de Dios. Este es su secreto, éste es su llamado: "Haz oración... en la oración es donde el alma aprende a conocer a Jesús y, por lo tanto, a amarlo... Si te das a la oración, conseguirás que Dios se te manifieste y te enamores de El. En la oración nuestra alma lo busca, y si es con ansias de conocerlo y de amarlo, Jesús levanta un tanto el velo que lo encubre y muestra su divina Faz radiante de hermosura y suavidad... Busquemos a Dios por medio de la oración... Vivo en El" (Pensamientos).

Vivía en El, y su radiante alegría, nacida de la cruz, atestigua que es en Dios donde únicamente el hombre encuentra la felicidad. El es nuestra alegría, El es nuestra paz, El es nuestra esperanza.

Deseamos que la lectura de este libro sobre Teresita ayude a que se realice, como se realizó en ella, esta dulce promesa del Señor:

Los traeré a mi monte santo, LOS ALEGRARE en mi casa de oración.
(Is. 56,7)

Carmelitas Descalzas del Monasterio del Espíritu Santo-Auco, Rinconada de Los Andes.

INTRODUCCION

Escribir sobre Teresa de Los Andes ha sido una tarea hermosa... pero difícil.

El sacerdote Emilio Vaisse, conocido en el mundo literario como Omer Emeth, advertía en 1929 al presentar el libro "Un Lirio del Carmelo"[1]:

"Son sus hechos, sus ideas, sus ensueños, los que despiertan hambre y sed. En una palabra, Ella y en ella Dios; he ahí los dos personajes que interesan y no los comentadores..." "Ella y nadie más que ella debe hablar. Así la conoceremos mejor, así obrará con mayor eficacia en las almas y desempeñará la misión espiritual que Dios le encargó".

Al principio sus comentarios desaniman. Pero cuando se comienza a indagar –a adentrarse en Teresa– se percibe que existe mucho más. Nadie se había atrevido a introducirse en su vida para darla a conocer en toda su dimensión. Primero, se encontraban con la barrera impuesta por el famoso crítico; luego, con escaso material para investigar y terminaban argumentando: ¿cómo hacer un libro sobre alguien que no realizó nada extraordinario al no dejar una obra tangible, que murió antes de los veinte años, que estuvo interna desde los quince en un colegio y sólo alcanzó a estar once meses en el Carmelo?

NOTA: Todos los personajes que aparecen pertenecen a la realidad, con nombres y apellidos. Las frases entre comillas también fueron pronunciadas en la vida real por las personas a quienes se les atribuye. Los hechos que se narran son auténticos. Ningún documento se ha alterado. Muchas veces el lector podrá notar algunas fallas de redacción, pero así fueron escritos.
D: Diario
C: Carta

Han pasado varias décadas. Teresa es la primera chilena que ha sido elevada a la gloria de los altares y la única carmelita del continente americano que ha logrado tan alto sitial. ¡Qué distinto hubiese sido escribir sobre ella medio siglo atrás! ¿Cuántos actos de amor ignoramos? ¿De cuántas riquezas nos hemos privado? Sus hermanos ya no están. Los que la conocieron y aún viven no recuerdan, todos, con claridad los hechos... hay vaguedades, olvidos.

¿Qué ocurrirá si llega a ser canonizada?, posibilidad que se vislumbra cercana: Teresa está obrando innumerables milagros espirituales y corporales. No en vano Dios se ha valido de ella.

¿Qué le mostraremos al mundo si llega a pertenecer a la humanidad? ¿Va a ser en ese momento cuando alguien se atreva a escribir sobre su vida?

El diario y las cartas nos hablan de su alma y de la unión íntima con Dios. Pero Teresa, por humildad, calló muchos aspectos de su vida. ¿En qué parte se refiere a los protegidos que socorrió, a sus desvelos, entrega y sacrificio? ¿Dónde aparecen sus actos de infinita generosidad? ¿Dónde cuenta su valerosa actuación frente a la pérdida del patrimonio familiar? ¿Cómo conocer sus dolores, su sufrimiento y agonía, su heroica actitud, su profesión como carmelita en artículo de muerte, sus éxtasis...? ¿Y lo que sucedió después?: el fervor del pueblo, la fama inmediata de santidad, la transformación de Rebeca, las amigas que arrastró a la vida religiosa...

Tenemos el derecho de conocer su otra cara. Tenemos el deber de presentarla a los peregrinos.

No se pretende que este libro sea "la biografía" de Teresa, ni tampoco prescindir de sus escritos. Es una relación, un complemento para comprenderla mejor. Estas páginas son sólo rasgos, pinceladas y reflejos de su profunda y corta vida.

Intentemos, al menos, rescatar lo que queda: imágenes y recuerdos que mañana no estarán. El primer paso está dado para que otros se iluminen y se internen en Teresa buscando nuevas fuentes para darla a conocer más.

Que estos sencillos escritos sirvan a los que quieran seguirla en su camino hacia la santidad.

1 "Un Lirio del Carmelo", 1929. Libro cuya autora es una carmelita, la Hermana Gabriela del Niño Jesús. Allí aparece parte del epistolario y pasajes del diario de Sor Teresa; además la circular necrológica, datos biográficos y comentarios)



Parroquia de Santa Ana. Allí fue bautizada Juanita.

PRIMERA PARTE

JUANITA

Hay que saber reconocer desde la infancia lo que pide Dios a cada alma y secundar la acción de su gracia sin adelantarse a ella ni retardarla".

(Santa Teresita del Niño Jesús)

¿JUANA O ENRIQUETA?

Don Miguel Fernández había mandado a buscar a un sacerdote a la casa para bautizar a su hija recién nacida. Llegó prematura y débil al mundo. Le pusieron Juana porque así era el nombre de la abuela materna. Apenas logró permanecer algunas horas con vida.

Doña Lucía estaba triste. Tenía sólo una hija de cinco años, Lucita y dos varones: Miguel de cuatro años y Lucho de once meses. Prefería a las mujeres, eran más dóciles y sumisas.

Al año siguiente, el 13 de julio de 1900, tuvo otra niña. Nuevamente le puso Juana, a pesar de su marido, quien quería ponerle Enriqueta como su madre, argumentándole, además, que el 15 de julio –día del bautizo– se celebraba a San Enrique.[1] Pero ella quería llamarla Juana en memoria de su madre, fallecida hacía tres años.

Se llamó Juana Enriqueta Josefina de los Sagrados Corazones. Juana por su abuela materna, Enriqueta por complacer a don Miguel, Josefina por la devoción especial que tenía doña Lucía a San José, "Guardián de las Vírgenes". Y de los Sagrados Corazones, por el amor que le profesaba al Corazón de Jesús: centro de Infinita Bondad, unido al Inmaculado Corazón de María.

A los pocos días de nacer, Juana se transformó en Juanita debido a una tos convulsiva que la ahogaba. La madre pensó que moriría y gracias a sus oraciones, cuidados y desvelos sobrevivió. Fue Ladislao, el cochero de don Eulogio, el que se atrevió a aventurar: "Si ha salido de ésta es porque el Señor espera mucho de la niña".

Resaltaban en ella sus intensos ojos jacintos, las pestañas muy oscuras, el pelo claro y una simpática sonrisa. Antes de cumplir dos años ya tenía compañera; Rebeca, quien al contrario de su hermana, tenía los ojos y el pelo negro.

Los niños Fernández Solar habían nacido en la calle Las Rosas, en la mansión patriarcal de don Eulogio, quien vivía junto a sus hijos y nietos. Era tan grande la casa que los pequeños se perdían cuando iban a lejanas dependencias. Juanita y Rebeca no podían andar separadas. Eran muy distintas, pero ambas se necesitaban.

Siempre repetían a Juanita que era la más linda de sus hermanas y de las primas. En secreto se encargaba de reiterárselo Ofelia, su mama[2], que la cuidaba desde los nueve meses. Doña Lucía no aceptaba que se lo dijeran; podía volverse vanidosa. A la niña comenzaron a gustarle estos halagos.

Respiraban un ambiente muy cristiano; el abuelo era médico, pero no ejercía, "todo el día se le veía pasando las cuentas de su rosario" (D. 2). Poseía una gran fortuna que con su habilidad la había incrementado. Pertenecían a la alta aristocracia chilena. A pesar de

(1 Actualmente se celebra a San Enrique el 13 de julio)

(2 Mama, es decir la niñera)

Pila bautismal donde Juanita fue bautizada, Parroquia de Santa Ana. (Equivocadamente se piensa que es la que se encuentra en el convento franciscano de Curimón, que también perteneció a la Parroquia de Santa Ana).

las riquezas vivían en austeridad, sin grandes lujos.

En la casa había un oratorio donde en las tardes se reunían –junto al abuelo– a rezar el rosario, los tíos y tías, los niños más grandes y las sirvientas antiguas.

Juanita escribirá en su diario:

"Jesús no quiso que naciese como El, pobre. Y nací en medio de las riquezas, regalona de todos" (D. 2).

DEMOSTRACIONES **DE AMOR**

La niña repartía entre sus primos, hermanos y empleados los caramelos y chocolates que de vez en cuando le regalaban sus tíos y padrinos; contentándose con lo que restaba. En otras ocasiones le presentaba los dulces a la imagen del Niño Jesús del oratorio y ahí los dejaba para que El los compartiera con su Madre.

El Presbítero don Heraclio Olea, un distinguido sacerdote encargado de recoger erogaciones para La Obra de los Tabernáculos, recurría con frecuencia a Don Eulogio, llevándose siempre una importante donación para auxiliar a las iglesias pobres que carecían de lo necesario. En una oportunidad –y con mucha reserva– Juanita le entregó una insignificante moneda. Conmovido se la aceptó explicándole el gran bien que haría su regalo para la digna celebración del Culto Divino.

Estas pequeñas actitudes serán el comienzo de toda la generosidad que desbordará.

EL CIELO

Huían de los calores de Santiago a un lugar maravilloso: la Hacienda Chacabuco, propiedad de don Eulogio, a sólo



Juanita a los
18 meses.



Don Domingo Fernández de la Mata (nació en La Rioja, España).



Doña Enriqueta Jaraquemada Vargas.



Doña Juana Armstrong Gana.



Don Eulogio Solar Quiroga.



Don Miguel Fernández Jaraquemada.



Doña Lucía Solar Armstrong.

Lucía (1894-1968).
Miguel (1895-1953).
Luis (1898-1984).
Juana (1899, falleció a las pocas horas de nacer).
- **Juanita (1900-1920).**

Rebeca (1902-1942).
Ignacio (1910-1976).

dieciocho kilómetros de Los Andes y a unos sesenta de Santiago. Se extendía el predio al límite argentino. Era un paraíso para los niños; las temporadas se prolongaban por lo menos tres meses. La casa patronal –de auténtica arquitectura chilena– era inmensa. Las piezas daban a las galerías y éstas a un hermoso patio central que colindaba con el parque. La vista se perdía en los cerros cordilleranos encargados de enmarcar el deslumbrante paisaje.

Ese año habían enviado a un sacerdote muy joven como capellán por el tiempo de verano, se trataba del Padre Fernando Castel, asuncionista. Juanita le seguía sus pasos. Le abrumaba con preguntas. Todo lo quería comprender: la comunión, los rezos, la Virgen, Jesús crucificado; pero lo que más le preocupaba era el cielo. Para ella era un misterio insondable, Jesús y la Virgen estaban allá, su abuela materna, el marido de tía Juanita y todos los buenos. Había escuchado que nada se necesitaba en el cielo y la felicidad consistía en contemplar a Dios. Mientras el religioso lavaba los purificadores, Juanita le ayudaba trasladándole el agua.

"Padrecito, ¿vámonos al cielo?"

"Bien hijita, vámonos al cielo. Bueno, Juanita, ¿dónde está el cielo?"

"Por allá". Respondió señalando con su índice la Cordillera de los Andes.

"Está bien, hijita, pero fíjate, cuando hayamos trepado estos altos montes, todavía faltará mucho, muchísimo para alcanzar el cielo. No, éste no es el camino del cielo. Jesús en el Sagrario es el verdadero camino al cielo".[1]

No se cansaba de oír hablar de Dios. Donde estaban los padres misioneros en la hacienda, se encontraba Juanita; interrogando, escuchando... ayudando. ¡Cómo los quería y respetaba!

Catorce años más tarde escogerá el Monasterio de Los Andes y una de las razones por la cual llegará a ser carme-

(1 Testimonio del Padre Fernando Castel)

lita será para orar por la santificación de los sacerdotes.

Ayudaba a preparar las misiones. Acompañaba al capellán a visitar a los campesinos enfermos. Seguía a sus primos y hermanos mayores, quienes catequizaban a los niños, enseñándoles la Historia Sagrada y preparándoles para recibir la Primera Comunión.

Estaba en todos los lugares en que se hablaba del Señor. Iba asimilando conceptos divinos, sin comprender casi nada, pero tenía la simplicidad y la pureza del niño que se deja guiar con los ojos vendados; segura de que el angel guardián, que Jesús le había designado para que la cuidara, la llevaba por el verdadero camino.

"QUIERO **CONFESARME"**

No todo en Juanita era armonioso y perfecto. Impaciente, temperamental y enérgica..., había heredado el carácter de su madre; sumándose el mal genio y su inclinación a la pereza. Se le veía algo vanidosa, otras veces arrogante y en algunas oportunidades violenta. Lloraba por todo; su sensibilidad era extrema. Trataba de vencer estas faltas, pero nadie lo notaba. Por amor a Jesucristo se propuso –al menos– no acostarse jamás sin haber pedido perdón a la persona que en ese día había ofendido.

Seguía peleando y continuaba con su "condenado genio". Cada vez que realizaba algo malo se arrepentía de verdad y prometía al Señor que nunca más lo volvería a hacer; pero nuevamente incurría, aunque con menos violencia. Si no se hubiese frenado en ese tiempo, se habría convertido en un "pequeño monstruo". ¿Cuántas veces debió morderse los labios para no contestar? ¿Cuántas veces debió arrancar para no golpear a otros niños que la molestaban?

Se exigía a cada instante; quería cambiar. Había oído que quienes se confesaban se arrepentían de verdad. Se dirigió al oratorio de su abuelo para que el Canónigo don Aníbal Carvajal la confesase. El le explicó que era imposible por su corta edad. Ante su insistencia, la alentó para que hablara con el Señor, El le daría fuerzas para aplacar su carácter.[1]

Por la noche, nuevamente pidió perdón a Jesús con el firme propósito de modificar sus defectos.

Era tanta la ansiedad que tenía de comunicarse con El que llamaba a gritos a Ofelia para que la ayudara a hacer sus oraciones. De lo contrario no podía dormir.

"QUIERO **COMULGAR"**

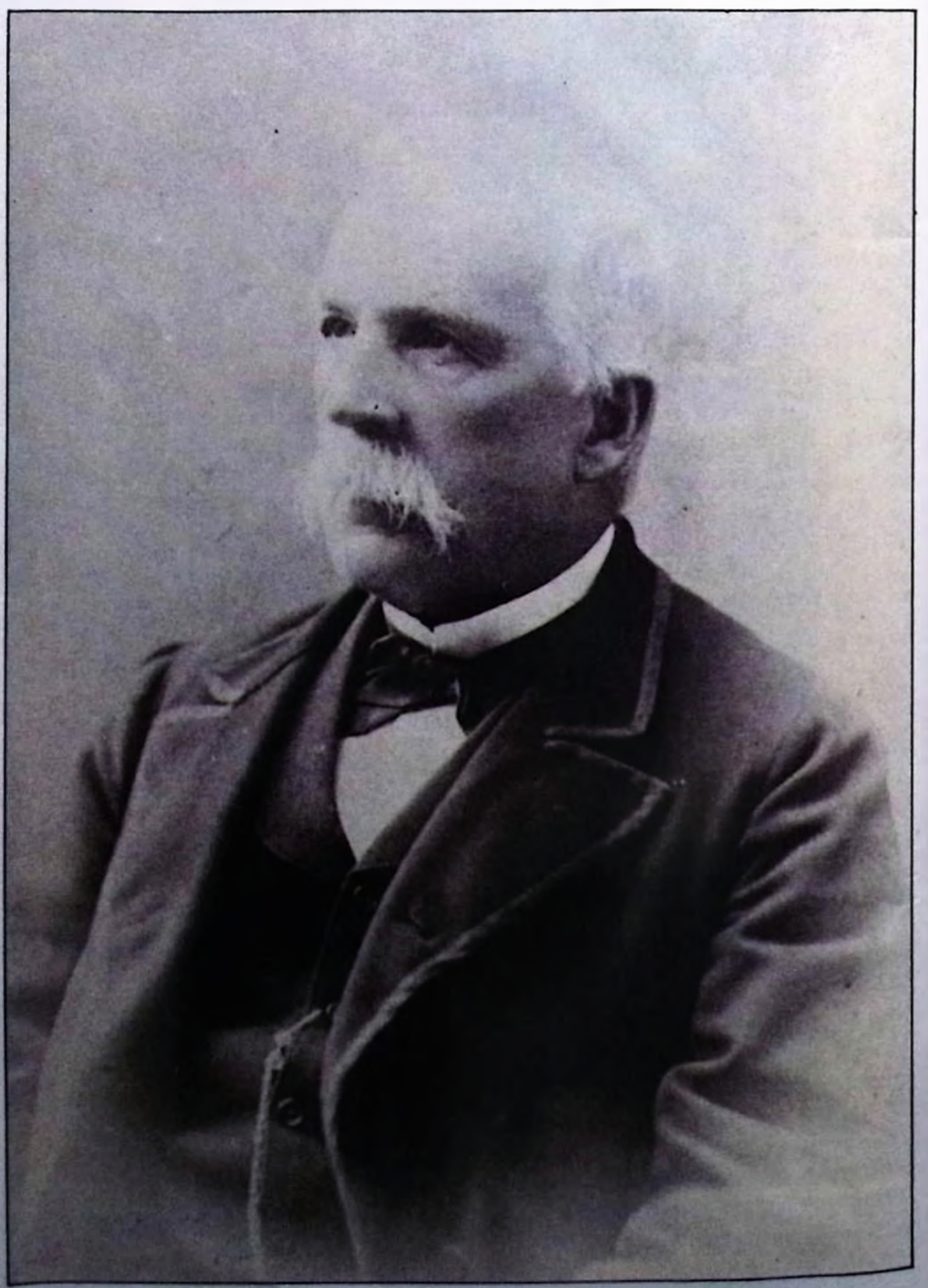
Diariamente asistía a misa con su madre y tía Juanita[2], la hermana viuda de su mamá. Cada vez que llegaba el momento de la comunión se entristecía. No lograba comprender por qué no podía recibir a Jesús. Ellas le explicaban que aún no estaba preparada y además era imposible al no contar con la edad suficiente: tenía seis años. Pero de nada sirvieron los argumentos, comenzó a impacientarse y a desear con vehemencia recibir la Santa Hostia.

Sufría al no poder tener a Jesús , no sabía cómo compensar esta privación sacramental y fue en Chacabuco donde atenuó sus ansias; le pidió al presbítero que pasaba la temporada allí que le enseñara a hacer comuniones espirituales. Don Bernardo Aránguiz le explicó que sólo bastaba el gran deseo de poseer a Jesús dentro del corazón para gozar de su presencia.

"¿Entonces, yo lo tengo aquí?" Al ver la señal afirmativa del buen sacerdote, corrió hacia su hermana y con gozo exclamó tocando su corazón:

"¡Rebeca, lo tengo aquí, lo tengo aquí"[3]

¿Cuántas veces recurrirá a la comu-



Don Eulogio Solar Quiroga, abuelo materno de Juanita.

nión espiritual? Se enfermará muy seguido, no podrá asistir a misa y se consolará con el gran deseo de recibir a Cristo.

Su deseo será permanente. El no la dejará jamás.

"LA ASUNCION DE **LA VIRGEN"**

La casa de Las Rosas tenía habitualmente las puertas abiertas para acoger a los visitantes. Familiares y amigos asistían por las tardes a la Bendición del Santísimo y a rezar el rosario.

Don Miguel tenía doce hermanos.[4] A media cuadra vivía don Enrique, su hermano mayor, quien había sido educado en Londres. Sus hijas, Inés y Adela Fernández Vicuña, iban con frecuencia a ver a Juanita y a Rebeca.

Jugaban a " las misas". Juanita oficiaba de "sacerdote" y les impartía la "comunión". Las obligaba a cerrar los ojos y abrir sus bocas para recibir de rodillas y con velos los trozos de pan que cuidadosamente había cortado, simulando "hostias". Luego las hacía rezar para que no volviera a temblar. Aún recordaban con pánico el terremoto reciente y no podían olvidar aquella siniestra noche.

Obedecían lo que ella les mandaba, porque era tal la seriedad de su actuación, que les parecía que la ceremonia era igual a la que celebraban en el oratorio cuando el capellán decía misas.

Una tarde mientras todos dormían, Juanita les anunció que presenciarían algo nunca visto por ojos vivientes. Tendrían sus primas y Rebeca el privilegio de asistir a la "Asunción de la Santísima Virgen". Las niñitas se apostaron frente a una mesa donde estaba la imagen de porcelana de María que llevaba una laboriosa corona de metal.

Juanita se escondió tras un biombo al lado de la mesa. Mágicamente la figura comenzó a encumbrarse ante la admiración de las pequeñas. ¿Cómo pudo levantarse la Virgen?

Previamente había amarrado un delgado cordel a su corona y detrás del biombo lo fue tirando hasta conseguir su elevación.[5]

SUS PRIMERAS **PENAS**

El Señor le manifestó que su vida sería como la de El: "Sufrir y amar" (D.1) y pronto aprendió lo que su Maestro le enseñaba: padecer en silencio y desahogar en El su corazón.



Don Miguel Fernández Jaraquemada con su hija Lucía.

Don Eulogio no era partidario de que Juanita entrase al colegio; pero doña Lucía logró convencerlo. Ingresó a Las Teresianas, ubicado en la calle Santo Domingo. Apenas alcanzó a ir durante un mes y con escasa asistencia debido a un rebelde resfriado. Se vio obligada a abandonar el establecimiento porque le contó a su mamá que había una alumna de malas costumbres y no eran vigiladas en los recreos. Fue castigada injustamente por la madre superiora por llevar el cuento.

Doña Lucía la sacó de inmediato.

Se sintió apenada, nunca pudo entender el porqué del castigo. Siempre le habían inculcado que debía contarle todo a sus padres.

Al año siguiente, entró al Colegio del Sagrado Corazón, en el Externado de la Alameda. Cuando llevaba algunas semanas en el establecimiento, su madre dispuso que los tres niños menores partiesen a Chacabuco para evitar estar presentes en la agonía del abuelo Eulogio. Se fueron al cuidado de Ofelia.

En el campo Juanita dormía con Rebeca al lado de la pieza de Lucho. Al avisarles que "el Tata" había muerto, lloraron con hondo dolor. Don Eulogio Solar había sido un ejemplo: caballeroso, bueno, sencillo y se había dedicado a hacer el bien.

Los inquilinos también se entristecieron: su patrón, el querido doctor, el anciano y venerable señor que les solucionaba siempre sus problemas, había partido.

Chacabuco enmudeció, las casas declararon su duelo, los campesinos se vistieron de negro, las mujeres usaron sus mantas de luto. El desconsuelo era intenso.

Al encontrar en Santiago el dormitorio del abuelo materno vacío fue una dura experiencia para Juanita; no pudo contener el llanto, le parecio "que todo se había acabado"(D. 4). Pero tuvo la suficiente entereza para consolar a Lucho, el nieto regalón.

La hacienda fue dividida en tres hijuelas; la que correspondió a doña Lucía –la de los Baños Termales– la adminis-

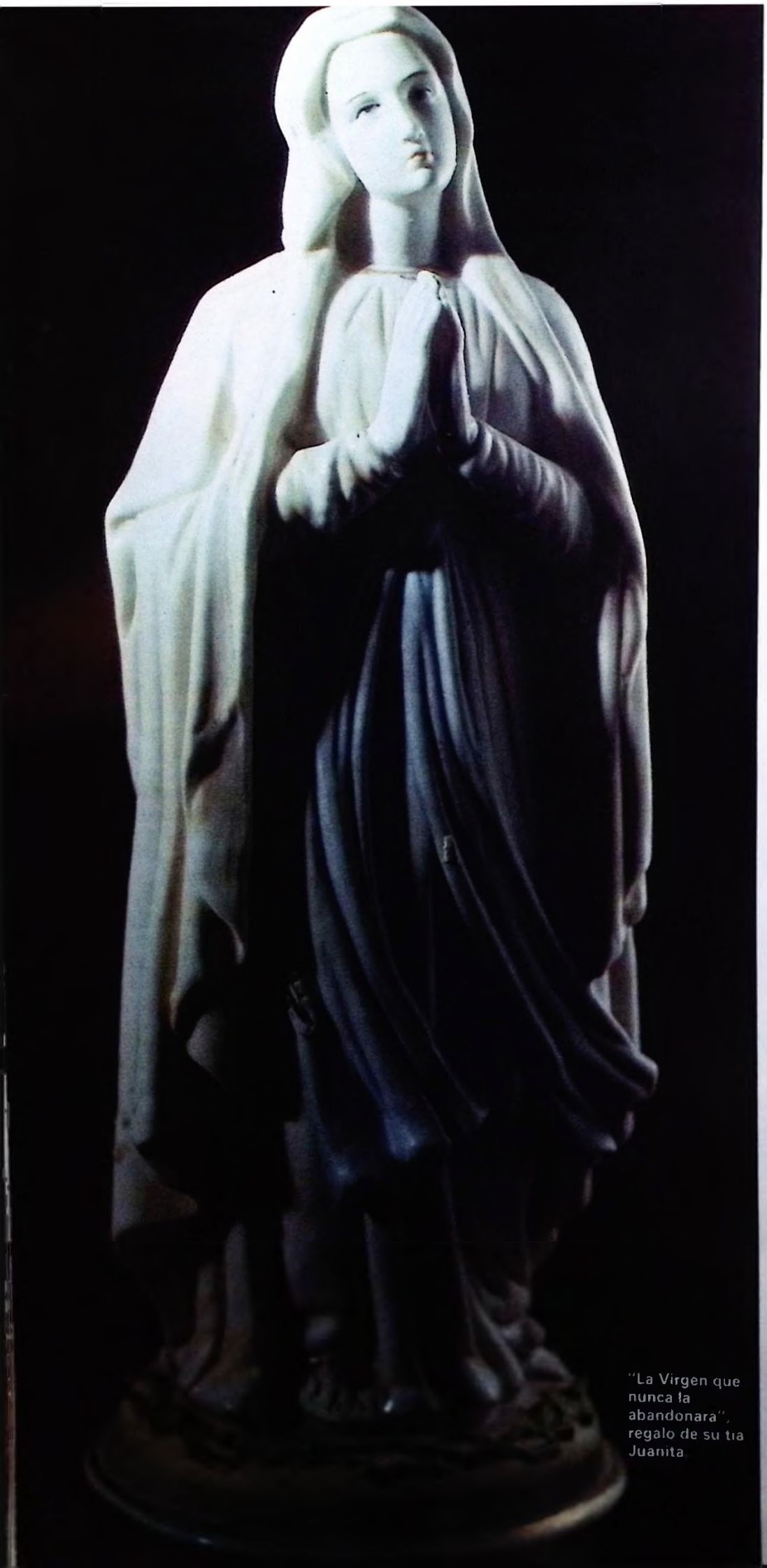
(1 Testimonio del Padre Aníbal Carvajal)

(2 Doña Juana Solar era viuda de don Luis Alberto Dominguez Cerda)

(3 Testimonio del sacerdote don Bernardo Aránguiz)

(4 Los hermanos Fernández Jaraquemada eran quince, habían fallecido dos)

(5 Testimonio de las hermanas Fernández Vicuña)



"La Virgen que nunca la abandonara", regalo de su tía Juanita.

traría don Miguel.

Los Fernández Solar se mudaron a la calle Santo Domingo a una magnífica y hermosa casa.

Juanita y Rebeca regresaron al Externado. Lucho volvió a su colegio San Ignacio. A pesar de la pena debían seguir estudiando y jugando en los recreos.

Con frecuencia doña Lucía acudía al Sagrado Corazón a contarle a la Madre Ríos, orientadora espiritual de las alumnas, las interminables peleas entre las dos hermanas. La religiosa las reprendía y las hacía ponerse bien, prometían no volver a hacerlo... pero nuevamente la mamá iba a acusarlas.

LA VIRGEN QUE **NUNCA LA ABANDONARA**

Don Miguel continuaba con sus tropiezos económicos; por malos manejos en los negocios perdió parte del patrimonio familiar. La señora Lucía debió aminorar los gastos. Pero como la fortuna era grande, la disminución no fue notoria a los ojos de los demás. Redujeron el personal a ocho empleadas, aparte del cochero y el encargado de cuidar la caballeriza.

Al dejar la Hacienda Chacabuco, antes de que la dividieran, tía Juanita le regaló a su sobrina una imagen de loza de la Virgen de Lourdes bajo la condición de tomarse un remedio, pues se negaba a hacerlo.

"Esta es la Virgen que jamás ha dejado de consolarme y de oírme" (D. 5).

Era la Madre de Jesús que la tomará de la mano, para recorrer juntas el camino al Calvario. María, la Primera Contemplativa, será su ejemplo. La devoción hacia Ella y el amor a su Hijo la conducirán a los lugares más dolorosos para consolarlo a El en la cruz.

Lucho le había enseñado a rezar el rosario. El "santo rosario" como ella siempre lo llamó. Prometió hacerlo todos los días. Para ella se transformó en una necesidad imperiosa, en un regalo a la Virgen, en una espina menos en Cristo. Un acercamiento a El, una demostración de amor... ¡Cuánto le ayudó! Rezaba y meditaba los misterios más substanciales de la vida de Jesús y su Madre.

EL SAGRADO **CORAZON DE JESUS**

Con gran celo se preparó para recibir el Sacramento de la Confesión. El Padre jesuita Artemio Colom, director espiritual de doña Lucía, se preocupó de guiar a Juanita para purificar su

alma, junto a las religiosas de su colegio.

Fue en el mes del Sagrado Corazón cuando decidió cambiar por completo. El Sagrado Corazón de Jesús, símbolo del Amor Infinito hacia la humanidad, desterró sus ingratitudes y faltas, comenzando a recibir favores del Señor. Anotaba en un cuaderno todos los actos positivos y negativos que había realizado en el día.

Se esforzaba por dominarse, algunas veces volvía a caer pero en la mayoría de las oportunidades triunfaba. Su meta era vencerse por amor a Jesús, no para satisfacer a los demás que se fastidiaban con ella. No le importaba que ignoraran sus proezas interiores. Ya actuaba para El.

¿El golpe que pensaba devolverle a Rebeca, quien injustamente le pegó con toda su fuerza, en qué quedó? Juanita tenía todo el derecho de defenderse si la habían agredido primero y sin razón. Su rostro se encendió de furia, volvió a ser la peleadora de antes. Cuando todos esperaban la respuesta vengativa... sus rasgos se suavizaron, la cachetada se transformó en un beso en la mejilla de su hermana. "Retírate... beso de Judas". Fue la reacción de la agresora.[1]

Se alejó, nada dijo, todavía estaba enfurecida. Pero había vencido... se había vencido. Sonrió y volvió a sonreir. Ahora era todo así en ella: dominarse, luchar, triunfar, sacrificarse... callar. Por Jesús decidió derrotar su mal genio, la vanidad, el orgullo... la pereza.

¿Por qué pasaba siempre pidiendo perdón?, preguntaban sus hermanos.

Nadie sabía que le prometió al Señor no dormirse sin haber suplicado perdón a quien había ofendido, aunque fuese involuntariamente. Nadie sabía que le prometió no mirarse al espejo para aplastar su vanidad. Nadie sabía que le prometió vencer la pereza levantándose antes de que la mandasen. Sólo su madre intuía su cambio, sólo ella la comprendía... desde lejos.

Luchar y vencerse, vencer y luchar. Avanzaba hacia el camino que ya se había trazado, aunque reconocía humildemente que apenas había dado un paso. Creía que muchas veces debería apretar una mano contra la otra para evitar devolver los golpes que le propinaban; sabía que debía huir antes de responder a las burlas de sus hermanos y primos. Más adelante, cuando dé otro paso, aprenderá a callar sin necesidad de escaparse. En esos momentos no importaba el medio que empleara con tal de no caer.



Sagrado Corazón que habló a Juanita. Pintura que estaba en su dormitorio.

EL TERCER **PATIO**

Cada vez que una sirvienta estaba enferma, Juanita –con el consentimiento de su mamá– iba a acompañarla. Con alegría se dirigía al tercer patio, llevando algo en sus manos para regalarlo a quien iba a visitar. No era raro que le llevara ella misma la comida al dormitorio. Cruz, Rosa, Ofelia, Susana, Antonia, Mercedes, Elvira y Lucha fueron testigos de su entrega, su humildad, cariño y abnegación. No querían aceptarla en el servicio; sin embargo, la esperaban.

"¿Cómo es posible, señorita Juana, que sea usted quien me sirva?"

Al verla tan seguido y notar que entraba sin aspavientos y salía feliz, comenzaron a necesitarla. Cuando no acudía, sabían que algo superior la ataba; pero al atardecer, allí se presentaba nuevamente, para leerles algo edificante, para escucharlas, para darles algún pequeño regalo, o para atender a la que se encontraba imposibilitada.

Ofelia estaba acostumbrada a que le dijeran: "Esta niña no es como las otras".

SOLDADO DE **CRISTO**

El 22 de octubre de 1909, Juanita recibió el Sacramento de la Confirmación en la capilla del Externado de su colegio. El Ilustrísimo y Reverendísimo Señor A. Doctor don Juan Ignacio González extendió las manos sobre ella pidiendo que el Espíritu Santo le concediera sus siete dones: Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Fortaleza, Ciencia, Piedad y Temor de Dios. Con el santo crisma le hizo una cruz en la frente, signo del valor cristiano... Ella le enseñaría a ser soldado de Cristo.

Algunos años después escribirá en su diario:

"Me mostró [Jesús] su grandeza y mi nada y me dijo que me había escogido para víctima. Que subiera con El al Calvario. Que emprenderíamos juntos la conquista de las almas: El, Capi-

[1] *Testimonio de Rebeca.*

tan, yo, soldado. Nuestra arma, la Cruz. La divisa, el amor" (D. 37).

La madrina de confirmación fue su querida tía Juanita, "tía mamá", como la llamaba. Era mayor que doña Lucía y el núcleo de la familia. Se destacaba por su clara inteligencia, por su ternura, entereza y sobre todo por su gran generosidad. Quería a su sobrina como a una verdadera hija.

Muy temprano Juanita se levantaba. Antes de partir al colegio, asistía diariamente a misa, acompañada por Ofelia, su madre o Lucita. Su oración era sencilla pero muy elevada. Prometía a Jesús cumplir con sus deberes escolares, aunque había materias que no soportaba.

JESUS SACRAMENTADO

Su mamá le había concedido el permiso para hacer la Primera Comunión y para ello se preparó con gran dedicación durante un año. Le agradeció por no haberla dejado hacerla antes, reconociendo que no estaba suficientemente capacitada. Bajo la guía de la Madre Julia Ríos y de la Madre Ramona Gumucio fue instruida en el colegio. Por otro lado, el Padre Colom y el Padre Falgueras se encargaban –a pedido de doña Lucía– de enseñarle en la Iglesia de San Ignacio.

Se acercaba su día más feliz, faltaban pocas semanas. Desde siempre supo abrir su alma a Jesús y por El ya era capaz de dar la vida.

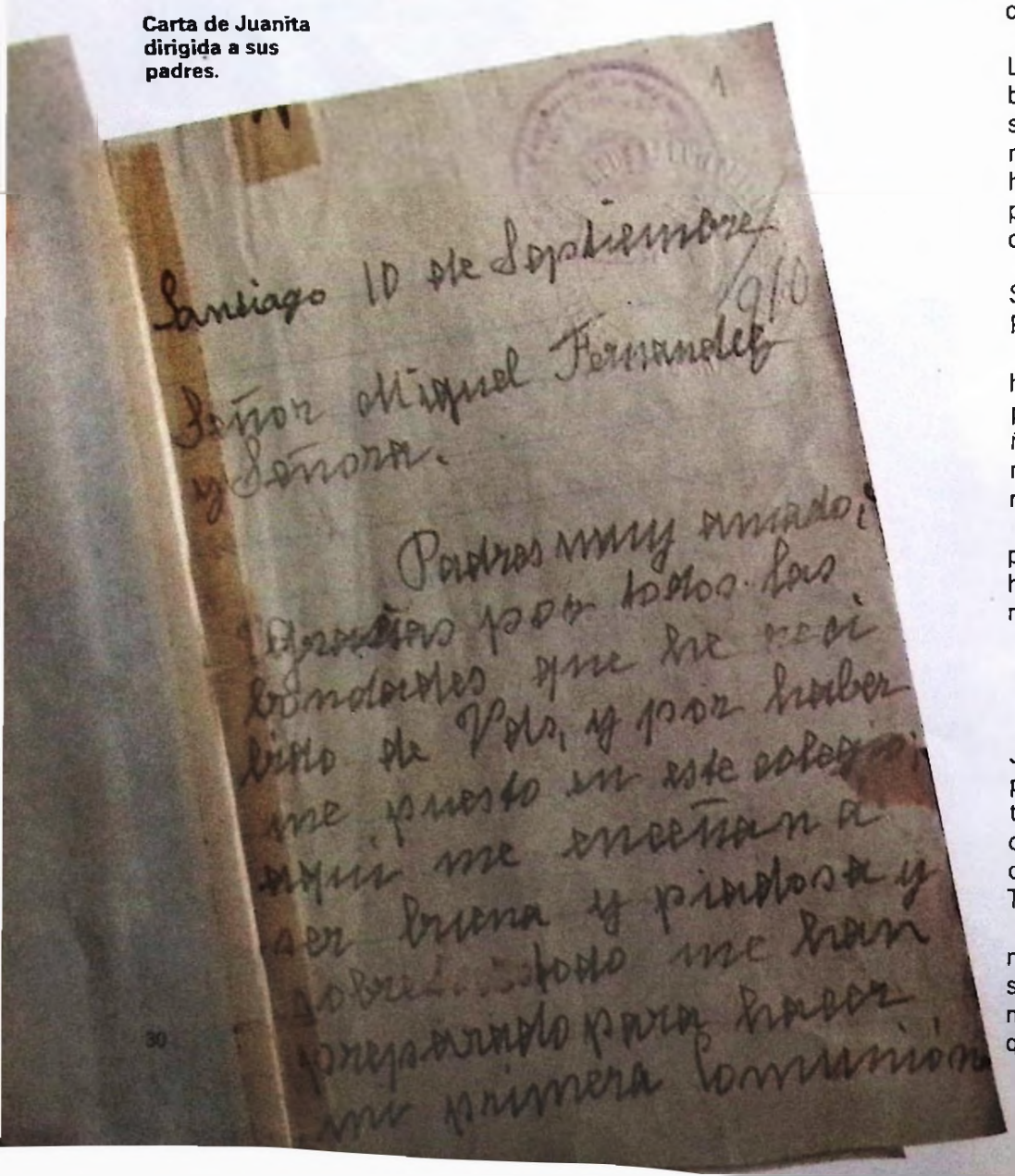
Se le veía alegre, tierna, servicial, caritativa. Participaba en los juegos con notorio entusiasmo.

Una semana antes, se acogió a un retiro en el colegio, prolongándolo por las tardes en la casa con la autorización de su mamá. Se recogía en su dormitorio para meditar y orar. Allí comía sola privándose de lo que más le gustaba.

Desde el colegio escribió una carta a sus padres que les entregaría en la noche, víspera del gran día.

Esa misma tarde fue consagrado su hogar al Sagrado Corazón por el Reverendo Padre Mateo Crawley-Bovey.

Carta de Juanita dirigida a sus padres.


Santiago 10 de Septiembre 910

Señor Miguel Fernandez y Señora.

Padres muy amados:

Gracias por todas las bondades que he recibido de Uds., y por haberme puesto en este colegio; aquí me enseñan a ser buena y piadosa y sobre todo me han preparado para hacer mi primera Comunión.

Juanita, por encontrarse en retiro, no pudo asistir. Pero su madre le pidió al sacerdote que también consagrara a su hija. (Fue ésta la quinta casa de Santiago donde se realizó la Entronización del Sagrado Corazón.)

Juanita sólo salió del dormitorio en la noche para entregarle la carta a sus padres y frente a ellos se arrodilló pidiéndoles perdón por todas las faltas. A sus hermanos también les pidió perdón, uno a uno de rodillas. Después se dirigió a la cocina y humildemente suplicó perdón a los empleados. Lloraban ante tan hermosa actitud.

Deseaba que Jesús entrara a su corazón y no se moviera más de allí y para ello se había preparado con tanto amor. Por ningún motivo quería que El encontrara alguna mancha. Ansiaba la purificación absoluta, borrar todos los defectos de su infancia que podrían ensombrecer su alma.

Esa noche rezó con más fervor que nunca, le rogó a la Santísima Virgen que le tomara su mano para acercarla a El cuando llegara el momento de la comunión.

Sus padres no podían dormir. Doña Lucía estaba muy susceptible, esperaba un hijo, se encontraba de ocho meses. Acababan de leer la carta de Juanita. Ella lloraba recordando el acto de humildad que había realizado hacía poco su pequeña. Don Miguel muy conmovido releyó la carta.

Santiago, 10 de septiembre [de 1910]
Señor Miguel Fernández y Señora
Padres muy amados,

"Gracias por todas las bondades que he recibido de Uds., y por haberme puesto en este colegio; aquí me enseñan a ser buena y piadosa y sobre todo me han preparado para hacer mi primera Comunión.

"Ahora sólo me falta pediros perdón por las desobediencias, rezongos que he cometido. Espero no volver a hacer más esas faltas.

"Su hijita que tanto los quiere," (C. 1)

Juana Fernández Solar

Una mañana primaveral despertó a Juanita. Agradeció al Señor todos los privilegios recibidos; una familia cristiana, sólida formación, un excelente colegio, una esmerada y austera educación y sobre todo... mucho amor. Todas las gracias venían de El.

Mientras su madre la vestía y la peinaba, para ella todo era indiferente; sólo pensaba en Jesús. Ni siquiera se miró al espejo cuando le advirtieron que estaba preciosa.







Juanita en el día de su Primera Comunión. A la derecha: Santo de la Primera Comunión.

Al dirigirse con su familia hacia el colegio iban rezando por ella y ella a su vez rogaba para que el tiempo volara y tener pronto a Jesús:

–Venid Jesús mío, venid. Oh mi salvador, venid vos mismo a preparar mi corazón.

Las treinta niñitas entraron a la capilla en dos filas. Las encabezaba la Madre Ríos y al final iba Monseñor don Ramón Angel Jara, quien les daría la Sagrada Comunión. Avanzaban con la mirada baja. Les esperaba un reclinatorio, cubierto de gasa blanca donde se hincaron; en cada uno había una vela y una azucena.

La vela, como símbolo de fe.

La azucena, como símbolo de pureza.

Juanita iba muy linda, su mirada irradiaba amor.

"Nos acercamos al altar mientras cantaban ese hermoso canto: *Alma Feliz* que jamás se me olvidará" (D. 6).

Alma, alma feliz acude
En este triste suelo
de la hostia bajo el velo
Jesús a ti se da,
Jesús a ti se da.

Deja su trono augusto
el Rey de alta gloria
El Dios de la victoria
se humilla y baja a ti.

Alma feliz, alma feliz acude
ofrécele tu vida
Queda por siempre unida
a tu Señor.

"No es para describir lo que pasó por mi alma con Jesús. Le pedí mil veces que me llevara, y sentía su voz querida por primera vez" (D. 6).

Su alma estaba tan limpia y tan transparente su pensamiento que pudo oírlo:

–Hija mía dame tu corazón pues yo quiero hacer de él mi templo.

Desde ese momento ella entregó su corazón... y su alma se convirtió en el templo de Dios.

"Jesús, yo te amo; yo te adoro" (D. 6).

Al unísono las niñitas rezaban después de recibir la hostia:

–Reina de los ángeles y de los hombres, divina María, hoy que es el día más feliz de mi vida, porque Jesús vuestro divino Hijo se ha dignado a admitirme a la sagrada mesa, os ofrezco mi corazón como homenaje de gratitud y amor e imploro con confianza vuestra protección. Dignaos, Virgen Santísima, mirarme como a hija vuestra, y no permitáis tenga la desgracia de manchar otra vez la vestidura de la inocencia lavada con la sangre de vuestro Hijo, con la cual me he presentado hoy al divino banquete. Alcanzadme la gracia de aborrecer el pecado, de despreciar las vanidades del mundo y morir amando a Jesucristo...

"Morir amando a Jesucristo"... Quería morir, inmolarse por amor a El.

Por la tarde, estuvo muy visitada. Recibió numerosos regalos que atestaron la cómoda y su cama. Pero sólo pensaba en Jesús, ya estaba sacramentado en su corazón.

El la tomó para sí y no la dejó jamás, porque Juanita no permitía alejarlo. Buscaba el silencio para oírlo. Creía que a todas les sucedía lo mismo al hacer la Primera Comunión.

Sobre esto le escribirá al Padre Falgueras: "Desde que hice mi Primera Comunión, Nuestro Señor me hablaba después de comulgar. Me decía cosas que yo no sospechaba, y aun cuando le preguntaba, me decía cosas que iban a pasar, y sucedían. Pero yo seguía creyendo que a todas las personas que comulgaban les pasaba igual, y una vez le conté a mi mamá no me acuerdo qué cosa de lo que Nuestro Señor me dijo. Entonces me dijo lo dijera al Padre Colom, pero a mí me daba vergüenza" (C. 87).

CAMBIO DE **CASA**

El 12 de octubre nació Ignacio, último hijo que tendría el matrimonio Fernández Solar. Juanita lo trataba con mucho amor y le gustaba cuidarlo.

Don Miguel se alejaba largas temporadas para trabajar en el campo. Los negocios iban de mal en peor. Debieron mudarse de casa: esta vez se cambiaron a la calle Ejército; barrio también aristocrático. El nuevo hogar era inferior al de Santo Domingo. Aún mantenían un nivel de vida bastante holgado, aunque el padre se encontraba en serias dificultades.

Al despertar, Juanita, hacía su meditación y antes de asistir al colegio iba diariamente a la Parroquia de San Lázaro; luego volvía a casa a tomar desayuno, y puntualmente partía al Externado. Para esto debía madrugar.

"Todos los días comulgaba y hablaba con Jesús largo rato. Pero mi devoción especial era la Virgen. Le contaba todo. Desde ese día [su Primera Comunión] la tierra para mí no tenía atractivo. Yo quería morir y le pedía a Jesús que el ocho de diciembre me llevara" (D. 6).

CHACABUCO

Don Miguel trabajaba la tierra heredada por doña Lucía, además arrendaba otra hijuela que había sido parte de la extensa hacienda, disfrutando del derecho de las casas patronales. Solían llegar en el verano los otros hijos de don Eulogio con sus familiares.

Chacabuco volvía a revivir con todos los que allí cobijaba.

Filomena Cosio era la encargada de recibir a los patrones. Luisa Farías, la nuera de Tomás Guerra –antiguo administrador de don Eulogio y hombre de entera confianza–, era quien debía supervisar los preparativos para acogerlos como se merecían. Filomena les esperaba con la casa impecable, aireada, reluciente. Los corredores de baldosas recuperaban el brillo, los adoquines habían sido baldeados, los pisos de los dormitorios y salones parecían espejos. Todo estaba dispuesto. Alegres y hermosas flores adornaban los rincones de cada pieza.

Salían a esperarlos al camino, Zoilo Guerra, el administrador y el marido de Luisa; Jacobo Nazaré, Juan Rulo, Filomena con la pequeña Fidelisa, los Arce, los Casanova, los Fuentes, los Cáceres, los Mura, y los encargados de mantener la casa en el verano. Además no faltaban los niños que se aglomeraban esperando a sus patroncitos y amigos.

Llegaban en coches, tirados por cuatro caballos, cada coche iba escoltado por un mozo con dos parejas de caballos para el relevo de Colina. Venían cansados por el calor, molidos por los movimientos e irritados por las inevitables peleas.

Don Miguel era el más alegre, estaría con los suyos todo el verano.

Al paso de los coches de los señores, los campesinos se descubrían respetuosamente.

Las rejas de la entrada, siempre





Capilla de la Hacienda Chacabuco

abiertas, eran para Juanita las puertas del paraíso. Con Rebeca y Lucho se habían bajado antes de doblar al acceso del fundo. Allí les esperaba Sara Guerra, la hija del administrador. Juanita y Rebeca la abrazaron; ella tenía doce años. ¡Cuánto las quería! Con ansias esperaba estos momentos. Los cuatro corrieron entusiasmados hacia la casa. Las palmeras simétricas, mucho más elevadas las de un lado, parecían inclementes a sus pasos... no podían inclinarse, pero ningún niño dejó de levantar su vista para saludarlas.

Juanita abrazó efusivamente a todos los pequeños que corrían tras ellos. Saludó con amabilidad y afecto a los campesinos y mujeres.

Al cruzar las puertas, ya había mirado hacia la izquierda; allí estaba su querida capilla con el alto campanario... se hincó persignándose. Cruzó el gran pórtico de la entrada principal, abarcó con su mirada las galerías, el patio, el parque. Luego vio los campos... y la Cordillera de los Andes.

¡Los Andes, indicaba el fin de sus tierras! ¡Los Andes será el fin de su vida! ¡Los Andes será para Chile su apellido!

Se juntó con sus primos y hermanos para reconocer cada rincón. Sin proponérselo, se dirigieron a la cocina saludando efusivamente a los sirvientes. Luego inspeccionaron lo que les habían preparado. La negra cocina de leña funcionaba –al parecer de los niños– día y noche. No recordaban haberla visto apagada. El patio de servicio, entre la huerta y el parque –cercano al extremo posterior de la capilla–, separado de ella por altos cedros, era la fascinación: pollos, gallinas, pavos... sandías en el suelo y frutas secándose al sol en altas techumbres metálicas. Un frondoso parrón con una mesa para el servicio, sillas de mimbre... grandes canastos. Más atrás la ropa colgando, recién lavada en la artesa del patio.

La despensa era lo que más le gustaba: una amplia pieza con estanterías y muros blancos. Numerosos y ordenados frascos sin etiquetas delataban su contenido por el color: manjar blanco, mermeladas transparentes de damasco, de frutilla, de guinda y ciruela. Mitades de duraznos conservados en almíbar, porotos verdes, castañas pasadas, dulce de membrillo rubio en potes de porcelana. Inmensos recipientes de madera con tapas –adosados a la pared– contenían azúcar, harina, porotos... lentejas. Harina tostada tibia, guardada en grandes tarros. Otros tarros de lata con galletas azucaradas, rellenas con confitura, algunos con lenguas de gato, dos más con galletas de limón en formas de estrellas y medialunas. Y allá estaban los más codiciados: lo que guardaban bollitos. Llenaron sus bolsillos de ellos.

Ahora le tocaba al repostero; las ventanas con mallas para evitar las moscas, los muebles cubiertos con mármol. ¡Todo olía a limpio, todo olía a rico! Lucho levantó un inmaculado paño causando admiración: eran "scones". Los pancitos aún no habían sido llevados al horno. Descansaban sobre el mármol grisáceo alineados en ordenadas filas.

Lucho, Juanita y Rebeca no dejaron espacio sin registrar, cajón sin abrir, dulce sin probar.

Los niños se reunieron en el parque había que hacer planes. Miguel Fernández Solar, Ignacio Domínguez Solar, Teresita Solar Vicuña y Lucita Fernández Solar eran los grandes. Francisco Javier Domínguez Solar, desde hacía tiempo no formaba pandilla con ellos, tenía veinte años. Los chicos eran Lucho, Juanita, Rebeca, Teresita Jaraquemada Astaburuaga, Sara y los niños del campo que se irían incorporando a medida que iban perdiendo "la vergüenza". ¡Sería un verano inolvidable! Otros primos llegarían después. Mientras discutían los bandos, nadie advirtió que Juanita ya no estaba; se había alejado, cruzando la huerta y el patio.

Frente a la fachada posterior de la capilla, se cobijó bajo un cedro buscando el silencio para sumirse en Jesús.

Los niños desatendían los infructuosos llamados de las mamas que habían encendido las calderas para el agua caliente. Era la hora del baño.

Juanita acudió de inmediato. Su equilibrio consistía en saber combinar lo divino con lo humano: cuando había que jugar era la primera de todas, la más animada, la más alegre y competitiva, pero también sabía retirarse para esconderse en Cristo sin que nadie lo notara.

Además, se había propuesto obedecer.

PROMESAS

No esperó que Ofelia llegara con el agua, abriera los postigos y la vistiera. Muy temprano se levantó haciendo su acostumbrada meditación de rodillas frente al crucifijo. Rebeca aún dormía. Se lavó con agua fría, se puso un sencillo vestido de percala, como a su mamá le gustaba para Chacabuco, luego un delantal blanco, con vuelos en las mangas.

Sin hacer ruido, salió al corredor dirigiéndose apresurada a casa de Filomena, a unos cien pasos de la reja de entrada. La saludó con cariño y le pidió las llaves de la capilla.

Nadie de la casa grande había despertado. Los trabajadores estaban en las faenas y los sirvientes ya tomaban el desayuno en su comedor, al lado de la cocina.

Se encaminó hacia el parque por detrás de la capilla. Dio una larga vuelta para no ser vista en el patio... A Juanita le gustaba pasar desapercibida.

Escogió las flores blancas más lindas, las depositó en las gradas frente a la entrada lateral de la capilla. Abrió la pesada puerta cerrada con un gran candado.

Ante el sagrario se hincó, retiró los dos floreros del altar que estaban limpios y con agua. Con delicadeza y gusto los arregló en la escalinata. En un par de viajes los depositó en cada costado del altar.

Arrodillada ante el Señor le expuso sus propósitos para el verano: Lucharía más que nunca por vencerse. Siempre tendrían, El y su Madre, flores bonitas y frescas. Realizaría todos los temas que le habían dado en el colegio sin quejarse y con alegría, aunque los demás niños jugasen. Comulgaría mientras el capellán permaneciera en el campo. Ayudaría a preparar las misiones y enseñaría a los niños el catecismo; les daría buen ejemplo y no se mostraría orgullosa. No se envanecería por los halagos de sus tíos, los que constantemente alababan su belleza. Acompañaría a su mamá a socorrer a los enfermos llevándoles medicinas y palabras de aliento. Visitaría con Sara a los ancianos que ya no podían levantarse. No pelearía con nadie. Obedecería al primer llamado... Lo iría a ver con frecuencia durante el día para que El no se sintiese solo.

Seguiría la voluntad de Dios y no la de ella.

Chacabuco despertaba. Las mamas se dirigían con jarras de porcelana a los dormitorios de los niños. Los postigos se abrían y las señoras ya estaban dando órdenes. Juanita abrió el ropero y descolgó su ropón.

Fue a buscar su caballo, que ya estaba ensillado; con destreza se subió. Al paso abandonó la lavería, cruzó el par-



Lucía, Juanita y Rebeca disfrazadas de monja en el oratorio de los Fernández Solar.

que, llegó a los potreros y galopando se alejó hacia los faldeos cordilleranos. Lucho al avistarla la siguió en su caballo. ¡Era difícil aventajarla! Montaba de lado como una gran dama. Su abuelo Eulogio le había enseñado. A su regreso, don Miguel la observaba con admiración. La ayudó a desmontar, estrechándola con cariño. Ella lo abrazaba y besaba. ¡Se veían tan poco!

AMOR **AL PROJIMO**

Con especial dedicación se preparaban para las misiones. Doña Lucía y su hermana, acompañadas por Teresita, Juanita y Rebeca partieron a "censar" las casas de los inquilinos. En el camino se les unieron Sara y Fidelisa.

Las señoras entraron al hogar de los Mura; las niñitas, algo cansadas de tanto recorrer y oír preguntas –se quedaron afuera–, sentadas en un banco buscando la sombra del corredor. Un niño muy pequeño se asomó a la ventana. Juanita lo llamó porque había notado que tenía una fea herida en el brazo, estaba sucia, abierta y algo sangrante. Le tomó la mano y se lo llevó para curarlo a las casas patronales.

Tuvo que detenerse para consolar al pequeño, le hizo cariño asegurándole que no sentiría dolor. En la cocina le lavó las manos y la cara, tomó una servilleta, la humedeció y suavemente limpió la herida. Le pidió que la esperara, encargándoselo a Susana. Entró al dormitorio de sus padres y extrajo del ropero una pesada caja, sacó de ella algunas gasas y un ungüento que su mamá utilizaba para las heridas. Regresó corriendo a la cocina. El niño lloraba de susto. Lo besó con ternura, diciéndole que por amor a Jesús debía ser valiente. El pequeño calló y mientras lo curaba le entonaba canciones infantiles que terminaron tranquilizándolo por completo. Sacó el fino pañuelo de su bolsillo y sin pensarlo dos veces lo anudó en el brazo herido para sujetar la gasa.

Ofelia y Susana sólo miraban, estaban acostumbradas. Ella socorría a todos los niños, Sabían lo que vendría después; junto con despedirlo y alentarlo, le daría algo para comer. Su mamá, adelantándose, envolvió una porción de queque y algunos merengues. Se los entregó al pequeño, quien desapareció sin agradecer.

"PROFESORA **DE RELIGION"**

Juanita tenía un grupo de niños, algunos mayores que ella, a los que les enseñaba el catecismo; pronto harían la Primera Comunión. En un comienzo doña Lucía le había ordenado secundar a los primos y hermanos mayores porque tenían más experiencia, pero cuando vio que era la más constante, la más empeñosa, además dominaba bastante bien lo que enseñaba y por añadidura tenía mucha paciencia, le permitió formar un grupo de cuatro niños, a los que se les sumó Sara, pues quería que ella la preparase.

Jamás los retaba, no se cansaba de repetir una y otra vez las lecciones.

–¿Quién es Dios? Dios es el ser infinitamente bueno...

–¿Para qué fuimos creados?

–¿Quiénes fueron nuestros primeros padres?

Donde se complicaba la clase era cuando debía enseñarles los rezos. Sara no podía aprenderse el *Yo Pecador*. Pero su abnegación no tenía límite... volvía una y otra vez a repasárselo.

Y al hijo de Filomena, Pancho, hubo que recitarle cientos de veces el *Padre Nuestro*. Se sabía el comienzo, pero cuando le tocaba decir... *venga a nos el tu reino*... no era capaz de recordarlo nunca.

Al que más se había esforzado le daba galletas, algún caramelo o lo que encontrara. En los recreos, asesorada por Rebeca y Sara, organizaba competencias, ensacados, carreras y concursos.

LAS MISIONES **DE CHACABUCO**

Hacía una semana que había llegado el capellán. Durante tres días confesó a la gente del campo y de los alrededores. Impartía la comunión a los enfermos y celebraba dos misas diarias. Dos sacerdotes misioneros vendrían a ayudarlo. Se les esperaba de un momento a otro.

Los niños habían confeccionado

unos farolitos de papel de diversos colores forrando un armazón de alambre que llevaba una lata debajo para sostener la vela. El armazón tenía en la punta otro alambre para colgarlo a los árboles.

Guiados por tía Juanita, grandes y chicos, patrones e inquilinos, hicieron seis gigantescos arcos de flores en estructuras de madera unidas con alambre y rellenas con pinos donde incrustaron margaritas, buganvillas, cabezuelas, salvias, hortensias..., formando en el centro de cada arco diferentes figuras.

Doña Lucía y su hermana habían sacado de la pieza de la ropa blanca los vestidos de Primera Comunión. Los mandaron a almidonar para recuperar el apresto. También escogieron los mejores velos. Quince niñitas y nueve niños recibirían a Jesús. Los hombres llevarían camisas blancas y pantalones negros.

En la cocina preparaban sabrosos manjares. Arreglarían –como siempre– grandes mesones, cubiertos con sábanas. Tazones de chocolate caliente, galletas, brazos de reina, queques individuales, jarabes, pan dulce y tortas de milhojas... atestarían las mesas para los niños que harían la Primera Comunión.

El viernes se efectuaron los matrimonios. Las parejas llegaron en carretas engalanadas con multicolores flores al igual que los caballos. Debieron cruzar el arco de corazón y el de las argollas. El capellán y dos sacerdotes las recibían en la entrada. Las mujeres las esperaban con mantillas; los hombres vestían pantalones oscuros, fajas tricolores, camisas blancas y sombreros negros. Los niños aplaudían a las parejas. Juanita y Rebeca no querían perder detalle, pero al mismo tiempo, estaban ansiosas por que pronto acabara la ceremonia. Habría asado, empanadas, sandías rellenas con duraznos y uva rosada.

A los niños de la casa se les permitió asistir a la fiesta... pero al comenzar los bailes, guitarreos y payas, doña Lucía los llamó para que comiesen el postre en la cocina. Ellos reclamaron porque querían presenciarlo todo.

La Primera Comunión fue al día siguiente. Juanita estaba orgullosa. Pancho había aprendido sus oraciones, Sarita dominaba el *Yo Pecador*. A pesar de que los niños entonaron otra cancion, no dejó de recordar *Alma Feliz*. Arrodillada y en el último rincón, para darles lugar a los familiares de los niños que comulgarían por primera vez, cerró sus ojos olvidándose de todo lo que sucedía a su alrededor.

Luego del desayuno, los niños agradecían las medallas que tía Juanita les repartía.

En la tarde celebraron los bautizos. La verdad, que de todas las ceremonias, a los ojos de los niños, ésta era la menos atractiva. Los pequeños lloraban, las madrinas los pasaban a las madres para que los calmaran, pero inútilmente los mecían.

El domingo comenzó con treinta personas que se confirmaron: niños y adultos. Los hijos de los patrones entonaron *Veni Creator*. Después de la imposición de las manos, llamando a cada uno por su nombre o aquel nuevo que habían escogido, el capellán les hizo una señal en la frente con el santo crisma.

Al anochecer fue la procesión para tributar públicamente una alabanza a Dios y a la Santísima Virgen. Cada persona llevaba una vela. El parque estaba iluminado por los coloridos faroles. Los sacerdotes precedían el desfile. El señor capellán, al centro de los otros dos, portaba la custodia de oro exponiendo el Santísimo Sacramento resguardado por el palio portátil de raso blanco bordado también en oro. Don Miguel, don Francisco[1], Miguel y Francisco Javier sujetaban el palio. Les seguían los niños más grandes vestidos de monaguillos que cargaban en andas a la Santísima Virgen. Tras ellos, las señoras de la casa patronal con mantillas negras y rosarios. Luego los más pequeños confundidos con los hijos de los inquilinos. Después los que habían hecho la Primera Comunión, los confirmados y los recién casados. Los campesinos desfilaban vestidos de huaso, los empleados con su mejores atuendos... las sirvientas de blanco.



Adornos de porcelana del dormitorio de Juanita.

Los jardineros y los hortelanos habían arreglado tres hermosos altares en el parque. Los trabajadores más jóvenes transportaban los arcos de flores.

Era un espectáculo inolvidable que estremecía a sus participantes.

Juanita avanzaba cantando con los ojos humedecidos por la emoción.

Dirigían su vista hacia arriba y humildemente rogaban perdón:

Perdón, Oh Dios mío
perdón e indulgencia
perdón y clemencia
perdón y piedad...
Pequé, ya mi alma,
su culpa confiesa.
Mil veces me pesa
de tanta maldad.
Perdón, Oh Dios mío...

Parecían ángeles que se acercaban al cielo. La solemnidad, el respeto, el ánimo, el fervor, la unión... hicieron temblar sus voces. Pasaron bajo los nogales iluminados. El capellán les hacía detenerse para rezar frente a cada altar. Al salir a campo abierto la exaltación traspasó los corazones. Una noche despejada se enlazó a la luminosidad de las velas y las almas. De rodillas, mirando a la tierra, suplicaron amor al Señor:

De rodillas Señor de rodillas
y en el polvo inclinada la frente.
Hoy venimos a Ti Dios clemente
con amante, con fiel corazón.
Que si un tiempo el ingrato olvidara
por el mundo su Amor y sus Glorias
lamentando tan tristes memorias:
hoy humilde te pido perdón.
Aquí estamos Señor, aquí estamos
anegados de llanto los ojos,
que se acaben Señor tus enojos
pues que somos tus hijos al fin...

Jesús iba con ellos, era El quien los guiaba.

Lentamente regresaron hacia la capilla alumbrada con numerosos cirios y

decorada con maravillosos arreglos florales. No podía contener a tanta gente. Desde las gradas, el capellán celebraría la bendición solemne del Santísimo Sacramento exponiendo la custodia con la Sagrada Hostia a la adoración de los presentes. Entonó el *Tantum Ergo,* luego recitó las alabanzas e impartió la bendición.

Hincados miraban hacia el cielo.

Era la despedida.

Nadie quería moverse, volvieron a postrarse en el suelo, agradeciendo al Señor los favores recibidos.

La retirada fue en silencio... deseaban retener en sus cuerpos y en sus almas, recién purificados, lo que habían vivido, lo que habían soñado. Dios se introdujo en ellos. Desde sus corazones brotaban propósitos, enmiendas, arrepentimientos, promesas.

En la pobreza como en la abundancia, os amaremos, siempre Dios mío. En la prosperidad como en la desgracia, os amaremos...

En la alegría como en la tristeza, os amaremos...

En la vida como en la muerte, os amaremos...

¡Ojalá pudiéramos amaros con un amor puro como el de vuestra Santísima Madre!

Esa noche habían recibido la presencia del Dios Creador.

EL EXTERNADO **DEL SAGRADO CORAZON**

Juanita y Rebeca partieron tristes al colegio; el recuerdo de Chacabuco estaba muy cercano. Las prolongadas estadías en el campo, el contacto permanente con los campesinos y los juegos con sus hijos habían imprimido en las hermanas un acento algo rústico en el lenguaje; más notorio en Juanita. Pronunciaban la "efe" como "jota". Sus compañeras se burlaban.

Cuando Ofelia llegaba a buscarlas, mofándose le decían: "La Fuana se jue". Juanita se molestaba al principio, más de una vez les contestó, otras veces se mordía los labios. Pero terminó riéndose con ellas. Sólo lo hacían por divertirse sin intención de herir. Rebeca nunca pudo acostumbrarse, enfurecida les presentaba batalla. Su hermana la calmaba: ¿Qué importancia tenía que las encontraran tan "huasas", si era cierto?, ¿cambiaban en algo las cosas?, ¿qué de malo tenían los huasos?

Juanita ya se había habituado a las normas del Sagrado Corazón. Quería a su colegio; tenía muchas y verdaderas amigas. Se exigía en el estudio, pero aún no se esforzaba lo suficiente para destacar. Chacabuco no podía borrarlo con facilidad: las bromas, los juegos, los paseos y las misiones... sobre todo las misiones, a su parecer las últimas habían sido las más provechosas. ¿Sería porque estaba más grande y podía recibir a Jesús?

¡Cuánto contribuirán las misiones en moldearla! Siempre tomará la parte más activa. Será misionera en la tierra de su familia, en Cunaco, Algarrobo, San Pablo... Escogerá el Carmelo para convertirse en misionera de Cristo, salvando a las almas con la oración.

El colegio había sido fundado en Chile hacía medio siglo por la Sociedad del Sagrado Corazón, encabezada por la Reverenda Madre Du Rusier. La Sociedad religiosa fue creada por Magdalena Sofía Barat, en París, el año 1800. Su propósito era hacer desde el centro del Corazón del mismo Cristo –y al calor que de allí irradiaba– la formación de las jóvenes que luego serían el fundamento de su patria. Las alumnas pertenecían a la alta burguesía. Al lado de cada colegio pagado debía haber otro gratuito.



Grupo familiar en Chacabuco; al centro, don Eulogio Solar, a su izquierda, doña Juanita Solar de Domínguez. Atrás, doña Lucía abrazando a Juanita y don Miguel abrazando a Lucho.

Magdalena Sofía había sido beatificada hacía nueve años.[2] Las religiosas rezaron día y noche por su beatificación y ahora –junto a las alumnas– oraban diariamente por su canonización.

Juanita intensificaba su amor a la Santísima Virgen que se veneraba en el colegio bajo la advocación de Mater Admirabilis. Frente a su hermosa imagen las niñas pronunciaban la oración:

–¡Oh María, Madre verdaderamente admirable; admirable por los privilegios y gracias de que Dios os colmó, admirable por vuestras virtudes y méritos; admirable en el cielo por la gloria de que fue revestida; admirable en la tierra por las innumerables gracias que nos alcanzáis, admirable por la protección verdaderamente maternal con los que amparáis a los que particularmente os están consagrados!...

La Madre Goñi era la superiora, y la directora, la Madre Ríos. Esta última, había apreciado las cualidades de Juanita. Mantenían largas conversaciones; la religiosa la guiaba por el camino del deber, por el camino del bien y por el camino de Dios.

OCHO DE DICIEMBRE: **SIEMPRE ENFERMA**

Durante cuatro años seguidos, Juanita se enfermará los fines de año. Siendo sus días críticos los ocho de diciembre. Había pedido a Jesús que en esa fecha, día de la Inmaculada Concepción, se la llevara.

En 1911 pensó que moriría. Creyó que desde el cielo la estaban favoreciendo en su petición.

Pero fue al año siguiente cuando estuvo muy mal: Le dio difteria. A doña

(1 Francisco Solar Armstrong, hermano de doña Lucía)

(2 Fue beatificada el 24 de mayo de 1903 y canonizada el 24 de mayo de 1925)



"Asunción de la Virgen": Oleo que mandó a pintar don Eulogio Solar. El rostro de la Virgen corresponde a su esposa doña Juana Armstrong, los ángeles de abajo representan a sus diez hijos; al centro, hacia la izquierda el angelito es la mamá de Juanita y al centro hacia la derecha el angelito es tía Juanita. Los ángeles de arriba son los de la guarda de cada uno de los hijos.

Lucía se le notó angustiada; una de sus hermanas, María del Carmen, había muerto de lo mismo a los doce años. Juanita tenía doce años. Se desesperaba al verla sufrir en silencio. Una tarde, cuando vio su rostro crispado por el dolor, no pudo dejar de decirle: "¡Quéjate, niña!". "¿De qué me voy a quejar?, cuando es el Señor el que me permite sufrir."

Logró reponerse, con gran alivio de todos. "Todavía no merecía el cielo y Nuestro Señor no me llevó" (D. 7).

En 1913 tuvo "una fiebre espantosa(...). En este tiempo Nuestro Señor me llamaba para sí; pero yo no hacía caso de su voz" (D. 7).

En diciembre de 1914 sufría de fuertes dolores estomacales. Diagnosticaron apendicitis.

"Un día estaba sola yo en mi cuarto. Y con la enfermedad me había puesto tan regalona que no podía estar sola. El día que me refiero, la Lucita estaba enferma y la Elisea –una sirviente que cuidaba a mi abuelito– fue a acompañarla. Entonces me dio envidia y pena y me puse a llorar. Mis ojos llenos de lágrimas se fijaron en un cuadro del Sagrado Corazón y sentí una voz muy dulce que me decía:"¡Cómo! Yo, Juanita, estoy solo en el altar por tu amor, ¿y tú no aguantas ni un momento?". Desde entonces Jesusito me habla y yo pasaba horas enteras conversando con El. Así es que me gustaba estar sola. Me fue enseñando cómo debía sufrir y no quejarme, y de la unión íntima con El. Entonces me dijo que me quería para El. Que quería que fuese Carmelita. ¡Ay! Madre no se puede imaginar lo que Jesús hacía en mi alma. Yo, en ese tiempo no vivía en mí. Era Jesús el que vivía en mí. Me levantaba a las siete, cuando se levantaba Rebeca para el colegio. Tenía horario para todo el día, pero todo lo hacía con Jesús y por Jesús" (D. 7).

"Nuestro Señor me mostró como fin la santidad. Y ésta la alcanzaría haciéndolo todo lo mejor posible" (D. 8).

El 8 de diciembre se sentía muy mal. El 25 tuvo una alarmante fatiga. Los médicos decidieron operarla. La trasladaron al Pensionado de San Vicente el día 28.

"Sólo Dios sabe lo que sufrí, tener que ir a morir fuera de la casa me daba pena. Por otra parte sentía una repugnancia tan grande a dormir en camas donde otros enfermos habían estado(...).

"Me fui con mi mama y mi mamita el lunes en auto. Llegué al Pensionado como muerta con las fatigas, pero luego volví" (D. 8).

Antes de hospitalizarse, comulgó a las cinco de la mañana con su mamá y Ofelia. "¡Qué comunión! Creía que era la última, le pedí a Nuestro Señor con toda mi alma que me diera valor y serenidad. ¿Qué habría sido de mí sin el auxilio de Jesús? ¡Oh, Jesús, dulcísimo, yo te amo!" (D. 8).

Los médicos habían permitido a don Miguel y a tía Juanita entrar a la sala de operaciones. Pero su padre no tuvo el valor suficiente para asistir a la intervención quirúrgica. En esos tiempos, las operaciones implicaban un alto riesgo; además estaba muy delicada y débil, y había sufrido continuos desmayos.

Años más tarde, don Miguel tampoco tendrá valor para ir a dejar a su hija al Monasterio de Los Andes.

Felizmente, todo salió bien aunque "el dolor era terrible y el cloroformo me causó terribles efectos, pero así me acordaba de ofrecérselo a Nuestro Señor, pues mi mamá me lo recordaba. Un solo instante no más me desesperé; pero inmediatamente me arrepentí" (D. 8).

El día de Año Nuevo, un doctor del pensionado le envió orquídeas por su valiente comportamiento. "Era la primera vez que me mandaban flores y yo se las mandé a Jesús. Me costó mucho este sacrificio, pero lo hice" (D. 8).

UNA GRAN **RABIETA**

En Chacabuco Juanita estaba triste porque no la dejaban montar a caballo

por su gran debilidad postoperatoria.

Participó con gran entusiasmo en la preparación de las misiones. Tenía un grupo de nueve niños, quienes la preferían por sobre los demás "profesores". Era clara, precisa, positiva, estimulante. Nunca retaba a los "atrasados".

Aún no había logrado vencer su carácter, a pesar del esfuerzo constante que realizaba por amor a Jesús. Estaba susceptible y nerviosa debido a la operación. No podia correr como los demás niños y menos levantarse temprano... Juanita todo lo aceptaba; pero pronto estalló.

Irían en coche a bañarse a las termas, cuyas aguas tibias eran muy recomendadas para aliviar los dolores reumáticos y para vigorizar a las personas débiles.

"Para mayor humillación contaré una rabieta que tuve, que fue tan grande que parecía que estaba loca. La causa de ella fue que mi hermana [Lucita] y mi prima que estaba con nosotros no se quisieron bañar juntas con nosotras [Rebeca y ella], porque éramos muy chicas. Me disgustó que me dijeran chica y no quería irme a bañar, pero me obligaron. Cuando ya nos estábamos vistiendo, llegaron las chiquillas a apurarnos, pero les contesté que no me vestía hasta que se fueran. Pero ellas no quisieron irse, y mi mamá me dijo que me vistiera. Yo, taimada, no quise. Me pegó mi mamá y fue todo inútil. Yo lloraba y era tanta la rabia que tenía que quería tirarme al baño. Mi mamita me principió a vestir, pero yo seguía rabiando. Cuando estuve lista, me arrepentí de lo que había hecho y le fui a pedir perdón a mi mamá, que tenía mucha pena de verme así y decía que se venía a Santiago para no estar con una chiquilla tan rabiosa. Pero ella no me quiso perdonar; con lo que yo lloraba inconsolable. Me echó de su pieza y yo me fui a esconder para llorar libremente. Llegó la hora de tomar onces y no quería ir hasta que me obligaron; pero yo estaba avergonzada y no quería mirar a nadie, pues había dado muy mal ejemplo. No sé cuántas veces pedí perdón hasta que en la noche mi mamá me dijo que vería cómo era mi conducta en adelante.

"Yo creo que de este pecado he tenido contrición perfecta, pues lo he llorado no sé cuántas veces. Y cada vez que me acuerdo, me apeno de haber sido tan ingrata con Nuestro Señor que me acababa de dar la vida" (D. 9).



Capilla del Externado del Sagrado Corazón, allí Juanita hizo su Primera Comunión.

Por la noche habló con Rebeca, estaba desesperada, su carácter nuevamente la había dominado. Su hermana la tranquilizó diciéndole que tenía un genio mucho peor al suyo. Juanita no se conformó: "Tú te impacientas todos los días, pero tus impaciencias son chicas, y te duran poco, las mías son más a lo lejos, pero son más grandes y me duran más; en adelante me venceré hasta no impacientarme ni una sola vez".[1]

Después de esta escena volvió a ser la niña madura y equilibrada de siempre. Su mamá la perdonó del todo atribuyéndole gran parte de su comportamiento al estado en que se encontraba luego de permanecer algunos días en el pensionado. La Navidad la había pasado en cama, sintiéndose muy mal; el Año Nuevo estuvo hospitalizada lejos de los suyos, en Chacabuco, sus actividades fueron limitadas. A pesar de los atenuantes, Juanita sufrió mucho. Había retrocedido un paso...

JUANITO

Iba saliendo de su casa apresurada para asistir a misa. Un niño casi famélico se le aproximó a pedirle limosna. Se estremeció al verlo. Sus ropas eran verdaderos harapos, tiritaba de frío. Lo hizo entrar a la cocina. Le ofreció un tazón de leche caliente, preparó para él un gran pan con mantequilla y dulce. Juanita se sentó a su lado y suavemente comenzó a interrogarlo.

El niño, de unos ocho años, apenas podía hablar. Respondió balbuceando una que otra palabra. Le preguntó dónde vivía, sobre sus padres y por qué estaba en ese triste estado. No obtuvo información. Le dijo que volviera a las seis de la tarde porque quería ayudarlo. Lo fue a dejar a la puerta no sin antes haber ido al dormitorio a buscar sus ahorros para que se los diese a su mamá.

Llegó atrasada a misa, alcanzó sólo a comulgar. Regresó a tomar el desayuno a casa. Luego se dirigió al colegio. Estuvo todo el día pensando en el niñito. ¿Qué podría hacer por él? ¿Conocería a Dios? ¿Serían católicos sus padres? ¿Volverá?

A su regreso advirtió que estaba en la esquina esperándola; eran apenas las cinco y diez minutos. Ofelia –que iba detrás con Rebeca– comprendió de inmediato. El niño al ver a Juanita sonrió. Ella feliz también le sonrió. Lo invitó a la cocina.

Estaba descalzo. ¿De dónde obtener dinero para comprarle zapatos?

La situación económica en su hogar seguia mala. Don Miguel habia vuelto a tener problemas en las cosechas. Con el permiso de su madre y en compañía de Ofelia, fue a la casa del niño para conocer su realidad. Doña Lucía celebraba desde lo íntimo la generosidad de Juanita.

Guiadas por el niño caminaron varias cuadras. Entraron a un conventillo. En una lúgubre pieza, si podía llamarse así, vivían hacinados. Ningún indicio afirmaba si habían cocinado ese día.

(1 "Testimonio de su hermana Rebeca")

La madre del niño, sorprendida ante tan ilustre visita, apenas se atrevía a hablar. Juanita, acostumbrada a los "censos" de Chacabuco, comenzó a indagar: ¿Cuántos niños tiene? ¿Qué hace su marido? ¿Sus hijos han recibido los sacramentos?

El padre era un borracho, los hijos mayores la habían abandonado y el pequeño ni siquiera había sido bautizado.

Se encargó de hablar con el sacerdote de su parroquia. El niño fue bautizado con el nombre de Juan. La madrina fue Juanita.

Era la primera gran responsabilidad que tomaba. Lucho de inmediato le puso Juanito. Sus hermanos le regalaban ropa, ella se las adecuaba a su talla. Pero el problema eran los zapatos, los que había llevado a la ceremonia estaban rotos y gastados.

Los de Lucho y Miguel le quedarían grandes y los de Ignacio, chicos. Juanito necesitaba zapatos. ¡El reloj, ahí estaba la solución! Desde su casa sentía las campanadas de la iglesia y en el colegio los horarios los indicaban también las campanas.

El domingo, cuando se juntaron varias visitas en su hogar, Juanita rifó el reloj. Lo llevaba desde los doce años, era suizo y muy fino. Su madre no la detuvo –al contrario– era la más entusiasta. Todos participaron. Previamente había preparado unos papelitos numerados, los cuales los vendió a una módica suma. Algunos le compraron dos y hasta tres números. ¡No tendría más el reloj pero su protegido tendría zapatos!

Su escasa mesada la utilizaba para cubrir las necesidades del pequeño. "En él veía a todos los niños desvalidos del mundo." Juanito no podía seguir viviendo con sus padres. Frecuentemente era testigo de malos ejemplos. Lo llevó donde una buena y modesta señora que conocía, a la cual su mamá había ayudado en varias oportunidades. Todos los días el niño iba a almorzar donde los Fernández. Juanita, cuando nadie lo notaba, guardaba su postre para dárselo, pensando que se repondría más rápido.

No era el primero que socorría en Santiago. Cuando tenía trece años llegó a su hogar un niño quemado. Su madre no estaba. Ante el estupor de las empleadas, lo desnudó para darle un baño de bicarbonato y aceite. Gracias a sus cuidados y curaciones, las llagas pudieron mejorar.

Ahora era diferente, estaba más grande, pronto cumpliría quince años. A Juanito debía sanarle su cuerpo y su alma. Era la voluntad divina quien lo había entrelazado en su vida para darle la oportunidad de salvar a los desposeídos que se perdían por ignorancia. Así lo creía ella, transformándose en eterna agradecida.

Juanito era un regalo de Dios.

Su generosidad no tendrá límites. Lo preparará para su Primera Confesión. Le enseñará a ser un fiel soldado de Cristo al ser confirmado y luego le inculcará sus principios para recibir el Sacramento de la Eucaristía.

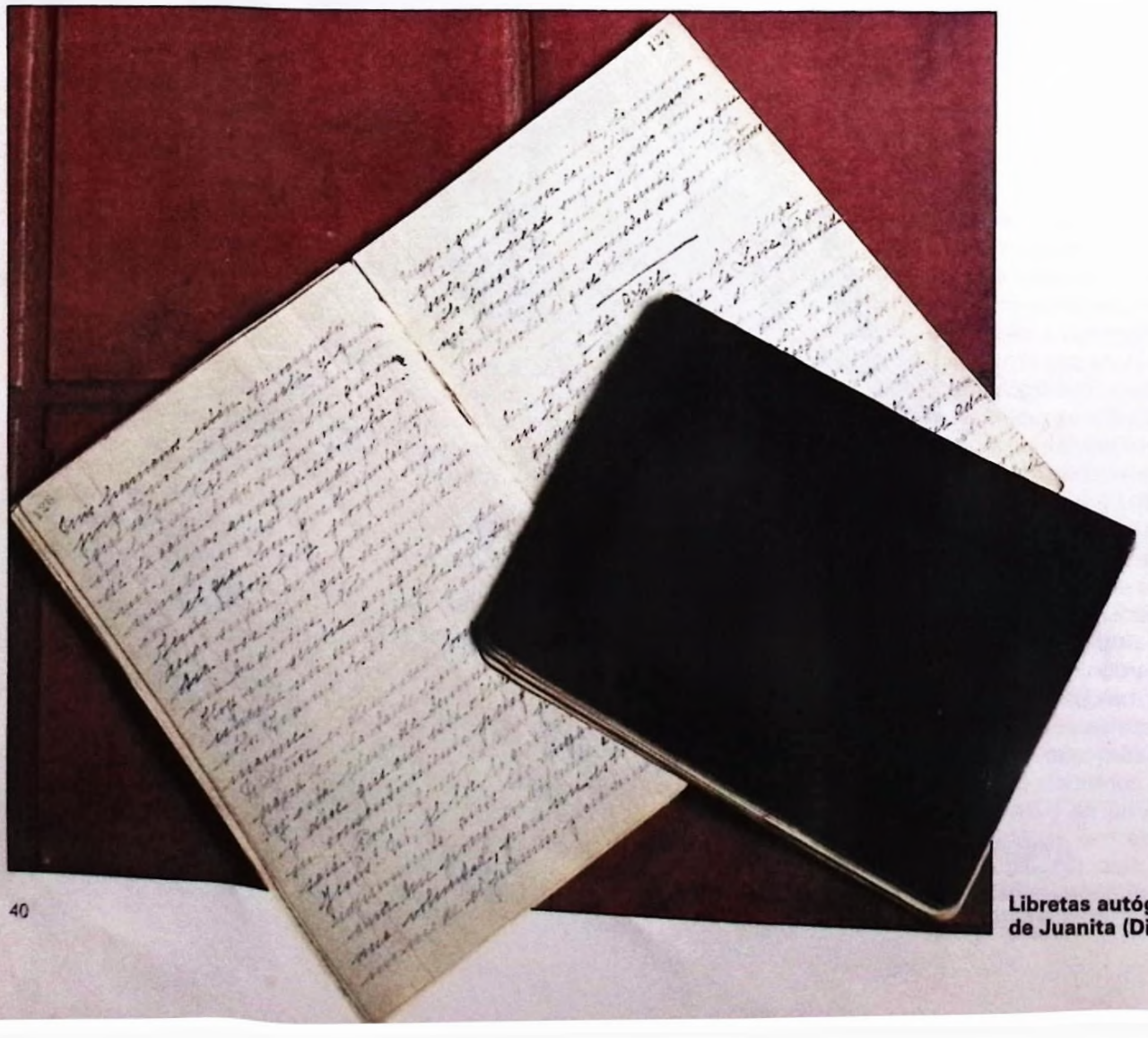
Sacrificará los fines de semana para dedicarse a él, privándose muchas veces de sus amigas. Lo matriculará en la escuela, le enseñará las materias y lo adoctrinará en el Evangelio.

Por amor a Dios, todo se lo dará a él.

QUINCE AÑOS

13 de julio de 1915:

"Hoy cumplo quince años. ¡Quince



Libretas autógrafas de Juanita (Diario).

años! La edad en que todos quisieran estar: los niños por ser considerados como más grandes, y los ancianos y los que han pasado esta edad, que tienen veinticinco años, quisieran volver a esta edad por ser la más feliz.

"Pero yo pienso: quince años, quince años que Dios me ha conservado la vida. Me la dio en 1900. Me prefirió entre millares de seres para crearme a mí.

"En 1914, el año que pasó, estuve enferma a la muerte, y me dio la vida otra vez. ¿Qué he hecho yo de mi parte, para este favor tan grande y para que Dios me haya dado la vida dos veces?

"¡Quince años! ¿En qué me he ocupado en estos quince años? ¿Qué he hecho yo para agradar a ese Rey omnipotente, a ese Creador misericordioso que me creó? ¿Por qué me prefirió entre tantas criaturas?

"El porvenir no se me ha revelado; pero Jesús me ha descorrido la cortina y he divisado las hermosas playas del Carmelo.

"¡Cuántas veces no le he pedido a Dios que me lleve de este mundo, y El casi ha accedido a mis súplicas y me ha mandado enfermedades de las cuales creían que no salvaba! Pero Jesús me ha enseñado que no debo pedir esto y me ha puesto como término de mi viaje nueve años[1] más en el bendito puerto del Carmelo.

"Estos quince años en que para una chiquilla es la edad más peligrosa, es la entrada en la mar tempestuosa del mundo. Pero yo que estoy en los quince años, Jesús ha tomado el mando de mi barquilla y la ha retirado del encuentro de las otras naves. Me ha mantenido solitaria con El. Por eso, mi corazón, conociendo a este Capitán, ha caído en el anzuelo del amor, y aquí me tiene cautiva en El. ¡Oh! cuánto amo esta prisión y a este Rey Poderoso que me tiene cautiva, a este Capitán que en medio de los oleajes del océano, no ha permitido que naufrague.

"Jesús me alimenta cotidianamente con su Carne adorable y, junto con este manjar, escucho una voz dulce y suave como los ecos armoniosos de los ángeles del cielo. Esta es la voz que me guía, que suelta las velas del barco de mi alma para que no sucumba, y para que no se hunda. Siempre siento esa voz querida que es la de mi Amado, la voz de Jesús en el fondo del alma mía; y en mis penas, en mis tentaciones, Es El mi Consolador, es El mi Capitán.

"Condúceme siempre, Jesús mío, por el camino de la Cruz. Y levantará el vuelo el alma mía, donde se encuentra el aire que vivifica y la quietud" (D.10).

LA MADRE **RIOS**

A pedido de la Madre Ríos, directora y orientadora espiritual de las alumnas del Sagrado Corazón, Juanita había comenzado a escribir el diario de su vida. Para ello utilizó un cuaderno de cincuenta hojas; allí anotaba sus pensamientos, sus penas, anhelos... y su ilimitado amor a Jesús.

La religiosa había notado algo diferente en ella. Le tenía especial predilección porque la encontraba madura, equilibrada, sincera, despierta y animada. No la perdía de vista. Conocía su carácter fuerte y decidido... Captaba la lucha que libraba en su interior por dominarse. Ahora la veía suave, entregada a sus deberes, pero muchas veces distraída, le daba la impresión de que estaba en otro mundo. ¿Qué pasaba? ¿Por qué de pronto se alejaba estando ahí mismo?

Logró, de tanto observarla, entender que sus distracciones no eran iguales a las de otras niñas... Juanita se recogía interiormente, se introducía en su alma para encontrarse con Jesús.

Hacía tiempo, mucho tiempo que no recibía quejas de doña Lucía. Le llegaban sólo alabanzas de las demás religiosas. ¿Y lo que le contó Rebeca sobre las joyas? ¿Cómo era posible que a su edad rechazara el collar de perlas legítimas que había pertenecido a sus antepasados? ¿Por qué se negó a recibir el anillo de brillantes de su abuela? "Dénselo mejor a Lucía o a Rebeca, a mí no me hace falta". Nunca pedía nada, jamás exigía.

Comprendió que tenía vocación. No podía explicárselo de otra manera.

La Madre Ríos fue trasladada al Internado del Sagrado Corazón por razones de salud. Juanita se apenó porque pensó que no la volvería a ver más. Le escribió una carta donde le expresaba su tristeza por el alejamiento del colegio de la Alameda y además le habló sobre su ideal carmelitano.

La religiosa había acertado.

Juanita no sabía que Rebeca y ella pronto irían al Internado.

[1] Juanita pensaba que moriría a los veinticuatro años, al igual que Santa Teresita del Niño Jesús

[2] Testimonio de Sara Guerra

[3] El Internado de Maestranza es actualmente CEMA CHILE, la calle Maestranza es hoy Portugal

SARA

Sara Guerra Farías, la nieta del antiguo administrador de don Eulogio e hija de don Zoilo, mano derecha de don Miguel en Chacabuco, acudía con frecuencia a Santiago en compañía de su padre, quien debía comercializar los productos del campo.

Don Zoilo no se separaba de su hija. Aún estaba latente en él la terrible tragedia que había sufrido: su señora, Luisa Farías, había sido asesinada por unos bandidos cuando se dirigía a ver a sus familiares a la capital. Cada vez que debía ir a Santiago, llevaba a Sara, no la dejaba sola un instante. Mientras permanecía en la ciudad alojaba a su hija donde los Fernández Solar.

El verano pasado Juanita y Sara habían integrado el coro de Chacabuco. Juntas recorrieron las avenidas del fundo convidando a los inquilinos y a sus hijos a las misiones. Juanita sufría por la pena que llevaba su amiga, y la consolaba diciéndole que debía acatar la voluntad de Dios. Sara la quería mucho, era su ejemplo y la mejor de todas: su hermosa voz, su sencillez, simpatía, belleza y tantas otras cualidades las utilizaba para alabar al Señor.

No se conformaba aún por lo sucedido a su madre. Esto lo reflejaba constantemente. Doña Lucía la amonestó:

"Sara, debes ser paciente, porque eres hija de la desgracia".

Juanita replicó con decisión:

"No, mamá, no diga eso, porque Dios lo ha dispuesto así".

Abrazándola le susurró al oído:

"Sara, Jesús te consolará".[2]

EL INTERNADO

Ofelia iba a buscarlas al colegio. Juanita y Rebeca caminaban con sus amigas adelante. La mama las vigilaba desde atrás. Al estar ubicado el Sagrado Corazón muy cerca del colegio San Ignacio, los muchachos se les acercaban en el trayecto para conversarles. Esperaban ver a Juanita y era a ella a quien abordaban especialmente. Como a toda joven le agradaban estos encuentros, sonreía y les respondía con amabilidad. Pero siempre estaba presente su vocación.

Doña Lucía, al enterarse por la niñera de esta situación casi diaria, drásticamente decidió cambiar a sus hijas al Internado de Maestranza[3] que pertenecía al mismo colegio. Esto sucedía en el segundo semestre.

Juanita tenía quince años, era toda una mujer.

La seguían atraídos por sus deslumbrantes ojos jacintos, su estupendo porte, sobre el metro setenta; por su sonrisa acompañada por pequeños y blanquísimos dientes y por dos hoyitos que se le formaban a cada lado de su rostro. El pelo, ligeramente ondulado, se le había oscurecido resaltando más aún su mirada.

Sufrió lo indecible al conocer la resolución de su madre. Rebeca, en cambio, pensaba que hasta podía ser más entretenido. Juanita perdía su libertad. No podría asistir más a la iglesia diariamente, no podría proteger a los que la buscaban, no podría ver casi nunca a sus padres y hermanos. ¿Quién entretendría a Ignacio? ¿Cómo podría abandonar a Lucho que estaba pasando por un negro período, abrumado de dudas sobre la existencia de Dios? ¿A Miguel, quién le iba a llevar la comida a escondidas cuando llegaba tarde en sus días libres? ¿Quién suavizaría a su madre?

Su generosidad la llevaba a pensar en los otros más que en ella.

Podrían salir del Internado una vez al mes: desde el sábado a mediodía, hasta el lunes siguiente, debiendo regresar a las ocho de la mañana. Además de las vacaciones tenían permiso para ir a sus casas por las tardes pero en ocasiones muy especiales.

Nada le dijo a su mamá, acató en silencio desde un comienzo el cambio. Nuevamente debió vencerse para no reclamar. Por las noches lloraba ocultándose de su familia. ¿Por qué tenían que internarlas si prácticamente vivían al lado del Externado? ¿No se había creado el Internado para las alumnas cuyos padres vivían alejados de Santiago?

Sólo recibirían visitas dos veces por semana. También sabía que a las que sorprendían no hablando francés[1] perdían de inmediato el derecho a su salida mensual. ¿A sus amigas y a las compañeras del Externado cuándo las vería?

Estaba desesperada, recurrió a su fiel Jesús, obteniendo un consuelo interior. Esta prueba era la voluntad de Dios y debía aceptarla, no sólo por obedecer, sino por lo que la vida le deparaba. ¡Era necesaria esta separación!

En medio de su desventura Juanita terminaba agradeciendo:

"Y a pesar de mi pena, no pude menos de agradecérselo a Nuestro Señor, que me preparaba el camino para estar más apartada de las cosas del mundo y me llamaba a vivir junto a El para que estuviera más acostumbrada a vivir separada de mi familia antes de entrar en el Carmelo.

"Yo creo que jamás me acostumbraré a vivir lejos de mi familia: mi padre, mi madre, esos seres que quiero tanto. ¡Ah, si supieran cómo sufro, se compadecerían! Sin embargo, me debo consolar. ¿Acaso viviré toda la vida sin separarme de ellos? Así lo quisiera yo: pagarles con mis cuidados lo que ellos han hecho por mí. Pero la voz de Dios manda más y yo debo seguir a Jesús al fin del mundo si El lo quiere. En El encuentro todo. El solo ocupa mi pensamiento. Y todo lo demás, fuera de El, es sombra, aflicción y vanidad. Por El lo dejaré todo para irme a ocultar tras las rejas del Carmen, si es su Voluntad, y vivir sólo para El. ¡Qué dicha, qué placer! Es el Cielo en la tierra.

"Pero entre tanto, qué siglos son los años que se esperan para darle el dulcísimo nombre de Esposo. Qué tristes los días de destierro. Pero El está junto a mí y me dice muy seguido: 'Amiga muy querida'. Esto me infunde ánimo y sigo esforzándome para hacerme un poco menos indigna del título que llevaré. ¡Ah! ¿dónde será el lugar donde celebraremos nuestros desposorios y el lugar donde viviremos unidos? Me ha dicho el Carmen. Pero cada vez que quiero mirarlo más de cerca, parece que El lo cubre con un velo para que nada vea, y sin esperanza me retiro triste y desolada. Veo que mi cuerpo no resistirá y todos los que están a cabo, me repiten: es muy austera esa Orden y tú eres muy delicada. Pero Tú, Jesús eres mi Amigo y como tal me proporcionas consuelo. Cuando salí a la casa por el día me encontré que la madre superiora del Carmen,[2] sin conocerme, me había enviado un retrato de Teresita del Niño Jesús, con mi mamá; lo que me ha proporcionado mucho gusto. Me encomendaré a Teresita para que me sane y pueda ser Carmelita. Pero no quiero sino que se cumpla la voluntad de Dios. El sabe mejor lo que me conviene. ¡Oh Jesús, te amo; te adoro con toda mi alma!" (D. 11).

(1 El Sagrado Corazón había sido fundado en Francia. En Chile se enseñaba el francés porque las pioneras que habían venido eran francesas. Más tarde se les llamará Monjas Inglesas para diferenciarlas de otro colegio santiaguino y porque el inglés se transformará en el idioma predominante)

(2 Monasterio Carmelita llamado Carmen Alto en la calle Carmen frente al cerro Santa Lucía. Actualmente en Pedro de Valdivia Nº 3252)

TERESITA **DE LISIEUX**

Había leído varias veces "Historia de un Alma" de Teresita del Niño Jesús fallecida en 1897 y quien más tarde sería canonizada.

Se identificaba con ella. Teresita, a los ojos de muchos, no había hecho nada extraordinario. Juanita la había captado: la vida está formada por pequeñas cosas, pero si esas pequeñas cosas se cumplen según la voluntad de Dios y se hacen con gozo, sin llamar la atención pero haciéndolas lo mejor posible, con toda la intensidad del alma y por amor a Cristo; ofreciéndole a El las penas y las alegrías; las cosas pequeñas se engrandecen y lo ordinario se transforma en extraordinario.

Teresita desde siempre se había dejado llevar de la mano por Jesús, sin oponer resistencia; abandonándose como una niña que se lanza a los brazos de su padre.

En el silencio de su plegaria pedía –al igual que Teresita– ser "Víctima del Amor Misericordioso".

Teresita creía en la intervención divina en todos los pequeños y grandes acontecimientos de su vida; se entregó a la oración para amar y conocer a Dios. Juanita se entregaba, también, para amarlo y conocerlo.

Cada una buscaba el camino que El les presentó, caminos diferentes que convergían al mismo fin: Amor sin medida al Señor.

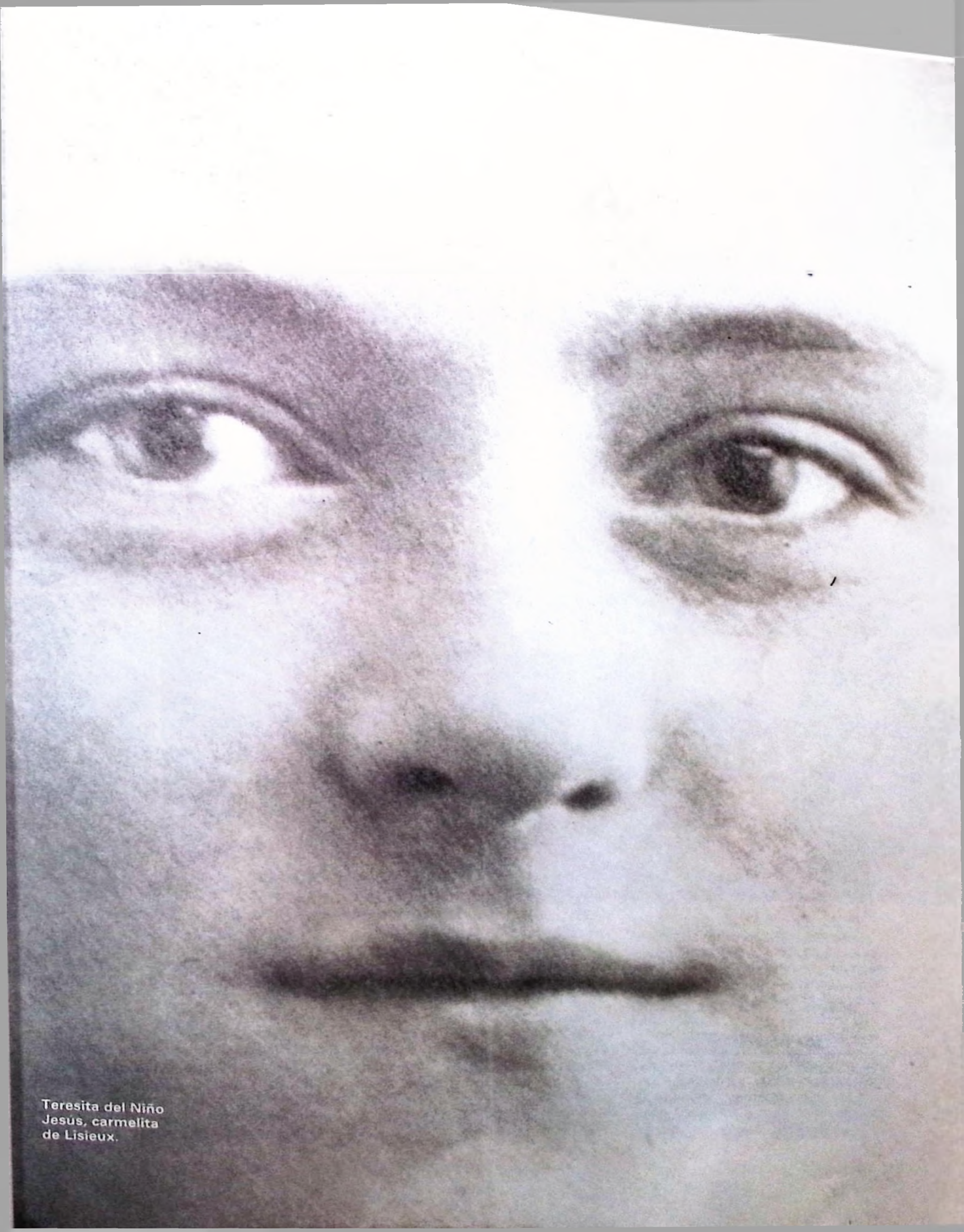
Teresita que llegaría a ser patrona de los misioneros salvando almas desde su celda; la amiga de Jesús, y su eterna enamorada... ofreció su vida para entregarle almas e invadida por sus "llamas divinas" se consumió de amor.

Teresita –a los quince años– estaba en el Carmelo... Juanita en "el mundo" luchando contra las tentaciones, mortificando su cuerpo, reprimiendo su carácter, aplastando su orgullo, desterrando la vanidad... avanzando en su oración continua. Ambas eclipsándose para no ser reconocidas.

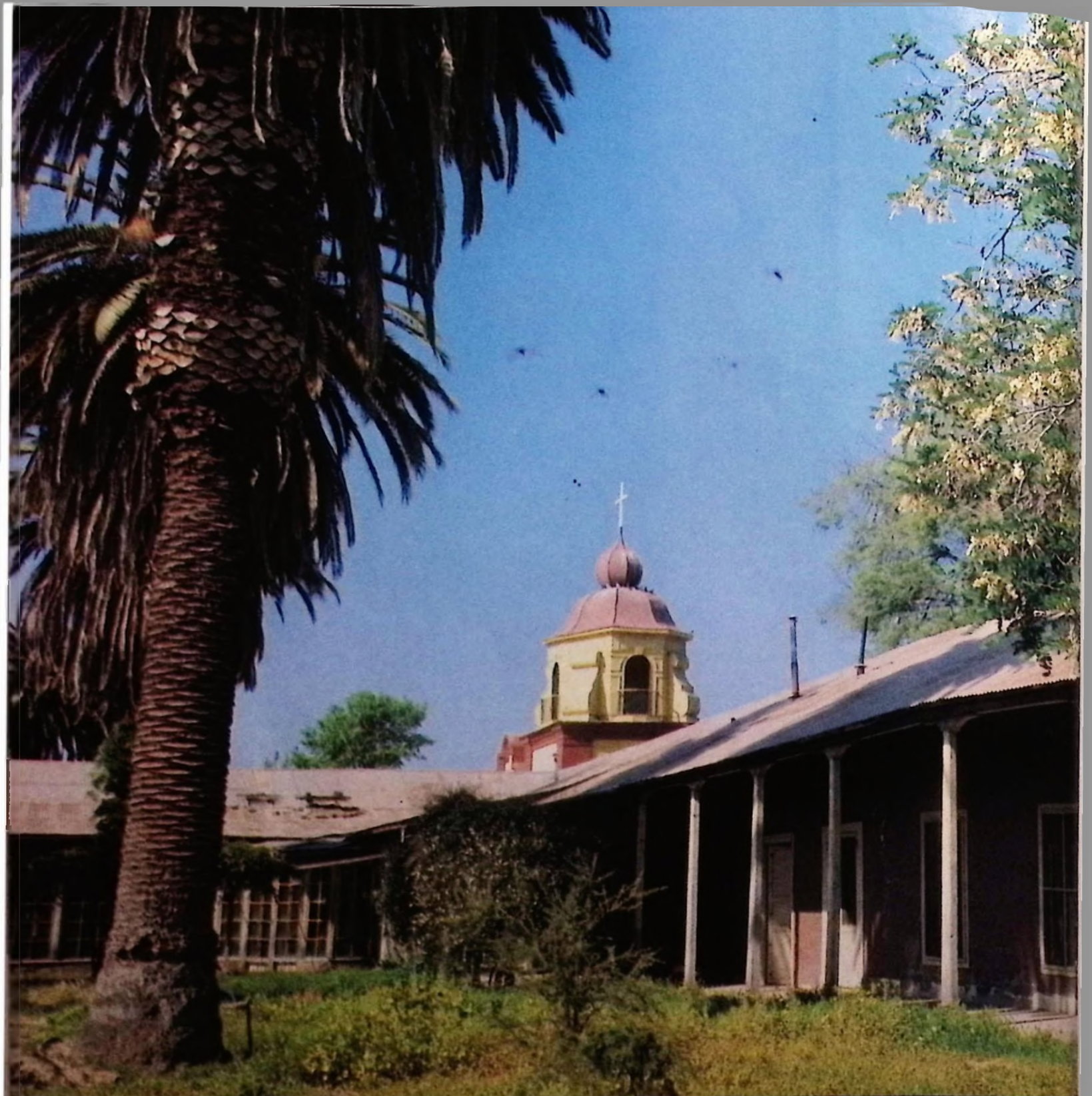
"Un alma pequeña"; se decía Teresita.

"Una nada criminal"; se decía Juanita.

Dios les exigía, debiendo hacer todo lo mejor posible en los lugares en que



Teresita del Niño Jesús, carmelita de Lisieux.



Casas patronales de la Hacienda Chacabuco

estaban enmarcadas.

"La perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que El quiere que seamos."[1] Fueron estas palabras, de la que llegaría a ser santa, las que cautivaron a Juanita.

LLORAR EN SILENCIO

En extensos dormitorios comunes, separados por tabiques y cortinas, dormían las niñas internas. Sobre cada respaldo de las camas colgaba la imagen del Sagrado Corazón. Juanita y Rebeca estaban en el último extremo, al final del pasillo. Por ser hermanas gozaban del privilegio de no tener separaciones. Juanita había llevado su Virgen de loza a la cual nunca le faltaban flores.

Cada compartimento contaba con una cama, un elevado velador con un jarro y un lavatorio y una silla que por las noches debían dejar a los pies de la cama, pero fuera de la cortina, con el uniforme y el resto de la ropa cuidadosamente ordenados.

Debía disimular las lágrimas para que

Rebeca, quien empezaba a desesperarse, no se desanimara. Escondió su gran tristeza para no desalentarla. Pero en verdad, Juanita padeció mucho. No podía soportar el alejamiento de sus compañeras antiguas y menos el de su familia.

IMPORTANTE **CONVERSACION**

La Madre Ríos que aún seguía en el Internado la mandó a llamar. Juanita le confesó que no podía acostumbrarse. Hablaron largo rato. Preocupada le contó que la vanidad la acechaba –halagándole cuando los muchachos le rondaban la cuadra– complaciéndolos con una sonrisa. Le prometió dominar estas frivolidades y luchar contra todo lo que se opusiera a su futuro.

Su ideal era la vocación carmelitana. Estaba guiando su vida en torno a este fin. Pero la primera batalla que debía ganar era aceptar su nueva situación de interna. Sabía que no debía rebelarse. ¿Si no era capaz de resistirla, cómo podría soportar el Carmelo? Por amor a Jesús, sólo por amor a El, todo lo toleraría. Le dijo a la madre que el claustro no marcaría el término de su vida en el mundo, sería el comienzo, el renacer, "el cielo en la tierra".

El Internado debía sufrirlo por obligación.

El Monasterio era su ambición.

Lo peor era su debilidad física. La religiosa se lo recordó.

"¡Ay; no me acuerdo de este cuerpo miserable! Quisiera volar y él no puede. ¡Cuánto te aborrezco, vaso de corrupción que te opones a los deseos de mi alma! Eres delicado. Te hacen mal las austeridades, y necesitas que te regaloneen. Pero mi Jesús hará lo que quiera. Cúmplase en todo su santa voluntad. Esta cruel incertidumbre es una especie de agonía para mi alma. Mejor. Porque así puedo unirme mejor a mi Jesús en el Huerto y consolarlo un poco. Es el cáliz que me acerca a los labios, pero que creo no me lo hará apurar" (D. 13).

La Madre Ríos le recomendó leer a Santa Teresa de Jesús ya que había leído a Teresita de Lisieux.

¿PENSARAN **EN EL?**

El lema del colegio: "El deber ante todo, el deber siempre" la llevaba a hacer grandes sacrificios para salir adelante. Debía consolar a Rebeca y olvidarse de sí misma.

Pronto se le vio animando a las más pequeñas que sufrían por estar lejos de sus hogares. Su responsabilidad comenzó a llamar la atención. En los estudios sobresalía, era netamente humanista, tenía una facilidad asombrosa para la literatura, la historia, religión y filosofía; pero detestaba la física y la química.

Se convirtió en la compañera solicitada por todas, por su paciencia para ayudar a las más atrasadas, por sus consejos siempre oportunos y desinteresados, por su simpatía, su generosidad y grandeza.

Cuando se acercaba a un grupo, las niñas callaban si estaban hablando mal de alguien. Sabían que ella no lo toleraba. Juanita infundía respeto.

Los fines de semana que permanecía en el Internado los consagraba a la escuela que mantenía el colegio para alumnas de escasos recursos que venían de provincias. Les enseñaba el catecismo, las ayudaba en sus deberes y los comestibles que le llevaba su madre los guardaba para ellas.

Juanita buscaba la aproximación con Jesús en todas las ocasiones, preguntándose si alguien en los recreos, en los momentos de alegría, pensaba en El. Sufría si lo olvidaban y por su espíritu reparador intentaba cada vez con más fuerza unirse a Cristo crucificado.

Lo recordaba en todas partes, en todo instante: en sus deberes, en el esparcimiento, en la capilla, en la oración... en el silencio. ¡Siempre buscará el silencio para sumergirse en El!

Invocaba a la Santísima Virgen, quería imitarla en su vida oculta en pos de su Hijo, en su humildad, su fortaleza... su sacrificio.

¡POR FIN **VACACIONES!**

Llegaron las vacaciones de septiembre. ¡Dos semanas fuera del Internado! Juanita obtuvo el primer premio en el concurso de ortografía. ¡Por fin compartiría algunos días con su familia! Antes de partir a Chacabuco, aprovechó de visitar a sus amigas. Con su madre y Rebeca fueron a ver a Miguel, quien hacía la guardia y había sido ascendido a cabo.

¡Otra vez Chacabuco! El paraíso. Todo seguía igual. Organizaron paseos a caballo. Juanita siempre aventajaba a sus primos y hermanos, era lejos la que mejor cabalgaba. Elevaron volantines, celebraron las Fiestas Patrias. Visitaron a los antiguos empleados de don Eulogio, llevándoles de regalo estampas del Sagrado Corazón.

Se preocupó de entretener y acompañar a Ignacito; había sufrido un accidente jugando en los pasillos de un hospital y su rodilla fue mal entablillada; comenzaba a cojear. Recurrieron a muchos médicos, pero sólo conseguían que su defecto se fuera acentuando.

Durante la misa, Juanita se distrajo por los primos que la inducían a reírse, de pronto se vio tentada de la risa, pero supo detenerse a tiempo.

Tenía una hermosa voz de contralto; siempre le pedían que cantara; pero antes de hacerlo recurría a su "Amigo Jesús" para no vanagloriarse frente a la admiración de los que la oían. Cuando cantaba, lo hacía para El, olvidándose de su entorno. Se producía una relación íntima, un acercamiento total. Cerraba los ojos traspasando las barreras mundanas transformando su voz en una maravillosa fusión.

Después de comulgar quedaba tan ligada al Señor que le parecía estar en el cielo y continuaba en esta unión durante todo el día –suplicándole– que no se separara de ella.

La tristeza la envolvió otra vez, debía regresar al Internado. Sentía "desesperación y unas ganas locas de llorar. A Ti Jesús mío, te ofrezco esta pena; pues quiero sufrir para parecerme a Ti, Jesús, amor mío" (D. 14).

LA CRUZ

"Hoy, desde que me levanté estoy muy triste. Parece que de repente se me parte el corazón. Jesús me dijo que quería que sufriese con alegría. Esto cuesta tanto, pero basta que El lo pida para que yo procure hacerlo. Me gusta el sufrimiento por dos razones: la primera, porque Jesús siempre prefirió el sufrimiento, desde su nacimiento hasta morir en la cruz. Luego ha de ser algo muy grande para que el Todopoderoso busque en todo el sufrimiento. Segundo: me gusta porque en el yunque del dolor se labran las almas. Y porque Jesús, a las almas que más quiere, envía este regalo que tanto le gustó a El.

"Me dijo que El había subido al Calvario y se había acostado en la Cruz con alegría por la salvación de los hombres. ¿Acaso no eres tú la que me buscas y la que quieres parecerte a Mí? Luego ven conmigo y toma la Cruz con Amor y alegria" (D. 15).

(1 "Historia de un Alma", de Santa Teresita del Niño Jesús)

"MI ESPEJO"

"Mi espejo ha de ser María. Puesto que soy su hija, debo parecerme a ella y así me pareceré a Jesús.

"No he de amar sino a Jesús. Luego mi corazón ha de tener el sello del amor de Dios. Mis ojos se deben fijar en Jesús Crucificado. Mis oídos han de oír constantemente la voz del Divino Crucificado.

"Mi lengua ha de expresarle mi amor. Mi pie ha de encaminarse al Calvario. Por eso ha de ser mi andar lento y recogido. Mis manos deben de estrechar el Crucifijo, es decir aquella imagen divina que ha de imprimirse en mi corazón" (D. 15).

Estaba muy apenada pues no recibiría a su mamá en las visitas semanales, ella partiría a ver a Ignacito a Viña del Mar, que por razones de salud, se quedaba largas temporadas en casa de unos familiares. Le escribió una carta a la Virgen María para buscar consuelo:

"Tú eres mi Madre y te digo que tengo pena. Antes tenía una tregua mi dolor, un rayo de luz en mi oscuro corazón; pero ese rayo de luz ya no me alumbra ni sonríe. Esa sonrisa de mi madre me hacía vivir y era dos veces a la semana; pero ahora no la tendré. Mañana será miércoles y nadie me llamará al salón. Ven Tú con tu Hijo y mi felicidad será completa.

"Haced que sepa mis lecciones, mis repasos, mis exámenes. Que tenga premios para verte feliz a Ti y a mi Jesús y a mis padres. María, Madre mía, óyeme. Tu hija" (D. 15).

LA ORACION

En los recreos largos, después de almuerzo, asistía voluntariamente a la capilla a rezar. Llamaba la atención por su oración piadosa. Oración interior carente de palabras, oración de constante progreso para acercarse a Dios, imitando a Cristo y fortaleciendo sus virtudes. Desde pequeña había aprendido a orar mentalmente y a meditar sobre una verdad religiosa. Ahora, sin proponérselo, meditaba menos y amaba más.

Juanita se sumergía en su alma para encontrarlo a El.

Muchas veces sus compañeras la observaron y hasta a veces la tocaban mientras estaba sumida en Dios. Sus sentidos no respondían; se alejaba del mundo para "tratar" con "su Amigo".

En la casa, cuando se encerraba en el dormitorio –de rodillas– elevaba su alma al Señor. Lucho la veía absorta en la oración y no se percataba de que él estaba allí contemplándola. Cuando oraba estaba ajena a lo que sucedía a su alrededor. Permanecía inmóvil, como iluminada.

Una vez le dijo a su amiga Elena Salas: "Me cuesta permanecer en la tierra, creo que voy a morir muy joven". Elena no pudo olvidar esa frase y tampoco olvidaba la que le había dicho anteriormente: "Vivo en El porque donde voy, siempre va El".[1]

COMPAÑERA EJEMPLAR

Su carácter fuerte no llamó casi nunca la atención en el Internado. De tanto dominarlo comenzó a suavizarse adquiriendo una dulzura natural que se reflejaba en su paciencia, en sus actuaciones, en su entrega. Ponderada, ecuánime, justa, estable... eran los rasgos que iban advirtiendo sus maestras. Responsable, tierna, alegre, colaboradora, buena compañera... eran los signos que iban apreciando sus amigas. Ellas la buscaban. Sabía aconsejarlas y distraerlas y les hacía olvidar que estaban en "el calabozo", como llamaba Juanita al Internado. A Rebeca, con su ejemplo, la inducía a comportarse bien, ésta era rebelde y voluntariosa: "Esfuérzate, mejora tu conducta, para que obtengas al menos banda verde".

Cuando algunas compañeras se portaban mal, o faltaban el respeto a una religiosa, las convencía para que fueran a pedirle perdón.

Llegó a convertirse en la consejera, la amiga consoladora, la amiga alentadora... la amiga de todas.

Reconocía sus limitaciones y se esforzaba por complacer a las demás, olvidándose de sí misma. Su desprendimiento era inagotable, sobre todo con las que la necesitaban. En su transparente mirada traslucía una expresión plácida porque estaba impregnada de Jesús y atenta a sus requerimientos, cumpliendo con devoción, humildad y alegría, todas sus demandas.

Mater Admirabilis era su modelo, trataba de asemejarse a ella. Se encargaba de sus flores y le pedía fortaleza para llegar a su Hijo. Las compañeras comenzaron a llamarla "Mater Admirabilis". Anita Rucker Solar, su prima tercer grado, siempre le decía así; la veía perfecta, humilde, a veces lejana y oculta... perdida en su Amado.

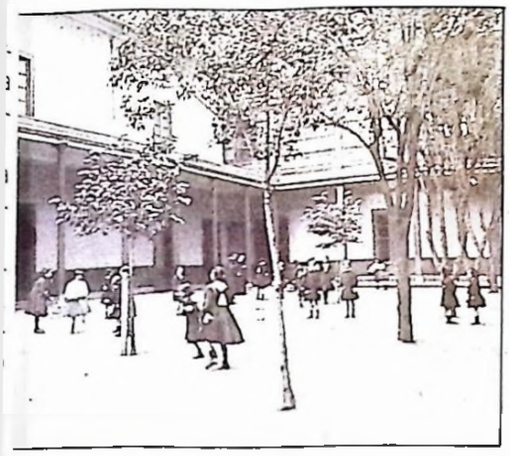
Tenía gran tino para hablarle a las niñas que no cumplían con sus deberes. Sus recomendaciones eran edificantes. Jamás las hería, ni les demostraba que ella lo habría hecho mejor. Al contrario, su modestia la obligaba a no hablar de sí misma. Escuchaba con gran paciencia a todas.

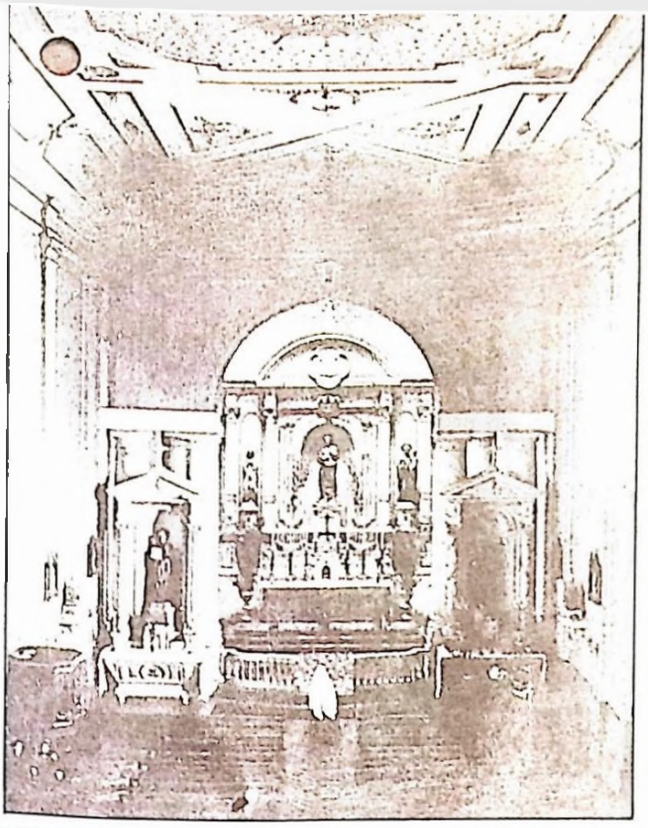
En silencio y sin ostentación, las conducía por el sendero del bien, por el camino de Dios.

En una ocasión la culparon de una falta que no había cometido. Juanita calló, para que la verdadera culpable no fuese sancionada. Ante los ojos de sus superiores, su figura perdió prestigio. Ante las alumnas ¡al fin y al cabo,

Salón de actos. Internado del colegio del Sagrado Corazón.







Izquierda: Patio del Internado del colegio del Sagrado Corazón.

Capilla del Internado del colegio del Sagrado Corazón.

Avenida y gruta de Lourdes del Internado del colegio del Sagrado Corazón.



Juanita era como las demás! Frente a Dios se engrandecía.

No quería ser reconocida por nadie, sólo por el Señor.

Sus actuaciones eran reservadas. Mantenía para todas la misma actitud, dispuesta a dar y entregarse por entero. Su condición era el silencio. A veces, en discusiones sobre elevadas materias, callaba, aunque dominara el tema. Pero sí salía en defensa –con firmeza y decisión– cuando se cometía una injusticia, se hablaba mal de alguien o se atacaba a miembros de la Iglesia.

Los deberes y las reglas que imponía el colegio debían cumplirse con rigurosidad, de lo contrario los castigos eran severos. En el refectorio, las obligaban a comerse todo lo que les servían. A la que dejaba algo le esperaba una sanción que se traducía en privarse de los recreos durante una semana.

En una oportunidad les dieron un postre muy mal preparado: un apelmazado arroz con leche. Las niñas de su mesa decidieron no tocarlo, conscientes de la reprimenda que recibirían. Juanita ante la consternación de sus compañeras se comió todos los postres. Lo hizo con tal humildad, con tal entereza que comprendieron que no pretendía darles una lección. Lo había hecho por amor. [2]

Abusarán de ella muchas veces, pero igual las ayudará, igual las protegerá y las consolará.

VOTO **DE CASTIDAD**

El 8 de diciembre, consiguió el permiso de su confesor para hacer el voto de castidad por nueve días. Voto que iría renovando con el consentimiento de él. Era para ella un camino de perfección espiritual, una promesa para mantenerse pura, una preparación para el Carmelo y lo más importante: sería la esposa de Jesús.

El día antes escribió: "Es mañana el día más grande de mi vida. Voy a ser esposa de Jesús. ¿Quién soy yo y quién es El? El todopoderoso, inmenso, la Sabiduría, Bondad y Pureza misma se va a unir a una pobre pecadora. ¡Oh, Jesús, mi amor, mi vida, mi consuelo y alegría, mi todo! ¡Mañana seré tuya! ¡Oh Jesús, amor mío!

"Madre mía, mañana seré doblemente tu Hija. Voy a ser Esposa de Jesús. El va a poner en mi dedo el anillo nupcial. Oh, soy feliz, pues puedo decir con verdad que el único amor de mi corazón ha sido El" (D. 15).

Luego estampará su "fórmula": "Hoy, ocho de diciembre de 1915, de edad de quince años, hago el voto delante de la Santísima Trinidad y en presencia de la Virgen María y de todos los santos del cielo, de no admitir otro Esposo sino a mi Señor Jesucristo, a quien amo de todo corazón y a quien quiero servir hasta el último momento de mi vida" (D. 15).

(1 Testimonio de Elena Salas)

(2 Testimonio de Sonia Stewart)

CARTA **A REBECA**

15 de abril de 1916

Querida Rebeca:

"Aprovecho un instante del estudio para poderte dar mil felicidades en el día de tu cumpleaños, pues un año más de vida ha de hacerte más seria y formal y también ha de ser motivo para reflexionar sobre la vocación que Dios te ha confiado.

"Créeme, Rebeca, que a los catorce y quince años uno comprende su voca-

ción. Se siente una voz y una luz que le muestra la ruta de su vida.

"Ese faro alumbró para mí a los catorce años. Cambié de rumbo y me propuse el camino que debía de seguir y hoy vengo a hacerte confidencias de los proyectos ideales que me he forjado.

"Hasta hoy nos ha alumbrado la misma estrella. Pero mañana no estaremos quizás juntas bajo su sombra protectora. Esta estrella es el hogar, es la familia. Es preciso separarnos y nuestros corazones, que habían formado uno solo, mañana quizás se separarán. Ayer me parece que no entenderías mi lenguaje; pero hoy tienes catorce años, edad que puedes comprenderme. Así pues, creo que te inclinarás hacia mí y me darás la razón.

"En pocas palabras te confiaré el secreto de mi vida. Muy luego nos separaremos y ese deseo que siempre abrigamos en nuestra niñez de vivir siempre unidas, va a ser muy luego fracasado por otro ideal más alto de nuestra juventud. Tenemos que seguir distintos caminos en la vida. A mí me ha tocado la mejor parte, lo mismo que a la Magdalena. El Divino Maestro se ha compadecido de mí, y acercándose, me ha dicho muy por lo bajo: "Deja a tu padre y madre y todo cuanto tienes y sígueme".

"¿Quién podrá rehusar la mano del Todopoderoso que se baja a la más indigna de sus criaturas? ¡Qué feliz soy, hermanita querida! He sido cautivada en las redes amorosas del Divino Pescador. Quisiera hacerte comprender esta felicidad. Yo puedo decir con certeza que soy su prometida y que muy luego celebraremos nuestros desposorios en el Carmen. Voy a ser Carmelita, ¿qué te parece? No quisiera tener en mi alma ningún pliegue escondido para ti. Pero tú sabes que no puedo decirte de palabra todo lo que siento y por eso he resuelto hacerlo por escrito.

"Me he entregado a El. El ocho de diciembre me comprometí. Todo lo que quiero me es imposible decirlo. Mi pensamiento no se ocupa sino en El. Es mi ideal. Es un ideal infinito. Suspiro por el día de irme al Carmen para no ocuparme sino de El, para confundirme en El, y para no vivir sino la vida de El: Amar y sufrir para salvar las almas. Sí; sedienta estoy de ellas porque sé que es lo que más quiere mi Jesús. ¡Oh, le amo tanto!

"Quisiera inflamarte en ese amor. ¡Qué dicha la mía si pudiera darte a El! ¡Oh, nunca tengo necesidad de nada, porque en Jesús encuentro todo lo que busco! El jamás me abandona. Jamás disminuye su amor. Es tan puro. Es tan bello. Es la Bondad misma. Pídele por mí, Rebequita. Necesito oraciones. Veo que mi vocación es muy grande: salvar almas, dar obreros a la Viña de Cristo. Todos los sacrificios que hagamos es poco en comparación del valor de un alma. Dios entregó su vida por ellas y nosotros cuánto descuidamos su salvación. Yo, como prometida, tengo que tener sed de almas, ofrecerle a mi Novio la sangre que por cada una de ellas ha derramado. ¿Y cuál es el medio de ganar almas? La oración, la mortificación, y el sufrimiento.

"El viene con una Cruz, y sobre ella está escrita una sola palabra que conmueve mi corazón hasta sus más íntimas fibras: "Amor". ¡Oh, qué bello se ve con su túnica de sangre! Esa sangre vale para mí más que las joyas y los diamantes de toda la tierra.

"Los que se aman en la tierra, mi querida Rebeca, como tú lo ves en la Lucía y Chiro[1], no tratan sino de tener una sola alma y un solo ideal. Mas son vanos sus esfuerzos pues las criaturas son tan impotentes. Mas no pasa eso en nuestra unión. Jesús vive ya en mi corazón. Yo trato de unirme, asemejarme y confundirme en El. Yo soy la gota de agua que he de perderme en el Océano Infinito. Mas hay un abismo que la gota no puede traspasar, mas el Océano se desborda con tal que la gota de agua permanezca en el más completo abandono de sí misma; que viva en un susurro continuo llamando al Océano Divino.

"Mas yo no soy sino un pobre pajarito sin alas. ¿Y quién me las dará para irme a anidar para siempre junto a El? El amor. Oh, sí, le amo y quisiera morir por El. Es tanto lo que lo quiero que quisiera ser martirizada para demostrarle que le amo.

"Sin duda que tu corazón de hermana se desgarra al oírme hablar de separación, al oírme murmurar esa palabra: adiós para siempre en la tierra para encerrarme en el Carmen, mas no temas, hermanita querida. No existirá jamás separación entre nuestras almas. Yo viviré en El. Busca a Jesús y en El me encontrarás y allí los tres seguiremos los coloquios íntimos que hemos de continuar allá en la eternidad. ¡Qué feliz soy! Te convido a pasar con Jesús en el fondo de tu alma. He leído en la vida de Isabel de la Trinidad que esta santita le había dicho a Nuestro Señor hiciera de su alma su casita. Hagamos nosotros otro tanto. Vivamos con Jesús dentro de nosotras mismas, mi pichita querida. El nos dirá cosas desconocidas. Es tan dulce su arrullo de amor. Y así como Isabel, encontraremos el Cielo en la tierra porque Dios es el Cielo.

"Diremos a Jesús en la Comunión que edifique en nuestra alma una casita; que nosotras pondremos el material que han de ser nuestros actos de vencimiento, el olvido de nosotras mismas y haciendo desaparecer el yo, que es el dios que adoramos interiormente. Esto cuesta y nos arrancará gritos de dolor. Pero Jesús pide ese trono y hay que dárselo. La caridad ha de ser el arma para combatir a ese dios.

"Ocupémonos del prójimo, de servirle, aunque nos cause repugnancia hacerlo. De esta manera conseguiremos que el trono de nuestro corazón sea ocupado por su Dueño, por Dios nuestro Creador.

"Venzámonos. Obedezcamos en todo. Seamos humildes. ¡Somos tan miserables! Seamos pacientes y puras como los ángeles y tendremos la felicidad de ver que Jesús, que es un buen arquitecto, edifique una segunda casa de Betania, donde tú te ocuparás de servirlo en la persona de tus prójimos como lo hacía Marta, y yo como Magdalena[2] permaneceré contemplándolo y oyendo su palabra de vida. Es imposible que, mientras estemos en el colegio, El exija de nosotros esa total unión que no consiste sino en ocuparnos de El. Pero podemos cada hora ofrecerle un ramillete de amor.

"Amemos al Divino Niño que sufre tanto sin encontrar consuelo en sus criaturas. Que El encuentre en nuestras almas un refugio, un asilo donde guarecerse en medio del odio de sus enemigos y un jardín de delicias que le haga olvidar el olvido de sus amigos.

"Termino. Adiós. Contéstame esta carta y guárdame el más completo secreto. Tu hermana que te quiere en Jesús" (D. 8).

Juana □

(1 Chiro: novio de Lucita y luego su marido, se llamaba Isidoro Huneeus Guzmán)

(2 Juanita pensaba, al igual que muchos, que María Magdalena era María de Betania, la hermana de Marta. Lucas 7: 36-50)


Mater Admirabilis



SEGUNDA PARTE

JUANITA HIJA DE MARIA

Creo que el secreto de la paz y la felicidad consiste en olvidarse, en desentenderse de uno mismo. Eso no significa no sentir sus miserias físicas o morales; también los santos han pasado por estas situaciones tan penosas. Sólo que ellos no se quedaban en ellas, sino que en todo momento las superaban."

(Isabel de la Trinidad, carmelita francesa, beatificada el 25 de noviembre de 1984).

DIRECTORES **ESPIRITUALES**

Para Juanita era fundamental tener un director porque quería progresar en el camino de la santidad; necesitaba el apoyo del Ministro de Cristo para no engañarse a sí misma. Sus guías serán factores decisivos que la orientarán en los asuntos del alma. Obedecía cuanto le aconsejaban y ordenaban. En ellos sentía la voz de Dios.

El Padre jesuita, Artemio Colom Falcó,



"Ecce Homo", imagen que perteneció a doña Rosa Fernández de Ruiz-Tagle, madrina de Juanita.

fue su director desde la Primera Confesión. Al cumplir siete años le había regalado el Ecce Homo –imagen que representaba a Cristo coronado de espinas y azotado ante la turba–, recomendándole que con sus actos de amor besara sus heridas para aliviarlo del vivo sufrimiento.

Casi sin darse cuenta, fue adquiriendo desde pequeña espíritu reparador. Buscaba abrazarse a la cruz para asemejarse a El, la buscaba para conseguir conversiones, para adorarlo y glorificarlo y liberar –aunque fuese por un instante– los dolores de su Amado.

El sacerdote creía en su vocación y por ello le había permitido hacer el voto de castidad por algunos días, como una anticipación a su futuro religioso.

Con sencillez, ella le exponía su lucha interior y la constante batalla que allí sostenía para purificarse. Le manifestaba sus tentaciones, caídas... faltas y olvidos.

Como todas las almas grandes se tenía en nada.

Otras veces, recurría al Padre Antonio Falgueras Dalmau, también jesuita. Había comprendido su alma carmelitana, sus ansias por ofrecerse como víctima de salvación, su amor desmedido a Jesús, su avanzado estado de oración.

"Cuanto menos de tierra más de cielo". Solía decirle desde el confesionario y ella comprendía que la alegría estaba sólo en la cruz.

"SERE CARMELITA"

Le pidió al Padre Colom que hablara con su mamá sobre su vocación. Tenía motivos para no comunicárselo personalmente. Lo primero que le iba a argumentar era su debilidad y que no resistiría la austera Regla Carmelitana. Además, temía su reacción; una cosa era que le gustara que fuese muy devota y otra era entregarla para siempre a la vida religiosa. Por último, el sacerdote era el confesor de su madre y acataba cuanto le sugería.

Doña Lucía, a pesar de su bondad, era muy severa y extremadamente escrupulosa; se intranquilizaba por las actitudes ajenas, sin descuidar por ello las suyas. Tenía la obsesión de lavarse las manos a cada instante y andaba –la mayoría de las veces– con ellas en alto para no tocar nada. Exigía una esmerada limpieza. Sometía a su familia a horarios excesivamente rígidos. Todo debía pasar por su censura. Pero frente a esta dura actuación su casa estaba abierta para los amigos de sus hijos y para los indigentes que golpeaban las puertas, siempre y cuando respetaran sus normas. Jamás impedía ningún acto de generosidad y menos los de Juanita que eran los más frecuentes. Nunca se quejaba porque Juanito y una anciana iban todos los días a almorzar allí, aunque ella estuviese en el Internado. Ofelia tenía orden de acoger a cuantos se acercasen a solicitar comida.



Dormitorio de Juanita, calle Vergara.

No la tomó desprevenida el mensaje del Padre Colom. Lo había advertido antes que nadie. ¡Era tan diferente comparada con las niñas de su edad! Si bien, tomaba parte activa en las diversiones, algo muy especial tenía: crecía interiormente a pasos agigantados. Evitaba dar opiniones, pero cuando se las pedían, éstas eran maduras y juiciosas; no dejaba de asombrarse; ¿de dónde obtenía tan claros conocimientos? Respondía con seguridad pero con modestia. Era el reflejo de María.

Elena Salas, muy amiga de Juanita, le comentó en una oportunidad que le había llamado la atención por el vestido demasiado sencillo que llevaba para ir a pasear a la Quinta Normal; pero su respuesta la silenció: "Elena, cuando salgas, piensa siempre cómo vestiría la Santísima Virgen".

Nunca pedía nada y cuando lo hacía, era para entregárselo a sus protegidos. Cada vez que intentaban darle algo valioso que había pertenecido a sus antepasados lo rechazaba agradeciéndolo con sinceridad. Jamás se quejaba; era la más servicial, la más humilde y la más abnegada, sobre todo con sus padres y hermanos. Buscaba el último lugar, pero su mérito consistía en no hacerse notar.

Ese alejamiento que aunque estando presente estaba lejana, no podía ser otra cosa que su constante unión con Jesús. Su rostro pálido se encendía al recibir la comunión... iluminándose ante lo divino.

¿Cuántas veces irrumpió en su dormitorio y la encontró de rodillas contemplando al Sagrado Corazón, ensimismada, perdida, debiendo retirarse para no perturbarla? Vivía para Dios, sólo para El.

Sus amigas la buscaban. Era muy convidada; multiplicaba el poco tiempo que disponía libre para compartir con ellas y para enseñar el catecismo a los niños de la parroquia. Algunos muchachos, no pocos, y muy buenos partidos, le enviaban flores y le rondaban la cuadra. Lo tomaba con tal naturalidad, delicadeza y simpatía que sin rechazarlos y sin alentarlos entendían que nada conseguirían. Cuando la abordaban en los paseos, les conversaba y los trataba como amigos.

Doña Lucía no quiso decirle nada. Esperaba que ella se lo comunicara. Sólo se inquietaba por su salud.

Juanita sabía que su madre estaba enterada y mantenía silencio. No se desesperó, ni sintió miedo, era su manera de ser. Decidió buscar la ocasión para hablarle. Tarde o temprano cedería. ¿Si le había inculcado desde pequeña el amor a Dios cómo se iba a negar?

"Mamá, seré carmelita."

"Si Dios quiere será usted carmelita".

"Seré carmelita; Es su voluntad"

Doña Lucía pidió silencio. En la familia encontraría, seguramente, oposi-



Teresa de Jesús,
Santa de Avila y l
reformadora del
Carmelo.
Talla de madera
española,
Monasterio de Sa
José, carmelitas,
Santiago.

ción. Su hija le indicó que Rebeca estaba al tanto, lo mismo algunas amigas, pero guardaban fielmente el secreto.

Le recomendó el Convento del Carmen Alto, estaba bien situado y ubicaba a la madre priora.

No respondió, esperaría el mandato del Señor.

La vio tan firme, decidida y serena que olvidó advertirle sobre su salud; tal vez no la admitirían. Pero agradeció a Dios el ideal de Juanita prometiéndole que la apoyaría. Rezaría una novena por ella a Teresita del Niño Jesús.

"DIOS ES MI **PRINCIPIO Y MI FIN"**

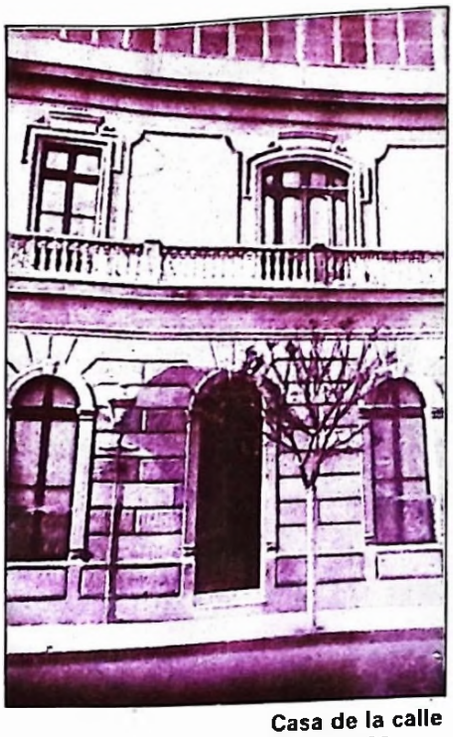
En el Internado, su confesor era el Padre Villalobos; cada cierto tiempo realizaba retiros espirituales. Juanita participaba con gran interés. Esta vez el tema se centró en "El Fin de toda criatura: Dios". Después de meditar sus palabras, escribió en el diario:

"Soy un poco de barro pero hay algo más grande en mí: mi alma que Dios hizo a su imagen y semejanza. Luego lo único que tengo yo de valer es mi alma, puesto que es inmortal. Luego es más grande que el mundo ya que éste tiene fin. Luego mi alma no es del mundo, de consiguiente es de Dios, único capaz de saciarla porque es infinito. Soy de Dios. El me creó. Es mi principio y mi fin. Para ser enteramente de El debo cumplir perfectamente su divina voluntad. Si El es mi Padre y conoce el presente, el pasado y el porvenir, ¿por qué no abandonarme a El con entera confianza?(...)

"Dios me manifiesta su voluntad. Si yo la cumplo, lo glorifico, pero haciendo siempre lo más perfecto. Para servir a Dios debemos ser indiferentes para todo aquello que no le da gloria. Debemos tener a Dios por fin en nuestras obras, mirar el amor que nos tiene en cada uno de los acontecimientos que nos envía y mirarlo todo como escalones que nos acercan a El. Nuestro corazón no debe apegarse a las cosas del mundo sino a Dios. Tenerlo puro de todo amor desordenado; ya que todo es perecedero, y amar aquello que nos lleva a Dios.(...)

"¿Cuántos pecados he cometido en mi vida? Y Dios no me ha castigado; antes, por el contrario, me ha colmado de gracias. ¡Cuántas veces me ha perdonado! y arrojó por una sola desobediencia a nuestros primeros padres. ¿Con qué te pagaré, Dios mío?(...)

"Quiero vivir, dentro de mi alma de manera que siempre contemple a Dios en ella.(...)



Casa de la calle Vergara 92.

"¡Ay, Señor, qué grande eres en tu misericordia! Yo me postro a tus pies y los lavo con mi llanto. Sí, Jesús adorado, yo pequé; pero tú me has salvado. Vengo a humillarme delante de tu Ministro que te representa. Sí, Jesús. Tú que perdonaste a la Magdalena, perdona a una más pecadora que ella. Yo te he amado toda mi vida y espero amarte hasta el fin. Perdóname, Jesús, que no sabía lo que hacía al ofenderte. Quiero, como Magdalena, retirarme a servirte para estar siempre junto a Ti. No quiero a nadie sino a Ti. Quiero unirme a Ti para siempre porque la felicidad no consiste sino en amarte.(...)

"Jesús nos invita a la conquista del reinado de su Sagrado Corazón. Para esto debemos:

"1º Reformarnos a nosotros mismos. Estar dispuestos a todos los sufrimientos para gozar después con El en el cielo.

"2º Estar dispuestos a seguir a Jesús donde El quiera. El elige la pobreza, las humillaciones, la Cruz y exige para mí todos estos dones. ¿No se los recibiré gustosa después que El me creó prefiriéndome a tantas almas, que me conserva la vida, que me ha librado del infierno, más aún, que ha sufrido durante treinta y tres años toda suerte de trabajos y muere por último en una cruz como el más infame de los hombres, entre dos ladrones, mirado como facineroso, hechicero, traidor, loco, blasfemo? ¿Y yo no querré sufrir nada por su amor? Yo que soy una nada criminal, mientras que El sufre siendo un Dios que tiene derecho a ser adorado y servido por sus criaturas. Oh, Jesús, aquí me tienes postrada ante tu Divina Majestad, llena de vergüenza y confusión de ver mi pequeñez, mi miseria y mis muchos pecados. ¿Hasta cuándo, Jesús mío, tendrás piedad de esta pecadora? Desde ahora me pongo en tus divinas manos. Haced de mí lo que queráis. Sí, estoy dispuesta a ser humillada para castigar mi orgullo. Quiero, Esposo adorado, vivir escondida, desaparecer en Ti, no tener otra vida sino la tuya, no ocuparme sino de Ti. Ahora también que estoy purificada, quiero que la Santísima Trinidad venga a morar en mi alma, para adorarla y vivir constantemente en su presencia. Por último te digo que hago voto en presencia de la Santísima Trinidad, de la Santísima Virgen, de San José y de los Santos y ángeles del Cielo de no tener por Esposo sino a Jesús, único amor de mi alma" (D. 17).

RESOLUCIONES

"María, Madre mía, bendíceme.

"1era Haré examen particular.

"2da Practicaré el tercer grado de humildad, que consiste en buscar desprecios, deshonras, humillaciones con alegría y por amor a Jesucristo, considerándome indigna de sufrir algo por El.

"3era Me levantaré y me impondré una mortificación, si me lo permiten, cada vez que caiga.

"Jesús mío, ahora he visto que todo lo del mundo es vanidad. Que sólo una cosa es necesaria; amarte y servirte con fidelidad, parecerme y asemejarme en todo a Ti. En eso consistirá toda mi ambición. Quiero pasar contigo por todas las afrentas con alegría. Y si por mi flaqueza caigo, Jesús querido, te miraré en tu subida al Calvario y ayudada por Ti me levantaré. No permitas que te ofenda ni aun levemente. Prefiero mil muertes antes que darte la más ligera pena" (D. 17).

OFRECE SU **VIDA POR LUCHO**

1º de enero de 1917. "Un año más hacia la patria. Cuántos beneficios recibidos y cuántas gracias desperdiciadas en este año que ha pasado. Y este año que viene, en su misterioso manto, quizás tendrá envueltas penas o

felicidad de toda suerte. Apoyémonos en la Cruz. Ella es inmutable. Ni los siglos ni las tempestades la han quebrado" (D. 18).

Su hermano más querido, el que le había enseñado de pequeña a rezar el rosario, se apartaba de Dios. Lucho profundizaba sus ideas filosóficas con lecturas que lo iban alejando cada vez más de la religión. Discutía con ella problemas teológicos; quería llegar al Creador sólo por la razón. Juanita lo persuadía de que lo encontraría por la fe, la revelación divina y la oración. Le rogaba que buscara a Cristo en el fondo de su alma y no en las teorías que contribuían a deformar la única verdad. Le insistía en centrar su esperanza en el Señor sin interrogantes.

Su dolor era evidente; Lucho no tenía el consuelo de Jesús, ni siquiera se acercaba a la Iglesia. Sus dudas, la acongojaban:

"Tengo pena. Me sangra el corazón. ¡Ah, mil vidas, si yo pudiera, ofrecería por él, todos los sufrimientos, Dios mío, enviadme y dadme gracia para soportarlos, con tal que él se convirtiera!" (D. 18).

SANTA TERESA **DE JESUS**

Antes de hacer la Primera Comunión, su madre y sus directores espirituales le habían enseñado a meditar: "Todos los días hago meditación y veo cuán gran ayuda es para santificarme. Es el espejo de mi alma. Cuánto se conoce en ella a sí misma. Jesús me ha dado a entender que para encontrar la perfección es necesario:

"1ero El amor a la oración.

"2do El desasimiento completo de sí misma, es decir, el olvido de sí misma que se alcanza uniéndose a Jesús, tanto que no se llegue a formar con El sino una persona y atrayéndose siempre para sí lo que le gusta a Jesús: es decir, humillaciones, penas, etc..., y también la caridad para con el prójimo.

"3ero Perfecta entrega de sí misma, es decir, la voluntad dársela a Dios".

"He leído en la Vida de Santa Teresa que recomienda esta Santa para aquellos que principian a tener oración, figurarse el alma como un huerto que está lleno de hierbas y árboles dañinos y todo muy seco. Entonces que al principiar a tener la oración, el Señor pone en él plantas hermosas y que nosotras debemos cuidar de ellas para que no se sequen. Para esto, siempre los que principian tienen que sacar agua del pozo, que cuesta, pues son las dificultades con que cada uno tropieza al principiar la oración" (D. 18).

Isabel de la Trinidad, la carmelita francesa que tanto influyó en Juanita.

Don Miguel Fernández Jaraquemada con su hijo Ignacio en Chacabuco.



Juanita asimilaba el ideal de Santa Teresa de Jesús, la Reformadora del Carmelo, la que llegaría a ser su Santa Madre. En el monasterio tomará su nombre, por determinación de la priora. Se sentirá indigna de llevarlo. Teresa, la Santa de Avila, será su guía y maestra.

No leyó por completo su "Vida" en aquel momento, prueba de esto es que con gran sinceridad le escribirá a la madre priora –ocho meses más tarde– que sólo ha leído las vidas de Sor Teresa[1] y de Isabel de la Trinidad.

En ese entonces algo había leído sobre Isabel de la Trinidad aunque sólo fragmentos (se introducirá en ella seis meses más adelante).

Lo que llamaba la atención era su innato espíritu teresiano: el desasimiento, la mortificación, el sentido reparador, el camino progresivo de su oración, el trato constante con el Amigo, su abandono en Cristo, su naturalidad para hablarle, el querer vivir escondida en El, su anhelo de ser toda de Jesús e inmolarse con El por la humanidad, la intimidad con el Amado, su humildad al reconocer que todo lo bueno que poseía era un regalo de Dios y lo malo venía de ella...

Sus actos traslucían el carácter de la santa.

Todo en ella se identificaba con el Carmelo.

Estaba llamada para la vida contemplativa.

Era una enamorada del Señor.

([1] Teresita del Niño Jesús)



ENFERMERA **EN CHACABUCO**

Juanita con sus ahorros había comprado medicinas en Santiago para los campesinos enfermos a quienes asistía. ¿Cuántos fueron testigos de su abnegación? ¿Cuántos conocieron por ella la palabra de Dios?

Su madre y su querida tía Juanita le habían enseñado primeros auxilios. No se espantaba frente a nada. ¡Pensar que un día sintió repugnancia al saber que dormiría en una cama que había sido ocupada por otro paciente cuando la iban a operar! Y ahora, desabotonaba las camisas sudadas para limpiar heridas y curarlas. Sostenía las escupideras a los ancianos que vaciaban sus estómagos indispuestos. A los impedidos, varias veces, les dio comida con sus propias manos.

Aliviaba a los débiles con amor y cuidado restableciendo los cuerpos y las almas sufrientes.

DON MIGUEL

Los seis hermanos se alegraron al ver a su padre; sólo disfrutaban plenamente de su presencia en el campo; los mayores comentaron entre sí que lo habían notado extraño.

Lucía le habló, le preguntó qué le pasaba; don Miguel la aquietó explicándole que sólo era cansancio. No

quedaron tranquilos, algo callaba. Intentaron distraerlo convidándolo a los paseos, a las excursiones a la cordillera o a los baños termales. Se disculpaba siempre. Juanita lo invitó a la capilla a orar, esperando alguna excusa. Pero don Miguel aceptó gustosamente. Arrodillados, rezaban en silencio. Ella pedía por su padre y él suplicaba por Chacabuco. A la salida, su hija le insinuó que recurriera a la Santísima Virgen quien jamás desoía los ruegos, era la mejor intercesora ante el Señor y si la petición no se cumplía había que aceptar su voluntad, algo mejor le deparaba en el futuro.

Don Miguel se estremecía ante la más mínima demostración de amor. Necesitaba ternura, su soledad le pesaba. Trabajaba de sol a sombra. ¿Y dónde estaban los frutos?, ésa era su mayor desesperación. Se sacrificaba por su familia, apenas los veía y para colmo todo le resultaba mal. ¿Cuántas veces había depositado todas sus esperanzas y su dinero en negocios que lo único que le acarrearon fueron pérdidas? Recordaba con abatimiento sus solitarios inviernos; en el comedor los ojos se le humedecían al ver los lugares vacíos de sus hijos. ¿Valía la pena desgastarse tanto, estar alejado de ellos y no verlos crecer?

Lucita, su hija mayor, pronto se casaría y él no podría compartir su felicidad desde lejos. Miguel huía del hogar porque no le daban libertad, ¡no podían comprender que sólo le gustaba escribir! Era aún muy joven, tenía talento, desbordaba simpatía, todo el mundo lo buscaba. En Chacabuco los campesinos eran sus amigos y era el preferido de los primos mayores. Su atmósfera era distinta; vibraba con la naturaleza, se alejaba de madrugada a la cordillera para observar a las aves; pasaba horas bajo los quillayes componiendo poemas que nunca mostraba. Pero su madre lo apartaba de sus sueños, despreciando sus versos y exigiéndole que buscara empleo. ¡Pobre Miguel, nadie lo imaginaba encerrado entre cuatro paredes! Por más que ella le insistía que debía ser fuerte con él y obligarlo a trabajar no tenía argumentos para hacerlo... Su hijo había nacido poeta.

Lucho estaba estudiando en la universidad; algún día sería abogado; obtenía brillantes notas. Su problema era el peor, ya no creía en Dios. La lectura de filósofos ateos lo había cautivado. Muchacho bueno y generoso, ¿por qué tuvo que refugiarse en los libros? Ahí estaba su gran pena. Tenía una respuesta clara: simplemente él no estuvo a su lado.

¿Y Juanita y Rebeca?, ¿qué sabía de ellas?, las pocas veces que iba a Santiago, estaban en el Internado. Ellas como Lucita no le daban problemas, pero eran sus hijas y las necesitaba. Ignacio, su pequeño niño, lo tenía alterado, su cojera le desesperaba y él no era capaz de hacer nada. Tampoco encontraba la paz con su mujer; la quería, pero eran muy diferentes. Además, percibía y le encontraba razón, que en su interior no podía conformarse que hubiese perdido las tierras de Melipilla que él heredó. La hijuela de Chacabuco sólo aportaba deudas y era de ella. Reconoció hidalgamente que jamás se lo había echado en cara, y se lo agradecía; pero, cuando supiera la verdad de lo que estaba sucediendo, ¿cómo actuaría?

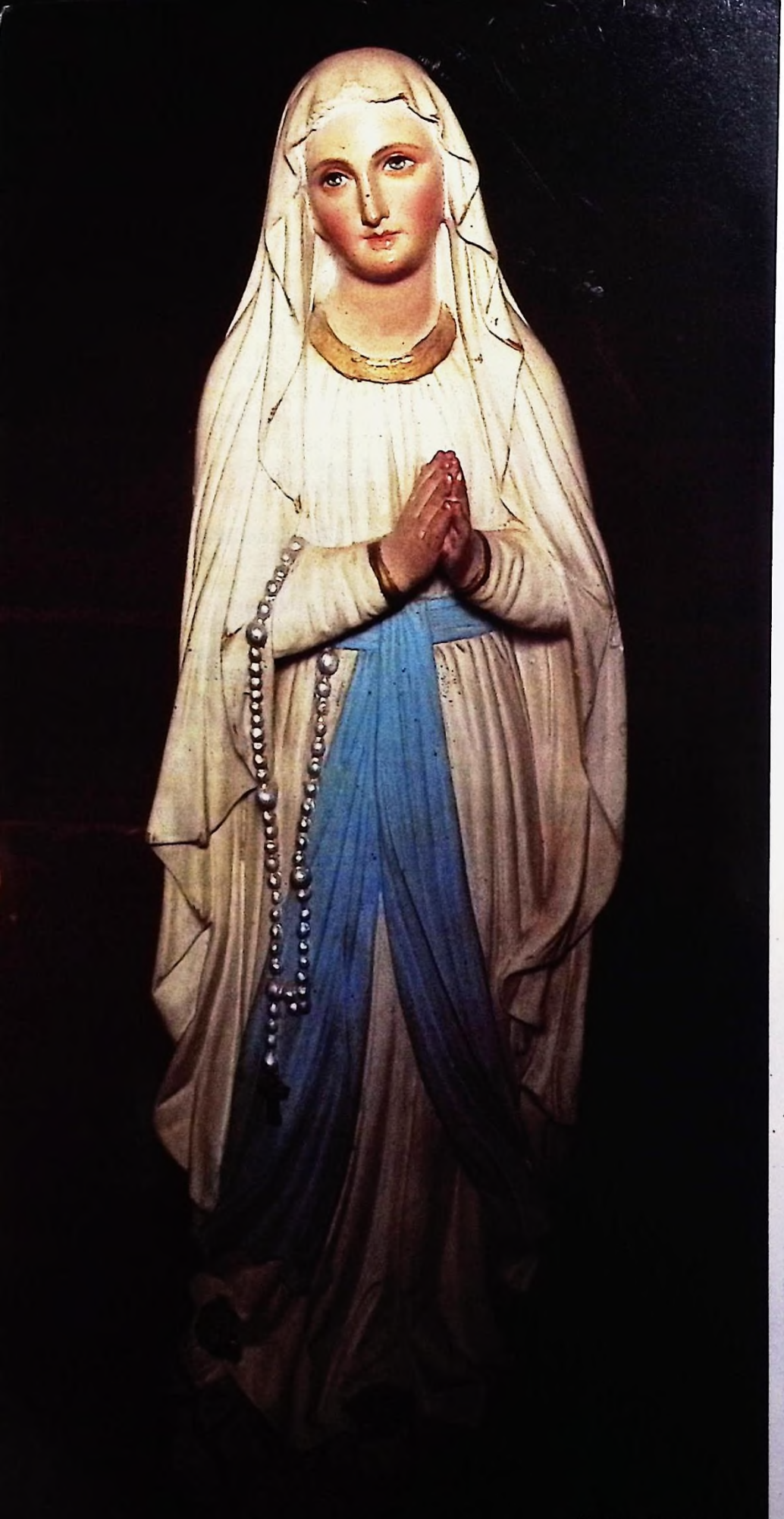
EL ARMONIO

Las mujeres leían y tejían bajo los castaños, mientras los hombres excursionaban en la cordillera guiados por Jacobo Nazaré, el ovejero y amigo de Miguel. Juanita participaba de las conversaciones, disfrutaba de la lectura y cuando podía salía a caballo. Otras veces partían en coche a los baños termales; allí nadaba con destreza, eludiendo las peligrosas quebradas. Doña Lucía le gritaba, se desesperaba por su osadía.

Juanita tenía tiempo para todo. Sus meditaciones eran más prolongadas. Buscaba la soledad en los trigales, en



El armonio de Chacabuco, luego perteneció a Juanita.



Nuestra Señora de Lourdes. Imagen de la casa de Juanita

la ermita del cerro, bajo los cedros, en su habitación o en la capilla. Algunos primos y hermanos que la sorprendían en actitud recogida le decían "beata" en tono burlón. Aunque ahora no le nacía violentarse, internamente se apenaba. Estaba más resuelta que nunca a intensificar su trato con Jesucristo. No le gustaba llamar la atención, se eclipsaba para esconderse en El. ¿Por qué tenían que molestarla?

Entraba muy temprano a la capilla para saludar al Señor con el armonio. La música era una oración que le expresaba a El su alegría y agradecimiento, era el saludo que lo enaltecía, era el gozo que le transmitía, era el amor que le profesaba.

Por las tardes, después del rosario, le pedían que lo tocara. La escuchaban admirados, no advirtiendo, a excepción de su madre, que no los estaba complaciendo a ellos; sólo le armonizaba las notas a su "Amado".

Era la responsable del coro de los niños de Chacabuco por su paciencia, perseverancia y por su hermosa voz. Rebeca también cantaba, algunos opinaban que la suya superaba a la de su hermana, pero se aburría en los ensayos y no aprovechaba sus dotes. Con frecuencia alababan a Juanita; rara vez se envanecía; cuando esto ocurría se enojaba consigo misma, acallaba su voz e invitaba a otros a cantar.

LA VIRGEN **DE LOURDES**

Doña Lucía debía abandonar el campo; quería ir a Santiago para el día de Nuestra Señora de Lourdes y acudir con su familia a la gruta, el motivo era Ignacio, cuya cojera aumentaba. Pensaba en un milagro o al menos que la Virgen iluminara a los médicos que aún no se ponían de acuerdo para tratarlo adecuadamente. Nadie quiso acompañarla, no querían perderse las fiestas del centenario de la Batalla de Chacabuco. Sólo Juanita se ofreció. Partieron con el niño el 9 de febrero.

Febrero 12: "Anteayer y ayer fuimos a Lourdes. ¡Lourdes! Esta sola palabra hace vibrar las cuerdas más sensibles del cristiano, del católico.

"¡Lourdes! ¡Quién no se siente conmovido al pronunciarla! Significa un Cielo en el destierro. Lleva envuelto en su manto de misterio todo lo grande de lo que es capaz de sentir el corazón católico.

"Su nombre hace remover los recuerdos pasados y conmueve las sensaciones íntimas de nuestra alma. Ella

encierra alegría, paz sobrehumana, donde el peregrino, fatigado del camino pesaroso de la vida, puede descansar; puede sin cuidado dejar su bagaje, que son las miserias humanas, y abrir su seno para recibir el agua del consuelo, del alivio. Es donde las lágrimas del pobre con el rico se confunden, donde sólo encuentra una Madre que los mira y les sonríe. Y en esa mirada y sonrisa celestiales hacen brotar de ambos pechos sollozos que el corazón, de felicidad, no puede dejar de escapar y que lo hace esperar, amar lo imperecedero y lo divino.

"Sí, Tú eres, Madre, la celestial Madonna que nos guía. Tú dejaste caer de entre tus manos maternales rayos de cielo. No creí que existiera la felicidad en la tierra; pero ayer, mi corazón sediento de ella, la encontró. Mi alma extasiada a tus plantas virginales, te escuchaba. Eras Tú la que hablabas y tu lenguaje de Madre era tan tierno. Era de cielo, casi divino.

"¿Quién no se anima, al verte tan pura, tan tierna, tan compasiva, a descubrir sus íntimos tormentos? ¿Quién no te pide que seas estrella en este borrascoso mar? ¿Quién es el que no llora entre tus brazos sin que al punto reciba tus ósculos inmaculados de amor y de consuelo? Si es pecador, tus caricias lo enternecen. Si es tu fiel devoto, tu presencia solamente enciende la llama viva del amor divino. Si es pobre, Tú con tu mano poderosa lo socorres y le muestras la patria verdadera. Si es rico, lo sostienes con tu aliento contra los escollos de su vida agitadísima. Si es afligido, Tú, con tus miradas lacrimosas, le muestras la Cruz y en ella a tu divino Hijo. ¿Y quién no encuentra el bálsamo de sus penas al considerar los tormentos de Jesús y de María? El enfermo, por fin, halla en su seno maternal el agua de salud que deja brotar con su sonrisa encantadora, que lo hace sonreír de amor y de felicidad. Sí, María, eres la Madre del Universo entero. Tu corazón está lleno de dulzura. A tus pies se postran con la misma confianza el sacerdote como la Virgen para hallar entre tus brazos al Amor de tus entrañas. El rico como el pobre, para encontrar en tu corazón su cielo. El afligido como el dichoso, para encontrar en tu boca la sonrisa celestial. El enfermo como el sano, para encontrar en tus manos dulces caricias. Y por fin, el pecador como yo, encuentra en Ti la Madre protectora que bajo tus plantas inmaculadas tienes quebrantada la cabeza del dragón; mientras que en tus ojos descubre la misericordia, el perdón y faro luminoso para no caer en las cenagosas aguas del pecado.

"Madre mía, sí. En Lourdes se encontraba el cielo: estaba Dios en el altar rodeado de ángeles, y tú, desde la concavidad de la roca, le presentabas los clamores de la multitud arrodillada ante el altar. Y le pedías que oyese las súplicas del pobre desterrado en este valle de lágrimas, mientras que, junto con los cantos, te ofrecían un corazón lleno de amor y gratitud" (D. 19).

CHACABUCO, ¡ULTIMA VEZ!

La visita a Lourdes las había esperanzado; regresaron muy contentas con el niño. Pensaban que su cojera mejoraría con el tiempo.

Chacabuco seguía igual. Pero don Miguel algo escondía. Juanita lo encontró más silencioso. No quiso acompañarla a la capilla. Lucía y Miguel lo interrogaron por segunda vez; aseguró que nada ocurría atribuyendo sus preocupaciones al temor que siempre sentía ante los fluctuantes precios del mercado agrícola.

La verdad era otra, no tenía fuerzas para transmitírsela a los suyos: Chacabuco saldría a remate. Los acreedores le obligaban. Las deudas se amontonaban. Malas cosechas, lluvias tardías, elevados intereses, inversiones equivocadas... todo, todo se le había juntado.

Deseaba para su familia –al menos–

Padre Antonio Falgueras Dalmau.



un veraneo agradable. Prefería tragarse solo sus penas.

Mientras dormían siesta, Juanita se reunía con el coro de niños para ensayar. A veces llegaba Rebeca y terminaban organizando juegos interviniendo ellas con entusiasmo.

Al atardecer, después del rosario, se les unía Lucho y los tres salían a caminar. En el trayecto conversaban, reían y discutían. Formaban un trío inseparable. Lucho les exponía su pensamiento. Juanita le rebatía, no podía concebir una doctrina donde Dios estuviese ausente. El se desconcertaba por los conocimientos teológicos de su hermana, aparentemente simples por el lenguaje; pero eran tan sólidos, tan elevados, que prefería callar... no quería confundirla con su actual posición. Rebeca la apoyaba en todo... la admiraba, ¡nadie podía superarla!

Recostados sobre el pasto, contemplaban el crepúsculo, conmovidos por su belleza. Hablaban del futuro, Lucho sería abogado y se compraría las otras hijuelas para recuperar la hacienda del abuelo. Rebeca se casaría como todo el mundo y tendría muchos hijos. Juanita... sonreía –¿Cómo? ¿tú no tienes planes?, ¿no te vas a enamorar?, "ya estoy enamorada". Lucho le preguntó si era de Paco Rivas, o de Juan Montes que siempre preguntaban por ella. No respondió... seguía riendo.

Rebeca conocía su secreto, pero se despreocupaba. ¡Lo veía lejano! Su alegría, su carácter y hermosura no indicaban precisamente que se iría a encerrar a un convento a pesar de tantos rezos y meditaciones. ¡Era muy joven, podía suceder muchas cosas!

Ignoraban que jamás regresarían a sus amadas tierras. No sabían que esos serían los últimos atardeceres de Chacabuco.

No les dieron la oportunidad de despedirse de sus más preciados recuerdos, de su tierra de siempre, tierra de hazañas patrióticas, cuna de formación cristiana... Allí habían pasado los momentos más felices de su vida.

No sabían que nunca más volverían a ver a esa gente querida: hombres rudos que luchaban contra la naturaleza; campesinos que crecieron junto a sus patrones, cuyos hijos fueron guiados por los hijos de ellos por el camino de Dios. Chacabucanos estimados por cinco generaciones que podían criar sus animales sin impedimentos, lanzándolos a los potreros, ¿quién les curaría sus heridas?, ¿quién les ayudaría en sus malos momentos?

No supieron que al estrechar las manos de Juan Rulo, Pedro y Segundo Cáceres, Jacobo Nazaré, Herminia Casanova, Filomena Cosio, Bernabé Fuentes, los hermanos Arce, los Barrientos, los Silva, los Araya, los Mura y tantos otros... lo hacían por última vez. Era el 22 de febrero de 1917.

Los dorados trigales, los baños termales, las quebradas, las vertientes, los corrales de pirca, los extensos potreros, las parvas de paja, el parque con su avenida de nogales, los castaños, cedros, abetos, álamos, eucaliptus... más allá los peumos, algarrobos y quillayes... ¿a quién pertenecerían?

Pensaban regresar en septiembre y por eso no se detuvieron a decirles adiós a las llaverías, a los viejos galpones, a la casa patronal, al patio de los naranjos, a la trajinada despensa, a las galerías, a la capilla y su campanario...

Juanita se alejó de la capilla prometiendo a Jesús que volvería con menos impurezas. Abrazó a su padre, lo besó tiernamente y se subió al coche. Desde allí alzó su vista a las orgullosas palmeras. No sería como ellas, se inclinaría ante cualquiera.

¿Quién rezaría en la ermita de la Santísima Virgen del cerro?

¿Quién enseñaría el catecismo a los niños?

¿Quién se preocuparía de escoger las flores blancas y las más lindas para el altar?

¿Quién tocaría las campanas para anunciar la hora del santo rosario?

¿Quién haría las gestiones desde Santiago para conseguir sacerdotes para las misiones?

¿Quién alabaría al Señor con el armonio?

EL PADRE **BLANCH**

El Padre Colom fue transferido a la Argentina. Juanita debió buscar un nuevo director espiritual pues el Padre Falgueras dedicaba la mayor parte de su tiempo a la difusión del Apostolado de la Oración Popular. Conoció –por su madre– al Padre claretiano José Blanch Ferrer, quien al igual que los otros religiosos había nacido en España.

Su nuevo guía fue muy exigente. Quería reforzarle su vocación, lo que le entusiasmó mucho.

Abril, 1917: "Gracias, Dios mío, porque me habéis dado un director que dirija mi alma hacia Ti.

"Me preguntó cómo era mi oración, si estéril o con devoción. Yo le dije que con devoción a veces; pero había períodos en que no podía meditar y me quedaba tranquila con Nuestro Señor. Pero me dijo que siempre debía tratar de reflexionar y sólo en último término, hacer lo otro. Que viviera constantemente en la presencia de Dios Nuestro Señor dentro de mi alma. Que lo hiciera lo más a menudo posible. Que hiciera el examen particular sobre eso. Que apuntara los pensamientos y afectos de la meditación que más me movieran a devoción. Me permitió que me mortificara, mortificándome en las comidas, sacrificando el gusto... Después me va a dar permiso para ponerme cilicios. Que fuera muy reservada. Que no hablara de mi vocación sino con mi mamá y con la Madre Izquierdo; porque era como un perfume contenido en un frasco que, al destaparlo, se va todo. Que trajera a mis amigas al servicio de Dios.

"Lo que más consuelo y alegría me dio fue que me dijo que tenía vocación para carmelita. Me preguntó qué virtud prefería. Le contesté: la humildad. Después me dio permiso para renovar el voto de virginidad hasta la Asunción de la Virgen" (D. 21).



"Agonía de Jesús", pequeña imagen que perteneció a Juanita.

OFRENDA POR **LOS PECADORES**

"Jesús mío, Tú conoces la ofrenda que te he hecho de mí misma por la conversión de las personas que te he nombrado. Desde hoy, no sólo te ofrezco mi vida, sino también mi muerte como te pluguiere dármela. La recibiré con gusto, ya sea en el abandono del Calvario, ya en el Paraíso de Nazaret. Además, si quieres, dame sufrimientos, cruz, humillaciones. Que sea pisoteada para castigar mi orgullo y el de ellos. Como tú quieras, Jesús mío. Soy tuya, haz de mí según tu santa voluntad. A ti, oh María, que jamás me has desoído los ruegos que te he dirigido, como una hija le pide a su madre, también te pongo en tus manos mater-

nales esas almas. Oyeme. Toda mi vida no he dejado de pedirte, Madre mía. Escúchame, te lo ruego por Jesús y por tu Esposo San José, a quien ruego interceda por esta pobre pecadora.

"Sufro. Esta palabra expresa todo para mí. ¡Felicidad! Cuando sufro estoy en la Cruz de mi Jesús. ¡Qué felicidad más grande es decirle: Jesús, Esposo mío, acuérdate que soy tu esposa, dame tu Cruz!"(D. 21).

CARTA A UNA COMPAÑERA

Durante las prolongadas horas que permanecían diariamente en la sala de estudios, las alumnas estaban obligadas a hacer sus tareas, a pasar en limpio con caligrafía perfecta lo que habían escrito en la jornada y a estudiar las materias. Si alguna terminaba antes –no podía retirarse– debiendo nuevamente repasar sus lecciones o simplemente mirar a las otras con sus manos atrás, topando los codos. Para evitar estos tediosos momentos, acostumbraban a intercambiarse misivas escritas en sus pequeñas libretas.

Juanita demoraba más cuando se trataba de trabajos científicos, pero era una de las primeras en concluir sus tareas correspondientes a los ramos humanísticos y al terminar, escribía a sus amigas.

Graciela Montes Larraín tenía una hermana carmelita en el Convento del Espíritu Santo de Los Andes cuyo nombre religioso era María Teresa de San Juan de la Cruz. Por medio de un mensaje Juanita le comunicó a su amiga su aspiración:

"El otro día no te lo dije porque me daba vergüenza y no podía; pero me decidí a decírtelo, y es que yo tengo inclinación para hacerme carmelita. Me encantan; pero no sé si seré monja. Si soy, seré carmelita.Tengo tantas dudas como tú no te imaginas. Ayúdame tú, por favor. Dame a conocer la Regla de las carmelitas.

"Yo sé perfectamente que soy muy mala, que no merezco esta gracia tan grande el que Nuestro Señor me elija por esposa. Soy tan indigna. Me ha llenado de gracias, y yo he sido muy ingrata. Tú me pides consejos a mí, y yo los necesito más que tú. A mí me pasa que veo que todo lo del mundo es vanidad; que la felicidad que podemos encontrar aquí en la tierra está en servir a Dios; pero yo no sé si tendré vocación. A mí me encanta rezar. Quisiera que mi vida fuera una continua oración, porque ella es la conversación que tenemos con Dios.

"Ayúdame, por favor, a ser buena. Dime tú lo que te propones hacer en el mes del Sdo. Corazón. Preguntémosle a Jesusito qué desea de nosotras. Consagrémonos a El. Démosle nuestro corazón, nuestra libertad y todo lo que tenemos. Le gusta mucho a Nuestro Señor morar en nuestra alma. Ofrezcámosela para que viva en ella. Entonces los momentos en que no tengamos que estudiar, hagámosle compañía ofreciéndole nuestro amor, consolándolo y reparando nuestros pecados y los del prójimo".

"Por favor, te ruego que me digas mis defectos: los que tú veas; porque yo me tengo compasión y no me los echo en cara lo bastante. Soy muy orgullosa y quiero ser humilde. Ayúdame tú, soy rabiosa. Me impaciento por todo. Así, cuando tú veas la menor señal, avísame, te lo ruego" (C. 12).



Pila de agua bendita de la casa de Juanita.

A los pocos días, su amiga le prestó una carta de su hermana María Teresa. Juanita estaba feliz por haberla leído, era la "primera vez que tenía algo de una carmelita" (C. 13) y le escribió en su libreta a Graciela:

"Yo creo que uno de los puntos de la vocación carmelitana es la oración y la mortificación. Recemos siempre y crucifiquémonos por medio de la obediencia, por medio de la pobreza, por medio de la castidad. Por medio de la obediencia, imitando a Jesusito que se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz. El hizo la voluntad de su Padre todos los momentos de su vida. "Heme aquí, Oh Padre, para hacer tu voluntad", nosotras debemos decir también con El a cada momento; y esto por medio del exacto cumplimiento del deber. Aunque nadie nos vea, cumplir con el **reglamento,** que es la **regla** que tenemos ahora. V. gr. en el estudio estudiar con aplicación, aunque no tengamos ganas, tal como lo haría Jesús. Por medio de la pobreza, no desperdiciando ninguna cosa; no gastando nada en nosotras, sino para los pobres todo. Por la castidad, siendo puras como la Virgen; no teniendo ningún amor que nos preocupe, que nos haga faltar al deber, sino el amor de Dios. Conoceremos su intensidad por el amor que tengamos al prójimo"(C. 13).

EN CASA DEL PADRE BLANCH

El Padre Blanch celebró una misa con motivo de cumplir siete años en Chile. Como doña Lucía lo había acogido con mucho cariño, convidó a los Fernández Solar a almorzar a su casa después de la ceremonia.

Conversaron sobre diferentes temas. El sacerdote les contó sobre su familia. Había nacido en Villanova de Sau, un pueblo de Barcelona, él era el menor de cinco hermanos varones y todos eran religiosos claretianos.

–¿Cómo podía ser posible que cinco hermanos tuviesen la misma vocación?

El Padre José les explicó que con buenos ejemplos en el hogar y si Dios reinaba en él, ésta surgía prácticamente sola y mirando a Juanita, les comentó que a propósito de vocaciones estaba muy preocupado por el Convento del Espíritu Santo de Los Andes, ya que en el año anterior una epidemia de gripe atacó a toda la comunidad y con diferencia de muy pocos días habían fallecido tres religiosas. Explicó que



para la ciudad de Santa Rosa de Los Andes fue muy penoso sentir en un período tan corto de tiempo las campanas a difunto que doblaban con desolación para anunciar cada muerte. Se trataba de la Madre Teresa de Jesús y de las hermanas Margarita María del Corazón de Jesús y Benita del Corazón de María.

El Monasterio de Los Andes era muy pobre, ni siquiera tenía luz eléctrica y sus servicios higiénicos eran inadecuados, por lo tanto era poco atractivo para las que tenían vocación. Temía que se extinguiera esta valiosa comunidad por falta de postulantes.

Además, existía la posibilidad que dos religiosas fuesen trasladadas –en menos de un año– a la fundación que proyectaba en Valparaíso Ana Luisa Larraín García Moreno.[1]

Era la segunda vez en menos de dos semanas que Juanita oía hablar sobre Los Andes... Percibió un llamado interior que la impulsaba allí.

Por la noche, después de comida, se acercó a su madre que se encontraba sola y sin preámbulos ni titubeos le dijo: "Mamá, quiero ir a Los Andes a sustituir a alguna de las religiosas fallecidas".

PENAS DE **DOÑA LUCIA**

Poco después de regresar a su casa, luego del almuerzo del Padre Blanch, Doña Lucía se había enterado –por su hermano Francisco– de que Chacabuco saldría a remate.

Esperó que todos se acostaran para desahogar sus penas. ¡Menos mal que Juanita la sorprendió arreglando la cómoda! Pero en verdad estaba buscando los títulos de la hijuela.

Nunca le habían importado demasiado las cosas materiales, pero se trataba de sus tierras y su marido las perdía como todos los otros bienes que heredaron. ¿Cómo podía tener tan mala suerte –un hombre inteligente– en sus actividades? Antes de que naciera Lucho se vio obligado a entregar el fundo de Melipilla, luego entró a un negocio de los ferrocarriles donde lo estafaron; arrendó otras hijuelas de Chacabuco que tuvo que devolver por no obtener ganancias suficientes y ahora le quitarían sus pertenencias más queridas y únicas. ¡Pobre Miguel!, pero esta vez era ella la infortunada, era su patrimonio y no tenía derecho de perderlo por malos manejos.

Sabía por experiencia lo que se avecinaría; nuevo cambio de casa, reducción de empleados. ¡Señor mío, hasta cuándo!

Entró al cuarto de baño a lavarse las manos. Cuando se sentía nerviosa se las lavaba más seguido aún. Lucita estaba de novia, ¿tendría que esperar? Lucho estudiaba y Miguel no hacía nada por encontrar un empleo, se lo pasaba escribiendo, paseando y bebiendo con sus amigos intelectuales, llegando de madrugada.

En el dormitorio, tomó su rosario... Recordó lo que le había dicho su hija hacía apenas una hora y no había sido capaz de escucharla respondiéndole que otro día hablarían.

Rezó especialmente por ella; al menos tenía ese consuelo: alguien en su casa –en medio de la tormenta que se aproximaba– sólo vivía para Dios.

HIJA **DE MARIA**

El 15 de junio de 1917, día del Sagrado Corazón,[2] el Padre jesuita Ramón Font celebró en la capilla de Maestranza una misa. Luego de la Bendición del Santísimo, siete alumnas avanzaron hacia el altar; les otorgarían la máxima distinción que confería el colegio por su piedad ejemplar, por el cumplimiento del deber y por su excelente comportamiento.

Juana Bruner Prieto, Raquel Encina del Pedregal, Juana Fernández Solar, Julia Montes Errázuriz, Graciela Montes Larraín, Ana Rucker Solar y Graciela Silva Pizarro se arrodillaron para profesar como hijas de María.

Con toda mi alma, suplico al Salvador Divino derrame sobre todas las que componen esta Congregación las bendiciones de su Corazón, les dé Fe viva que las sostenga en la vida, esa VIRTUD SOLIDA Y AMABLE que, sin transigir jamás con el deber, sepa hacerlo amar o por lo menos imponga el respeto a aquellos que no tienen el valor de cumplirlo.

Tal es, a mi parecer, la misión de LA HIJA DE MARIA.

Lo que nosotras no podemos hacer, encerradas en nuestros claustros, tocaos a vosotras realizarlo. Os hemos reunido como una legión santa para reemplazarnos en medio del mundo, a fin de que prediquéis en él con vuestro ejemplo, animéis a los débiles, volváis al buen camino a los descarriados, arranquéis sus presas al mismo infierno, GANEIS, EN FIN, MUCHOS CORAZONES AL AMOR DEL CORAZON DEJESUS Y AL DE SU MADRE INMACULADA: He aquí vuestra vocación, el fin único de esta Congregación. No temo llamarla un apostolado, pues DEBEIS SER APOSTOLES.[3]

La solemne ceremonia fue presidida por el Padre Font, ante la presencia de la Madre Izquierdo, maestra general y encargada de la Congregación de las Hijas de María, además de la Madre maestra Alaysa y todas las religiosas del Internado.

Mirando hacia al altar y a la Santísima Virgen, las siete jóvenes se compro-



Medalla de Hija de María, perteneció a Juanita.

metieron:

–A EJEMPLO DE MATER ADMIRABILIS, modelo de unión con Dios, haré de la vida interior el alma de mi vida diaria.

Cuidar eficazmente esta vida interior.

Esforzarme por llegar a ser alma de oración.

Caminar hacia Dios por una voluntad constantemente renovada de adelantar en la virtud.

–A EJEMPLO DE LA INMACULADA "LLENA DE GRACIA" tenderé a la perfección cristiana según el espíritu del Evangelio poniendo en mi vida:

El espíritu de desprendimiento
fortaleza para conservarme pura,
y el culto de la voluntad de Dios.

–A EJEMPLO DE LA VIRGEN DE NAZARET, abrazaré generosamente mi deber de estado:

En la vida de familia, por la abnegación de mí misma.

En la vida social: por un servicio desinteresado y una actitud resueltamente cristiana.

–DE MARIA CORREDENTORA DEL MUNDO, aprenderé el precio de las almas y el sentido de mi responsabilidad en el apostolado: tomar conciencia del papel que me incumbe en los designios providenciales de la Redención, cooperar a ella de modo efectivo.

Ligar estrechamente mi vida a la vida de la Iglesia.[4]

Luego cada una hizo su consagración:

–SANTA MARIA MADRE DE DIOS Y VIRGEN INMACULADA

Yo Juana Fernández Solar:

Penetrada del deseo de servir mejor al Corazón Sagrado de Vuestro Divino Hijo, y de amarle como Vos le amasteis.

Ante la Iglesia y bajo su dirección, os reconozco por mi Madre, mi Reina, mi Modelo.

Os consagro mi alma y mi cuerpo, cuanto soy y cuanto tengo, como testimonio del más ardiente amor.

Me abandono a vuestra maternal protección con la firme resolución de seguir en todo vuestras inspiraciones y vuestros ejemplos.

Me comprometo a tender a una vida verdaderamente cristiana, cimentada en el Evangelio, en espíritu de desprendimiento, de pureza y de sumisión.

Prometo ser en todo y siempre hija fiel de la Santa Iglesia y emplearme generosamente bajo su obediencia en la Obra Redentora del Corazón de Jesús.

Recibidme pues, Oh VIRGEN MARIA, en calidad de sierva e hija vuestra.

Mantenedme fiel a esta consagración.

Hacedme vivir, en verdad como miembro de Jesucristo y apóstol de su CORAZON SAGRADO.

Y no me abandonéis en la hora de mi muerte – Así sea.[5]

La Madre Izquierdo le colocó la medalla de plata colgándosela con una cinta blanca de raso. Estaba emocionada, siempre había deseado integrarse a esta congregación que implicaba una gran responsabilidad en el colegio y fuera de él.

"No sólo soy Esposa de Jesús, sino que hoy me he unido más a El. Soy su hermana. Soy hija de María. Desde hoy como las princesas que las llevan al palacio del prometido para ser formadas como El, ahora también voy a entrar a mi alma, la casa de Dios. Allí me espera mi Madre y mi Jesús. ¡Oh, cuánto lo amo!" (D. 22).

"ALAS"

La Madre Serrano, encargada del ramo de literatura, les propuso hacer una composición sobre alguna divisa de los caballeros de la Edad Media.

Juanita con su composición "Alas" obtuvo el primer lugar:

"Caía la tarde, ocultábase el sol tras las montañas despidiendo sus postreros rayos. Todo era silencio y paz.

"Un joven trovador se encaminaba al vecino castillo para alegrar allí la velada recitando al son de su laúd los antiguos romances, que por relatar las hazañas de los paladines de su raza, eran siempre, gratos a todo caballero, o improvisando canciones hermosísimas al fuego de los amores que inflamaban su corazón. Bajo su tosco traje ocultaba, en efecto, un alma noble aquel joven bardo. Mientras entonaba sus coplas en la señorial morada, pude apreciar sus elevados sentimientos, pero sobre todo me lo reveló con luz intensísima su lema: ¡Alas! Sí, me dije, remontándose contempla la belleza, subiendo entrevé el ideal, cerniéndose en el espacio inmenso vislumbra lo infinito y por eso las notas de sus cantos expresan lo bello, lo grande, lo elevado.

"Mil consideraciones acudieron entonces a mi mente, mil imágenes se agolparon en mi fantasía. Vi al águila remontarse altiva desde la honda quebrada tendiendo sus negras alas por el etéreo espacio. Vila subir hasta perder-

---

(1 Carmelita Descalza que fundó con sus bienes el Convento de la Santísima Trinidad de Valparaíso. Su nombre fue Sor Teresa de la Trinidad.)

(2 El día del Sagrado Corazón se celebra el viernes siguiente de Corpus Christi)

(3 Fragmentos de las cartas de Santa Magdalena Sofía Barat)

(4 Compromiso de las Hijas de María)

(5 Consagración de las Hijas de María)

se de vista entre las nubes rojizas del horizonte y contemplé largo rato el rumbo que siguiera en las alturas, envidiando su poderoso vuelo. ¿Por qué, me preguntaba, por qué no posee el hombre este don? ¿Por qué se arrastra por la baja tierra mientras el ave sube tan cerca del cielo, hasta contemplar como el águila, en su foco mismo, los luminosos rayos del sol?

"Pero reflexionando más seriamente me dije, ¿no es verdad que el hombre posee alas mil veces más potentes?

"¡Oh sí! decidme ¿qué experimenta ante la inmensidad del mar que para sus ondas parece no encontrar límites en la tierra?

"Ante ese sublime espectáculo, ¿no extiende el alma las alas de la inteligencia y emprende su vuelo hacia lo infinito, hasta perderse en el abismo insondable de la grandeza de Dios? ¿No se remonta hasta la Belleza Suma con la vista de la hermosura de esta tierra? ¿No sube aún más cuando allá en el templo del Señor, orando de hinojos, comunícase en coloquios misteriosos con el Altísimo? ¿No asciende entonces el alma hasta el mismo cielo? ¡Oh sí! Creado el hombre a imagen divina, dotado de una inteligencia que encuentra su objeto propio en lo inmaterial, lo universal, lo supra-sensible, y de una voluntad que en sus aspiraciones infinitas sólo descansa en Dios mismo; elevado además por la gracia al orden sobrenatural, posee el hombre alas incomparablemente más poderosas que las del águila caudal, soberana del espacio. ¡Feliz él, si sabe desplegarlas y vivir siempre arriba en su atmósfera propia! ¡Feliz el alma si desde allí, libre cual la reina de las aves, mira las pequeñeces de la vida, pues las verá despojadas de los aparentes halagos que fascinan a los que las contemplan desde su mismo nivel!

"¡Alas! ¡Oh lema hermoso y profundo! informad nuestra vida, sed nuestra divisa, como fuisteis en los tiempos medioevales la de aquel noble bardo, cuya alma alimentándose continuamente en las alturas de belleza e ideal, hallaba para sus cantos hermosuras indecibles!".

MAS UNIDA **A JESUS**

Junio 19. "Hoy me he unido a Nuestro Señor(...) ¡Oh, cuánto le amo! Me he ofrecido a El por la conversión de esas personas. Cuánto sufro al pensar que dentro de esas almas está el diablo y no Dios. Que Jesús los llama y que los espera en el Sagrario y ellos permanecen insensibles. ¡Oh Dios mío, cuánto nos amas y qué ingratos somos! Jesús mío, Esposo de mi alma, me ofrezco a Ti. Haz de mí lo que quieras.

"Hoy me he vencido mucho para no rabiar. Dios mío, tú me has ayudado. Gracias te doy. En los arreglos y recreos he sido perfecta por ellos. Pero no tanto en las clases.

"Nuestro Señor me dijo que no aceptaría mi ofrenda; pero que me oiría y concedería la conversión de esas almas, pero dentro de un tiempo más. Me dijo que me uniera a El crucificado; que me quería ver crucificada."

20 de junio: "Mañana, día de San Luis Gonzaga, voy a hacer el voto de no cometer ningún pecado voluntario. Jesús mío. Ayúdame para cumplirlo. Mi meditación ha sido buena. Hice lo que el padre me recomendó. Mi Jesús me habló mucho esta mañana. Me apoyó sobre su corazón y me dijo que me amaba. ¡Su voz era tan dulce!, lo amo tanto. Soy toda de El. Me dijo que apuntara los actos que hacía, pero se me olvidó. También que lo imitara" (D. 23).



Lucía Fernández S. y su hermano Ignacio.

CAMBIO **DE CASA**

Al conocer la triste noticia de la pérdida de Chacabuco, los Fernández Sola sintieron que una parte de su vida desaparecía para siempre. Las tierras habían sido ya rematadas adjudicándoselas don Pascual Baburizza.

La pena se acentuó al saber que no sólo perdían Chacabuco sino que debían, además, mudarse de casa con el fin de restringir los gastos.

Se cambiaron a la calle Vergara –vivienda que pertenecía a los hermanos Fernández Jaraquemada–, ocupando los bajos que eran bastante amplios. Doña Lucía se vio obligada por segunda vez a reducir el servicio. De diez sirvientes, mantuvo cuatro: Rosa, la niñera de los tres mayores; Ofelia, la de los tres menores; Susana, la cocinera y Cruz, la del aseo; las dos últimas eran las más antiguas y las menos eficaces por sus avanzadas edades. A Mercedes, Elvira, Antonia y Lucha las ocupó donde otros familiares prometiéndoles ir a buscarlas en cuanto la situación se arreglara. Lo mismo hizo con Ladislao, el cochero, y Renato, el encargado de la caballeriza. Lucha y Mercedes volverán un año y medio después; no se acostumbrarán a vivir sin ellos. Pero ahora las que verdaderamente trabajaban eran Ofelia y Susana.

Una sola voz serena surgió en medio de la tempestad. Fue la de Juanita. Aunque ella sufrió lo indecible por la pérdida de Chacabuco, sobre todo por la querida gente que jamás volvería a ver, supo mantener la calma. Con cariño pero con firmeza le dijo a su madre al verla quejándose: "Mamá, no se lamente, ofrézcaselo a Dios".

A su padre consolándolo por su gran aflicción y complejo de culpa lo acariciaba dándole ánimo: "No se aflija. Dios prueba a los que ama. ¡Qué importa que esto suceda si es su voluntad".

Y a sus hermanos les repetía: "No hay que poner los ojos en las cosas materiales, sólo interesan las espirituales".

Debido a su tranquilidad y fortaleza, comenzaron a llamarla, sin que lo supiese, "la joya del hogar". ¡Lástima que estuviese tan poco en él! Se alegraban cuando salía una vez al mes por dos días, para los feriados y las vacaciones. Miguel la consideraba una santa. Doña Lucía se aquietaba al solo verla. Juanita transmitía paz.

"¿Qué son todas las cosas sino vanidad? Todo pasa, todo se muere. Luego, ¿para qué apegarme a cosas transitorias, que no me llevan a Dios que es mi fin? Oh, mi Dios, no sé con qué pagarte tantos beneficios como me otorgas. Señor, desde ahora quiero serte fiel. Ya que me he dado a Ti, me quiero dar completamente. Desde ahora comienzo a no mirar sino a Ti, pues eres Tú el único ser soberano. Quiero que todas mis acciones sean según tu voluntad. Ya no me importa la pobreza, los desprecios, pues esto me lleva a Ti. Quiero ser indiferente a todo, menos a Dios y mi alma" (D. 29).

"Cuán diferentes son las cosas miradas bajo la luz de la muerte. Aparecen en toda su realidad y entonces el alma exclama: 'Vanidad de vanidades y todo vanidad'. Todo es nada. Todo lo que el mundo estima no vale nada. Jesucristo lo desprecia. Ahora quiero ser pobre, pues las riquezas, la plata, los vestidos, las comodidades, las buenas comidas, ¿de qué me servirán en mi lecho de muerte? De turbación, nada más. ¿De qué sirve un gran nombre, los aplausos, los honores, la adulación y estima de las criaturas? A la hora de la muerte, todo desaparece con ese cuerpo que va a ser muy pronto vaso de podredumbre y corrupción" (D. 29).

OPINIONES SOBRE SU ACTITUD ANTE **LA PERDIDA DEL PATRIMONIO FAMILIAR**

"Juanita se conformó fácilmente con la voluntad de Dios a pesar que sentía pena por lo que sufrían los demás integrantes de su familia, pero ella se sometió gustosa, esperanzada en El. Sin vanidad en su atuendo se conformaba con facilidad con lo que le daba su madre. Su amor a la pobreza y a la austeridad de vida la hizo aceptar hasta con agrado la triste circunstancia de perder su familia las valiosas posesiones que le tocaron en las hijuelas de la Hacienda Chacabuco. Vio aquí la mano de Dios, para que supiera desprenderse de los bienes materiales y de la comodidad de vida que da la riqueza" (Su amiga Elena Salas González).

"Era la servidora de todos, contentándose con el último lugar. Era muy suave en su trato y en mantener sus opiniones, no atacando o burlándose de nadie. Trabajó en los menesteres de la casa, con ánimo alegre y esforzado, brillando así y poniendo en práctica su espíritu y amor a la pobreza" (Francisco Lyon Subercaseaux, amigo de los Fernández Solar, luego sacerdote jesuita).



Lucho

"Cuando decayó, en parte, la fortuna de la familia, una de sus hermanas se apenó mucho y se acongojaba; pero ella no se quejó nunca. La veía limpiar y ordenar su propia habitación y las otras piezas de la casa, con ánimo alegre y confiado, levantando la moral de sus hermanos, diciendo que el Señor había permitido esto" (Sara Guerra Farías).

"Se conformaba con el escaso dinero que le daba su madre, para los gastos menudos y yo vi que muchas veces lo daba todo a los pobres. No discutía ni hacía comentarios de los vestidos que le mandaba confeccionar su madre, que no eran muy elegantes o valiosos en los tiempos de estrechez económica que sufría la familia" (Su amiga Carmen de Castro Ortúzar).

"Fue indiferente a los bienes creados: hermosura, riquezas y honores del brillo en sociedad. Lo demostró cuando las riquezas vinieron a menos, por malos negocios de su padre. Fue la primera que se sometió con tranquilidad y confianza a los designios de Dios y todos vimos su conformidad a la voluntad divina. Confiaba, pues, plenamente en Dios, porque creía firmemente en El y lo amaba de verdad" (Su primo hermano, Ignacio Domínguez Solar).

"No manifestó estimación por las cosas temporales. Era desprendida y no tenía ansias por las riquezas o el dinero. Cuando la fortuna decreció, guardó Juanita gran serenidad e invitaba a los suyos a someterse a la voluntad de Dios. Se adaptó fácilmente a las circunstancias de mayor austeridad" (Su compañera y prima, Anita Rucker Solar).

"Todos estábamos abrumados por perder la gran riqueza de los Solar; sin embargo, Juanita era la única serena y nos consolaba a todos, especialmente a mi padre. Vestía siempre con sencillez, jamás la vi con joyas o anillos. Le gustaban las cosas sencillas y simples. Su cuarto era austero; lo mejor lo dejaba para nosotros y ella se quedaba con las cosas más modestas" (Su hermano Lucho).

"ES TAN **RICO DAR"**

Su madre y sus tíos le regalaron dinero para su santo. Juntó treinta pesos y con ellos compró –por segunda vez– zapatos para Juanito y el resto se los entregó a su mamá para dárselos a los pobres más adelante. Aprovechó también de pasarle un par de sus zapatos a la madre del niño. Ella había recuperado a su hijo, había cambiado mucho y todo gracias a los consejos y preocupación de Juanita quien incluso sermoneó a su marido por la bebida; ahora tomaba menos y trabajaba más. Nunca podría olvidar la generosidad y la perseverancia de su bienhechora. Le había enseñado a conocer a Dios y su vida cambió por completo. Su hijo seguía yendo a almorzar todos los días a la nueva residencia de los Fernández. Aunque veía muy poco a Juanita se sentía en su casa; siempre lo esperaban con gran cariño pese a los cambios que había notado. El quería tanto a su protectora que contaba los días para verla, aunque fuera una vez al mes o en las vacaciones escolares.



Parque de la Hacienda Chacabuco.

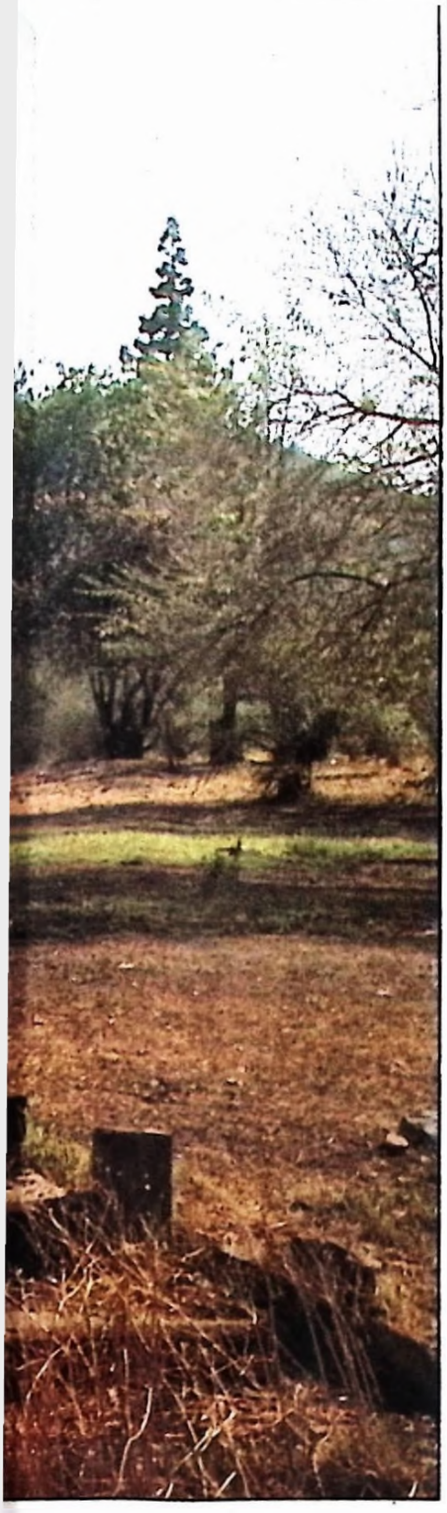
NUEVAMENTE **ENFERMA**

"Me uno a Nuestro Señor, pero no lo imito. Todavía soy muy orgullosa. Y me propondré abatir hasta los últimos gérmenes del amor propio. No sé sobre qué se puede basar, pues soy una nada criminal. Me gusta que me estimen las criaturas, pero ¿de qué me servirá si Dios no me estima?" (...)

"Cuando pienso en El, quedo sumida en el amor. Veo su grandeza infinita y mi extremada miseria y veo lo que es el pecado y el gran amor de Dios. Además conversé con Jesús y me dio a entender la nada de las apreciaciones humanas. Un día la creen buena; ven mañana un defecto, inmediatamente la encuentran mala. Además ¿de qué sirve que las criaturas la amen, la llenen de honores, si Dios, el Ser Infinito, la desprecia?" (D. 27).

Julio 10: "Estoy en cama constipada. No he hablado bastante con Jesús, lo siento dentro de mi alma. Esta mañana tenía hambre de Jesús, pues no pude comulgar. Desde que me vine de Chacabuco sólo un día he dejado de comulgar. Son ciento cuarenta comuniones".

Julio 13: "Hoy cumplí diecisiete años; un año menos de vida. Un año menos en distancia de la muerte, de la unión eterna con Dios. Un año sólo para arribar al puerto del Carmelo. ¡Oh



Carmen! ¿Cuándo me abrirás tus puertas sagradas? Cuántas gracias me ha concedido el Señor y cuán mal le pago. Mi Jesús, perdóname mis ingratitudes".

Julio 15: "Sufrí bastante ayer. Me hicieron unos remedios que me dolían mucho; pero no me quejé. Estaba feliz porque sufría; pues sentía que en las espaldas me enterraban alfileres, pero me acordaba de mi Jesusito cuando lo azotaban y estaba muy feliz sin manifestar mi dolor. Sin embargo, la última vez no hablaba casi. Y después me acosté; por lo que me preguntaron si me dolía, pero yo les dije que tenía sueño. No mentía, pues era cierto" (D. 28).

ISABEL DE **LA TRINIDAD**

"Estoy leyendo Isabel de la Santísima Trinidad. Me encanta. Su alma es parecida a la mía. Aunque ella fue una santa, yo la imitaré y seré santa. Quiero vivir con Jesús en lo íntimo de mi alma. Quiero defenderlo de sus enemigos. Quiero vivir una vida de Cielo, así como dice Isabel, siendo una alabanza de gloria:

"1º Viviendo una vida divina. Amando con un amor puro a Dios. Entregándome a El sin reserva. Viviendo en una comunión íntima con el Esposo de mi alma.

"2º Cumpliento en todo la voluntad de Dios. ¿Cómo? Cumpliendo a cada instante, con alegría, mi deber. Nada me debe conturbar. Todo debe ser paz, como es la que inunda a los ángeles en el cielo.

"3º Viviendo en el silencio; porque así el Espíritu Santo sacará sonidos armoniosos y el Padre, junto con el Espíritu, formará en mí la imagen del Verbo.

"4º Sufriendo, ya que Cristo sufrió toda su vida y fue alabanza de gloria de su Padre. Sufriré con alegría por mis pecados y por los pecadores.

"5º Viviendo una vida de fe. Mirando todo bajo el punto de vista sobrenatural. Reflejando a Cristo como en un cristal en nuestras acciones.

"6º Viviendo en un continuo hacimiento de gracias: que nuestros pensamientos, deseos y actos sean una acción perpetua de gracias.

"7º Viviendo en una continua adoración, como los ángeles; repitiendo: 'Sanctus sanctus', etc. Y ya que no podemos constantemente estar en oración, al menos antes de cada ejercicio renovar la intención, y así seremos una alabanza de gloria y viviremos una vida de Cielo. Es más, debemos inflamarnos más en el celo de la gloria divina" (D. 28).

Se compenetró de tal modo con Isabel de la Trinidad, la carmelita de Dijon que había fallecido en 1906 víctima del mal de Addison, que se construyó como ella una celda dentro de su alma donde Dios estaba y donde penetraba continuamente para hablarle. En su celda se ponía a salvo de sus penas, confiándoselas al Señor. Allí buscaba conocerlo, adorarlo y semejarse a El.

Al igual que Sor Isabel nunca se sentía sola en medio de sus actividades, porque le bastaba pensar en El. "Todo resulta entonces dulce y fácil, pues no se siente una sola: Jesús está ahí".[1]

Juanita se mortificaba para "suplir en su cuerpo lo que faltaba a la pasión de Cristo"[2]. Sor Isabel decía que su "felicidad nunca había sido tan grande y tan verdadera como hasta que Dios se dignó asociarla a los sufrimientos del Divino Crucificado".[3]

Juanita vivía en unión con el Señor, convirtiendo su vida en un diálogo permanente con El. Isabel exclamaba: "Qué feliz es uno cuando se vive en intimidad con Dios, cuando la vida se convierte en un diálogo de corazón a corazón, en un intercambio de amor; cuando se sabe encontrar al Maestro en el fondo del alma. Entonces nunca más se está sola y se busca la soledad para gozar de la presencia de este Huésped adorado".[4]

Juanita llevaba el cielo dentro de su alma. La carmelita francesa escribía: "Vivamos con Dios como un amigo. Hagamos viva nuestra fe para vivir en comunión con El a través de todas las cosas, eso es lo que produce santidad. Llevamos el cielo dentro de nosotros, porque El se nos entrega por la fe y el misterio es el mismo que colma de luz a los bienaventurados en la visión beatífica".[5]

Juanita buscaba la soledad para unirse a Cristo. Isabel afirmaba: "aun en medio del mundo se le puede escuchar en el silencio de un corazón que sólo quiere ser todo para El".[6]

Juanita ofrecía su vida por la salvación de los demás, Isabel deseaba conquistar almas al servicio de Dios. Se santificaba por ellas y le llevaba almas a Cristo para probarle su amor.

Isabel será una de las religiosas que más influirá en su vida espiritual. Su mensaje lo llevará vivo en su corazón. Isabel fue una carmelita que se consumió por el Señor, una trinitaria que vivió para alabar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, una mística que oraba por los sacerdotes, por los suyos y por la humanidad para que Dios invadiera sus almas. Todos sus actos de amor hacia el prójimo los realizaba para demostrar cuánto adoraba a Cristo, olvidándose de sí y cumpliendo sus deberes fielmente. Era una teresiana que se entregó como su Santa Madre dedicándose a ofrecerle almas a Jesús.

(1 Sor Isabel de la Trinidad, C. 93)
(2 San Pablo)
(3 Sor Isabel de la Trinidad, C. 326)
(4 Sor Isabel de la Trinidad, C. 161)
(5 Sor Isabel de la Trinidad, C. 122)
(6 Sor Isabel de la Trinidad, C. 38)

Juanita, antes de adentrarse en Sor Isabel, era por naturaleza teresiana; armonizó con la carmelita de Dijon e hizo una morada en su alma para estar en permanente unión con el Señor.

Cada una con un diferente carisma, cada una con una personalidad distinta, cada una con un mensaje muy particular; pero ambas, esposas de Jesús, constructoras de un templo interior, adoradoras de El; ambas... proseguirán el camino de la Cruz... Ambas se inmolarán por amor.

"VAMOS A **LA SOLEDAD"**

Agosto 8: "Hoy entro a retiro. Oigo la voz de mi Jesús que me dice: "Vamos a la soledad". "La llevaré a la soledad y allí le hablaré a su corazón".[1]. Me retiro con El en lo íntimo de mi alma y allí, como en otro Nazaret, viviré en su compañía con mi Madre y San José. Jesús me ha dicho que va a hacer un registro en su casita para ver lo que le hace falta para purificarla.

"¡Oh, qué ingrata me veo para con mi Dios! Tengo confusión, vergüenza con tantos pecados que he cometido. Dios mío, perdón. Cuánto te he ofendido y que bueno eres Tú, que no me has condenado. Yo desde ahora odio el pecado pues él me aparta de Ti. Me hace objeto de horror a tu vista. Señor, perdón. Ya desde ahora quiero ser santa. Y pensar que el germen de todos los pecados es la soberbia y ésa es mi pasión dominante... ¿Qué soy yo, Señor, sino miseria, nada criminal? ¿Qué tengo yo, Señor, que tú no me hayas dado? Señor, quiero ser humillada, ser despreciada, aborrecida, para acercarme más a Ti, para no amar más que a Ti; quiero sufrir para reparar mis pecados. ¡Perdón, Señor, ten piedad de mí!

"He comprendido que lo que más me aparta de Dios es mi orgullo. Desde hoy quiero y me propongo ser humilde. Sin la humildad las demás virtudes son hipocresía. Sin ella las gracias recibidas de Dios son daño y ruina. La humildad nos procura la semejanza de Cristo, la paz del alma, la santidad y la unión intima con Dios" (D. 29).

CONFESION **GENERAL**

"Me confesé de los pecados de toda mi vida. Qué confusión de verme tan pecadora. Casi creí que iba a morirme de dolor. Cuando me preparé no sabia lo que me pasaba: veía en mi pobre alma pecados mortales tan grandes que me horrorizaba. Sin embargo, yo todos los días de mi vida rezaba a mi Madre tres Ave Marías para que me librara de tal desgracia; que prefería morir antes. Sin embargo, ofrecí el sacrificio de no preguntarle al Padre si había cometido pecados mortales y cual no sería mi alegría al oír que el Padre me decía: "Usted por la gracia de Dios no ha tenido la desgracia de cometer ningún pecado mortal. Usted se ha expuesto y Dios, con amor la preservó. Déle gracias de corazón. Y cuando no se ha perdido la inocencia bautismal, el voto de consagrarse a Dios no es ya de castidad, sino de virginidad. Ofrézcale, pues, su virginidad".

"Yo me quedé muda. ¿Cómo expresar lo que pasó por mi alma? En aquel instante sentía amor, y ese amor era puro, virginal. ¡Oh, qué grande es la misericordia de mi Jesús para ésta su miserable esposa! ¡Cuántas gracias a mi Madre!" (...)

"Quiero desde hoy ser siempre la última en todo, ocupar el último puesto, servir a los demás, sacrificarme siempre y en todo para unirme más a Aquél que se hizo siervo siendo Dios porque nos amaba.

"No me disculparé jamás, aunque sea injusto. Haré todas las cosas lo mejor que pueda por agradar no a las criaturas sino a Dios. Amaré las criaturas por Dios, en Dios y para Dios. Viviré constantemente en ese espíritu de fe. No despreciaré ninguna ocasión para humillarme y para mortificarme. Cumpliré a cada instante la voluntad de Dios. Creo que en el amor está la santidad. Quiero ser santa. Luego me entregaré al amor, ya que éste purifica, sirve para expiar. El que ama no tiene otra voluntad sino la del amado; luego yo quiero hacer la voluntad de Jesús. El que ama se sacrifica. Yo quiero sacrificarme en todo. No me quiero dar ningún gusto. Quiero inmolarme constantemente para parecerme a Aquél que sufre por mí y me ama. El amor obedece sin réplica. El amor es fiel. El amor no vacila. El amor es el lazo de

Tarjetas de visita de Juanita y de Rebeca.



unión de dos almas. Por el amor me fundiré en Jesús" (D. 30).

PRIMER CONTACTO **CON LOS ANDES**

Graciela Montes fue a ver a su hermana a Los Andes. Aprovechó de mostrar la libreta donde Juanita le había expresado sus deseos de entrar al Carmelo. La Madre priora Angélica Teresa del Santísimo Sacramento se interesó por ella, le mandó a decir que le escribiera y le envió de regalo un detente[2]. María Teresa de San Juan de la Cruz le contó a su hermana que recordaba muy bien a Juanita porque le había tenido en sus brazos cuando era pequeña.

Esto sucedía el 14 de agosto. No podía escribirle desde el colegio a la priora pues toda correspondencia era leída allí por reglamento. Decidió esperar con el propósito de hacerlo desde su casa.

Al mismo tiempo recibió del Padre Colom una carta donde le hablaba sobre la elección del monasterio, sugiriéndole –entre otros– el de Viña del Mar.

"¡Qué hacer! No sé qué hacer, verdaderamente. Por otra parte, me dicen que no piense porque falta mucho. Pero sólo falta un año, pues quiero entrar de religiosa a los dieciocho años" (D. 31).

"Jesús me dijo que obedeciera a mi confesor. Que me pusiera en sus divinas manos, que no me inquietara en nada, pues ya El me dijo de dónde sería. Examiné lo que me llevaba al Carmen y por lo principal es que allí viviré ya como en el Cielo, pues ya no me separaré de Dios ni un instante. Le alabaré y cantaré sus misericordias constantemente, sin mezclarme para nada con el mundo" (D. 31).

"JESUS ME **DA VIDA"**

Lunes 27: "No sé lo que tengo, pues siento a cada instante fatigas. Hoy varias veces he tenido que poner mi voluntad para no dejarme llevar de la tristeza. Y ayer saqué ese propósito en la meditación: mostrarme alegre todo el día. Y lo he cumplido... Ya no sé cómo estoy, pero estoy feliz, pues sufro y sufro con Jesús para consolarlo y para reparar mis pecados y los de los hombres. Y una tristeza moral; pero diré con el salmista: "Cercado estoy por mis enemigos, pero confío en el Señor que ha de confundirlos" (D. 32).

Agosto 28: "Me siento cada día peor. No tengo ánimo para nada, pero en fin, es la voluntad de Dios. Que se haga como El quiera. Madre mía, todo lo he puesto en vuestras manos. ¿Por qué me habéis abandonado? Haz que sepa muy bien mis lecciones y composiciones. Madre mía, que tenga "muy bien" en mis temas. Muéstrate que eres mi Madre y dame todo, pero humildad ante todo. Jesús querido, dame sufrimientos. No importa sufrir porque así me amas" (D. 32).

"Mañana sin comunión. La obediencia me lo impone. ¿Qué hacer, Jesús sin Ti? ¿Qué será de esta miserable sin Jesús? Mas por suerte que lo tengo en mi alma. Allí habita mi Jesús y no lo dejo salir" (D. 32).

Su madre no le había permitido levantarse para ir a comulgar y le prohibió hacer sus oraciones de la noche pues Juanita las realizaba de rodillas frente al crucifijo y esto podía debilitarla más. Sufría de fuertes dolores de cabeza y espalda.

"Cuando comulgo siento ánimo. Jesús me da vida, no sólo la del alma sino la del cuerpo. Y me la quitan, me privan del cielo. Jesús querido, que se haga Tu voluntad y no la mía. Mañana comulgaré. Conseguí permiso. ¡Oh, qué felicidad: mañana tendré el cielo en mi corazón! ¡Oh, te amo, Jesús te adoro! Te agradezco a Ti y a mi Madre este favor. ¡Toda tuya... Sólo Tú... ninguna criatura!" (D. 32).

Doña Lucía le advirtió que la sacarían del colegio el próximo año para hacer su estreno en sociedad. Su prima Herminia Valdés Ossa daría un baile y ella debía asistir. ¿Por qué actuaba así su mamá conociendo su vocación? ¿Pensaba que no sería aceptada en el Carmelo por su salud o deseaba asegurarse, en caso de que fuese admitida, que conociera otro aspecto de la vida para reforzar o desistir a su ideal? Juanita debía pasar por diversas pruebas antes de consentir su partida al monasterio:

"¡Jesús mío, si es posible, que pase de mí este cáliz, más no se haga mi voluntad sino la tuya!... Por otro lado, cuando estoy con Jesús, me da no se qué hablarle de mis penas en vez de consolarlo, cuando El sufre mucho más. Y me callo. Y mi pobre corazón sigue gimiendo, y Jesús me mira contento, me cuenta sus..."[3]

Pensaba entrar al año siguiente al convento y su mamá la iba a presentar en sociedad; todos sus planes se desbarataban. Pero lucharía por cumplirlos... si lo quería el Señor.

Habló con ella, le manifestó que la dejaría ser carmelita, pero tenía que esperar y obedecer; estaba sobrecargada de problemas que debía superar.

CARTAS A **DOS MONASTERIOS**

Juanita le confió a doña Lucía que le escribiría a la priora –Angélica Teresa del Santísimo Sacramento– de Los Andes. Además le mandó otra carta a la Madre priora Carmela del Sagrado Corazón de Jesús, del Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús de Viña del Mar. En un tiempo más iría personalmente al Carmen Alto de Santiago a hablar con la priora de allí.

Santiago, 5 de septiembre de 1917

Rda. Madre Sor Angélica,

Reverenda Madre:

"Creo que dispensará la libertad que me tomo al escribirle, pero no puedo menos de hacerlo para agradecerle el cariñoso recuerdo que Ud., Rda. Madre, ha tenido la bondad de enviarme con la Chelita. Hubiera deseado contestar inmediatamente; pero Ud. sabe, Rda. Madre, que no es posible en el colegio.

"Este detencito que lo llevo conmigo constantemente me es doblemente precioso por venir de mi querido Carmen, pues usted, Rda. Madre, sabe ya por la Chela el cariño y estimación que tengo por las carmelitas y el deseo que tengo de contarme algún día entre ellas. Mas tropiezo con muchas dificultades, y la principal es mi poca salud. Sin embargo, le he encomendado este asunto a la Sma. Virgen y creo que Ella ha de abrirme las puertas de ese bendito asilo, si es la voluntad de Dios; pues ante todo sólo deseo esto. Ayúdeme, le ruego por favor, Rvda. Madre, con sus oraciones y con las de su comunidad para alcanzar de Jesús este favor; aunque sé que soy indigna de gracia tan señalada.

"Ahora le comunicaré que yo nunca he conocido personalmente a ninguna carmelita. Solamente he leído la vida de Sor Teresa[4] y de Isabel de la Trinidad. Desde entonces he comprendido que el Carmen es un cachito de cielo y que a ese Monte santo me llamaba Nuestro Señor. Cuanto deseo, Rda. Madre,

---

(1 Oseas, 2, 14)

(2 Recordatorio para rechazar al demonio. En él dice: "Detente, el Corazón de Jesús está conmigo")

(3 D. 32. Juanita no termina la frase)

(4 Teresita del Niño Jesús)



Niño Jesús de Praga. Imagen venerada en la Iglesia de los padres carmelitas, Independencia, Santiago

darme por entero a mi Jesusito. Ruégule mucho para que me ofrezca a El pura, sin que el mundo haya tocado mi corazón. Pídale, Rda. Madre, por favor, a la Sma. Virgen que me guarde debajo de su manto maternal. ¡Qué anhelo tengo de entregarme a la oración, de vivir unida constantemente a N. Señor! Ahora trato de recogerme dentro de mi alma. Allí adoro, allí consuelo y amo a mi Jesús. Pero es verdad que no siempre me recojo, pero hago sobre esto el examen particular.

"También sé que si voy al Carmen será para sufrir; mas el sufrimiento no me es desconocido. En él encuentro mi alegría, pues en la cruz se encuentra a Jesús y El es amor. Y ¿qué importa sufrir cuando se ama? La vida de una carmelita es sufrir, amar y orar, y en esto encuentro todo mi ideal. Rda. Madre, mi Jesús me ha enseñado desde chica estas tres cosas. ¡Cuánto debo agradecer a mi Divino Maestro las lecciones que da a una miserable como yo!

"¿Qué dirá Ud., Rda. Madre, de esta carta tan larga? Pero su corazón maternal me dispensará y sabrá recordar en sus oraciones a su pobre ovejita, sobre todo en estos días de septiembre, para que Jesús la guarde toda para El.

"Su indigna hija en Jesús,

Juana Fernández, H. de M.[1]

"Le ruego, Rda. Madre, que me guarde secreto de mi vocación, pues sólo lo sabe mi mamá y algunas íntimas amigas. Le encargo a sus oraciones y a las de la comunidad mi familia.

"Mi dirección es, si la necesita, Vergara 92" (C. 14).

CARTA A **SU PADRE**

Juanita quería mucho a su papá; a pesar de todos sus problemas, jamás le tocaba los temas que podrían apenarlo, estudiaba con más ahínco por darle alguna satisfacción.

Don Miguel había arrendado un fundo en San Javier, venía muy poco a Santiago debido a la lejanía y para evitar roces con su familia que aún no se recuperaba del todo por la pérdida de Chacabuco. Las cartas que ella le escribirá serán siempre optimistas y reconfortantes, se encargará de alegrarlo y nunca dejará de ponerle en ellas saludos de su madre.

"No se imagina cuánto lo he echado de menos, ya que habríamos sido doblemente dichosas si Ud., papacito, hubiera estado aquí.

"Hemos hecho muchos paseos. El domingo fuimos al fundo de don Ricardo Salas con cinco chiquillas, pues como teníamos que ir a pasar todo el día, ninguna señora podía ir; pero mi mamá se ofreció a llevarnos a todas. Salimos a las 1.30 P.M. en el tren de Pirque, y nos bajamos en Bellavista, que es la primera estación. Allí nos esperaban las niñitas de don Ricardo. Nos enviaron el auto, que es espléndido; pero como no cabíamos todas, unas se fueron en carritos tirados por caballos que pertenecen al fundo. Nos pusimos de la estación a las casas en 10 minutos. Lo pasamos muy divertido. Ese día celebraron los huasos el Dieciocho; así es que don Ricardo les había organizado fiesta: elevación de globos, voladores, carreras en burro, etc.

"Tienen una magnífica cancha de tenis. En fin, gozamos todo el día. Nos acordamos de Ud., papacito, porque le habría gustado conocer el fundo. Es muy bonito. Por todos lados se veía el pasto verde y mucha agua.

"Mañana vamos a la Escuela de Aviación con Chiro, que es amigo de uno de los oficiales de la Escuela, y me parece que veremos elevarse a un aeroplano. De buenas ganas subiría para aterrizar en San Javier e irle a dar un beso y abrazo muy apretado. ¿Qué le parece, papacito?

"Todos aquí están muy bien. Ignacito, que había estado enfermo, constipado, se levantó ayer y está muy bien y hoy se levantó sin bastón –primera vez– y no cojea tanto. Parece que el Niñito Jesús de Praga le quiere hacer el milagro y el otro día le hizo uno bastante grande a un joven.

"Miguel ahora acaba de salir con Chiro, con el objeto de hacer una diligencia para conseguir un empleo bastante bueno. Ojalá que lo consiga(...)

"Mi mamá está muy bien, recordándolo mucho, pues hace mucha, muchísima falta. Esperamos tenerlo muy pronto entre nosotros. Véngase luego, papacito, para pasar siquiera dos días con Ud.; ya que nosotras lo aprovechamos tan poco cuando usted viene, por estar internas.

"Reciba, papacito, abrazos y besos de mi mamá y hermanos, más mil besos y cariños de su hija que más lo quiere y que se acuerda a cada momento de su papacito querido" (C. 15).

(1 Las iniciales H. de M. corresponden a hija de María)

DEBILIDADES

13 septiembre: "Yo no sé lo que me pasa. Es una tristeza interior tan grande que me siento como aislada de todo el mundo. Me aburre todo y me cansa todo. En fin ayer, gracias a Dios, pude meditar y sentí devoción y amor, lo que hace mucho tiempo no me daba el Señor ni aún en la comunión. En fin, estos dos meses de sufrimiento son dos meses de cielo, pues aunque no me he unido mucho a mi Jesús a causa de mi tibieza, sin embargo, todo se lo he ofrecido a El y le he pedido me diera su cruz.

"Me pidió mucho mi Jesús –lo mismo mi Madre– los imitara en el eclipsamiento de la persona, es decir, que viviera muy oculta sólo para El. Que no manifestara mis sentimientos a nadie sino a mi confesor. Así lo haré con la ayuda de Dios. Saqué ayer como resolución la de vivir hoy muy alegre exteriormente" (D. 33).

"Me contestaron las dos madres carmelitas en unas cartas ideales. La de Los Andes me envió una fotografía de la Virgen con oración y una medallita de la Virgen del Carmen y del profeta Elías" (D. 33).

Por su parte la priora de Viña le escribió:

"Su cartita me ha gustado mucho, porque veo que a mi inclinación de robármela, usted une el querer dejarse robar. Y ha de saber que en esto yo no soy sino instrumento porque es Nuestro Señor quien desea robar a la Juanita para hacerla toda suya(...)

"Es bueno que sepa que el Santo Padre ha decretado que las niñas pasen dos años fuera del colegio antes de ingresar a un monasterio".

2 octubre: "Hace mucho tiempo que no sé lo que es fervor. Siento la voz de mi Jesús, pero no lo veo. No siento su amor. Estoy fría, insensible; pero esto me sirve para ver mi nada, mi miseria. Así es que, cuando estoy con Jesús, no le hablo, porque mi imaginación vuela a otras partes. Pero cuando vuelvo en mí, lloro de ver lo ingrata que soy con mi Jesusito, pues El viene a morar en mi alma tan llena de miseria y yo casi no hablo con El. En fin, me ofrezco enteramente a Jesús. Quiero abismar mi nada en su amor y poder infinitos" (D. 34).

5 octubre: "Hoy he tenido más fervor. Yo creo que mi poca devoción proviene de que estoy muy apegada a todo lo terreno, a las vanidades. Que-

ro renunciar a todo lo terreno. Quiero vivir en la cruz. Allí hay abandono, soledad" (D. 34).

7 de octubre: "Jesús me pide que sea santa. Que haga con perfección mi deber. Que el deber –me dijo– es la cruz. Y en la cruz está Jesús. Quiero ser crucificada. Me dijo que le salvara las almas. Yo le prometí. Que también lo consolara; que se sentía abandonado. Me acercó a su corazón y me hizo sentir los...[1] Lo siento que se apodera de mi ser. Lo amo".

9 de octubre: "He pasado muy unida a Nuestro Señor. Sin embargo, fervor no siento. Hoy he estado muy rara. He tenido ganas de portarme mal; de rabiar, en fin hasta de llorar. Yo creo que todo proviene de como me encuentro físicamente. Esta mañana casi no hice meditación y la acción de gracias de la comunión fue muy poco fervorosa, porque pasé con fatiga. Pero Jesús me dijo que no me preocupara, que de eso no tengo la culpa" (D. 34).

10 de octubre: "Hoy he sido mala: fui presumida. Señor, yo me postro a tus pies por el pensamiento de complacencia que tuve por mi rostro y he estado también disipada. Yo no sé qué hacer con tanta miseria".

17 de octubre: "Jesús mío, te amo. Soy toda tuya. Me entrego por completo a tu divina voluntad. Jesús, dame la cruz, pero dame fortaleza para llevarla. No importa que me des el abandono del Calvario como el gozo de Nazaret. Quiero sólo verte contento a Ti. Nada me importa no sentir, estar insensible como una piedra, porque sé, Jesusito mío, que tú sabes que yo te amo. Dame la Cruz. Quiero sufrir por Ti; pero enséñame a sufrir amando, con alegría, con humildad.

"Señor, si a Ti te place, que se tupan más las tinieblas de mi alma; que no te vea. No me importará porque quiero cumplir tu voluntad. Quiero pasar mi vida sufriendo para reparar mis pecados y los de los pecadores. Para que se santifiquen los sacerdotes. No quiero ser feliz yo, sino que Tú seas feliz. Quiero ser soldado para que dispongas a cada instante de mi voluntad y gustos. Quiero ser animosa, fuerte, generosa en servirte, Señor, Esposo de mi alma" (D. 34).

18 de octubre: "Hoy he tenido mucho que vencerme. He tenido rabia, pena de desobedecer y hacer mi voluntad. Me he aburrido y pensado que no tenía vocación; que era una ilusión, una pura idea; que me desesperaría después; en fin, tantas cosas. Pero le recé con devoción a la Santísima Virgen y oí en el fondo de mi corazón la voz de mi Jesús: 'Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón'. Y así se acabó mi rabia.



Don Salvador Ruiz-Tagle García-Huidobro, padrino de Juanita.

"Además, hoy una Madre nos repartió dulces y, como me dio uno chico, me dio rabia y lo boté y después no le admití el otro que me dio. Jesús querido, ¿qué me dices de este soldado tan cobarde, tan imperfecto? Perdóname. Otra vez seré mejor. Me arrojo en ese inmenso océano de amor de tu corazón, para perderme en El como la gota de agua en el océano, abismar así mi pequeñez en la grandeza de tu misericordia. Noto que estoy más orgullosa, pero, gracias [a Dios] que me ha iluminado con su gracia. Desde hoy **quiero** ser humilde; olvidarme de mí misma enteramente".

Octubre 23: "Hoy no pude comulgar porque estuve enferma esta mañana. Qué hambre tengo de Jesús. Le amo pero no siento la dulzura de su amor. No le veo. No importa. Se lo ofrezco a Jesús por mis pecados, por los de los pecadores y por la santificación de los sacerdotes. Estoy mucho más recogida. Qué deseos tengo de andar enteramente recogida, con los ojos bajos y dentro de mi alma con Jesús. Le amo. Sin El no vivo. Me muero" (D. 35).

EL NIÑO JESUS **DE PRAGA**

"El 29 de octubre de 1916, a las cinco de la tarde, una señora de nuestra más alta sociedad, muy conocida y estimada, y vastamente vinculada con las más distinguidas familias de la capital, doña Rosa Fernández Jaraquemada de Ruiz-Tagle, sanó delante del Niño Jesús de Praga, en la Iglesia de los Padres Carmelitas de Santiago, de una larga y dolorosísima enfermedad de más de dieciocho meses.

"La curación fue instantánea y completa desde el primer momento".[2]

Se trataba del famoso milagro del Niño Jesús de Praga. La favorecida era la hermana de don Miguel, tía y madrina de Juanita, quien padecía de una grave dolencia en una pierna.

El 28 de octubre[3] de 1917, acudió a la Iglesia de los Carmelitas la familia Fernández Solar para unirse a la procesión.

–¡Oh Niño Jesús! Yo recurro a Vos y os ruego, por vuestra Santísima Madre, me asistáis en esta necesidad (para curar la pierna de Ignacito), *porque creo firmemente que vuestra divinidad puede socorrerme. Espero con confianza obtener vuestra santa gracia...*

Octubre 29: "Hoy no comulgué porque ayer salí por la procesión del Niño Jesús, por Ignacito. No le hizo el milagro, pero está mejor. Fue mi papá; por lo que tuve mucho gusto. ¡Oh, qué le pedí a mi Jesús que lo sanara! El está más enfermo que Ignacito. Ofrecí mi vida no sé cuántas veces. Anoche me acosté muy tarde y esta mañana desperté a las siete, así es que no pude ir. Sin embargo, quizás si me hubiera apurado en levantarme, habría podido alcanzar. Qué pena tengo. Jesús me hace falta; mas hoy he pasado unida a El" (D. 35).

EL OFICIO **DE MARTA**

El 30 de octubre era el día de recreo de las hermanitas coadjuntoras encargadas del aseo y de la comida del Internado. Las hijas de María debían reemplazarlas "tomando el oficio de Marta" (D. 35).

"¡Qué feliz es el alma que vive de la fe! Voy a servir, a ser sirviente, sierva que es lo que me corresponde. Pero en la persona del prójimo voy a servir a Dios, a mi Jesús!" (D. 35).

"Juanita escogió los trabajos más duros y los servicios inferiores que todas eludían".[4]

Durante la jornada se afanó con sumisión y docilidad hablando interiormente con su "Divino Huésped".

"He servido como Hermana todo el día. He gozado, pues me figuraba servir a Jesús. Hablé bastante con Jesús.

Me hizo ver la necesidad que tiene la carmelita de vivir siempre al pie de la cruz, para aprender allí a amar y sufrir... La vida de la carmelita no es otra cosa: amar, llegar a la unión más perfecta con Dios e inmolarse y sacrificarse en todo, ya que el sacrificio es la oblación del amor" (D. 35).

Se preparaba para el Carmelo. Su vida en el mundo fue un preámbulo para su vida conventual. Parecía que todo lo dirigía hacia allí, donde también buscará los quehaceres más humildes y ayudará con alegria a las hermanitas conversas.

"JESUS MIO, **CONFIO EN TI"**

Octubre 31: "Tengo pena, pues siempre que le pido plata a mi papá, me dice que no tiene. ¿Qué iré a hacer cuando me tenga que dar la dote para ser Carmelita? ¡Ah, Jesús querido! Yo creo que no va a querer dejarme ir. Veo tanta hostilidad contra ellas. Jesús mío, confío en Ti. Eres Todopoderoso. Ven a robarme y que sea pronto, muy pronto y para siempre. Mañana está de fiesta el Cielo. Mi alma es un cielo, pues en ella está Jesús; luego mañana es mi fiesta. Voy a cantar todo el día. Seré alabanza de gloria para mi Dios".

Noviembre 1º: "He pasado todo el día con un dolor atroz al estómago. En fin, que se haga la voluntad de Dios. La meditación y la acción de gracia ni supe cómo las hice, pues ya me caía con las fatigas que tenía. Dios me dispensará. Hoy rezamos el oficio de difuntos. Es tan lindo. Me encantaba lo que entendía. ¡Cuándo seré carmelita para cantar diariamente las alabanzas del Señor!"

Noviembre 2: "Me fui a confesar. ¡Cómo me comunica paz Dios por este Sacramento! Sí. Me siento con ánimo ahora para sufrir por mi Jesús. Le dije que si quería que cambiase el examen particular. Me dijo que lo hiciera sobre la devoción a la Virgen. La primera semana, que meditara en la grandeza de María. La segunda, en la bondad de su corazón. La tercera, en el amor maternal de su corazón. La cuarta, cómo la debo honrar, amar y poner toda mi confianza en Ella. Me dijo que todo se lo diera a María para que Ella se lo presentase a Jesús. Me dijo que debía hacer lo posible para vivir sin el consuelo y los gustos en la oración. Que todo lo debia hacer lo mismo, aunque no encontrara gusto; que me resignara a vivir así. Me dio permiso para ponerme un cordel con nudos".



Doña Rosa Fernández Jaraquemada de Ruiz-Tagle, madrina de Juanita.

"Estoy enferma. No puedo comer nada. Ayuno. Estoy feliz. Qué bueno es mi Jesús que me da su Cruz. Soy feliz. Así le demuestro mi amor. Además, los zapatos me lastiman. No me quejaré para ofrecérselo a la Virgen. Estoy sola. No comulgo, pero estoy en la cruz y en ella está Jesusito. Vivo, pues, en permanente comunión. Jesús, te doy gracias por la cruz. Cárgala más, pero dame fuerza, amor. Sé que soy indigna de sufrir, Jesús, contigo. Perdóname mis ingratitudes. Apiádate de los pecadores. Santifica a los sacerdotes" (D. 36).

Noviembre 16: "Anoche, una hora con Jesús. Hablamos íntimamente. Me reprochó el que yo no acudiera como antes en mis dudas y penas a su Corazón. Que El me quería virgen, sin que ninguna criatura me tocara, pues debía ser toda para El. Me apoyó sobre su Corazón. Después me habló de la pobreza. Cómo salí de El sin nada. Que todo es de El. Que todo pasa, es vanidad. Después me habló de la humildad de pensamiento, de acción, de la ciencia vana. En fin me abrió su Corazón y me mostró que por mis oraciones tenía escrito el nombre de mi papá. Me dijo me resignara a no ver el fruto de ellas; mas que lo alcanzaría todo. Después me reveló su amor, pero de tal manera que lloré. Me mostró su grandeza y mi nada y me dijo que me había escogido para víctima. Que subiera con El al Calvario".

Noviembre 21: "Tengo pena. Salí. Me dieron la noticia que quizás no saldremos a veranear. Por otra parte pido a la Virgen que mi papá se confiese, que vuelva la paz a la familia. Yo me siento cada día más mal. A cada instante me dan fatigas. Me duele ahora la espalda, el pecho; pero en fin que se haga la voluntad de Dios. Ignacito necesita también salir. Lucho[5] está muy flaco. Mi Mamacita... ¡Oh qué daría yo por trabajar y poder hacerlos salir! Madre mía, dile a Jesús lo que necesito y ruégale mucho. Madre mía, a tu Corazón de Madre confío todas mis penas.

"Ya no puedo más. Si Jesús no me sostuviera, no sé qué haría, pues pasaría todo el día sin hacer nada, tendida. Paso con fatigas. Un dolor de cabeza que veo todo de diversos colores. Dios mío, hágase tu voluntad y no la mía. Te ofrezco mis sufrimientos por mis pecados, por los pecadores, por la santificación de los sacerdotes.

"Morir, ¿qué cosa hay más ideal? Morir, vivir en Dios por una eternidad, gozar en Dios, ¿puede haber felicidad más grande? Jesús querido, cada vez que me siento mal, siento nostalgia de Ti, de ese Cielo en donde no te ofenderé más, en donde me embriagaré de tu amor, en donde, Jesús, seré una contigo, pues he de estar en Ti y moverme en Ti".

Noviembre 25: "Hoy contemplé a Mater Admirabilis en el templo, en ese silencio majestuoso por el que se unía a Dios toda su esencia. Así permanecía adorándolo y reconociendo su nada delante de Dios. Traté de guardar ese recogimiento y pasé cuanto pude con los ojos bajos y en presencia de Jesús" (D. 37).

CONTINUA CON LA CORRESPONDENCIA **A LOS ANDES**

"La carta de Ud., Rda. Madre, la leo muy a menudo. Me hace tanto bien, y en ella pude apreciar, una vez más, todo el encanto de la vida carmelitana. Creáme que en todas mis acciones tengo presente el fin de la carmelita los pecadores, los sacerdotes. Cada día que pasa siento la nostalgia de ese querido Carmen, y ardo en deseos de verme encerrada por Jesús en ese palomarcito, para ser enteramente de Jesús, pues mientras se vive en el

(1 D. 34, aparece inconclusa esta frase)
(2 "A los Pies del Niño Jesús", pequeño libro que relata el milagro con testimonios médicos y oculares)
(3 Se celebra el último domingo de octubre)
(4 Testimonio de Anita Rucker)
(5 Lucho venía saliendo de una enfermedad pulmonar)

mundo es imposible ser enteramente de El. Pues considero que, para pertenecerle, es necesario que sean de El nuestros pensamientos, nuestras obras, por medio de la recta intención. Esto se puede hacer, pero lo difícil, Rda. Madre, encuentro es despegarse, estando en el mundo, de las criaturas, de las comodidades. Yo hago lo que puedo por despegarme de ellas, y encuentro que no tengo, respecto a las criaturas, amor desordenado. Pero tengo ese deseo de parecer bien, de ser querida; y yo considero que a Jesús no le gusta esto, pues El buscó lo contrario. Amó siempre la pobreza y buscó sólo el amor de su Padre(...)

"Ayúdeme con sus oraciones en este bendito mes. Rda. Madre, pídale a la Virgen me dé ante todo sus virtudes y después, si es la voluntad de Jesusito, me dé salud para poder realizar el bello ideal de ser carmelita, pero según el espíritu de mi seráfica Madre Santa Teresa. Le aseguro, Rda. Madre, que como nunca necesito de oraciones, pues estoy en un período de pruebas. N. Señor quiere que le busque solamente a El, sin buscar consuelo de ninguna especie en la oración. Pero yo le doy gracias, pues así me doy a El sin mezcla de interés; no por los consuelos, sino porque le amo. Sin embargo, tengo momentos de desaliento, pues se me figura que esto me lo envía N. Señor por mis ingratitudes; mas quiero que se cumpla la voluntad de Dios y, si El quiere y le place, quiero pasar mi vida entera en este estado de sequedad por los pecadores y por los sacerdotes"[1]

FIN DE AÑO

Diciembre 14: "Me salgo del colegio. Estoy con mucha pena y casi no puedo llorar. Sólo Jesús sabe lo que sufro; dejar para siempre este lugar donde he pasado horas tan felices, donde se vive en Nazareth, puesto que se vive con El, sin nada peligroso para nuestra inocencia, donde se nos enseña la virtud. Todo lo voy a dejar para entrar en el mundo, lleno de redes. Tengo miedo que las vanidades me encadenen. Señor, sólo te pido que me des sufrimiento. El me lleva a Ti.

"Madre mía, sé Tú mi madre. Acuérdate que me he dado a Ti. Guárdame pura, virgen, en tu Corazón Inmaculado. Que él sea mi refugio, mi esperanza, mi consuelo, mi soledad. Me pongo en tus brazos maternales para que Tú me coloques en los de Jesús. Me abandono a El. Que se haga su voluntad" (D. 38).

Desde que estaba en Maestranza, se le distinguía semestralmente con la banda azul, premio que conservó durante todos los años escolares. Se otorgaba a las alumnas por sus notas sobresalientes, puntualidad y conducta ejemplar. Al final del año nuevamente obtuvo este premio, saliendo además, primera en historia, en literatura, filosofía, religión y química.

Carmen de Castro, su íntima amiga, no podía creer que había alcanzado esta última distinción:

"¿Cómo es posible que odiando esta asignatura obtengas el primer lugar?", Juanita le respondió:

"El estudio de la química lo aborrezco, pero aprendí mis lecciones por amor a Dios y por cumplir con mi deber. Le he prometido al Señor sacarme el primer puesto".[2]

"El cumplimiento del deber" era su máxima, su vida entera estaba centrada en el deber, ante su familia, ante los necesitados, ante sus superiores... lo realizaba hasta la perfección para agradarlo a El.

Grupo de amigos en Algarrobo, la primera a la izquierda y agachada es Juanita.



PLANES DE DOÑA LUCIA

Aunque sólo le quedaba un año de estudios, doña Lucía no deseaba que Juanita regresase al colegio. Tenía varios motivos, debía prepararla para reemplazar a Lucita como dueña de casa, pues en junio se casaría. Su hija mayor lo venía haciendo desde hacía tres años y así se acostumbró a tener tiempo para sus labores sociales, retiros espirituales y lectura religiosa. Mucho le gustaba, visitar a sus grandes amigas Julia Freire de Rivas, Ester Pellé de Serrano y Teresa Subercaseaux de Lyon y más aún a su hermana Juanita; era su paño de lágrimas; a pesar de tener a su hijo Juan Luis enfermo y escaso dinero para vivir dignamente, orientaba su vida al servicio de los demás. Había fundado la "Escuela Victoria Prieto" para educar a niños de extrema pobreza. La llamaban "la madre de los pobres". Era un ser excepcional.

Consciente de la vocación de su hija, quería presentarla en sociedad para que conociera otros ámbitos. También deseaba retenerla a su lado por un tiempo, ya que se alejaría después para siempre, y por último desde Viña del Mar, la priora le había advertido que debía retirarse del colegio un par de años antes para ser admitida en el Carmelo. Estaba confundida, tal vez la dejaría hacer un semestre el próximo año; iba a pensarlo. Mientras tanto, Juanita vivía en la incertidumbre sin saber si volvería al Internado.



Grupo familiar en la fiesta del matrimonio de Lucía Fernández Solar e Isidoro Huneeus Guzmán. Juanita aparece de pie; la quinta de izquierda a derecha.

Don Miguel no estaría con ellos en Navidad. Continuaba trabajando en el fundo San Pablo, ubicado en San Javier de Loncomilla, a unos doscientos ochenta kilómetros al sur de Santiago. La distancia era muy grande, pero la que existía entre ellos lo era aún más. Su sentido de culpa estaba a la vista. Doña Lucía sin manifestarle nada, lo resaltaba con su silencio. Tampoco iría con ellos a veranear a Algarrobo a la casa que su amiga Teresa Subercaseaux le había prestado; ésta formaba parte de la gran propiedad que los Lyon tenían en la playa.

ALGARROBO

Doña Lucía con sus seis hijos, acompañados por Chiro, el novio de Lucita, por Rosa, Ofelia, Cruz y Sara Guerra llegaron en tren a la estación del puerto de San Antonio. Allí les esperaban cuatro coches que doña Teresa Subercaseaux de Lyon les había enviado para llevarlos a Algarrobo.

La casa estaba en la misma playa a pocos metros del mar, tenía una espectacular vista. Aunque muy sencilla, era cómoda y amplia.

Todos los días Juanita se reunía con otras amigas del balneario para salir a caminar, hacer paseos a caballo, nadar o jugar tenis; se entusiasmó tanto con este deporte que comenzó a aprenderlo.

Volvía a recordar Chacabuco con nostalgia al galopar e introducirse por cañadas y cerros. Francisco Lyon, participaba en su alegría espontánea; al referirse a ella dirá: "Era el alma de esas correrías por las playas y quebradas, notable y diestra jineta, y osada nadadora".

Sus amigas, algunas antiguas y otras nuevas, eran las Lyon Subercaseaux, las Valdés Alfonso, las Hurtado Larraín, las Larraín Gandarillas, las Valenzuela Larraín, las Rivas Freire, las Echazarreta Larraín, las Valdés Hurtado y Lucha Huneeus Guzmán, hermana de Chiro. Se juntaban con muchachos para la puesta del sol, para cabalgar o salir a caminar. "Un primo de ella quiso tener amistad con Juanita, pero le hizo comprender que no quería amistad con ningún joven; era otro su ideal".[3]

"Hicimos un paseo a caballo con la Teresa Lyon. No te imaginas paisajes más bonitos los que se nos presentaban: quebradas inmensas entre dos

(1 C. 16. 8 de noviembre de 1917)
(2 Testimonio de Carmen de Castro)
(3 Testimonio de Francisco Lyon Subercaseaux)

Lucía Fernández e Isidoro Huneeus en el día de su matrimonio.





cerros cubiertos de árboles, y al final de ellas una abertura donde se veía el mar, sobre el cual se reflejaban nubes de diversos colores; y por detrás el sol encubierto. No te imaginas cosa más bella, que hace pensar en Dios que ha creado la tierra tan hermosa(...). ¿Qué será el cielo –me pregunto muchas veces– cuando es para gozar?"[1]

NUEVAMENTE **CATEQUISTA**

Su vida en Algarrobo no se centró sólo en paseos, deportes y diversiones. Asistía muy temprano a misa a la capilla de la Candelaria, sencillo templo construido en el cerro. Allí se alejaba del mundo y se sumergía en el Señor. Al atardecer, asistía a la Bendición del Santísimo y luego rezaba el rosario. Junto a Gabriela Lyon[2], que también tenía vocación, leían la Regla Carmelitana y soñaban estar pronto en el convento. Ambas salían a recorrer el balneario a buscar niños para enseñarles el catecismo, porque harían su Primera Comunión cerca de la fiesta de la Candelaria, que se celebraría el 2 de febrero.

"Los niños pertenecían a familias humildes de pescadores, eran pobres, rudos y muy necesitados. Juanita los preparaba con abnegación, dedicación y sacrificio. Otra manifestación de su piedad fue la preocupación por el decoro del culto de la capilla, al formar un coro con otras señoritas veraneantes, lo que le reportó muchos sacrificios para reunir jóvenes un tanto inconstantes. Tocaba ella misma el armonio. Su recogimiento era ejemplar. Era una niña maravillosa considerada como un alma espiritual entregada a la vida ascética".[3]

Teresa Lyon se impresionaba con



Exterior de la capilla de La Candelaria, Algarrobo.

ella, sabía que había sido muy rica y ahora, a pesar de su sencillez, no se acomplejaba y estaba siempre sonriendo; le preguntó cómo podía tener esta alegría constante, sabiendo que sufría estrecheces económicas: "Nací rica, y después perdimos todo ¡Bendito sea el Señor!"[4]

SU PADRE: **AMOR Y TERNURA**

"Nuestro paseo favorito son los cerros de arena que le encantan a Ignacito, pues nos dejamos caer como de tres metros, dándonos vuelta rodando(...)

"La Rebeca y yo muy contentas, pues salimos todo el día. Hoy vamos a salir a caballo con los Rivas, pues, todo el día pasamos juntos. Hasta Ignacito, porque hay niños chicos. Ahora nos vamos a ir al baño y voy a bañar por primera vez a Nano, porque antes lo bañaban aquí, al frente de la casa, pero le daba mucho susto, pero ahora vamos a una playa, donde el mar es como baño de natación y donde nado todo el tiempo.

"Como Ud. ve, papacito, no falta más que Ud. para que seamos felices; pues mientras nosotros gozamos aquí, Ud. está trabajando, dándose baños de sol, para procurarnos a nosotros comodidad. No tenemos, papacito, cómo pagárselo, pues es demasiado su sacrificio; pero sus hijos lo comprendemos y lo rodearemos de nuestros cariños y cuidados, pues encuentro que es la mejor manera de agradecerle a un padre. ¿Por qué no viene siquiera unos días? No sabe la pena que me da cuando veo a las otras chiquillas felices con su papá. Por favor venga, pues nosotras lo gozamos tan poco durante el año(...)

"Reciba saludos y abrazos de mi mamá y demás hermanos y Ud., mi querido papacito, reciba un fuerte y apretado abrazo y beso de su hija que tanto lo quiere y recuerda" (C. 21).

EL CARMELO, **SIEMPRE EL CARMELO**

No dejó de escribirle a la priora de Los Andes, y mientras veraneaba y gozaba, su ideal siempre estaba presente:

"Cada día, Rda. Madre, pienso más en el Carmen y deseo más ardientemente irme a encerrar en ese 'cielito'. Más ahora que tengo que tratar con gente del mundo. He visto que la felicidad en el mundo no existe, y siempre su trato me deja un vacío que lo llena por completo N. Señor cuando estoy con El en la Iglesia(...)

"Estoy leyendo la Vida de Santa Teresa. ¡Cuánto me enseña! ¡Cuántos horizontes me descubre! ¡Qué bien pinta la vocación de carmelita para aquellas que la siguen!

"Le ruego que me diga si es verdad que para entrar en el Carmen se necesitan dos años fuera del colegio. Porque si esto es verdad, conseguiría con mi mamá que me sacara este año. Se me hace muy largo el tiempo para ser toda de Jesús... Rda. Madre, rece para que me dé a El; para ser un poco, no, digo mal, para ser igual a mi Divino Ideal; para que vivamos dentro de mi alma en mutua comunión. Rece para que Jesús prepare mi alma para serle una esposa menos indigna, sobre todo humilde y obediente; para que encienda en mi corazón, pobre y miserable, la llama del Divino Amor.

"Le ruego, Rda. Madre, que en su próxima carta, si tiene la bondad de contestarme, me hable de la humildad, de la vocación de la carmelita, pues sus cartas me hacen mucho bien. Ruegue a N. Señor que sea de su voluntad el llamarme a ese querido palomarcito, pues quiero sólo cumplirla" (C. 20).

Al recibir su respuesta no podía más de felicidad, no era necesario esperar dos años.

"Cuando yo pienso, Rda. Madre, la vocación que se ha dignado Dios darme, me pregunto: ¿qué he hecho yo para que Jesús me quiera tanto? ¡Oh, qué bueno es Jesús que se rebaja a elegirme, a pesar de ser tan miserable! No se imagina los deseos que tengo de ser carmelita, de irme a vivir esa vida de unión divina, vida de cielo en la tierra, pues la carmelita, como Ud., Rda. Madre me dice, vive para Dios, por Dios y en Dios. Para esto no se me oculta que hay subir al Calvario, hay que adherirse a la cruz, pues éste es el medio más fácil para llegar a la unión con Cristo.

"Estoy leyendo el 'Camino de Perfección' que me encanta, porque tiene tanta doctrina; lo mismo la 'Práctica de Amor a Jesucristo'.

"Mucho gocé con lo que me dice –

(1 C. 19 a su amiga Carmen de Castro)
(2 Gabriela Lyon Subercaseaux fue postulante en el Monasterio de Jesús, María y José, de San Bernardo, pero debió retirarse por razones de salud)
(3 Testimonio de Francisco Lyon Subercaseaux)
(4 Testimonio de Teresa Lyon S.)

que no hay necesidad de esperar dos años–, pues pienso que aunque tenga que atravesar el fuego, con Jesús lo pasaré, si tengo salud, para irme este año. Ruegue mucho por esto. Voy a principiar una novena a Mater Admirabilis con este fin, pues es mi salud lo que me hace temer, ya que, a pesar de estar en la costa, me encuentra el doctor muy débil. ¿Qué hacer, Rda. Madre? Si Jesús quiere que sea carmelita, me dará salud para ello. Que se haga su voluntad. Pídale mucho por mí, para que sea humilde, para que sea toda de El" (C. 25).

"TODA LA BELLEZA **LA ENCUENTRO EN EL"**

Contemplaba la inmensidad del mar extasiándose con tanta belleza y uniéndose al Dios Creador. Buscaba el silencio de los atardeceres armonizando su oración con el sonido de las olas, encontrándose con El para oír lo indecible; lo que se escapaba al solo recordarlo. Callaba para adorarlo. Buscaba la soledad para escucharlo, aunque estuviese rodeada de gente.

"Anoche fue una noche ideal. Salimos a sentarnos en la arena, porque era la primera vez que la luna se veía, pues todos los días se nubla en la tarde. Decirte algo más ideal es imposible(...). ¿No te pasaba, Carmen, a ti que cuando veías el mar sentías verdadero tormento por lo infinito? Uno siente en el alma una soledad inexplicable que sólo Dios puede llenar, pues todo le parece muy pequeño".[1]

"Todo lo que veo, Rda. Madre, me lleva a Dios. El mar en su inmensidad me hace pensar en Dios, en su infinita grandeza. Siento entonces sed de lo infinito. Cuando pienso que cuando sea carmelita, si Dios lo quiere, tengo que abandonar todo esto, le digo a N. Señor que toda la belleza, lo grande, lo encuentro en El. En cambio en el mundo todo es chico, pasajero, y que nada quiero sino a Jesús".[2]

Al igual que Sor Isabel de la Trinidad, cuando esté en el Carmelo reconocerá que allí todo es más hermoso:

"La naturaleza lleva a Dios. ¡Yo amaba tanto esas montañas, ellas me hablaban de El! Pero mirad, los horizontes del Carmelo son todavía mucho más bellos, son el Infinito... En Dios poseo todos los valles, todos los lagos, todos los panoramas".[3]

"¿Cómo no amarlo hasta el delirio, cómo no despreciarlo todo ante el espectáculo de sus encantos y bellezas infinitas? El reúne todas las bellezas de las criaturas... y las bellezas del corazón elevadas a un grado infinito. ¿Qué se puede buscar que no esté en Jesús?" (C. 130).



Interior de la capilla de La Candelaria, Algarrobo.

REGRESO **A SANTIAGO**

"Gracias, Madre mía, por haberme librado de todos los peligros y de haberme hecho emplear bien las vacaciones. Gracias, Madre mía. Madre mía, yo quisiera decirte muchas cosas. Pero es tan pobre mi lenguaje, que trémula sólo te sé decir que yo te amo. Madre mía, quisiera a tus plantas virginales cantar tus alabanzas; pero mi voz es tan débil que sólo formulo una plegaria" (D. 39).

Juanita regresó contenta al Internado. Había llegado a un acuerdo con su mamá, como no era necesario estar dos años fuera del colegio antes de ingresar al convento, podría entrar el próximo año al Carmelo para tener tiempo para fortificar su salud. Sólo asistiría un semestre y luego reemplazaría a Lucita para llevar la casa. Mantendrían hasta el último su secreto pues temían la oposición de los otros miembros de la familia. No se estrenaría en sociedad pero sí debía asistir a pequeñas reuniones sociales antes de partir.

Doña Lucía, nuevamente, tuvo que ceder, Juanita no era para este mundo, debía permitirle seguir su camino; doloroso para ella, pero era el anhelo de su hija.

(1 C. 19 a Carmen de Castro Ortúzar)
(2 C. 20 a la priora de Los Andes)
(3 Sor Isabel de la Trinidad, C. 87)

ABANDONO, **SEQUEDAD, AGONIA**

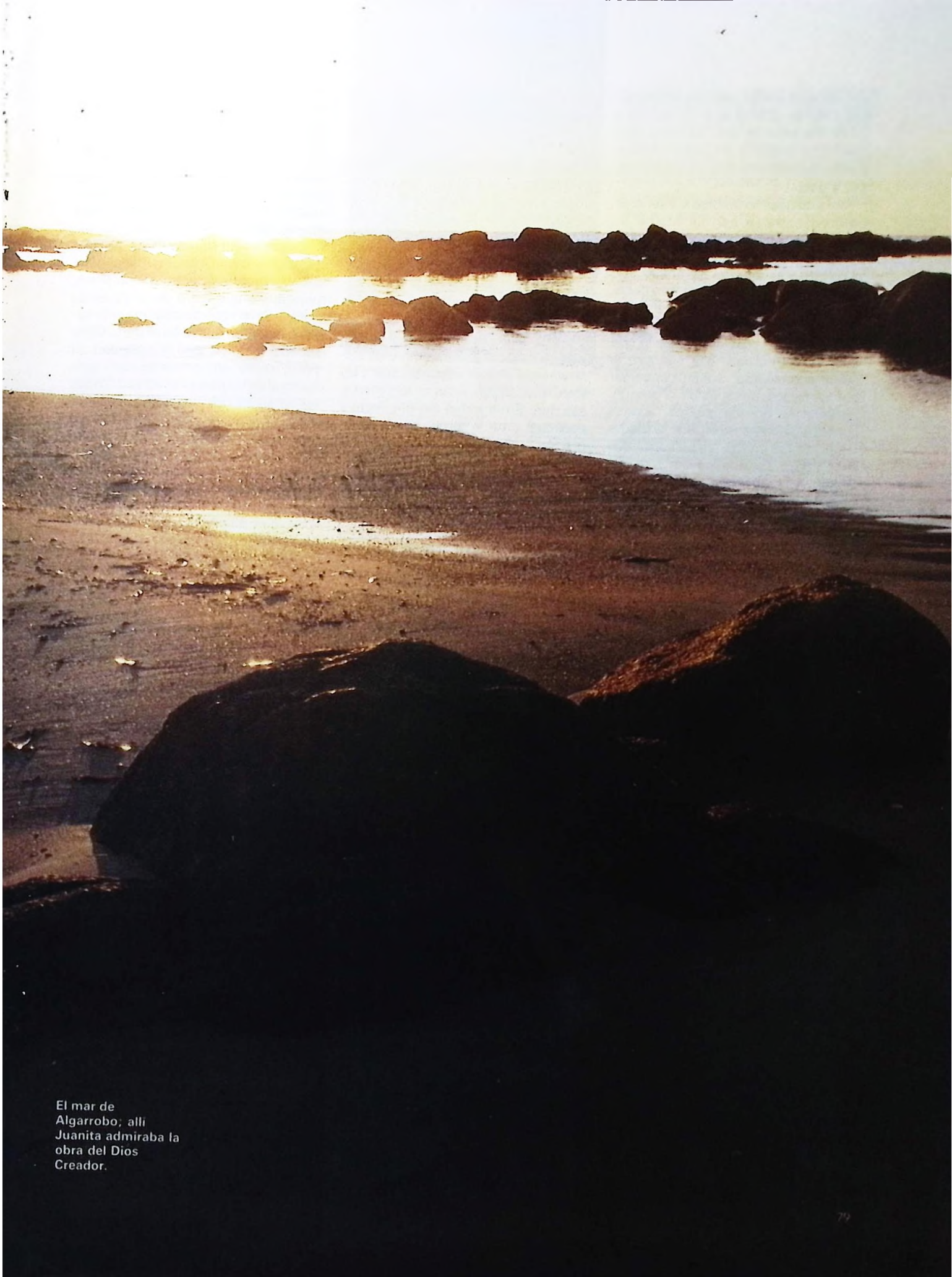
"Abandono, sequedad, agonía... Estoy que ya no puedo más. Me duele mucho el pecho y la espalda. Veo todo tan triste, porque no podré ser carmelita si soy delicada".

Abril: "Sufro, pero de una manera horrible, el abandono. Jesús me ha abandonado porque soy infiel. Ya no oye mis oraciones y me deja sin su gracia para vencerme, de manera que estoy desesperada. Jesús mío, ten piedad de mí. Tú sabes que te amo. Madre mía, socórreme en las tinieblas. Nada. Jesús no está en mi alma. La Virgen no me contesta. Jesús, ten piedad de tu esposa infiel. Sí, te amo. No me abandones. ¡Oh, gracias! Con tu palabra, Jesús, disipas por completo la tempestad."

Abril 10: "Estoy en un estado tan terrible... Rabiosa. Con deseos de portarme mal. Desesperada en las monjas. Sin gusto por la oración, pues en ella encuentro sequedad. Siento desesperación. Falto a cada instante a mi deber... Lloro porque yo no sé lo que me pasa y no tengo quién me aconseje, quién me ayude. La Madre Izquierdo está enojada y esto es un tormento".

Abril 16: "Jesús me dijo que cumpliera su voluntad siempre con alegría, a pesar de que sintiera abatimiento. Que no mirara el porvenir para mantenerme en paz" (D. 39).

"He sufrido tanta sequedad y abandono, que ya no es posible describirlo. Sobre todo una vez pasé como una hora y media en una angustia tan temible, que me dije: Si esto continúa, no voy a poder hacer nada. Pues sentía una soledad, un abandono tal, y al mismo tiempo yo veía que no tenía a quién comunicárselo. Y esto me hacía más sufrir. Supliqué a nuestro Señor me sacara de esa angustia y entonces El dejó oír su voz, e inmediatamente con su palabra, la tempestad se apaci-



El mar de Algarrobo; allí Juanita admiraba la obra del Dios Creador.

guó, aunque quedé siempre en sequedad... Yo he sido la que he pedido a Cristo me prive de todo consuelo para que otras almas que quiero encuentren en los sacramentos y en la oración paz y gozo"...[1]

Tenía razones exteriores e interiores para encontrarse así. La Madre Izquierdo estaba enojada con ella, seguramente sabía que luego abandonaría el colegio y lo consideraba una locura, era un extraordinario elemento y debía continuar estudiando. Por otra parte, –tal vez por el período que estaba pasando– la veía más alejada de lo que estaba en realidad, ella siempre la había aconsejado; solían conversar por las tardes, después de la oración, paseándose por los pasillos; Juanita confiaba plenamente en ella. La Madre Izquierdo fue una de las personas que más apoyó su ideal de ser toda del Señor. A la otra religiosa a quien le contaba sus anhelos era a la Madre Ríos, ésta se encontraba enferma. Y su director, el Padre Blanch, había sido trasladado a Valparaíso como Superior de la Congregación. Alejada de su madre, y aislada de sus consejeros habituales se sentía realmente sola.

Los motivos interiores, los verdaderamente importantes, se debían al estado de su alma, se trataba de una desolación espiritual, se encontraba distanciada de Dios, era una prueba a la que El la sometía para acentuar su íntima unión y para engrandecer aún más su amor. Había llegado, sin duda, a "la noche oscura del alma" que describe San Juan de la Cruz, donde el alma no se encuentra a gusto y necesita vaciarse de sí misma para purificarse y así llenarse de El. Juanita se estaba desapegando de toda cosa creada para cumplir gozosamente la voluntad del Señor, para entregarse a El y encontrar la perfección.

ULTIMOS **DIAS DE CLASE**

Su hermana Lucía se había casado, Juanita aún seguía en el colegio hasta terminar el semestre. La maestra del primer curso[2] era la Madre María Teresa Alaysa, religiosa peruana, quien supo apreciar en ella su amor incondicional al Señor, fomentándole más aún su devoción al Sagrado Corazón.

Julio 11: "Esta mañana Jesús me ha pedido que no llore por mi salida del colegio, pues ésa era su voluntad. Yo le dije que entonces las monjas me creerían una desagradecida; pero El me hizo ver cuán apegada estaba a lo que las criaturas decían. Que rezando por ellas sería agradecida. Voy a ofrecer el sacrificio por mi papá y hermanos."

Julio 21: "Me faltan sólo quince días para salirme del colegio y aunque tengo pena, quiero cumplir la voluntad de Dios con alegría. Recé mucho por mí, voy a principiar a luchar con el mundo y pienso que en las vacaciones pediré el permiso para irme a las carmelitas. Veo que es ésa la voluntad de Dios; pues se han allanado muchas dificultades, las que antes me parecían insuperables. Pienso, en mi casa, llevar una vida de oración: Levantarme a las cinco y media y hacer desde las seis a las siete, meditación. A las once y media, examen. En la mitad del día, lectura espiritual y en la tarde, una hora de oración."

Julio 28: "Tengo mucha pena porque sólo me falta una semana para salirme, pero quiero hacer el sacrificio heroicamente, sin derramar lágrimas"

Julio 29: "Tengo pena porque voy a dejar este colegio donde vivo con Nuestro Señor, aislada de todos los peligros del mundo" (D. 41).

OPINIONES DE **SUS COMPAÑERAS**

"En el colegio vi que Juanita era perfecta y llamaba la atención de todos por su fidelidad y cumplimiento de sus obligaciones estudiantiles, muy buena conducta y excelente compañera. Dios flotaba ya en su ambiente espiritual. Maravillosa en el cumplimiento del deber. La veía en los recreos alegre y amable. En las horas de silencio nadie le sacaba una palabra. En la capilla llamaba la atención por su piedad, parecía un ángel, perdida en Dios, siempre arrodillada. Nunca faltaba a la caridad y no permitía que se hablara mal de otra persona. La respetaban como alma de selección. En el Internado maduró espiritualmente, siendo un ejemplo para todas. Era muy pareja y justa con nosotras. Hacía catecismo a los niños pobres de nuestro colegio, yo fui catequista con ella, al preparar esos niños a la Primera Comunión; hablaba de Dios con gran unción y tenía una gracia especial para enseñar las verdades de la fe. Hacía luego después de su oración, un cuarto de hora de meditación con la Madre Izquierdo junto a nosotras. Allí Juanita se perdía en Dios, inmóvil, parecía en éxtasis. Su exterior revelaba que estaba en otro mundo. Era prudente porque el fin de su vida lo puso en la voluntad de Dios, cumpliéndola momento a momento, aunque le costara, y se rieran de ella algunas compañeras. Cumplía maravillosamente su deber no sólo en el colegio donde era ejemplar, sino también en su casa llegando a ser amada con predilección por sus padres y hermanos, debido a su abnegación" (Ana Rucker Solar).

"Era muy equilibrada, llena de ponderación y calma, cuando respondía a una pregunta se demoraba un tanto, pensaba lo que iba a decir antes de hablar. Se le consideraba una niña seria, ordenada y suave en el trato, tanto en sus estudios, que le costaban un poco, como en su comportamiento habitual en las clases y recreos. Todas las personas que tuvieron ocasión de conocerla decían que Juanita no era para este mundo y que tenía vocación religiosa. Tenía gran amor al Santísimo e iba a visitarlo voluntariamente en el gran recreo de la tarde. Edificaba por su respeto en la iglesia. Hablaba de Dios con mucho fuego, con mucho entusiasmo. Quería que yo también me enamorara de Dios como lo estaba ella. Con las maestras y religiosas que la educaron guardó siempre gran respeto y sumisión. Por eso le pidieron que se hiciera monjita del Sagrado Corazón, nunca le vi ninguna afición a las cosas del mundo. Jamás despreció a nadie, su bondad era exquisita con los desvalidos" (Carmen de Castro Ortúzar).

"Desde pequeña era mortificada. Un día la sorprendí con cilicio[3], se lo toqué con la mano, presionándolo y le dolió. Entonces ella me dijo: "Hay que hacer penitencias por los pecadores". Jamás la oí decir algo contra el prójimo. Siempre los defendía, diciendo: "No se toca al prójimo". La llamábamos la "lengua santa". Nunca la vi mal genio o enojada. Su intensa piedad la convirtió en un ser lo más equilibrado que he visto, calmada y alegre vivía de un fuego interior, de la presencia y contemplación de Dios, por su espíritu de oración. Buscaba la santidad, porque "a mí el Señor me llama claramente", decía y todos los actos de su existencia trataba de referirlos a Dios. "Cada puntada de aguja es un acto de amor al Señor". Son frases que yo le oí a Juanita. Cuando comulgaba, hacía larga acción de gracias y quedaba como inmóvil, había que tocarla para que se retirara de la capilla. Para mí no hay duda que tenía comunicaciones internas con Dios, pues cuando se refería a algunas cosas espirituales me

decía: "El Señor me lo dijo en la oración". Con los años maduró su vocación y fue subiendo en la perfección dominando sus defectos. Leía mucho el Evangelio, el ejemplar que tenía estaba bien usado de tanto leerlo y meditarlo. Se sabía de corrido la Historia Sagrada. Cuando tenía dificultades decía: "Son cosas que pasan, la otra vida es la que vale". No se preocupaba de la belleza física. Se preocupó de cumplir siempre la santa voluntad de Dios, hacer lo que El quería y no los gustos personales. Era muy agradecida con cualquier favor o atención que le hicieran. Era muy fina en sus modales. Enseñaba con el ejemplo, la obediencia. Jamás fue sorprendida en una mentira. A pesar de su carácter fuerte y de natural susceptibilidad, se dominaba. Su modo de ser apacible se debía a su esfuerzo por eliminar sus defectos. Era muy alegre y cordial" (María Josefina Salas Pereira).

"Se manifestaba siempre alegre, vivaz y cariñosa los primeros años que la conocí, después sin perder su alegría, se mostraba más tranquila, introvertida, como si estuviera pasando algo en su interior. Su carácter era fuerte, pero lo dominaba, tenía firmeza y constancia en el obrar, era en una palabra, equilibrada. Era muy entretenida y divertida, por su carácter alegre y sin complicaciones; las demás compañeras la celebraban. Se sonreía de los sobrenombres de las profesoras, siempre que no fueran irrespetuosos. Tenía gran ascendiente entre nosotras y Juanita permanecía humilde y trataba de ocultar sus méritos y vida virtuosa, eclipsándose ante las demás. Reprendía a las pequeñas con suavidad y firmeza cuando las religiosas le encargaron cuidarlas. Tenía cualidades y dotes de mando. Muy buenamoza, poseía ojos azules preciosos, nariz bien cortada, tez blanca, pelo castaño y bastante alta. Trataba de imitar a la Virgen en su vida oculta de oración. Tenía alma de apóstol para propagar la fe y el amor de Dios. Era la mejor que hacía el catecismo dominical. Su esperanza la cifraba sólo en el Señor, vivía en su presencia todo el día. Se creía gran pecadora y se humillaba a sí misma, buscando aparecer siempre en el segundo plano, cediendo la preferencia a las otras compañeras. Una vez la reprendieron injustamente, por un desorden en las filas, ocasionado por otra alumna; aceptó el inmerecido reproche, sin protesta, guardando silencio; todas nosotras nos admiramos de su



Lucía Fernández Solar de Huneeus.

nobleza y profunda humildad" (Mercedes Mena Mena).

"El carácter de Juanita era alegre, encantadora. Sabía ser humilde y se creía la última de todas. A ella le correspondía ir a buscar a la Madre Izquierdo, para presidir las sesiones de formación espiritual que la Madre daba. Le correspondía porque tenía el medallón de buena conducta y aplicación; dejaba a otras el honor de acompañar a la madre. Era tan admirable en la capilla, parecía como arrebatada por el Señor. Cuando había Hora Santa era la primera en inscribirse y reemplazaba con agrado a las que, ya inscritas, no podían o no querían cumplir su turno. Era considerada como santa y la mejor alumna. Tenían todos por ella gran respeto y admiración. Nunca se exaltaba, siempre risueña, aun en las dificultades y malos entendidos. El dominio de sí misma –superior a su edad– era algo extraordinario y constante. Tranquila de carácter, debido al control que ejercía sobre sí misma, porque tenía temperamento fuerte y decidido. Tenía ansias de seguir su vocación. Cuando supimos que tenía vocación, todas sus amigas decían: "¡Tan bonita y con tantos medios para triunfar en la vida e ir a encerrarse a un convento!, ¡qué locura!". En todo veía a Dios, era admirable su fidelidad a El. Juanita veía a Dios en el prójimo, ayudaba a sus compañeras fueran amigas o no de ella. Ahorraba de los pocos pesos que le daba su madre una pequeña suma para comprar caramelos a los niños del catecismo. En cambio, nosotras no llevábamos esos caramelos y nos contentábamos con ofrecer a los niños las estampitas que nos daban las religiosas. Nunca la sorprendimos en alguna mentira. Para tener su cuerpo a raya –era muy hermosa– lo afligía con cilicios con el fin de borrar cualquier indicio de vanidad. Cuando oía la campana, inmediatamente dejaba lo que estaba haciendo y obedecía: –"La campana es la voz de Dios que llama". Era algo sublime su constancia y fidelidad al Señor" (Graciela Espinoza Martínez).

"La conducta de Juanita era ejemplar, fiel cumplidora del reglamento. Defectos no le encontraba ninguno. Era muy superior moralmente a nosotras, por sus grandes virtudes, vivía en la presencia de Dios y estaba pendiente de cumplir su santa voluntad. El deber cumplido por amor a Dios era su vida en el colegio. Era extraordinariamente edificante para nosotras. Reservada, modesta y alegre, parecía más bien introvertida y sabíamos por qué: por vivir siempre bajo la mirada de Dios. Amaba pasar desapercibida. Era muy ingeniosa en dejar a otras el primer lugar y que se llevaran las alabanzas, sobre todo cuando nos hacía trabajos literarios que nos premiaban" (Teresa Lyon Subercaseaux).

"De carácter un poco vehemente, dulcificado por la lucha del vencimiento propio. Era firme su ánimo, constante, decidido. Tuvo amistad con algunos jóvenes, amigos también de la familia. Los atendía con naturalidad y agrado, pero afecto especial con alguno no tuvo, pues su propósito era ser religiosa. Sobre las vanidades del mundo nada le llamaba la atención. Había renunciado a ellas, a pesar de ser muy bella y por su vocación religiosa que alimentaba en su interior. Su cualidad moral más sobresaliente era su piedad, se notaba que siempre estaba en

(1 C. 27 al Padre Blanch)
(2 Primer curso, equivale hoy día a cuarto medio, último curso del colegio)
(3 Cilicio: instrumento de mortificación que se lleva a raíz de la carne por penitencia)

la presencia de Dios. Ambas hicimos voto de virginidad, pero no le di la importancia que le dio Juanita, que se sintió comprometida con el Señor. Su manera de orar era de un grado superior a la nuestra, sin duda de orden místico; cuando oraba permanecía inmóvil, como iluminada. Quería asemejarse a la vida oculta de la Santísima Virgen. Trataba de ocultar los dones de Dios, para no tener vanidad. A Rebeca, su hermana, bulliciosa, movediza, a veces insoportable, Juanita la apaciguaba con buenas palabras, lo mismo hacía con otras compañeras díscolas, las consolaba y las reconfortaba cuando eran castigadas y con palabras de caridad las devolvía a la buena conducta y comportamiento. En los recreos del colegio dominaba en ella la simpatía y dulzura, a pesar de su carácter fuerte que mantenía a raya. Se reconocía que era orgullosa, pero venció su carácter con verdadera humildad; por su belleza física era un poco vanidosa, pero se vencía con la modestia de su proceder y con la búsqueda de la humildad. Amaba que se olvidaran y no se preocuparan de ella. Aspiraba tener las mejores notas, para complacer a sus padres y agradar al Señor: ella sabía que las notas y premios no le servirían en el convento. Admiraba su pureza, sencillez y santidad de vida" (Elena Salas González).

MORTIFICACIONES

Juanita se confesaba con el Padre López, en ausencia del Padre Blanch. Le dijo que debía dormir por lo menos siete horas y la autorizó para usar cilicios tres veces a la semana, una hora; le permitió renovar su voto de virginidad, y hacer tres cuartos de hora de oración por la mañana y un cuarto por la tarde.

Las mortificaciones que ella buscaba no eran con el afán de sufrir por sufrir. Por su espíritu reparador deseaba ardientemente aliviar los padecimientos de Jesús, purgar por sus pecados y por los de los demás y por la misión redentora que asumía al querer suplir lo que le faltaba a la Pasión de Cristo.

Los cilicios no dañaban su cuerpo pero sí le producían dolor, los usaba para dominar por completo su naturaleza que consideraba desordenada, para alcanzar la perfección y el desapego con la intención de llegar al desasimiento total de todo lo creado y entonces... darse por completo a Jesús.

La mortificación no era un fin, era un medio para purificar su alma y librarla de todo afecto egoísta. La mortificación iba acompañada de penitencias, renuncias, abnegación y sacrificios para desterrar su voluntad y aceptar sólo la de Dios. Como teresiana comprendía que mientras más se regalaba al cuerpo, éste más necesidades creaba. Se mortificaba con humillaciones y renuncias internamente. Con cilicios y comidas poco apetitosas externamente.

Jesús le había enseñado con su propio ejemplo a renunciar a las glorias al aceptar la cruz.

Juanita lo seguía y renunciaba a sí misma para asemejarse a El.

SALIDA DEL COLEGIO

Cumplió con su deber hasta el final, se esforzó más que nunca por obtener buenas notas y al término del semestre fue premiada como alumna ejemplar y distinguida en varias asignaturas; lo había hecho por satisfacer a sus



Patio del Internado, colegio del Sagrado Corazón.

padres, por dar un buen ejemplo y sobre todo para contentar al Señor.

"Me voy del colegio. Todo lo que sufro no es posible describirlo. ¡Oh, Dios mío, cómo todo pasa y concluye! Cuánto nos apegamos a lo transitorio. No he llorado, pero el corazón lo tengo hecho jirones. He asistido a la apertura del semestre y al ver que ya no tendría ningún cargo, sentía que se me destrozaba el corazón. Adiós, Madres que me habéis enseñado el camino de la virtud, que me habéis mostrado el camino de la dicha más cumplida aquí en la tierra y el camino del Cielo. Adiós, morada del Corazón de Jesús, donde tres años he vivido contigo. Adiós, compañeras tan queridas, adiós. Vuestro cariño quedará para siempre en mi memoria. Adiós, adiós a todo. Me voy con El. Lo sigo y soy feliz. No lloraré. Quiero ofrecer con generosidad el sacrificio a Dios. Todo por Ti, Jesús, hasta la muerte" (D. 43).

"¡Qué impresiones tan diversas he sentido! De pesar, por dejar mi querido colegio, mis Madres y compañeras, a quienes estoy tan reconocida ¡Qué buenas son para mí, qué cariño me demuestran siendo yo tan indigna de ello! Cumplí mi sacrificio sin llorar. Verdaderamente sentía en mí una fuerza superior a las mías: era Jesús quien me hacía tener valor en ese instante. Sentía que mi corazón se hacía trizas al decir el adiós a mi vida de colegiala, y, sin embargo, no lloré pues así lo había prometido a N. Señor para prepararme al gran sacrificio que debo realizar dentro de meses.

"Por otro lado, sentía el atractivo del hogar de la vida de familia que abandoné cuando era tan niña, de volver al seno de los míos para hacer el bien, para sacrificarme por cada uno de ellos a cada instante. Mas también dejaba a la Rebeca. Era la primera vez que nos íbamos a separar. Era el preludio de nuestra separación aquí en la tierra; mas en ello veo la mano cariñosa de mi buen Jesús, que así prepara nuestros corazones para hacer el sacrificio.

"Mi corazón estaba también preso del temor. Se abría ante mis ojos una senda desconocida, y siempre lo desconocido produce desconfianza. Además, iba a entrar al mundo; ese mundo tan perverso. Me iba a sumergir en la atmósfera fría, glacial de la indiferencia social. ¿Sucumbiría en ella? ¡Oh, sólo Dios sabe lo que sufrí! Añádase a esto que las Madres creían que yo me salía porque quería. Cuán distante estaba yo de hacer mi voluntad. Eran las circunstancias las que me obligaban a dejar mi querido colegio, asilo de paz, de inocencia y alegría. Era, ante todo, la voluntad de Dios que me llamaba con premura. Hoy que ya me encuentro en el mundo y veo cuál es mi vida, encuentro que la vida en Dios puede continuarse más aún que en el colegio. ¡Cuántos sacrificios que son desconocidos para todos! Además mi vida es de más oración. Paso muchas veces sola en mi pieza con solo Dios. El estudio me ocupaba más el pensamiento. Ahora sólo debo pensar en El" (D. 44).

Con pena abandonó para siempre el Internado, al que había llamado "calabozo", al que un día deseó convertirlo en cenizas (C. 5) de tanto detestarlo. Pero se había acostumbrado, agradecía su formación que sería la antesala del Carmelo. Allí soportó su sacrificio en silencio durante el primer tiempo; allí se superó para llegar a ser hija de María. Allí le enseñaron a conocer y amar más a Dios. Si era su voluntad debía aceptar el alejamiento con alegría.

NUEVAMENTE **EN CASA**

"Resoluciones para mi vida entera:

"1ª No dejaré jamás mi meditación, mi comunión y misa.

"2ª Haré examen particular y rezaré mis oraciones de la mañana y de la noche de rodillas.

"3ª Haré lectura espiritual y conservaré en mi alma un recogimiento que me mantenga unida con Jesús y separada por completo del mundo.

"4ª Tendré carácter. Jamás me dejaré llevar por el sentimiento y por el corazón, sino por la razón y mi conciencia.

"5ª Cumpliré la voluntad de Dios con alegría, tanto en las penas como en las alegrías, sin demostrar jamás en mi cara lo que pasa en el corazón. No llorar jamás, teniendo presente lo de Santa Teresa: Es preciso tener corazón de hombre y no de mujer.

"6ª No me dejaré llevar jamás del respeto humano, tanto en mi manera de conducirme como en mis palabras" (D. 43).

Agosto 25: "Me salí del colegio hace catorce días y la vida que en el colegio me parecía un misterio, se desliza, gracias a Dios, tranquilamente. Todos los días voy a comulgar y hago mi oración de tres cuartos de hora. Trato de vivir continuamente en la presencia de Dios" (D. 45).

Don Pascual Baburizza, el nuevo dueño de Chacabuco, se había enterado que don Miguel tenía una hija que todos los días tocaba el armonio –mientras permanecía en el campo– para alabar a Dios. Como era generoso se lo envió de regalo. Juanita podía seguir glorificándolo con su querido instrumento. El que no se alegraba era Lucho, pues su dormitorio estaba pegado al de ella y lo despertaba a las seis de la mañana. Lucho, con el tiempo, se acostumbrará a su sonido y cuando se vaya al convento se entristecerá al no oír sus notas.

"Me gusta saludarlo cantando", le decía.[1]

DUEÑA **DE CASA**

Asumió con responsabilidad su nuevo papel como dueña de casa. Lucía y Chiro vivían con ellos, se les acomodó un departamento especial. Juanita debía llevar la cuenta de todos los gastos, preocuparse de abastecer de alimentos, mandar a las empleadas, disponer las comidas, distribuir los horarios y trabajar ella misma para no recargar demasiado la mano a las sirvientas. Se esmeraba en agradar y servir a su familia.

"Era admirable cómo se hacía obedecer y la paz y eficiencia que reinaban en su hogar".[2]

Pero doña Lucía le exigía mucho, no la dejaba un momento tranquila, todo lo quería perfecto. Lo hacía con doble intención: para mantener el orden y la limpieza en su casa y para prepararla para la austeridad del Carmelo.

"Iba a tomar té en casa de Juanita y nos atendía como dueña de casa, encargada de todo, recibiéndonos de muy buen grado. En cuanto a los trabajos de orden y limpieza, otros decían "que lo haga la Juanita".[3]

"Fue abnegada hasta el extremo. La veíamos sirviéndonos a todos, a Miguel, hostilizado en la casa, Juanita se preocupaba de preferencia por él. Cuidaba de nosotros cuando estábamos enfermos, lo primero que se nos ocurría al enfermarnos era llamarla para que nos atendiera. Se iba al tercer patio a cuidar a la empleada que estuviera mal de salud. Era dócil y sumisa con la mamá que era exigente y autori-

(1 Testimonio de Lucho).
(2 Testimonio de Mercedes Mena Silva)
(3 Testimonio de Teresa Lyon)

taria. Su laboriosidad era ejemplar, nunca la vi ociosa. Era el ángel del hogar con su gracia y alegría."[1]

"Obedecía fielmente a su madre que la mandaba a hacer cosas todo el día hasta quedar agotada. Ella tenía deseos de leer, hacer oración o simplemente descansar un poco; sin embargo, no se quejaba y cumplía puntualmente lo que se le ordenaba. Buscaba hacer los menesteres más humildes, aseo, cocina, atender la puerta cuando algún extraño tocaba el golpeador; atender la puerta estaba confiado a empleadas, pero Juanita humildemente desempeñaba no pocas veces esta función."[2]

"Juanita se sometió a las exigencias de la virtud, con prontitud y alegría, en su casa, obedeciendo a su madre que la recargaba con obligaciones y ocupaciones".[3]

"Era una hija ideal, dócil con su madre, servicial con sus hermanos y cariñosa, encantadora y amable con las empleadas. Su madre la llamaba con mucha frecuencia para que hiciera una cosa u otra en la casa, siempre obedecía sin dar señales de disgusto o fastidio".[4]

Jamás se quejó, lo consideraba su deber y lo cumplía con abnegación y humildad. Era la única que se atrevía a enfrentar, con mucho respeto, a su madre, cuando Miguel llegaba tarde. Juanita le dejaba escondido el postre o algo de comer debajo de su cama, porque quien no se ceñía a los horarios, no podía cenar.

Sólo a una persona le contó el exceso de trabajo que tenía, fue por carta al Padre José Blanch el 13 de diciembre:

"Este tiempo de Adviento lo tengo dedicado a la oración. Trato de tener una hora de meditación por la mañana, en la que medito el gran misterio de la Encamación, por el cual siento notable devoción. Y en la tarde, media hora, en la que considero la Pasión, que leo en el Evangelio de San Juan. No todos los días lo puedo hacer, pues a veces los quehaceres no me dejan tiempo. No creía que la vida del hogar fuera una vida de sacrificio. Créame, Reverendo Padre, que me ha servido de preparación para mi vida religiosa. Mi mamá me manda constantemente y me reprende cuando no hago las cosas bien. Y muchas veces sin motivo. No tengo cómo agradecérselo a Nuestro Señor, pues así se lo inspira a mi mamá para que viva siempre con la cruz, que es prenda de su amor. ¡Cuánto me cuesta a veces callarme! Y cuando contesto, me he propuesto besar el suelo para humillarme y pedirle perdón a mi mamá. También me esfuerzo en obedecer aun a mis inferiores, como obedecía Nuestro Señor en Nazaret. Quiero asimismo que nadie sospeche que ciertas cosas a veces me son ocasión de sacrificio, mostrando mi buena voluntad para todo. Y como yo no lo manifiesto, todos creen tener derecho para exigir de mí lo que les agrada. A veces siento sublevarse todo mi ser dentro de mí misma, pero pienso que es el único medio de ser santa, y que por el amor a Nuestro Señor se puede, y soporto todo. De esta manera me abandono a la voluntad de Dios, pues, como El me ama, elige para mí lo que me conviene. Creo estar un poco más humilde, aunque no del todo, pues no sólo me reconozco una nada criminal delante de Dios, sino que también, cuando me siento humillada, pienso que mucho más merecía, siendo tan miserable como soy(...)

"Tengo reglamento, el que trato de seguir lo más que puedo. Puse a las cinco la levantada, pero casi nunca puedo levantarme a esa hora porque me han ordenado que duerma siete horas, y tengo, a veces, que acostarme cerca de las doce, porque me ocupan hasta esa hora. Pero en fin, es la voluntad de Dios ésa, y no me importa" (C. 45).

MIRANDO **EL ESPEJO**

"Doy gracias a Dios de pasarlo bien en todas partes, pues donde me llevan paso feliz; lo que no les sucede a otras chiquillas, que en todas partes se lateran" (C. 50).

Y era cierto, gozaba en todos los lugares: donde sus amigas, en el campo, en la playa, en el biógrafo, paseando, conversando. Su alegría se debía a la constante compañía de Jesús. "Donde yo vaya, El está conmigo dentro de mi pobre corazón. Es su casita donde yo habito; es mi cielo aquí en la tierra. Vivo con El y, a pesar de estar en los paseos, ambos conversamos sin que nadie nos sorprenda ni pueda interrumpirnos" (C. 40)

Se juntaba los fines de semana con sus amigas del Internado que tenían su día libre, con las del Externado y con otras que nunca habían estado en colegios, siendo educadas por intitutrices en el campo y en Santiago, como las Hurtado Valdés y las Valdés Ossa.

En casa de los Bruner Prieto, Juana Bruner tocaba el piano, Juanita con su hermosa voz la acompañaba en el salón. Cerca del instrumento había un espejo grande enmarcado en bronce. Mientras su amiga daba las notas, Juanita cantaba mirando hacia el espejo; no mirándose. Cualquiera que la hubiese visto la habría tildado de vanidosa, de enamorada. Entonaba una canción de amor:

Decirte que te quiero
decirte que te adoro
decirte que te amo
con todo el corazón...

Sí, enamorada se dirigía al Señor, buscaba su reflejo para adorarlo. Su estado profundo era el resultado de la unión con Dios, en la Humanidad de Cristo... su única esperanza, su único amor.

"Aquí tienes un corazón que te pertenece enteramente. Te adoro, te amo. Haz que sea siempre tuya" (C. 36).

PIDE UN HUECO **EN EL CONVENTO**

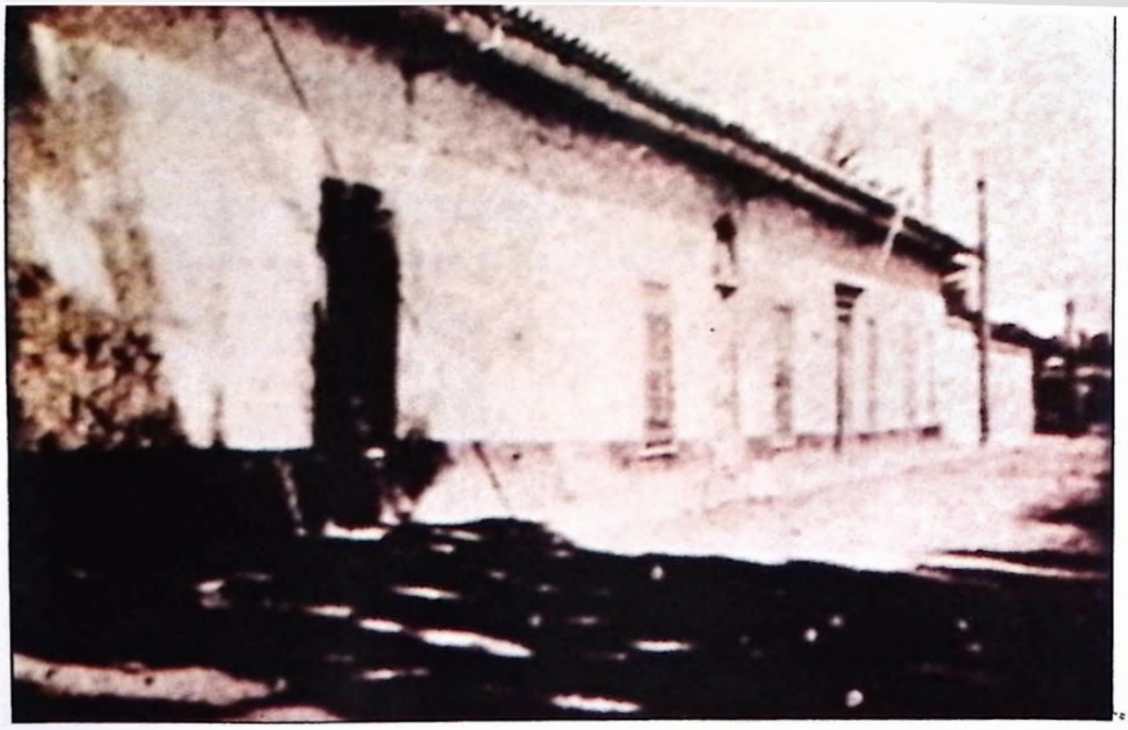
"Reverenda Madre, ahora a Ud. le voy a suplicar que me admita en ese palomarcito. Yo sé que soy muy indigna, mi querida madre, de este favor tan grande; pero créame que trabajaré toda mi vida por ser una gran santa. Santa Teresa dice que no es orgullo tener grandes deseos; antes al contrario, que esto levanta al alma a cosas más elevadas. Yo sé que soy muy imperfecta; pero espero con el auxilio de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen llevar con honor el hábito de carmelita. Entre tanto me preparo para ello lo mejor que puedo. Así que le pido, por favor, me diga si hay un huequito, y también que me diga cuál es la dote[5] y las cosas que se necesitan para poder ingresar, pues quiero saber de fijo todo esto para pedir permiso.

"Rece mucho, por favor, para que podamos ir en octubre con mi mamá a Los Andes, para poder ir a verla; pues no conozco ningún Carmen, ni he visto ninguna carmelita y, como Ud. comprenderá, tengo ansias verdaderas de

(1 Testimonio de Luis Fernández Solar)
(2 Testimonio de Francisco Lyon Subercaseaux. Luego sacerdote jesuita)
(3 Ignacio Domínguez Solar)
(4 Francisco Javier Domínguez Solar)
(5 Actualmente para entrar al Carmelo no se lleva dote)



lesia de San
nacio. Allí acudía
anita a
nfesarse con el
re Falgueras y el
re Colom.



Exterior del Convento donde entrará Juanita.

conocer sobre todo ese conventito al cual siempre estoy unida en mi corazón(...)

"Nada le he hablado del retiro(...). Me iba a una capillita de la Virgen donde estaba el Santísimo, y allí me llevaba a sus pies tan feliz, tan olvidada de todo lo del mundo, que me parecía estar ya en el Carmen. Pero a veces esos instantes eran turbados por las dudas, pues de repente creía que debía ser religiosa del Sagrado Corazón. Esa vida tan abnegada me atraía, pero apenas lo pensaba, cuando una inquietud y desasosiego me turbaba de tal manera que le rogaba a N. Señor me iluminara, y desde el fondo del tabernáculo me decía: "Quiero que seas carmelita". Y volvía de nuevo la paz a mi alma. Luego no puedo dudar sea ésa la voluntad de Dios" (C. 36).

Esta carta la escribió el 7 de septiembre. No era la primera vez que le planteaba a alguien sus dudas si pertenecer al Carmelo o al Sagrado Corazón ya que el 21 de julio le había escrito al Padre José Blanch:

"No se figura cuánto bien me ha hecho su carta. Ella llenó de paz mi alma, disipando las dudas acerca de mi vocación. Sí ¡yo creo que mi vocación es para carmelita y sólo pienso en adquirir el espíritu de Santa Teresa" (C. 34).

Pese a sus vacilaciones, Juanita tenía una inclinación clarísima hacia el Carmelo. Pero éstas volverán a atormentarla al finalizar el año. Estaba recién salida del colegio, guardaba un recuerdo maravilloso de las religiosas, habían sido sus maestras y consejeras y éstas la atraían hacia su congregación. No sólo le gustaba la oración, tenía grandes dotes pedagógicas, lo había demostrado con las pequeñas en las clases de catecismo de la escuela y con sus compañeras a las cuales las ayudaba a salir adelante.

UNA GRAN **NOTICIA**

"Grandes han sido mis deseos de escribirle apenas recibí su cariñosa carta, que agradecí tanto, lo mismo que las oraciones y el retrato de Sor Isabel de la Trinidad; pero como Ud. sabe, Rda. Madre, no he tenido tiempo, pues es éste siempre mi pecado.

"No se figura cuánto bien me proporciona con sus cartas y la alegría con que las recibo, sobre todo esta última en la que me dice hay hueco en ese palomarcito tan querido para una pobre y miserable. ¡Cuántas gracias le di a mi Señor desde el fondo de mi alma cuando leía esas líneas que me traían la más feliz noticia! Créame que me siento desterrada aquí en el mundo, en medio de tantos peligros, y tengo ansias de verme ya en ese conventito, prisionera para siempre de N. Señor, no tener otro pensamiento, otro deseo ni ocupación que no se dirija a El. Y sin embargo, soy tan indigna de esta gracia que me confundo. Mas aunque sea el último lugar, Rda. Madre, y aunque tenga que servir a todas mis hermanas, lo prefiero a vivir con las comodidades del mundo, pues creo que allí he de encontrar la felicidad más cumplida de esta vida"[1]

CONSEJO DEL **PADRE BLANCH**

Septiembre: "Vino el Padre José. Me confesé con él, me dijo que él creía me debía ir para el otro año al Carmen. Que cuando fuera carmelita –me aconsejó– no hiciera penitencias extraordinarias fuera de la regla, y que fuera muy prudente. Aunque me dijeran las novicias pidiera permiso para mortificarme más, no pidiera; pues valía más cumplir perfectamente la regla que mortificarme más de lo debido y enfermarme, teniendo que pedir dispensas. Y cuando éstas por necesidad me fueran permitidas, siempre protestara a la superiora que quería seguir la regla. También me dijo que jamás diera cuenta a la maestra de novicias y superiora del estado de mi alma, como tampoco de las inspiraciones y favores especiales de N. Señor, pues después me quedaría intranquila" (D. 47).

CARTA A LA MADRE PRIORA **DE LOS ANDES**

"Al principio de mi salida del colegio creí, Rda. Madre, que tendría un poco más de tiempo libre y le podría escribir con más frecuencia; pero ha resultado lo contrario. Créame que no tengo ni un instante libre. Ya sea una cosa, ya otra, me ocupan incesantemente. En fin, doy gracias a Dios, porque es señal que me quiere cuando desea que lleve una vida de abnegación. Créame, Rda. Madre, que basta que tenga un deseo, un plan, para que todo salga al revés. A veces me siento desalentada. Quisiera llorar y hacer mi voluntad, pero me digo: ¿este es el papel que debe hacer una carmelita? No; adelante. Es preciso el sacrificio, la renuncia de nuestra propia voluntad para llegar a la unión completa con N. Señor.

"Mi resolución de retiro fue sacrificarme por todos. ¡Cuánto cuesta a veces ese sacrificio continuado! Rece mucho, Rda. Madre, para que sea muy fiel a N. Señor. Soy tan indigna y mise-

rable que caigo muchas veces; pero N. Señor, tan misericordioso, me da la mano para levantarme y me auxilia con su gracia en las luchas que sostengo(...)

"Yo creo será muy difícil podamos ir a Los Andes. Sería demasiado bueno, Reverenda Madre, el realizar un viaje a ese conventito, y quiere N. Señor que, cuando vaya, me quede para siempre prisionera en ese cielo. Ojalá sea luego(...)

"Rece, Rda. Madre, por esta pobre desterrada para que pronto sea una santa carmelita. Dígale al Señor que me haga sufrir mucho para que, por este medio, me haga ligero un poco menos indigna del favor tan grande a que me ha destinado. Pero eso sí, que me dé su gracia para sufrir. Pídale para mí estas tres virtudes: pureza, humildad y caridad. Con ellas me consideraré rica.

"Creo que principian a calcular que tengo vocación, pues quieren que salga más. Así es que cada día tengo que disimular más, pues cuando sepan me harán una gran campaña en contra. No diré nada hasta que no tenga el permiso para irme y todo arreglado para el viaje, porque así se libra una de inútiles comentarios. Dígame qué piensa a este respecto" (C. 39).

CARTA A SU AMIGA **ELENA SALAS**

"Querida Elena:

"¿Qué te parecen mis proyectos? ¿No encuentras que son demasiado ideales para mí que soy tan miserable? Cuando pienso en las grandezas que se encierran en la vocación, me confundo y no sé cómo agradecerle a N. Señor el haberse fijado en una criatura tan ruin.

"Dime, ¿hay algo más grande sobre la tierra que el Dios eterno, inmutable, el todopoderoso, busque en la tierra un alma para hacerla su esposa; busque un corazón humano para unirlo a su Corazón Divino y hacer en el amor la fusión más completa? Más aún, ¿que Dios baje a la tierra y viva allí en la Eucaristía muriendo de amor por un alma? Imagínate el amor más grande de la tierra ¿qué es en comparación del de un Dios infinito?(...)

"El amor es la fusión de dos almas en una para perfeccionarse mutuamente. ¿Cómo se podrá unir un alma a otra más perfectamente que lo que Dios se une con la nuestra? El alma unida a Dios se diviniza de tal manera que llega a desear y obrar conforme a Jesucristo. ¿Hay algo más grande en el mundo que Dios? ¿Hay algo más grande que un alma divinizada? ¿No es ésta la mayor grandeza a que puede aspirar el hombre? Es verdad que no lo vemos con nuestros ojos del cuerpo. Mas Dios se nos hace visible por la fe. No lo palpamos con nuestras manos, mas lo palpamos en cada una de sus obras(...)

"Créeme que sinceramente te lo digo: yo antes creía imposible el poder llegar a enamorarse de un Dios a quien no veía; a quien no podía acariciar. Mas hoy día afirmo con el corazón en la mano que Dios resarce enteramente ese sacrificio. De tal manera siente uno ese amor, esas caricias de N. Señor, que le parece tenerlo a su lado. Tan íntimamente lo siento unido a mí, que no puedo desear más, salvo la visión beatífica en el cielo. Me siento llena de El y en este instante lo estrecho contra mi corazón pidiéndole que te dé a conocer las finezas de su amor. No hay separación entre nosotros. Donde yo vaya, El está conmigo dentro de mi pobre corazón. Es su casita donde yo habito; es mi cielo aquí en la tierra. Vivo con El y, a pesar de estar en los paseos, ambos conversamos sin que nadie nos sorprenda ni pueda interrumpirnos. Si tú lo conocieras lo bastante, lo amarías. Si estuvieras con El una hora en oración, podrías saber lo que es cielo en la tierra.

"Ahora te diré por qué he preferido el Carmen a todos los demás conventos de vida activa 1) Porque allí se vive para siempre retirada del mundo y sólo tratando con Dios. Y como el ideal es llegar a la unión con Dios –ya que en esto consiste el cielo: en poseer a Dios–, luego aquello que aquí en la tierra nos lleve más rápidamente a esa posesión, eso será lo más perfecto. Además, siendo yo muy apegada a las criaturas, en cualquier otro convento me apegaría a ellas. Y como esto impide lo otro, luego el Carmen me conviene más. 2) Porque es el convento más austero, en el que se guarda la regla con mucha perfección. Es el más pobre y el más penitente. Y encuentro que, si se es monja, no se debe ser a medias. 3) Porque allí se vive en una oración continua, es decir, en un trato con Dios permanente. Y eso es lo que más me encanta. Si tú supieras por un instante lo qué es oración, me comprenderías. Creéme que por una hora de oración no sé qué daría. Por otra parte, el fin de la carmelita me entusiasma: rogar por los pecadores, pasar la vida entera sacrificándose, sin ver jamás los frutos de la oración y del sacrificio. Unirse a Dios para que así circule en ella la Sangre redentora, y comunicarla a la Iglesia, a sus miembros, para que así se santifiquen. Además, su lema me entusiasma: "sufrir y amar". ¿No fue esto lo que hizo constantemente la Sma. Virgen, el modelo más perfecto de nuestro sexo? ¿No vivió Ella siempre en una continua oración, en el silencio, en el olvido de lo de la tierra? ¿Cómo salva las almas? Por medio de la súplica, de la oración, del sacrificio. Además Jesucristo dio a entender a Magdalena que la vida contemplativa es la mejor parte que pudiera haber escogido. Sí; en el Carmen se principia lo que haremos por una eternidad: amar y cantar las alabanzas del Señor. Y si ésta es la ocupación que tendremos en el cielo, ¿no será acaso la más perfecta?

"Muchas otras razones te daría, pero esto va muy largo. No creas que quiero convencerte de que seas ni carmelita ni monja. Lo único que deseo para ti es que cumplas la voluntad de Dios. Abandónate a ella con sencillez filial y repite siempre esta máxima de Santa Teresa, aun en las circunstancias más difíciles: "Dios lo sabe y El me ama".

"Pídele a Sma. Virgen que sea tu guía; que sea la estrella, el faro que luzca en medio de las tinieblas de tu vida. Que te muestre el puerto donde has de desembarcar para llegar a la celestial Jerusalén. La voluntad de Dios es que seamos virtuosas. Tengamos el suficiente carácter para ser verdaderas Hijas de María, tanto en el colegio como en la casa. Lo demostraremos si somos obedientes. Obedecer, tal como obedecía N. Señor en Nazaret, aun a sus inferiores, porque era la voluntad de su Padre. Obedecer sin replicar y sin indagar si tienen razón o no en mandarnos, sometiendo así nuestro juicio al del superior o inferior. Siendo puras como los ángeles. Jamás detenemos en un pensamiento impuro, ni fijar nuestra vista en algo menos decente. Tener mucha modestia en el vestimos, pensando cómo lo haría la Sma. Virgen. Debemos tratar de ser caritativas. No hablar jamás del prójimo. Defenderlo en cuanto podamos, o desviar la conversación a otro asunto sin que lo noten, si no podemos defenderlo"[2]

([1] C. 37, a la priora del Convento de Los Andes, 15 de sep. de 1918)

([2] C. 40, octubre 1918)

PROTEGIDOS

Abría la puerta a todos los necesitados que llegaban a su casa, era la protectora de los niños pobres que deambulaban por el barrio. No era extraño verla llegar, después de la misa diaria, con uno o dos pequeños que ella misma atendía en la cocina. Estaban los habituales que eran Juanito y una anciana, y los que acudían ocasionalmente mendigando algo para comer. Cuando alguno reclamaba al ver pordioseros casi permanentemente, los disculpaba: "Todos los días tienen hambre y por eso hay que socorrerlos".

Juanito asistía por la mañana a la escuela y por las tardes trabajaba en una tienda de telas, ocupación que le había conseguido doña Lucía a pedido de su hija, para que ayudase a sus padres. En una oportunidad, el niño robó una pieza de género. Ella de inmediato lo supo y fue a su casa. Al saber que podría perder a su benefactora intentó estrangularse, pero fue sorprendido a tiempo. Lo llevó a confesarse y luego lo acompañó a restituir lo hurtado.

Consagró la casa de la familia del niño al Sagrado Corazón. El padre había conseguido un trabajo estable y sólo bebía circunstancialmente.

Cuando se aleje al Carmelo, la pena de Juanito será tan grande que desaparecerá para siempre. Ella preguntará continuamente en sus cartas por él... Su familia le ocultará la verdad.

LA HACIENDA
HUAPE DE CUNACO

Elisa Valdés Ossa la invitó a su fundo entusiasmándola con las misiones. Con agrado aceptó; congeniaba mucho con su prima tercer grado que también tenía vocación carmelitana, pero se iría al Monasterio de la Santísima Trinidad de Valparaíso, recién fundado por Lucha Larraín García Moreno, Carmelita Descalza que tomó el nombre de Teresa de la Trinidad. Lucha tenía una hermana, María, quien era casada con el hermano mayor de Elisa, José, y por ella se había contactado con el Convento de Valparaíso, aunque no se atrevía a manifestarlo en su casa.

Para no molestar a su mamá y no hacerla gastar dinero, Juanita se consiguió con su prima Inés Fernández Vicuña el ropón y el chaleco de montar.

Al llegar a Cunaco se impresionó; la casa patronal –aunque más imponente la de Chacabuco– estaba adornada por cuatro palmeras en su fachada principal; las hojas largas y ligeras representaban la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén y sus troncos figuraban el trayecto que debía recorrer para coger una palma y saludar al Redentor.

Otra vez catequista, otra vez enseñaba a los niños las palabras del Evangelio, otra vez repetía el *Yo Pecador,* el *Padre Nuestro* y el *Ave María*. Misionera en todo lugar, donde estuviese enclavada. No perdía oportunidad para introducir en las almas el amor incondicional al Señor.

Allí conoció al Padre Jorge Fauvet, sacerdote redentorista, "quien desde el primer momento comprendió que era un alma privilegiada que vivía de Dios y que no soñaba sino con ser íntima de Jesús"[1]

"Las misiones tuvieron un espléndido resultado. Jamás había presenciado espectáculo más conmovedor: el de una noche, que fue el día de la fiesta de reparación. Fíjate que se pide perdón a gritos; pero al principio los hombres no pedían. Entonces el Padre se dirigió a los niños y estos comenzaron a pedir perdón por sus padres; en seguida las mujeres y por último todo el mundo lloraba, y dos mujeres se desmayaron".[2]

"Hubo más de 1.300 comuniones, 70 primeras comuniones, bautizos, confirmaciones y matrimonios. Verdaderamente fue una misión con mucho provecho, gracias a Dios que movió los corazones.

"No se imagina los apuros de las dos con la Eli para disimular nuestra vocación. Sobre todo cuando María Larraín principiaba a hablar de la Lucha y de las carmelitas, sufríamos, pues nos tentábamos de la risa y decíamos cualquier disparate para reírnos. Fíjese que para recordarnos de hacerlo todo por amor a Dios, teníamos una canción que es muy conocida: "Por amor cantan las aves". La cantábamos todo el día, de modo que los otros, sin saberlo, se unían a nuestro canto formando coro, mientras que las dos con la Eli nos reíamos a gritos(...)

"Yo creo, mi Reverenda Madre, que antes no habría podido separarme de los míos ni por un día. En cambio hoy, aunque los quiero mil veces más, estando con El, me encuentro satisfecha y en El encuentro a los que quiero. Yo antes me preguntaba cómo las monjas podían querer tanto a Nuestro Señor y ser tan felices, cuando no recibían ninguna muestra de cariño exteriormente; mas hoy lo comprendo admirablemente y quisiera dárselo a entender a mi hermana Rebeca, que siempre me dice lo mismo, aunque mil veces le repito que Dios demuestra su amor mucho más que todas las criaturas, y a cada instante se reciben muestras de su amor infinito. Es verdad que no le vemos con los sentidos, mas lo palpamos a cada instante en sus obras. Lo sentimos incesantemente dentro de nuestro corazón, de modo que no hay separación, sino fusión de nuestras almas pequeñísimas con un Dios infinito.[3]

"Todas las tardes rezamos el Mes de María, la Eli reza el mes y yo el Rosario y toco el armonio. Fíjese que ayer estábamos cantando un *Ave María* y la Herminia nos tienta de la risa. En vez de canto, nos salían carcajadas. No pudimos seguir".[4]

"Te aseguro que he pasado regiamente y me quedaría todo el mes, si pudiera tener a todos los míos aquí.

"Estoy muy yankee. Con la Herminita salimos a hacer largas excursiones, de a pie las dos solas. A veces llegamos embarradas hasta los tobillos pues nos lanzamos por cualquier parte. Nada nos detiene(...). El otro día gocé a caballo. Galopamos con la gordita desde las dos de la tarde hasta las cuatro y media. Como llovía, salimos con grandes mantas, con las que nos veíamos en unas fachas cómicas. ¡Qué reírnos más!(...). Estoy eximia para manejar. El otro día hicimos un paseo al fundo vecino(...). Pasamos con ataques de risa permanente.

"Salimos a andar por los potreros(...), de repente siento un ruido entre el pasto. Miro y veo que he pisado una culebra que estaba con sus culebritas. Grito igual al mío no creo que haya salido de la boca de ningún mortal. Yo corría desesperada gritando(...)

"En este corto período de tiempo he conocido a nueve padres. Así es que tú comprenderás lo muy santas que estamos con la Herminia, la cual dice que misiá Juanita[5] ganó a mi mamá, pero muy lejos.

"He adquirido fama con mis tentaciones de risa(...). No hacemos otra cosa que embromar. Apróntate. En la mesa, nosotras estamos las últimas con Pepe. Era tanto lo que disparateábamos y nos reíamos que a veces no podía comer. Y lo más trágico era que el Padre que rezaba después de la comida, en la mitad del rezo no podía continuarlo por la risa, pues lo conta-



Hacienda Huape de Cunaco. (La fachada fue totalmente remozada)

giábamos.

"La Herminia viene a despertarme por la mañana con agua y sillas, mantas y todo lo que encuentra a su paso, y me lo echa todo encima de la cama. Así es que me desquito en el día, y en la noche no la dejo quedarse dormida"[6]

EXTASIS

Mientras dormían siesta, Juanita se iba al oratorio para tratar con el Señor. Su oración era de plena intimidad. Concentraba todo su pensamiento para agradarlo, recibiendo sufrimientos purificadores, quietud y gustos del alma que la atraían a gozar del Señor. Herida –como Santa Teresa por el amor del Esposo– buscaba estar a solas y como ella, buscaba el camino del padecer. La unión era tan profunda que se encontraba incapacitada para tomar iniciativa personal, era El quien le arrebataba su alma para mostrarle sus secretos apartándola del mundo... quedando suspendida en un arrobamiento de intenso amor.

(1 Extracto de una carta del Padre Fauvet)
(2 C. 41 a su hermana Rebeca)
(3 C. 44 a la Madre priora de Los Andes)
(4 C. 42 a su madre)
(5 Doña Juanita Ossa Armstrong de Valdés)
(6 C. 43 a su hermana Rebeca)
(7 Carta del Padre Félix Henlé S.R. al Padre Fernando Castel, asuncionista)

Se trataba de un éxtasis.

El Padre Félix Henlé, redentorista, quien estaba junto a otros sacerdotes para las misiones, la sorprendió:

"Un día, después de mediodía hacia las dos, cuando todo el mundo hacía la siesta, entré silenciosamente al oratorio sin sospechar que ella estaba allí. Pero, ¿qué veo? La señorita Juana elevada en el aire, más o menos treinta centímetros, sin que ni sus rodillas ni sus brazos se apoyaran en el reclinatorio; las manos juntas, adorando el Santísimo. El rostro estaba todo encendido, los ojos fijos en el Sagrario. Habitualmente era más bien de cara pálida. Era siempre muy alegre en la mesa; pasaba largo rato en el oratorio.

"Allí tiene mi Reverendo Padre, lo que me acuerdo de esa santa y de su éxtasis. ¿Cúanto tiempo duró eso?,no lo sabría decir, pues al momento me retiré en silencio, con la emoción que Ud. puede imaginarse".[7]

Y ella con simples palabras le dirá al Padre José Blanch: "En la oración tengo más fervor, de modo que a veces paso veinte minutos completamente

abstraída en El, contemplando sus infinitas perfecciones, y dándole gracias por su infinita misericordia con una miserable criatura como yo. A veces me figuro estar sumergida en El, como en un inmenso abismo, en el cual me pierdo, y otras, como atraída por su inmensidad. Entonces, siento grandes deseos de unirme a El. ¡Oh, qué bueno es Nuestro Señor! A cada instante me parece que lo palpo y lo estrecho contra mi corazón. Tan cerca lo siento que a veces, estando con los ojos cerrados, se me figura que abriéndolos lo veré" (C. 45).

DUDAS

Juanita al regresar a Santiago fue a hablar con la Madre vicaria de su colegio, Mathilde Bouscayrol. Le manifestó sus dudas que a fines de 1918 se incrementaron: ¿Carmelita o del Sagrado Corazón? La religiosa le expuso la vida de su congregación. Con nobleza, finura y desinterés, aun reconociendo el elemento privilegiado que podría atraer; sin rechazarla, le replicó después de haber percibido su clara inclinación hacia el Carmelo: "Mi pequeña niña, usted no es para nuestra Congregación, usted nació para ser carmelita".

La incertidumbre seguía, había sentido el llamado del Carmelo a los catorce años y a los dieciocho surgía otra alternativa. ¿Cómo interpretar estas vacilaciones? ¿Influencias? ¿Pena de abandonar para siempre su colegio? ¿Tentaciones malignas para no cumplir la voluntad de Dios? ¿O simplemente era otra prueba que le enviaba el Señor? Juanita siempre acertaba porque sus disyuntivas las maduraba... las consultaba y lo hizo con el Padre Blanch, con el Padre Colom, con la Madre vicaria, con la Madre priora Angélica Teresa y con su mamá. Esperaba, eso sí, la última palabra: la de Jesús.

"Lo que yo deseo saber, Reverendo Padre, es dónde usted cree me santificaré más pronto, pues, como se lo he manifestado varias veces, Nuestro Señor me ha dado a entender que viviría muy poco, lo esencial creo, ha de ser la unión con Dios. ¿Dónde llegaré más pronto a unirme con Dios? Rezo mucho para que el Señor me dé a conocer su divina voluntad, pues es lo único que busco. También veo que tengo inclinación a enseñar y me encantan los niños. Esto puede ser que Dios quiere que me dedique a educar. Me han dicho que de cien religiosas del Sagrado Corazón, habrá dos que no hayan tenido vocación para carmelita"[1]

"Tengo muchas dudas respecto a mi vocación. Dudo si ser del Sdo. Corazón o Carmelita. Hablé con la M. Vicaria. Me dio a conocer íntimamente la vida del Sagrado Corazón. Se resume en esto: es una vida mixta de oración y acción; mucha vida interior, pues tienen que tener a Dios en sí mismas, darlo a las almas, pero quedarse siempre con El. Tenían cinco horas de oración, contando los exámenes y el oficio. Su vida es una plegaria continua. Pues para que dé fruto su obra en las almas, deben recurrir a Dios y esto a cada instante. Su fin principal es glorificar al Sdo. Corazón, y para conseguir esto, salvar muchas almas. Las salvan por la continua abnegación. Se sacrifican por ellas desde la mañana a la noche. Se dedican a educar niñas ricas y pobres. También tienen la Congregación de las Hijas de María y las normalistas. Tienen que tratar con el mundo pero mostrarse ante El como religiosas, como unas crucificadas para El. Viven viendo las comodidades sin poseerlas. No tienen convento propio. Su patria es todo el mundo. Las pueden mandar a otros países sin saber la lengua, sin conocer a nadie.

"Me atrae mucho esta vida de inmolación; pero el Carmen se me presenta con todos los atractivos para llenar mi alma. Además, N. Señor me lo ha manifestado tantas veces que sea carmelita. Y cuando estoy en la oración N. Señor me dice me ha escogido a esa vida tan perfecta y tan de unión con El, porque me ama mucho entre las escogidas de su Divino Corazón. A Magdalena le dijo "había escogido la mejor parte", aunque Marta le servía con amor. La Santísima Virgen, mi Madre, fue una perfecta carmelita. Vivió siempre contemplando a su Jesús, sufriendo y amándolo. N. Señor vivió 30 años de su vida en el silencio y en la oración y sólo los tres últimos los dedicó a evangelizar. La vida de la carmelita consiste en amar, contemplar y sufrir. Vive sola con su Dios.

"Entre ella y El no hay criaturas, no hay mundo, no hay nada, pues su alma alcanza la plenitud del amor, se funde en la Divinidad, pues alcanza la perfec-

(1 C. 45 al Padre José Blanch, 13 de diciembre de 1918)



Sagrario de la capilla de la hacienda Huape de Cunaco; ante él, Juanita experimentó la gracia de un éxtasis.





Parque de la Hacienda Huape de Cunaco.

ción por la contemplación y el sufrimiento. Contempla sólo a Dios y, como los ángeles en el Cielo, entona las alabanzas del Ser por excelencia. La soledad, el aislamiento de todo lo de la tierra, la pobreza en que vive, son poderosos elementos que favorecen la contemplación del Dios Amor. Por fin, el sufrimiento la purifica intensamente. La carmelita sufre en silencio angustias del espíritu, que quizás sean más horribles que las del cuerpo. Jesucristo en su pasión no se quejó ni una sola vez; pero cuando su alma sufrió el peso de la pasión, no pudo menos de decir: 'Triste está mi alma hasta la muerte. Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; más no se haga mi voluntad sino la tuya'. ¿Cuál será el dolor que se experimenta cuando el espíritu tiene su sufrimiento que el Varón de dolores dijo que eso sólo bastaba para hacerlo morir?" (D. 47).

BUSCA LA **VOLUNTAD DE DIOS**

Santiago, 1º de enero de 1919
J.M.J.T.[1]

Rda. Madre

Sor Angélica Teresa del Smo. Sacramento.

Mi Reverenda Madre:

"Creo no habrá recibido mi última carta a principios de Adviento; y aunque deseé con todo mi corazón escribirle para Pascua, los quehaceres no me lo permitieron. Sin embargo, el Niñito Jesús no habrá dejado de derramar por mí numerosas bendiciones para mi querido palomarcito, pues se lo pedí con toda mi alma en esa noche venturosa de Pascua.

"A mí, como regalo de Pascua, me trajo su cruz. Es lo que El más ama; así es que no tengo cómo darle gracias. No se imagina, mi queridísima Madre, cuánto he sufrido. Lo que antes jamás habría experimentado –dudar que Dios me quería para carmelita– es lo que constituye mi sufrimiento. Pues toda mi vida lo he deseado; pero ahora dudo entre el Carmen y el Sdo. Corazón. Vengo, pues, a Ud., mi querida y respetada Madre, para pedirle me aconseje. Usted me conoce bien, pues le he dejado leer mi alma. Por favor, pues, le suplico me dé a conocer la vida de la carmelita por entero, hablándome sobre todo del sacrificio y de la inmolación que encierra, pues creo que es el punto que aún no he profundizado bien.

"El Sdo. Corazón me atrae porque en él se lleva una vida constante de sacrificio. A todas horas del día y aún de la noche han de inmolarse por las almas. Es cierto que es una vida mixta, pero tienen que tener mucha vida interior para que, de este modo, produzca fruto su obra; pues tienen que dar Dios a las almas y quedarse ellas con Dios; si no, no tienen nada que dar.

"Todo esto me atrae. Sin embargo, el palomarcito silencioso retirado del bullicio del mundo, sin tener puertas sino para el cielo, esa vida de oración y de unión con Dios, me liga fuertemente a irme para allá. Mas de repente creo que debo sacrificar aun esos atractivos para ganar las almas. Me parece que todas estas dudas me las envía N. Señor para probarme, pues cuando estoy en oración, me da a entender que sea carmelita; mas saliendo de ella me principian las dudas más terribles y mi alma, que creía haber obtenido la luz del cielo, vuelve a caer en espesas tinieblas.

"Mucho le he rezado para conocer la voluntad de Dios y también he pensado mucho dónde me haré santa más luego, pues es eso lo que deseo ante todo. Ayúdeme, pues, mi buena Madre, con sus oraciones, ya que lo único que exige N. Señor de mí es que pida el permiso en las vacaciones y me vaya en mayo donde El me manifieste, y ya me voy a ir al campo y no sé nada. En fin, que Dios cumpla en mí su adorable voluntad. Me someto gustosa a estas dudas por su amor. Quizá quiere me someta con tranquilidad, pues le confieso sinceramente que me he inquietado demasiado tal vez por conocer pronto su divina voluntad, pero ayer le prometí abandonarme enteramente sin desear nada, ni pedirle nada. Dios sabe todo y El me ama, repito con mi Madre Santa Teresa. ¿Qué le parece mi resolución? ¿Lo debo hacer así?

"A principios de Adviento llevé una vida de oración; pero desde que salió mi hermana Rebeca del colegio, tuve que principiar a salir y a hacer visitas que interrumpieron mi vida de recogimiento. Sin embargo, donde vaya estoy con El, y me consuelo en los paseos con la idea que, donde todos lo olvidan por entregarse a los gozos mundanos, yo al menos lo adoro y lo amo, aunque mi adoración y mi amor son demasiado indignos para lo que El merece.

"No se imagina cuánto amor siento al contemplar a ese Niñito Dios anonadado por nuestro amor, y al ver que en su infinito amor, no perdona ningún sufrimiento ni humillación para acercarse a nosotros y unir nuestra pobre naturaleza humana a la suya divina. Y sin embargo, los hombres no piensan en ese Dios y no hacen otra cosa que pecar.

"Anoche esperamos las 12 y salimos a andar y, al pasar por la Alameda, sufrí verdaderamente al ver esa multitud de gente entregada a los placeres.

Sin pensar que ese año que se iba era uno menos de vida, ellos se alegraban inconscientes en medio del pecado. ¡Ay, mi queridísima Madre, cuánto se olvida y se ofende a Dios! ¡De cuánto cariño lo deberíamos rodear nosotros que lo conocemos, nosotras las elegidas de su Corazón! Ud., mi Rda. Madre, ya se ha sacrificado por El enteramente, ya le ha dado todo, incluso Ud. misma. Pero yo hasta aquí no he sabido sino ofenderlo, resistir a sus inspiraciones y no atender a sus llamados. El me ha colmado de sus beneficios, me ha llenado de su amor, y en vez de amor, sólo le he dado indiferencia, ingratitud. Y a pesar de todo esto, quiere que viva unida a El, para reparar los pecados del mundo.

"Anoche pensé que sería el último 1º del año que pasaría entre los míos. Espero para el otro ser ya toda de El. Sin embargo, a pesar de sentir la felicidad de entregarme a mi Jesús, sentía una pena inmensa y hubiera llorado de buena gana, si no me sostuviera el pensamiento que es necesario tener corazón de hombre y no de mujer, ya que al Señor le gustan los ánimos esforzados.

"Mi queridísima Madre, rece mucho para que, si es la voluntad de Dios, pueda tener un motivo para llegar hasta ese palomarcito. Creo que su vista y el hablar con Ud. me servirían para convencerme que allí debo santificarme. Entre tanto, yo le ruego haga la caridad de hablarme en sus cartas de la abnegación, del sufrimiento de la carmelita, del cual tengo idea, pero no tengo el suficiente conocimiento; pues lo único que deseo es sacrificarme por El, ya que El se sacrificó toda su vida por mí.

"Encomiéndeme a las oraciones de mis Hermanitas, a quienes siempre recuerdo en las mías, aunque éstas muy poco valen. Ruegue también por mi mamacita, quien le envía un saludo muy afectuoso; y Ud., mi queridísima y respetada Madre, cuente con las oraciones de esta su pobre hija. Se encomienda a las suyas,

Juana, H. de M.

"Para otra vez será más larga, pues concluyo esta carta a las 12 de la noche. El miércoles me voy al campo. Mi dirección es: San Javier de Loncomilla, Casilla Nº 6" (C. 46).

VIAJE A **LOS ANDES**

El Señor le torció una vez más sus planes: no se fue al campo el miércoles de la primera semana de enero. Sólo partieron Miguel y Lucho a acompañar a su padre a San Javier; doña Lucía se quedó en Santiago con los menores porque su sobrino Juan Luis Domínguez estaba muy mal.

"Hacía mucho tiempo lo deseaba ardientemente [ir a Los Andes] y le pedía a Nuestro Señor que dispusiera las circunstancias a favor, pues veía que todo era inútil... De repente se me vino la idea del viaje. Fui a las siete de la tarde a consultarlo con el Padre Falgueras, y todo quedó resuelto para el día siguiente".[2]

11 de enero de 1919. "No tengo palabras para expresar el agradecimiento a mi Jesús. Es demasiado bueno. Yo me anonado ante sus favores. Me abandono en sus brazos. Me dejo guiar porque soy ciega y El es mi Luz. Soy soldado que sigo a mi Capitán. Donde quiera que El esté, está su soldado. No soy nada. El es todo. ¡Oh, cómo el alma que tiene su esperanza puesta en El no tiene que temer, porque todos los obstáculos, las dificultades, El las vence! La ida a Los Andes que me parecía imposible se la había confiado a N. Señor. Si El quería, bueno; y si no, también bueno. Cada día crecían más mis dudas. Estaba en una turbación tan grande que ya no sabía lo que me pasaba, cuando he aquí que todos los chiquillos se fueron al campo con mi papá, arreglándose todo para podernos ir con mi mamá, que tuvo la bondad de llevarme.

"Nos fuimos en el expreso de la mañana para tomar la combinación; pero resultó que ésta se atrasó y tuvimos que esperar una hora y no nos pudimos volver en el tren de la tarde, sino en el de la noche. Dios lo permitió para que pasara más tiempo en mi conventito. Cuando llegamos allá me encontré con una casa pobre y vieja. Ese iba a ser mi convento. Su pobreza me habló al corazón. Me sentí atraída hacia él. Después salió a abrir una niña que nos dijo que M. Angélica nos esperaba después de almorzar. A las once y media volvimos. Entré al locutorio y salió la Teresita Montes al torno. Hablamos con ella. Yo no sabía lo que me pasaba. Fue a llamar a Madre Angélica. Oí por vez primera su voz. Me sentía feliz. Me quedé sola con ella. Nos pusimos a hablar de la vida de la carmelita. Me la explicó entera. Me habló del Oficio Divino: cómo la religiosa reemplaza a los ángeles cantando las alabanzas de Dios. Después tocaron a Vísperas y me dijo que podíamos ir a la iglesia. Esta era oscura. En el fondo estaba la reja y se oía rezar el Oficio con una devoción tan grande que verdaderamente creía estar en los cielos. Yo no rezaba. Estaba anonadada delante de mi Dios. Mi alma lloraba de agradecimiento. Me sentía feliz, satisfecha. Veía a N. Señor con el rostro sonriente y parece que me decía que estaba feliz allí, oyendo las alabanzas de sus esposas. Yo pensaba que también me uniría algún día a ese coro; yo, tan pecadora, tan miserable, unirme a esos ángeles. Lloraba porque no sabía lo que me pasaba. Después rezaron las letanías y tuve la felicidad entonces de unirme a ellas. Fue mi primera oración unida a ellas para mi Madre Santísima.

"Después fui al locutorio. Me sentía en una paz y felicidad tan grande como me es imposible explicar. Veía claramente que Dios me quería allí y me sentía con fuerza para vencer todos los obstáculos para poder ser carmelita y encerrarme allí para siempre. Hablamos del amor de Dios. M. Angélica lo hacía con una elocuencia que parecía le salía de lo íntimo del alma. Me hizo ver la gran bondad de Dios al llamarme y cómo todo lo que tenía era de Dios. Después me habló de humildad: cómo era tan necesaria esta virtud; que siempre me considerara la última; que me humillara lo más posible; que cuando me reprendieran dijera interiormente: 'Esto y mucho más merezco'. Me habló de mis hermanitas, de lo buenas que eran. Hablé con ella hasta las cuatro y media, sola. Entonces mandó a mi mamá a tomar once. Vino la Teresita Montes a preguntar si quería hacer la 'Visita de vista'.[3] La M. Angélica dio permiso y entonces Teresita[4] fue a buscarlas a todas.

"Entre tanto sacó la cortina de las rejas y principiaron todas a entrar y a acercarse a la reja. Yo estaba hincada. Me consideraba indigna de estar de pie delante de tantas santas. Todas con el velo subido me fueron a saludar con tanto cariño que me confundía. Al principio era tanta mi emoción que apenas podía hablar, pero ya después hablamos con una confianza suma.

(1 Jesús, María, José y Santa Teresa)
(2 C. 58, al Padre José Blanch)
(3 "Visita de vista" es la presentación de la aspirante a la comunidad para que las carmelitas la conozcan)
(4 Teresita Montes era María Teresa de San Juan de la Cruz, subpriora)

J.M.J.

San Pablo 28 de Enero de 1919.

Reverenda Madre

Angélica Teresa del Smo Sacra

Reverenda Madre:
Aunque sean unas cuantas líneas l
escribo para enviarle mi carta ant
pues como soy tan tonta la olvid
porque el apuro para que no la
leden me hizo cerrarla luego s
mandarla.
Pero por mí y especialmente pa
que corresponda a tantos favores
como el Señor me hace, no se a
pagarle, es demasiado bueno para
conmigo.
Recuerdos cariños para mis Herm
cuitas que rueen por mí. Dios
me encarga la salud y Vd. Reve
da Madre reciba de su hija to
el cariño que le profesa en
Corazón de Jesús
Juana
rocha

Ruego Vuestra Reverencia me envíe una Estampa de Santa Teresa que me pide mi Confesor.

"Ellas demostraban una alegría y al mismo tiempo una familiaridad entre ellas que me encantó. Me preguntaron cuándo me iba. Yo les dije hasta mayo. Entonces una fue a ver que si era San José o el Espíritu Santo el primero que tocaba. Entonces resultó el siete el día de San José[1], y a él me encomendaron. Después de un buen rato, todas se fueron despidiendo y me quedé con M. Angélica, quien me mandó a tomar once. Obedecí aunque no tenía ganas, pues me sentía llena. Al cabo de media hora volví; pero entonces habló mi mamá con ella y yo me puse en oración.

"Después me llamó para darme unos libros y otras cosas que le pedí. Me despedí con pena, al mismo tiempo que llevaba mi alma henchida de felicidad. ¡Cómo Dios había trocado la tempestad en bonanza; la turbación, en una santa paz!

"Volvimos y pedimos a Dios no encontrar a nadie conocido y así fue. ¡Bendito y alabado sea mi Dios! Llegamos a las once y media. Sólo la Rebeca nos esperaba. Nadie había sospechado. ¡Cómo Dios en su bondad me arregla todo sin hacer yo nada!" (D. 48).

CARTA AL **PADRE JOSE BLANCH**

"Ahora le diré por qué creo sea la voluntad de Dios sea carmelita y no del Sdo. Corazón.

"1. Porque la vida de oración y de unión con Dios es lo que yo amo más por encontrarla la más perfecta; ya que es una vida de cielo, en cierto modo, pues la carmelita no se preocupa sino de unirse con Dios, de contemplarle siempre y de cantar sus alabanzas. Esa sed de oración crece en mí por momentos y mi recogimiento ahora es casi continuo; pues todo lo que hago, lo hago con mi Jesús y se lo ofrezco a El por amor. Cuando no puedo tener mi oración por cualquier motivo, sufro por no poder estar con mi Dios.

"2. La soledad del Carmen ayuda al recogimiento. Ese aislamiento de las criaturas hace que se trate sólo con Dios y se adquiera, por lo tanto, mayor unión con El, en lo que consiste la perfección. La soledad creo no me cansará, pues siempre la busco, y se me hace enojoso muchas veces el trato con las criaturas; pues estando sola, estoy con Dios.

"3. La pobreza de la carmelita es muy grande. No puede poseer nada, lo que hace que toda la capacidad de poseer sea llenada por Dios solo. Siendo pobre se asemeja más aún a su Esposo Divino, quien no tuvo dónde reclinar su cabeza. La carmelita sólo debe poseer a Dios.

"4. La penitencia a que se somete y la austeridad de su vida es un medio más para tener el cuerpo sometido al alma, para asemejarse más al Divino Crucificado, que fue una víctima por nuestros pecados. Ella hace penitencia por sus pecados y por los del mundo, y así le demuestra su amor a Dios que de tantos favores la colmó.

"5. Su sacrificio es perpetuo, sin mitigación, desde que nace a la vida religiosa hasta que muere como víctima, a ejemplo de Jesucristo. Y todo en el silencio, sin que nadie lo sepa. Cuántos hay que tachan su vida de inútil. Sin embargo, ella es como el Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo. Se sacrifica para volver al redil las ovejas extraviadas. Pero así como a Cristo no lo conoció el mundo, a ella tampoco la conoce. Esta abnegación completa me encanta. No hay cabida al amor propio. No ve ni siquiera el fruto de su oración. Sólo en el cielo lo sabrá.

"6. El fin que se propone es muy grande: rogar y santificarse por los pecadores y sacerdotes. Santificarse a sí misma para que la savia divina se comunique, por la unión que existe entre los fieles, a todos los miembros de la Iglesia. Ella se inmola sobre la cruz, y su sangre cae sobre los pecadores, pidiendo misericordia y arrepentimiento. Cae sobre los sacerdotes santificándolos, ya que en la cruz está con Jesucristo íntimamente unida. Su sangre está, pues, mezclada con la divina.

"Todas estas consideraciones que le hago, Rdo. Padre, son las que me inducen a preferir el Carmen, pues creo que en esta vida he de alcanzar la santidad. La he escogido porque veo que, escogiéndola, he de encontrar la cruz; y andaría –creo– todo el mundo (con la gracia de Dios) para buscarla y poseerla, pues en ella está Jesucristo.

"Ahora le diré por qué quiero irme a Los Andes:

"1. Porque está compuesto de monjas muy observantes de su Regla. Tienen el espíritu de Santa Teresa muy marcado.

"2. He visto que Dios les concede todo cuanto le piden (casi todo), pues todo lo que les he encomendado a sus oraciones N. Señor les ha escuchado. Mi ida a ésa se la debo a las oraciones de las novicias que todos los días rezaban, para que fuera, una Salve a la Virgen. Deben ser muy santas para que Dios las oiga así. Además me encantó su sencillez y alegría, al mismo tiempo que la familiaridad que reinaba entre ellas. Su presencia y conversación ha aumentado mi recogimiento y me ha traído una gran paz.

"3. Además, como está muy retirado de las grandes ciudades, es mucho menos visitado y tiene, por consiguiente, menor trato con el mundo.

"4. El modo como me preparó el viaje a ese Convento; pues fue una serie de circunstancias que los que supieron no pudieron menos de admirarse. El sentirme tan feliz, con tanta paz, la que tanto tiempo no tenía, pues cada día crecían más mis dudas. Todo esto me da a entender que N. Señor me quiere allí. Hay que observar que fui al Carmen de Santiago en la Alameda para que, hablando con una carmelita, me diera a entender mejor su vida. Hablé con la M. Priora y, a pesar de ser la primera vez que entraba al Carmen, no me produjo ninguna impresión; antes, al contrario, me produjo un efecto desfavorable que no puedo explicar. Yo no sé si sería porque la M. Tornera[2] principió a preguntar por cosas de afuera –por algunas personas–, pero yo no sé lo que me pasó. En cambio, en Los Andes, es verdad que hablaron de algunas personas que conocían, pero fue de paso y su conversación fue toda en Dios y en darme a conocer la vida que llevaban.

"5. Al clima de Los Andes estoy acostumbrada, pues es casi el mismo de Chacabuco. Gracias a Dios, estoy muy bien de salud. De todos modos, yo le dije a la Madre que era débil, pero ella me dijo que no me inquietara, pues muchas que eran muy débiles podían soportarlo todo.

"No sé si le conté que me llamaré Teresa de Jesús, si soy de allá. Pues yo le conté a Madre Angélica cómo se me había ocurrido ser de allá cuando Ud. contó la muerte de las carmelitas en Los Andes, y lo muy austeras que eran, y como yo había dicho que las iría

(1 Hasta la institución de la Fiesta de San José Obrero, en el Carmelo se solemnizaba la fiesta del Patrocinio de San José, el miércoles de la segunda semana de Pascua, que en 1919 fue el 7 de mayo)

(2 Se trataba de la tornera Hermana Rosa Virginia, Juanita no sabía que esta religiosa era pariente suya, su nombre en el mundo era Rosa Virginia Laso Jaraquemada, prima de su padre, y como era lógico y humano le preguntó por sus familiares)

a reemplazar. Entonces ella me contó cómo habían muerto víctimas de la caridad y que no duda ella que se habían ofrecido como víctimas por unas necesidades muy grandes que les habían encomendado a sus oraciones. Y me dijo que me llamaría como una de ellas. Más obligada quedo con el nombre de tan gran santa para serlo yo también con la gracia de Dios(...)

"Ahora le voy a exponer con toda sinceridad la oración que he tenido y tengo, pues siento temores ande errada. Ud., Rdo. Padre, lo verá y me dirá lo que tengo que hacer. Como Ud. ya lo sabe, mi oración consiste en una conversación sencilla con N. Señor. Lo considero dentro de mi alma y yo me pongo a sus pies escuchándolo. El me dice lo que debo hacer y evitar. Y me explica otras veces algún paso de su vida(...)

"Una vez que estuve delante del Santísimo, N. Señor me habló y me dijo que desde ese momento estaría mucho más unida a El. Y que El, como me amaba, quería que estuviera a su lado. Pero también que sufriría mucho en mi vida. Desde entonces principié a estar mucho más unida a El. Veía –pero no con los ojos del cuerpo– a mi lado a N. Señor en actitud de orar a su Eterno Padre, como yo lo había visto hacía mucho tiempo representado en una imagen. Lo estuve viendo así como ocho días y después, aunque lo quise representar, no pude, pues antes era de una manera vivísima(...)

"También otras veces –como le dije en una de mis cartas– pienso en las perfecciones de Dios y me quedo en un recogimiento profundo, como si estuviera abismada en Dios. Aquí me ocurrió el otro día una cosa parecida, pero con más intensidad. En las noches, como a veces no hacía oración en el día por estar ocupada, me recogía y estaba en oración como un cuarto de hora. Una noche N. Señor me dio a entender su grandeza y al propio tiempo mi nada. Desde entonces principié a sentir ansias de morir, ser reducida a la nada para no ofender a Dios y no seguir siéndole infiel. A veces deseo sufrir las penas del infierno con tal que así le mostrara mi amor y correspondiera en algún modo a sus favores. Esto lo siento cuando tengo fervor, y sufro con esto.

"Al otro día de esto por la mañana, leí la Suma Espiritual de San Juan de la Cruz[1] que trataba de la oración y contemplación y del amor de Dios. Principié a sentir tanto amor de Dios que El, aunque hiciera otras cosas, me tenía abstraído el pensamiento. Y era tanta la fuerza del amor, que me sentía como desfallecida, sin fuerzas. Algo como si no estuviera en mí.

"Sentí un gran impulso por ir a la oración. Principié por hacer mi comunión espiritual y, al dar gracias, se me vinieron a la mente las perfecciones de Dios una a una. Hubo un instante que no supe nada. Me sentía en Dios... Cuando contemplé la justicia, hubiera querido huir, o entregarme a su justicia e ir al infierno, y anonadándome, le pedí misericordia y me sentí llena de ella. Vi lo horrible que es el pecado. Quise morir antes que cometerlo. Le prometí tener siempre presente a Dios en sus criaturas y otras cosas. Después quedé que no sabía cómo estaba. Creo que estuve como hora y media, pero no todo el tiempo abstraída" (C. 58).



Casas patronales de San Pablo.

Fundo San Pablo, en San Javier de Loncomilla.

"USTED NACIO CARMELITA"

Juanita también escribirá sobre su visita al convento:

"Llegamos a Los Andes a la una. Mi conventito tiene un aspecto lo más pobre posible. No tiene forma de convento, pues es una casa vieja y fea; pero esa pobreza habló y conmovió mi



corazón más de lo que te imaginas(...)

"Hablé con la Madre Angélica sola desde la una y media hasta las cinco, mientras mi mamá hablaba con Teresita Montes. Me dijo que mis dudas las había encontrado infundadas; que desde mi primera carta había visto que **yo había nacido Carmelita.** Me principió a hablar de la vida de la carmelita, de la unión con Dios; que sólo se hablaba de Dios; nada de lo del mundo llegaba a ese cachito de cielo. La celda, me dijo, era el templo donde la carmelita entraba a sacrificar; allí la cruz sin Cristo está extendida para ella. Se levantan un cuarto para las cinco; tienen una hora de oración; después creo es el oficio divino. Sí, mi querida hermanita, es verdaderamente divino. Allí el alma, unida con los ángeles, prorrumpe en alabanzas hacia Dios, mientras los hombres olvidándolo, despreciándolo, ofendiéndole, se olvidan del fin para que fueron creados. Los salmos son de una hermosura incomparable como inspirados por el mismo Dios. El alma que verdaderamente se penetra de ellos quedará muy cerca del cielo, pues cantar el oficio es hacer lo que hacen los ángeles en el cielo"[2]

EL FUNDO **SAN PABLO**

El 14 de enero partió con sus hermanos menores en tren al fundo San Pablo, en San Javier de Loncomilla. Doña Lucía debió quedarse en Santiago pues a su sobrino Juan Luis Domínguez se le había declarado bronconeumonía y congestión cerebral.

Las antiguas casas patronales habían pasado por su momento de esplendor; ahora estaban deterioradas y sólo algunas piezas se encontraban en buen estado. Lo primero que hizo Juanita fue preocuparse de la pequeña capilla que estaba abandonada, se encargó de arreglarla y habilitó un oratorio en el corredor. Isabel Espinoza Labarca, hija del capataz, la ayudaba en todas sus actividades misioneras. Juntas salían a buscar niños para convidarlos a rezar por las tardes.

"La señorita Juana tocaba la guitarra y entonaba una canción que decía *casadita sí, monjita, no* y ella se reía y me preguntaba si yo sería monjita. Yo le decía que no, porque no me gusta estar encerrada. Un día le pregunté si tenía novio. Me contestó: 'Sí, tengo uno, rico y conocido en el mundo entero', no le entendí lo que me decía. Ella me dijo entonces: 'Está aquí y en todas partes'. Cuando le repuse que su novio no la había venido a ver a su casa, ella replicó: 'nunca lo he visto, pero lo siento junto a mí' ".[3]

Se preocupó nuevamente de catequizar a los niños, preparándolos para la Primera Comunión. "Consagró las casas de los inquilinos al Sagrado Corazón, llevaba la imagen y se las regalaba. Les hablaba del santo rosario y les enseñaba a rezarlo".[4]

"En las últimas vacaciones, los que antes jugábamos juntos, entonces nos entreteníamos en cambiar ideas y en comunicarnos nuestros sentimientos, con una intimidad tal que Juanita, Lucho y yo no parecíamos tener sino una sola alma. Gustábamos de salir a caballo muy de mañana a partes lejanas para conversar con más expansión. Nuestro pobre hermano, ignorante de la prueba que se le preparaba, se gozaba con nosotras, pensando que siempre viviríamos juntos.

"Llegada la tarde volvíamos a nuestras excursiones y, acabando de comer, todos nos reuníamos y, después de rezar el rosario, íbamos con mi papá a la era. Entonces se declamaban versos, o se cantaba, o Juanita proponía a mi hermano sus dudas, o le hacía preguntas sobre los conocimientos que ella tenía, gustando éste mucho de responderle. Cuando los demás se retiraban, aún nos quedaba a los tres algo que decir, prolongando, a veces, las veladas hasta muy tarde. Así, en dulce intimidad, nuestros días pasaban veloces hasta que Lucho tuvo que ausentarse. Juanita se dio entonces a mí de una manera más particular, pensando que éstos serían los últimos días que íbamos a estar juntas en esta vida.

"Todas las tardes, después de haber hecho una hora de oración, yo la llamaba o la iba a buscar y entonces, pasando ella su brazo por mi espalda, ligeramente se apoyaba en mi hombro y, así entrelazadas, derramaba su alma en la mía. No tenía secretos para mí. Con toda llaneza me contaba cómo Dios le hablaba, y, con la esperanza de que yo también hiciera lo que Nuestro Señor le pedía, me decía lo que El le comunicaba en la oración; aunque no siempre me presentaba esas cosas como expresamente venidas de Dios. Mutuamente nos decíamos lo que nos encontrábamos de malo y me aconsejaba cómo debería portarme después. Yo nunca la interrogaba ni le manifestaba admiración por lo que me decía y esta conducta que Dios me inspiró era precisamente la que merecía su confianza. Nunca noté en ella nada extraordinario, excepto una vez que, después de la oración, comenzó a hablar de las perfecciones divinas. Tenía el rostro muy encendido y a medida que hablaba, más se animaba y más se encendía. Mirando al cielo mientras me hablaba, llegó un momento en que, soltándose de mí, sin darse cuenta, apresuró el paso como quien va en busca de algo... Yo no la interrumpí ni una sola vez; en silencio la miraba comprendiendo que algo extraordinario pasaba en ella y me decía a mí misma: "Jamás oiré hablar como lo estoy oyendo". En eso tocaron a comer; eran las ocho de la noche y habíamos hablado desde las seis –Juanita dando un suspiro se volvió hacia mí y me dijo: "¡Ay, quisiera hablar siempre de Dios!". Y entró en el comedor como si nada hubiera pasado"[5]

A su vez Juanita anotará:

"Sentí un gran impulso por ir a la oración. Principié por mi comunión espiritual, pero al dar la acción de gracias, mi alma estaba dominada por el amor. Las perfecciones de Dios se me presentaron una a una: la Bondad, la Sabiduría, la Inmensidad, la Misericordia, la Santidad, la Justicia. Hubo un instante que no supe nada. Me sentía en Dios. Cuando contemplé la justicia de Dios, me estremecí. Hubiera querido huir o entregarme a su justicia. Vi el infierno, cuyo fuego lo enciende la cólera de Dios, y anonadándome pedí misericordia y me sentí llena de ella. Vi lo horrible que es el pecado. Quiero morir antes que cometerlo. Le prometí ver a Dios en sus criaturas y vivir muy recogida. Me dijo tratara de ser muy perfecta y cada perfección suya me la explicó prácticamente. Que todas mis acciones las hiciera con perfección para que entre El y yo hubiera unidad, pues no habría si yo hacía algo imperfecto. Después, quedé que no sabía cómo tenía la cabeza, y temía presentarme ante los demás, porque creía tener algo todavía que se me notara. Creo haber pasado más de una hora. En la tarde no tuve mucho fervor, pero sí he pasado recogida" (D. 48).

(1 Libro escrito por un carmelita, con avisos y sentencias del santo).
(2 C. 47, autógrafo escrito a lápiz e incompleto, se ignora a quién lo dirigió, se supone que es el borrador de una carta que se ha perdido)
(3 Testimonio de Isabel Espinoza Labarca)
(4 Testimonio de Isabel Espinoza Labarca)
(5 Testimonio de su hermana Rebeca)

Comenzó a distanciarse de su familia, leía mucho y oraba más, ya no le interesaban los caballos ni los juegos. Estaba mortificándose para entrenar sus sentimientos para la separación definitiva. Continuó su correspondencia con la priora de Los Andes y se abrió por completo a Rebeca, temía tanto por ella, sufrió lo indecible cuando abandonó el colegio, dejándola desamparada de su amistad, consejos... entrega. "Negrita linda –le decía– debes comenzar a acostumbrarte, nuestra separación será pronto". Pero Rebeca la buscaba, la seguía, quería gozar de ella el poco tiempo que le quedaba. Por otra parte ninguno de sus hermanos sospechaba, y menos su padre, que estaban disfrutando junto a ella sus últimos meses en el mundo.

EL PADRE **JULIAN CEA**

Para las misiones habían llegado algunos sacerdotes, entre ellos el Padre claretiano Julián Cea Riquelme, quien había nacido en España y en octubre cumpliría quince años de sacerdocio. Se distinguía por su piedad y en dirigir a las almas a la oración, era muy místico. Al conocer a Juanita comprendió que estaba frente a un alma que se comunicaba con Dios.

Febrero 10. "¡Qué bueno es mi Dios! Estamos en misiones, con el Santísimo y con comunión y dos misas diarias. Me paso a sus pies. Me siento muchas veces desfallecida de amor. Me anonado en su presencia al verme tan miserable a pesar que me llena de favores. Todo lo que hago es por su amor. Vivo en una continua presencia de Dios. Los Padres que han venido son muy santos. Uno, el Padre Cea, parece penetrar las almas. Me confesé y le dije que deseaba ser carmelita. Dio gracias a Dios por ello, pues las considera unas santas. Le consulté acerca de mi oración y me dice que no haga ningún caso de las locuciones interiores sino de los efectos que hacían éstas en mi alma. Que dijera todo al confesor lo que Nuestro Señor me decía.

"Me dijo que para llegar a unirse con Dios lo primero era despojarse de las criaturas; 2º Despreciarse a sí misma; 3º La presencia continua de Dios. Me dijo que hiciera todo por Dios, por su amor, no teniendo sino este fin. Me dijo pensara a menudo en la bondad de Dios, en su grandeza y en mi nada; en el número de almas que se pierden, perdiéndose así la sangre de N. Señor. Que consolara y reparara tantos pecados. Que los sábados pensara en las virtudes de la Virgen y que cada día buscara algo nuevo para que así no me cansara: los viernes, de la Pasión, etc. Que la humildad la adquiriría humillándome, considerándome pecadora y la última de todos. Que cuando viera un defecto en las personas, pensara en sus cualidades y que esos defectos podían ser permitidos por Dios para humillar a la persona que los tenía, y en cambio ser interiormente muy agradable a Dios, mientras yo tenía peores y más defectos que ella: Que viera lo poco que valía ante Dios y que sirviera a todos como si fuera una esclava, pues lo era por el pecado.

"Después hice confesión general para humillarme y me conociera lo mala que soy y los favores que Dios ha obrado en mí. Me dijo que hiciéramos un pacto: que él rezaría mucho por mí y yo lo hiciera por él. Me dio una Santa Teresa con un verso y otro santo con el ideal de la carmelita y una oración del Padre Claret a la Virgen y me dejó un 'Tratado de la Perfección Religiosa' por Nieremberg. Qué bueno eres, Señor, con esta nada criminal. Cómo eres Tú el que pones interés en mí para que me lleven a Ti. No sé cómo pagártelo" (D. 50).

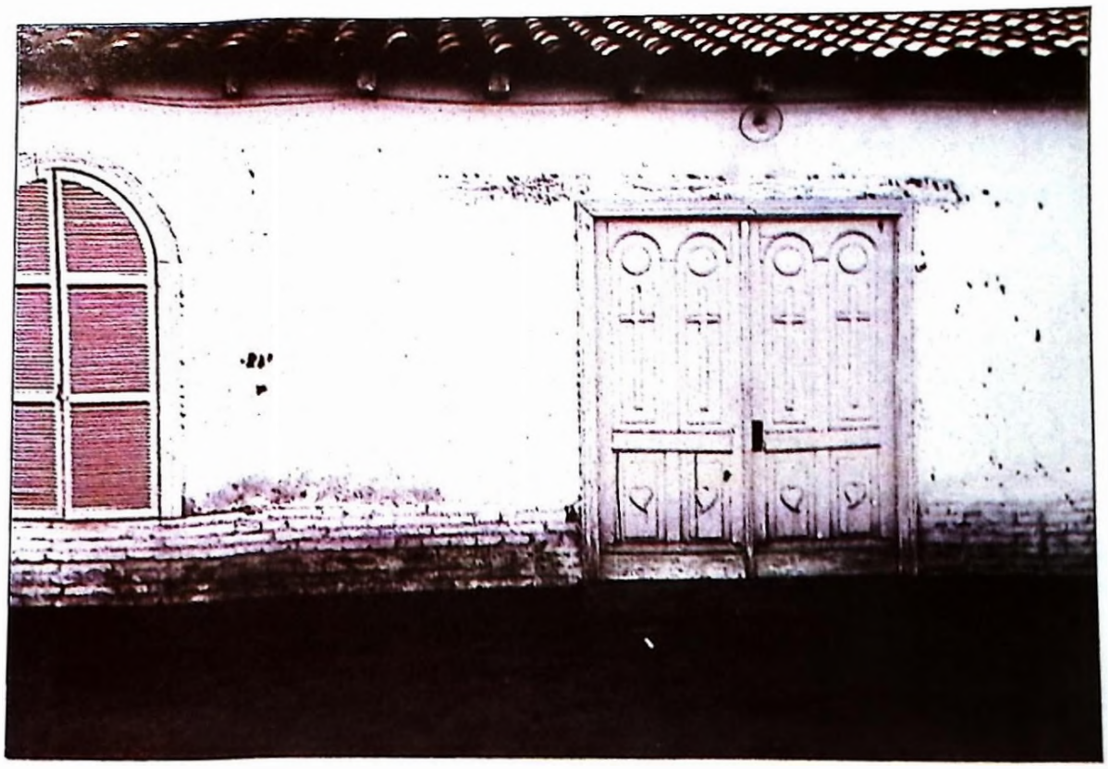
MAS UNIDA **A JESUS**

21 de febrero. "Vengo saliendo de mi meditación. Leí primero en el libro que me dio el Padre las excelencias de la vocación. Antes, comulgué espiritualmente y N. Señor me dijo quería que viviera con El en una comunión perpetua, porque me amaba mucho. Yo le dije que si El quería, lo podría pues era todopoderoso. Después me dijo que la Sma. Trinidad estaba en mi alma; que la adorara. Inmediatamente quedé muy recogida, la contemplaba y me parecía estaba llena de luz. Mi alma estaba anonadada. Veía su Grandeza infinita y cómo bajaba para unirse a mí, nada miserable, El, la Inmensidad, con la pequeñez, la Sabiduría, con la ignorancia, el Eterno, con la criatura limitada; pero, sobre todo, la Belleza, con la fealdad; la Santidad, con el pecado. Entonces, en lo íntimo de mi alma, de una manera rápida, me hizo comprender el amor que lo hacía salir de sí mismo para buscarme: pero esto fue sin palabras y me encendió en el amor de Dios. Después medité cómo Dios me llamó prefiriéndome a tantos seres que nunca le habrían ofendido y habrían correspondido a su amor siendo santos, mientras yo no correspondo a sus favores. Entonces le pregunté que por qué me llamaba. Entonces me dijo que El había hecho mi alma y todo lo que ella debía hacer y cómo lo debía hacer; que vio cómo lo correspondería ingratamente y, a pesar de esto, El me amó y se quiere unir a mí. Vi que ni aun con los ángeles se une y sin embargo, con una criatura tan miserable se quiere unir; quiere identificarla con su propio ser sacándola de sus miserias para divinizarla de tal manera que llegue a poseer sus perfecciones infinitas.

"Todo esto me hace como salir de mí y cuando abro los ojos me parece vuelvo de otra parte. Le pregunté qué quería de mí; cómo le correspondería a su amor. Me dijo que evitando todo pecado y obedeciendo a sus inspiraciones. Me ofrecí para consolarlo. Pero me dije ¿de qué consuelo puedo servir a Dios yo que soy nada? Pero El me dijo que El me amaba; que se preocupaba de mí, que ese deseo le agradaba. Entonces uní mis deseos de reparación a los deseos de N. Señor, a los de la Virgen y a los ángeles y santos.

"**En la tarde**. Medité en la Oración del Huerto. N. Señor me acercó a El. Vi su rostro moribundo. Lo sentí helado. El rogó por mí a su Padre para que al menos yo no le abandonara y le fuera fiel. Sentí fervor y dolor de ofenderlo".

22 de febrero. "Estoy en la meditación. N. Señor me dijo meditara sobre la pureza de la Virgen. Ella sin decirme nada me principió a hablar. Yo desconocí su voz y pregunté si era Jesús. Ella me contestó que estaba dentro de mi alma N. Señor; pero que Ella me hablaba. Me dijo apuntara lo que me decía acerca de la pureza. 1º Ser pura en el pensamiento: es decir, que rechazara todo pensamiento que no fuera de Dios para que así viviera constantemente en su presencia. Para esto debía procurar no tener afecto a ninguna criatura. 2º Ser pura en mis deseos, de tal modo que sólo deseara ser cada día más de Dios; deseara su gloria, ser santa y obrar en mis obras con perfección, pues así agradaba a Dios. No desear ni las comodidades ni ninguna cosa que halague mis sentidos. No desear ni comer ni dormir sino para servir mejor a Dios. 3º Ser pura en mis obras. Abstenerme de todo aquello que pueda mancharme, de aquello que no sea admitido por el Dios que quiere mi santificación; hacerlas por Dios lo mejor que pueda, no porque



Capilla del fundo San Pablo, a cuatro kilómetros de las casas patronales.

me vean las criaturas. Evitar toda palabra que no sea dicha por Dios, por su gloria. Que en mis conversaciones siempre metiera a Dios. Que no mirara nada sin necesidad, sino para contemplar a Dios en sus obras. Que me figurara que Dios me miraba siempre. Que en el gusto me abstuviera de aquello que me agradaba. Si tenía que comerlo, no me complaciera en él, y se lo ofreciera a Dios, porque me era necesario para servirle mejor. Que el tacto lo mortificara no tocándome sin necesidad yo misma, ni a ninguna persona. En una palabra, que todo mi espíritu estuviera sumergido en Dios de tal manera que me olvidara enteramente de mi cuerpo. Ella había vivido así desde que nació; pero le había sido más fácil, pues siempre estuvo llena de gracia. Que hiciera todo lo que fuera de mi parte para imitarla; pues así Dios se uniría íntimamente a mí. Que rezara para conseguirlo. Así reflejaría a Dios en mi alma (D. 51)".

SOLEDAD

Muy cerca de las casas pasaba el río Maule, Juanita se acercaba a sus riberas para unirse al Señor y escucharlo en el silencio y en el aislamiento. Relería "Camino de Perfección" de Santa Teresa de Jesús, el Evangelio, o a Sor Isabel de la Trinidad. Amaba la soledad, porque nunca estaba sola, donde iba... siempre estaba El.

¿Cuántas veces huyó al río para pedirle energía al Señor?, le quedaban menos de tres meses... Pensaba en su padre, su querido papá, ¡qué lejano estaba él de ella!, no sospechaba nada. Agradecía a su madre quien la estaba ayudando, ¡cómo cambiaba! Ya no era exigente, ni la mandaba como antes; al contrario, sólo recibía de ella cariño y comprensión. Reconocía que era otro favor de Jesús. Ambas, cuando podían, se juntaban para hablar del futuro.

Lucho sufriría hondamente; no lo entendería.

Rebeca poco a poco lo iba aceptando, aunque muchas veces la veía llorar, debiendo confortarla con besos y abrazos. Rebeca sabía que nada ni nadie detendría a su hermana. Lucita tenía a Chiro, estaba esperando un hijo, las fechas indicaban que alcanzaría a conocerlo. Y su querido hermano Miguel, ¿cómo lo tomaría? Ignacito era aún muy pequeño, Rebeca se encargaría de él. A la oración [illegible] su pena, pero no se dejaba aba[illegible] Era Dios quien la llamaba.

CARTA A LOS ANDES

Mi Reverenda Madre:

"No le había podido escribir antes diciéndole había recibido la encomienda, porque sólo ayer pude ir a retirarla, pues tenía que hacerlo con suma reserva y prudencia para que no me sorprendieran. Gracias a Dios ya la tengo en mi poder y en seguridad. No puedo menos de reírme al recordar lo que hice para ocultarla. Fíjese que fuimos de paseo a una chacra. De allí me fui al pueblo. Llevé mi paltó, y puse el paquete envuelto con él. Pero como después iban a subir al coche otras personas, nos fuimos las dos con la Rebeca a un bosque de pinos, y allí ella se puso el delantal debajo de su vestido y yo el corpiño. Todo lo hicimos en un abrir y cerrar de ojos. Nos reíamos a gritos, pues teníamos que andar con cuidado para que no se nos notara. No tengo cómo agradecerle a la Rebeca, pues la pobrecita, aunque está como la noche oscura, me ayuda en todo lo que puede. Además, al principio estaba como desesperada por la separación; pues –se lo aseguro, mi queridísima Madre– que no creo existan hermanas más unidas. Sin embargo, N. Señor ha puesto en su alma últimamente un valor para el sacrificio y resignación, que no puedo menos de admirarla. ¡Oh, Bendito sea N. Señor!

"Me probé las dos cosas que me envió. Le aseguro que hubiera gritado de felicidad cuando me las puse. El delantal me queda muy desbocado y un poco corto. ¿Hasta dónde debe llegar? El corpiño me queda ancho, muy rebajado debajo del brazo. ¿Tiene que ser armado al cuerpo? También le agradecería, Rda. Madre, me dijera de qué género debe ser la ropa interior.



Yo desearía hacérmela de algún género áspero. Dígame si hay inconveniente para ello. Ojalá Ud. entonces me lo indique en su carta, pues si no, mi mamá no querrá sino de un género fino, y quiero desde el principio tener mi ropa de pobre; pero, le repito, si esto es más conveniente; pues ante todo, mi Madre tan querida, quiero hacer lo que Ud. me indique.

"Estoy feliz, pues recibí contestación de mis antiguos confesores, a quienes escribí exponiéndoles las razones que tenía para ser carmelita y de allá, de Los Andes. Y los dos me contestaron diciéndorne que veían claro ésa era mi vocación, y son de parecer la realice lo antes posible. Pero me dicen ambos que el único punto oscuro que ven en mi proyecto es mi falta de salud; y me dicen le dé una cuenta detallada para que juzgue Ud., Rda. Madre mía, si podré o no resistir.

"Enfermedad orgánica no tengo ninguna, pero soy muy débil. Me dan muy a menudo fatigas, las que provienen del estómago; no propiamente de éste, sino del hígado y el año antepasado pasé todo el año con un fuerte dolor en el pecho y en la espalda. Me examinaron muchos doctores y ninguno sabía lo que tenía. Por fin García Guerrero me dijo era del hígado, del cual salía un nervio que pasaba por el pecho y espalda, y ese nervio era el que me dolía. Me dio remedios para el hígado y sané. Gracias a Dios no me ha vuelto. Me dijo que debía llevar siempre una faja de lana o de cualquier clase para que me calentara el estómago y el hígado. Ahora, Rda. Madre, dirá Ud. si lo podré llevar si soy carmelita. Yo le dije a N. Señor que si El quería que lo fuera, me diera salud; y este año he pasado muy bien, gracias a Dios. Sólo estuve con gripe, pero eso fue general. No tengo más que decirle respecto a mi salud. Pero mi mamá me encarga le diga que si no será bueno que me fuera probando un poco en no comer carne, en no tomar desayuno ni once, como también en dormir las 6 horas que se duermen en el Carmen, y en otras cosas que Ud. crea conve-



Río Maule; allí Juanita buscaba la soledad y el silencio.

niente. Mi Rda. Madre, le aseguro, me cuesta mucho decirle todas estas cosas, pero lo hago por obedecer. Cuánto cuesta tener que tomar en cuenta a la parte inferior para elegir un bien tan superior para el alma. Pero en fin, Dios nos ha hecho de cuerpo y alma, y al ponerme bajo su cuidado, le he de exponer las necesidades de ambos, ya que dentro de poco será Ud. mi Madre querida, aunque ya siento por Ud., mi Rda. Madre, el cariño de hija, aunque indigna.

"También me dice el Padre le pregunte todas las penitencias que tienen para que después no me sorprendan y mida mis fuerzas.

"Ya terminaré todo este cuestionario, para contarle los felices días que he pasado cerca de mi buen Jesús. Nunca lo había aprovechado tanto. Apenas tenía un rato desocupado, me iba a postrar junto a El. Pasaba a veces una hora seguida con El, y a cada ratito me arrancaba para verle, pues parece que mi corazón era sin cesar llamado, y no podía descansar hasta que iba. Lo más divertido fue que uno de los Padres Misioneros del Corazón de María –el Padre Julián Cea– era muy amigo de las carmelitas. Así es que hablaba continuamente de ellas, y después me embromaban diciéndome que tenía que tener vocación para carmelita. Yo me reía exteriormente, pero después se lo dije al Padre y me encontró vocación para el Carmen, y me habló, pero mucho, de la perfección que encierra esta vocación. Me dio un cuaderno que no sé si conoce: "Tratado de Perfección de la Vida Religiosa", del P. Nieremberg. Estoy encantada con él, pues contiene mucha doctrina. ¿Cómo no agradecer a Nuestro Señor todos los favores que me concede? Ay, Madre querida, sólo creo que en el cielo se podrá saber los innumerables beneficios que a cada instante concede N. Señor a esta nada miserable. Si pudiera dar mi sangre gota a gota, no sería bastante para agradecer a mi Divino Redentor. Me abandono en sus divinos brazos como un niño en los brazos de su madre a quien no tiene cómo pagar. Créame que no me preocupo por nada; que no siento nada, porque lo tengo a El. Es mi Todo adorado.

"¿Y mis Hermanitas? Las encontraba siempre en mi Jesús. Allí, a su pies, las veía consolándolo y amándole. Dígales de mi parte lo mucho que las quiero en N. Señor, y que pidan para mí el amor de Dios. Con amor, ¿no es verdad, Madre mía, que lo haré todo? Con amor sufriré, repararé y cumpliré su divina voluntad. Y Ud., mi Rda. Madre, rece por su hijita, para que no sea más ingrata; para que sea toda para El; y Ud., mi Madrecita querida, cuente con mis pobres oraciones, **tan pobres"**.

Juana, H. de M.

"Saludos a Sarita.[1] ¿La esclavina va abotonada? ¿No se puede tener ninguna medalla de plata? Pues tengo la de Hija de María. En los devocionarios, ¿se pueden guardar algunas imágenes como recuerdo de la persona que la dio, para rogar por ella? Fíjese, Rda. Madre, que le pedí mucho a N. Señor por dos almas en las misiones, y se confesaron las dos. Pero me falta una tercera. Recen por favor. Con la Sma. Virgen nadie sale vencida, ¿no es cierto? Les di a los dos escapularios del Carmen. ¡Bendito sea Dios! Rece también por Elisita, porque está en Viña del Mar" (C. 62).

(1 Sarita Urbistondo, portera del convento)

SAN ENRIQUE **DE BUCALEMU**

Regresaron a Santiago el 7 de marzo. Dos meses antes de entrar Juanita al Carmelo. Doña Lucía se encontró con la agradable sorpresa que su cuñada doña Rosa Fernández de Ruiz-Tagle los invitaba a Bucalemu por algunos días. Partió en tren hasta Llo-Lleo con Lucho, Juanita e Ignacio; a Rebeca no le dieron permiso en el colegio, debiendo quedarse resignada en el Internado. Juanita le había encargado a su amiga Elena Salas que se preocupara de ella; la notaba muy triste.

En la estación les esperaban don Salvador Ruiz-Tagle García-Huidobro con sus hijos Guillermo y Eduardo quienes los condujeron en dos automóviles a la hacienda.

La casa patronal situada en el centro del parque, rodeada de flores, cedros y pinos ponderosa, era imponente; su majestuosidad descansaba en la armonía. Los sillones de mimbre del corredor invitaban a detenerse para admirar los cuidadosos prados, los abetos azules y las avenidas de eucaliptus. Una hilera horizontal de palmeras filíferas, plantadas hacía pocos años, apenas elevaban sus tallos, debiendo alcanzar con el tiempo unos veinte metros de altura. Y allí estaban las cuatro palmeras muy cerca de las galerías, eran las palmeras de Chacabuco, las del Internado, las de Cunaco; simbolizaban la paz, la belleza, la prosperidad. La paz que Juanita sólo encontraba en Dios; la belleza que extraía de los goces inefables de la unión con Jesús y la prosperidad... el vigor, la fuerza, la iluminación, que le infundiría el Espíritu Santo para avanzar en el camino de la santidad.

Doña Rosa llevó a sus invitados a los dormitorios. Cruzaron el gran patio central rodeado por galerías con flores, maceteros de helechos y enredaderas. Un par de mozos les seguían con el equipaje. El cuarto de Juanita era asoleado, tenía un crucifijo, dos camas separadas por un alto velador, un gran ropero de fina madera y una cómoda. Se cambió de ropa, e hincada

se dirigió al Señor. Tenía una gran preocupación, pronto debía pedirle el permiso a su papá.

Muy temprano se fue al oratorio; qué gusto le dio al verlo tan cuidado; era notoria la prioridad que le daban los dueños de casa. Cada imagen tenía un delicado arreglo floral. Estaba la figura del Niño Jesús de Praga, quien le había hecho el milagro a su tía Rosa. Arrodillada en un reclinatorio entró en íntima conversación con Cristo.

Se esmeraron por hacerles una estadía agradable. La comida era exquisita, los postres en almíbar que les presentaban eran siempre superiores a los del día anterior. Juanita, con sus dos primos y Lucho cabalgaban por los alrededores. Don Salvador los llevó en auto a ver el mar, también les mostró el Rapel. Las montañas y las quebradas le recordaban a cada instante sus amadas tierras.

"Todo es puro cerro –le escribía a Rebeca–. Hay muy poco plano. Me parece estoy en Chacabuco. Ayer subíamos uno con una pendiente que Eduardo creía no podría subir. Me pesqué de las crines del caballo y principié a subir tranquilamente; y abajo corría el río(...). Hoy fuimos al mar en dos autos. No te imaginas qué precioso es el camino. Tomamos once en la playa y nos vinimos a las seis y media. Los caminos, aunque son todos sobre cerros, son como la palma de la mano; así es que el auto no corre sino que vuela, lo que me encanta... No me conformaré nunca que no hayas venido. En la noche, cuando me acuesto, veo tu camita desocupada. ¡Qué pena me da!" (C. 70).

BROMAS

Entre los invitados iba su prima Adela Fernández Vicuña, de carácter alegre y simpático. Con Juanita se dedicaron a hacer bromas; sanamente se reían y complotaban en secreto la próxima andanza que prepararían. A Lucho le hacían –por las noches– sábanas cortas. Irrumpían temprano en su dormitorio y lo despertaban declamando poesías; recitando cada estrofa por turno. Doña Rosa las celebraba y las alentaba. En el comedor, almorzaban los jóvenes en una mesa aparte. Con anticipación colocaban bajo los asientos de Guillermo, Eduardo y Lucho, pequeños cohetes rellenos con pólvora. Una vez sentados, Adela se escondía detrás de las sillas y con una ligereza sorprendente prendía fósforos a sus mechas y éstos reventaban con tal estrépito que los muchachos salían huyendo. Don Salvador continuaba conversando en la mesa principal con doña Adela Vicuña de Fernández, doña Lucía y los demás invitados como si nada hubiera pasado.

El Padre Zorrilla de San Martín y el Padre Román, ambos jesuitas, disfrutaban con las bromas; ni ellos se libraron. Nadie habría sospechado que Juanita en menos de dos meses partiría a un convento.

Adela dormía con Elisa, la única hija mujer de los dueños de casa, de sólo ocho años. Adela buscaba la compañía de su prima mayor y ambas gozaban. Cuando salían en el auto descapotable cantaban durante todo el trayecto. En la playa se sacaban sus zapatos y corrían persiguiéndose para lanzarse agua.[1]

Juanita le estaba escribiendo en el dormitorio a su papá. Guillermo; Eduardo y Lucho la apresuraban para salir a cabalgar, ella les decía que la esperaran, debía despachar la carta pues el correo saldría dentro de poco. Los muchachos seguían insistiendo y apurándola y golpeaban sin parar. De pronto la puerta se abrió y quedaron todos empapados. Juanita había tomado el lavatorio donde había vaciado previamente el agua del jarro; se los arrojó riendo y cerrando su puerta de inmediato. Conocía la venganza: le darían el caballo más chúcaro. No le importaba. Siguió escribiendo:

"No se imagina cuánto lo recuerdo en este fundo tan precioso y las ganas que me dan de írmelo a robar para que descanse siquiera una semana de su penoso trabajo.

"He salido mucho a caballo y estoy encantada con subir y bajar cerros, pues me parece me encuentro en Chacabuco. Aquí están admirados porque no me canso, y me dicen que soy una verdadera amazona. No dejaría de ser una vergüenza si no lo fuera(...)

"Nos vamos el lunes a Santiago. Váyase Ud. pronto, pues tengo ansias de verlo. ¿Cómo le va en el trabajo?, ¿Y las cosechas cómo han sido?, no sabe, papacito, lo que rezo por el buen éxito de ellas. Espero que Dios nos oirá, porque a la Santísima Virgen, a quien he puesto por intercesora, nada niega; lo mismo que San José, a quien estoy rezando el mes por Ud. Por favor, cuénteme todo, papacito, y aunque es cierto que poco consuelo le puedo dar, a lo menos le sirve para desahogarse. No sabe lo feliz que me haría si lo hiciera. Es tan grato para una hija el compartir los sufrimientos con su padre, ser el sostén y el apoyo en el áspero camino de la vida de aquel a quien, después de Dios, se le debe todo. Sí, papacito, eso es lo que yo quiero: mostrarle el cielo para que no sucumba bajo el peso de la cruz.

"Adiós, pichito querido. Cuando se sienta muy solo, haga cuenta que estoy a su lado, pues con el pensamiento lo estoy constantemente. Por muy bien que lo pase, siempre recordaré los días felices que pasé junto a Ud. Ese recuerdo ocupará en mi corazón un sitio aparte que nadie penetrará.

"Reciba mil saludos de mis tíos y primos. Y de mi mamá, Lucho, y Nanito un abrazo muy cariñoso, con mil besos que le envía su hija que más lo quiere". (C. 71)

La próxima carta... pensó en la próxima carta, con calma la escribiría, allí le solicitaría el permiso. Sabía lo que iba a sufrir y temía que él se lo negara. Por la noche le pediría luces a Dios. El plazo se cumpliría y necesitaba toda la ayuda del Señor. En tres días más debía hacerlo, cuando llegara a Santiago.

El domingo, el Padre Román celebró la misa en el oratorio, cuyas puertas se abrían a las galerías donde estaban los inquilinos. Adela cantaba con una hermosa voz, Juanita no pudo cantar, ni tampoco manifestó que lo hacía. Su madre no se lo insinuó como solía hacerlo; comprendía su ansiedad, rezaba por ella. Por más que participara en bromas y distracciones, sabía que por dentro estaba desgarrada.

INMENSO DOLOR

"Estoy sufriendo una verdadera agonía –le manifestaba al Padre Julián Cea desde Santiago– pues hoy escribiré la carta a mi papá para solicitar el permiso para ser carmelita, para que la reciba el sábado, día de la Santísima Virgen"

Le escribió la carta a su papá el 25 de marzo, para que la recibiera el sábado 29; la remitiría al día siguiente.

"Apenas llegué a ésta –continuaba diciéndole al Padre Julián– se ha renovado en mí el inmenso dolor que experimento al pensar que los voy a dejar. Fue una lucha que sostuve contra mi

(1 Testimonio de la señora Adela Fernández de Ortúzar)



San Enrique de
Bucalemu.

propia naturaleza cuando escribí la carta. Y todo el entusiasmo sensible que sentía hacia el Carmelo ha desaparecido. Me parece de repente que es una locura lo que voy a hacer; que son ilusiones, etc. Pero está ya muy pensado y mi voluntad lo desea como un bien verdadero. Doy gracias a Dios de esta repugnancia natural que experimento, pues así la cruz que abrazaré será más pesada y podré manifestar al buen Jesús más amor, ya que iré en busca de El sin consuelo alguno.

"En mi oración no encuentro gusto alguno, ni aun en la comunión. A veces pienso que sería mejor no comulgar para no hacerlo tan mal; pero no puedo. No está en mí dejar de hacerlo, pues Nuestro Señor, a pesar de que ve mi corazón de piedra, me comunica fuerza, luz, en una palabra, vida.

"Todo el tiempo he notado que estoy menos mortificada y recogida. Pero ya le he prometido a Nuestro Señor volver con todo ahínco a negarme en todo y a vivir sólo para El. Me tengo que preparar para el favor tan grande que El me va a dispensar. Y sin embargo cada día me encuentro más miserable. Rece por mí que tanto lo necesito. Si nuestro Señor no me encuentra preparada, no moverá el corazón de mi papá a darme el consentimiento, y entonces, no podría ya este año ser carmelita. No le pido a Dios nada más que se cumpla en mí su divina voluntad" (C. 72).

CARTA A **SU PADRE**

Santiago, 25 de marzo de 1919.

Mi papacito tan querido:

"Sólo ayer llegamos de Bucalemu, después de haber pasado días muy agradables en compañía de esos tíos tan cariñosos. Sin embargo, como le dije en mi última carta, los días que pasamos a su lado ocupan un lugar de preferencia.

"Papacito, hace mucho tiempo deseaba confiarle un secreto, que he guardado toda mi vida en lo más íntimo del alma. Sin embargo, no sé qué temor se apoderaba de mi ánimo al querérselo confiar. Por eso, siempre me he mostrado muy reservada para todos. Mas ahora quiero confiárselo con la plena confianza que me guardará la más completa reserva.

"He tenido ansias de ser feliz y he buscado la felicidad por todas partes. He soñado con ser muy rica, mas he visto que los ricos, de la noche a la mañana, se tornan en pobres. Y aunque a veces esto no sucede, se ve que por un lado reinan las riquezas, y por otro reina la pobreza de la afección y de la unión. La he buscado en la posesión del cariño de un joven cumplido, pero la idea sola que algún día pudiera no quererme con el mismo entusiasmo o que pudiera morirse dejándome sola en las luchas de la vida, me hace rechazar el pensamiento de que casándome seré feliz. No. Esto no me satisface. Para mí no está allí la felicidad. Pues ¿dónde –me preguntaba– se halla? Entonces comprendí que no he nacido para las cosas de la tierra, sino para las de la eternidad. ¿Para qué negarlo por más tiempo? Sólo en Dios mi corazón ha descansado. Con El mi alma se ha sentido plenamente satisfecha, y de tal manera, que no deseo otra cosa en este mundo que el pertenecerle por completo.

"Mi queridísimo papá: no se me oculta el gran favor que Dios me ha dispensado. Yo que soy la más indigna de sus hijas, sin embargo, el amor infinito de Dios ha salvado el inmenso abismo que media entre El y su pobre criatura. El ha descendido hasta mí para elevarme a la dignidad de esposa. ¿Quién soy yo sino una pobre criatura? Mas El no ha mirado mi miseria. En su infinita bondad y a pesar de mi bajeza, me ha amado con infinito amor. Sí, papacito. Sólo en DIOS he encontrado un amor eterno. ¿Con qué agradecerle? ¿Cómo pagarle sino con amor? ¿Quién puede amarme más que N. Señor, siendo infinito e inmutable? Ud., papacito, me preguntará desde cuándo pienso todo esto. Y le voy a referir todo para que vea que nadie me ha influenciado.

"Desde chica amé mucho a la Sma. Virgen, a quien confiaba todos mis asuntos. Con sólo Ella me desahogaba y jamás dejaba ninguna pena ni alegría sin confiársela. Ella correspondió a ese cariño. Me protegía, y escuchaba lo que le pedía siempre. Y Ella me enseñó a amar a N. Señor. Ella puso en mi alma el germen de la vocación. Sin embargo, sin comprender la gracia que me dispensaba, y sin siquiera preocuparme de ella, yo pololeaba[1] y me divertía lo más posible. Pero cuando estuve con apendicitis y me vi muy enferma, entonces pensé lo que era la vida, y un día que me encontraba sola en mi cuarto, aburrida de estar en cama, oí la voz del Sdo. Corazón que me pedía fuera toda de El. No crea que esto fue ilusión, porque en ese instante me vi transformada. La que buscaba el amor de las criaturas, no deseó sino el de Dios. Iluminada con la gracia de lo alto, comprendí que el mundo era demasiado pequeño para mi alma inmortal; que sólo con lo infinito podría saciarme, porque el mundo y todo cuanto él encierra es limitado; mientras que, siendo para Dios mi alma, no se cansaría de amarlo y contemplarlo, porque en El los horizontes son infinitos.

"¿Cómo dudar, pues, de mi vocación, cuando, aunque estuve tan grave y a punto de morirme, no dudé ni deseé otra cosa? Como puede ver, papacito, nadie me ha influenciado, pues nunca lo dije a persona alguna y traté siempre con empeño de ocultarlo.

"No sé cómo puedo agradecerle como debo a N. Señor este favor tan grande, pues siendo El Todopoderoso, omnipotente, que no necesita de nadie, se preocupa de amarme y de elegirme para hacerme su esposa. Fíjese a qué dignidad me eleva: a ser esposa del Rey del cielo y tierra, del Señor de los señores. ¡Ay, papá, cómo pagarle! Además me saca del mundo, donde hay tantos peligros para las almas, donde las aguas de la corrupción todo lo aniegan, para llevarme a morar junto al tabernáculo donde El habita. Si para concederme tan gran bien un enemigo me llamara, ¿no era razón para que inmediatamente lo siguiera? Ahora no es enemigo, sino nuestro mejor amigo y mayor bienhechor. Es Dios mismo quien se digna llamarme para que me entregue a El. ¿Cómo no apresurarme a hacer la total ofrenda para no hacerlo esperar? Papacito, yo ya me he entregado y estoy dispuesta a seguirlo donde El quiera. ¿Puedo desconfiar y temer cuando es El el camino, la verdad y la vida?

"Con todo, yo dependo de Ud., mi papá querido. Es preciso, pues, que Ud. también me dé. Sé perfectamente que si no negó la Lucía a Chiro, pues su corazón es demasiado generoso, ¿cómo he de dudar que me dará su consentimiento para ser de Dios, cuando de ese 'sí' de su corazón de padre ha de brotar la fuente de felicidad para su pobre hija? No. Lo conozco. Ud. es incapaz de negármelo, porque sé que nunca ha desechado ningún sacrificio por la felicidad de sus hijos. Comprendo que le va a costar. Para un padre no hay nada más querido sobre la tierra que sus hijos. Sin embargo, papacito, es Nuestro Señor quien me reclama. ¿Podrá negarme,

cuando El no supo negarle desde la cruz ni una gota de su divina sangre? Es la Virgen, su Perpetuo Socorro, quien le pide una hija para hacerla esposa de su Adorado Hijo. Y ¿podrá rehusarme?

"No crea, papacito, que todo lo que le digo no desgarra mi corazón. Ud. bien me conoce y sabe que soy incapaz de ocasionarle voluntariamente un sufrimiento. Pero, aunque el corazón mane sangre, es preciso seguir la voz de Dios; es preciso abandonar aquellos seres a quienes el alma se halla íntimamente ligada, para ir a morar con el Dios de amor, que sabe recompensar el más leve sacrificio. ¿Con cuánta mayor razón premiará los grandes?

"Es necesario que su hija los deje. Pero téngalo presente: que no es por un hombre sino **por Dios**. Que por nadie lo habría hecho sino por El que tiene derecho absoluto sobre nosotros. Eso ha de servirle de consuelo: que no fue por un hombre y que después de Dios será Ud. y mi mamá los seres que más he querido sobre la tierra.

"También piense que la vida es tan corta, que después de esta existencia tan penosa nos encontraremos reunidos por una eternidad. Pues a eso iré al Carmen: a asegurar mi salvación y la de todos los míos. Su hija carmelita es la que velará siempre al pie de los altares por los suyos, que se entregan a mil preocupaciones que se necesitan para vivir en el mundo. La Sma. Virgen ha querido perteneciera a esa Orden del Carmelo, pues fue la primera comunidad que le rindió homenaje y la honró. Ella nunca deja de favorecer a sus hijas carmelitas. De manera, papacito, que su hija ha escogido la mejor parte. Seré toda para Dios y El será todo para mí. No habrá separación posible entre Ud. y su hija. Los seres que se aman jamás se separan. Por eso, cuando Ud., papacito, se entregue al trabajo rudo del campo; cuando, cansado de tanto sacrificio, se sienta fatigado y solo, sin tener en quien descansar, se sienta desfallecido, entonces le bastará trasladarse al pie del altar. Allí encontrará a su hija, que también sola, ante el Divino Prisionero, alza suplicante su voz para pedirle acepte el **sacrificio suyo** y también el de **ella,** y que, en retorno, le dé ánimo, valor en los trabajos y consuelo en su dolor. ¿Cómo podrá hacerse sordo a la súplica de aquella que todo lo ha abandonado y que no tiene en su pobreza otro ser a quien recurrir? No, papacito. Dios es generoso, sobre todo que la constancia de mi oración no interrumpida ha de moverle a coronar sus sacrificios. Mi mamá y mis hermanos tendrán un ser que constantemente eleve por ellos ardientes súplicas; un ser que los ama entrañablemente y que perpetuamente se inmola y sacrifica por los intereses de sus almas y de sus cuerpos. Sí. Yo quisiera ser desde el convento el ángel tutelar de la familia. Aunque sé lo indigna que soy, lo espero ser, pues siempre estaré junto al Todopoderoso.

"Papacito, no me negará el permiso, la Sma. Virgen será mi abogada. Ella sabrá mejor que yo hacerle comprender que la vida de oración y penitencia que deseo abrazar encierra para mí **todo el ideal** de felicidad en esta vida, y la que me asegurará la de la eternidad.



San Enrique de Bucalemu.

"Comprendo que la sociedad entera reprobará mi resolución, pero es porque sus ojos están cerrados a la luz de la fe. Las almas que ella llama 'desgraciadas' son las únicas que se precian de ser felices, porque en Dios lo encuentran todo. Siempre en el mundo hay sufrimientos horribles. Nadie puede decir sinceramente: 'Yo soy feliz'. Mas al penetrar en los claustros, desde cada celda brotan estas palabras que son sinceras, pues ellas, su soledad y el género de vida que abrazaron no la trocarían por nada en la vida. Prueba de ello es que permanecen para siempre en los conventos. Y esto se comprende, ya que en el mundo **todo** es egoísmo, inconstancia e hipocresía. De esto Ud., papacito, tiene experiencia. ¿Y qué cosa mejor se puede esperar de criaturas tan miserables?

"Déme su consentimiento luego, papacito querido. 'Quien da luego, da dos veces'. Sea generoso con Dios, que lo ha de premiar en esta vida y en la otra, y no me obligue a salir a sociedad. Muy bien conozco esa vida que deja en el alma un vacío que nadie puede llenar, si no es Dios. Deja muchas veces el remordimiento. No me exponga en medio de tanta corrupción como es la que reina actualmente. Mi resolución está tomada. Aunque se me presente el partido más ventajoso, lo rechazaré. Con Dios, ¿quién hay que pueda compararse? No. Es preciso que pronto me consagre a Dios, antes que el mundo pueda mancharme. Papacito, ¿me negará el permiso para **mayo**? Es verdad que falta poco, pero rogaré a Dios y a la

(1 Pololear: en aquella época se traducía en aceptar que la cortejasen, le enviasen flores y le paseasen la cuadra)



Sma. Virgen le den fuerzas para decirme el 'sí' que ha de hacerme feliz. Ud. ha dicho en repetidas ocasiones que no negaría su permiso, pues le daría mucho consuelo tener una hija monja.

"El convento que he elegido está en Los Andes. Es el que Dios me ha designado, pues nunca había conocido ninguna carmelita; lo que le asegurará a Ud. que nadie me ha metido la idea y que **no obro por impresiones**. Dios lo ha querido. Que se cumpla su adorable voluntad.

"Espero su contestación con ansiedad. Entre tanto pido a N. Señor y la Sma. Virgen le presten su socorro para hacer el sacrificio; ya que sin Ellos yo no habría tenido el suficiente valor para separarme de Ud.

"Reciba muchos besos y abrazos de su hija que más lo quiere" (C. 73).

Juana

EN LA COCINA

Isabel Espinoza llegó a casa de los Fernández Solar a atender a Lucía, quien pronto tendría un hijo. En San Pablo había conocido a Juanita y les contaba a las demás empleadas la fama que había dejado allí, donde todos decían por ella: " La señorita es una santa y va a ser monjita, por eso Dios la acompaña".

–¿Y cómo sabe Ud. que Dios la acompaña?,– preguntó Ofelia algo celosa.

– ¿No supo lo de la carreta?, "un día me dijo que fuéramos al pueblo de San Javier a comprar hilo, nos fuimos con mi hermano Manuel, quien era el cochero, en el viaje nos invitaba a rezar el



Habitación que ocupó Juanita en San Enrique de Bucalemu, se conserva exactamente igual.

rosario en el trayecto de seis kilómetros: tres de ida y tres de vuelta. Iba también la señorita Rebeca. A la vuelta, saliendo de la línea del tren, sentimos un ruido metálico, y mi hermano que guiaba el coche preguntó: ¿Qué pasa? Y la señorita Juanita dijo que el coche siguiera no más porque se había oscurecido y "andando con Dios no pasa nada". Y seguimos rezando el rosario. Al llegar al fundo nos bajamos y el coche se tumbó y la rueda salió disparada andando y anduvo hasta las puertas del potrero, más o menos una cuadra. Don Miguel y doña Lucía las estaban esperando, y la patrona le dijo a mi hermano: –Mañungo, ¿cómo no te diste cuenta antes?– La señorita Juanita se rió y dijo: "Si andando con Dios no pasa nada".

Elvira Araya, antigua empleada de don Eulogio, luego de doña Lucía y ahora de doña Juanita Solar, le insistió en que hablara más de la señorita sobre su estadía en San Pablo.

–Era muy caritativa y daba su propia comida, cuando venía algún pobre don Miguel le decía: "No hijita, pide otro plato en la cocina". Otro día le regaló su melón a un niño. Tanto que le gusta el melón le dije yo, y ¿cómo lo regala? y me contestó: "Por amor al Niño Jesús y por hacer un sacrificio". La gente la llamaba "la santita". Ella andaba siempre del brazo del papá cuando se paseaba por los corredores de la casa. Otra vez me dijo: "Chabela, enséñame a lavar". ¿Para qué desea que le enseñe cuando usted tiene a su mamá que le lava? "Es porque más tarde voy a tener que lavar mi ropa". Por eso pienso que va a ser monjita. Lo que más me gustaba era su alegría, con ella no se pasaban penas en San Pablo.[1]

Ofelia, quien sin saberlo con certeza, pero sí sospechaba que se iría y muy pronto a un convento, comenzó a hablarles con aires de conocerla más que nadie, mal que mal la había cuidado desde los nueve meses.

–A mí siempre me han dicho que no es como las demás niñas. Desde pequeña ella misma se hacía sus cosas, no dejaba que yo la lavara. Una vez que iba a ir a ver a la Rebequita al colegio, pues ella ya se había salido, yo le dije que estaba muy bonita y que iba a causar admiración. ¿Saben lo que hizo?, se fue a su dormitorio, se cambió su abrigo y se puso el antiguo del colegio y yo le dije que cómo podía ir con ese viejo abrigo y todavía del colegio, qué iban a pensar las compañeras cuando la vieran así y me contestó: "¡qué me importa!, yo quiero ser reconocida por Dios y no por el mundo", y partió así y la vi regresar feliz.[2]

–¿Te acuerdas Ofelia cuando hincada nos pidió perdón a todos los sirvientes antes de hacer su Primera Comunión? –preguntó Elvira–. Yo la tengo por santa, desde que tenía cuatro o cinco años permanecía en su dormitorio rezando de rodillas.

–Hasta el día de hoy, –replicó Ofelia–. Ahora pasa más tiempo encerrada, su

(1 Testimonio de Isabel Espinoza Labarca)
(2 Testimonio de Ofelia Miranda)



Oratorio de San Enrique de Bucalemu.

rostro aparece encendido cuando sale de su pieza. Mi niña es una santa que cambió su almohada de lana por un tosco madero, yo la sorprendí, pero no lo cuenten, sólo lo hace de tanto querer a Nuestro Señor.[1]

ESPERANDO **EL CONSENTIMIENTO**

"Creo no necesito rogarle a Ud., mi querida y respetada Madre, recen mucho, especialmente el sábado para que se realice en mí la voluntad de Dios(...), creo que por falta de oraciones no quedará mi empresa, pues por todas partes se elevarán plegarias por esta intención. Tengo la firme convicción que Nuestro Señor me robará para el siete de mayo. ¡Qué felicidad! Apenas me conteste mi papá, le escribiré dándole la noticia"[2]

3 de abril: "Hoy ha nacido una sobrina. La he esperado con una angustia y un temor indescriptibles. ¡Qué grande es el poder que manifiesta Dios en la obra de la generación humana! ¡Qué sabiduría que pasma al corazón y al entendimiento que lo contempla!" (D. 52).

"Le escribí a mi papá solicitando su permiso y no he obtenido respuesta alguna. Mi alma sufre lo indecible. Va a llegar y tendré que salir a recibirlo, sin saber qué acogida me dispensará. Tendré que sostener esa mirada que me dirigirá llena de tristeza y amarga reconvención. O quizás tomará una actitud indiferente. ¡Oh, Jesús mío, qué cruel martirio! Mas todo es por tu amor. Si por Ti no fuera, jamás habría tenido el suficiente valor para darle esta pena. Mas siendo Tú, todo desaparece.

"Mis hermanos están preocupados porque no me gusta salir y quieren que salga, y me reconvienen por no hacerlo. El mismo día que mandé la carta todos se fueron contra mí; mas aunque esto sufra y mucho más, ¿se puede comparar con el gran bien que disfrutaré? Jesús, estoy feliz porque sufro. Deseo sufrir más: pero no te pido otra cosa sino que se cumpla en mí tu divina voluntad" (D. 53).

"TODO LO HA **ARREGLADO JESUS"**

La carta de respuesta aún no llegaba. Felizmente, el día 3 de abril, doña Lucía recibió una de don Miguel llena de ternura hacia Juanita diciéndole que creía que estaría obligado a dar el permiso, pero lo pensaría.

El cuatro llegó su padre en la noche a conocer a su nieta y futura ahijada, Luz; pero esquivaba a su hija, sin hacerle la menor alusión al permiso. Juanita partiría el seis a Cunaco por una semana. Su desesperación era angustiante, su papá la eludía. Ella sólo rezaba.

Don José Florencio Valdés Cuevas la pasó a buscar en auto para llevársela a su hacienda. Elisa y Herminia la espe-

raban. Juanita con su maleta lista pidió fuerza al Señor; tomó a su padre del brazo y lo llevó a su dormitorio y entre lágrimas y súplicas le rogó su consentimiento. Don Miguel sollozando –al fin– pronunció el sí. "Si es ésa la voluntad de Dios yo no me opongo a ella, pues ha de ser tu felicidad".

Juanita se arrojó a sus pies suplicándole perdón por la pena que le causaba. "No tengo de qué perdonarte". Le dio su bendición y la abrazó afectuosamente.

Casi al instante fue donde Rebeca y arrojándose a su cuello exclamó: "Estoy feliz porque mi papá me ha dado el permiso".

Luego golpeó al dormitorio de su mamá y abrazándola le contó lo sucedido. Doña Lucía, quien jamás había dejado de secundarla, quedó sumida en el dolor; era una realidad; ahora comenzaba su calvario. Faltaban treinta días, la separación se acercaba. Rogó al Señor valor para aceptarla. Se iba lo mejor de ella, lo mejor de todo lo que había conocido; se le escaparon de sus labios algunas palabras: "Es la voluntad de Dios, no podía ser de otra forma".

Juanita partió a Cunaco. Intencionalmente había aceptado la invitación, preparaba a los suyos su alejamiento definitivo. Era mejor que se acostumbraran de a poco.

REBECA, **UNA GRAN HERMANA**

Mi papacito querido:

"Tal vez se extrañará que sólo ahora le venga a escribir, pero aunque muchos eran los deseos de hacerlo antes no he podido.

"El día que se fue la Juanita a Cunaco hubiera querido hablar personalmente con Ud., pero las circunstancias no me favorecieron, quiero que ésta sea la expresión de mi agradecimiento.

"Gracias, papacito querido, gracias por su consentimiento, su palabra de aceptación me ha hecho feliz y ha sido el gusto más grande que pueda haber dado a su pobre hija. No crea, papacito, que no vislumbro su pesar y la gran fuerza de voluntad que ha necesitado para obrar así. Sólo Dios puede hacer obrar de esta manera... Ella se va, pero se va con el gusto que le han comprendido su ideal y que han sabido apreciar como es debido el estado que ha escogido. Grande será el vacío que nos dejará, pero siquiera podemos pensar que no nos abandonará por un hombre, sino por Dios.

"Ay, papacito, comprendo su pena porque yo también la siento... Es demasiado buena, demasiado angelical para que pudiera permanecer en el mundo, tiene un alma grande y noble y sólo puede aspirar a cosas mayores, cosas divinas.

"Corto es en verdad el tiempo que ha pasado entre nosotros, pero ha sido el suficiente para que ella nos santificara con su presencia pues en cada palabra suya se revelaba su alma. Ya no estará junto a nosotros, pero el pensamiento nos unirá y mientras Ud. esté cansado y fatigado por el continuo trabajo, o sus fuerzas estén abatidas por el sufrimiento, un himno continuo se elevará por Ud. y un alma generosa se estará ofreciendo por los suyos. Ella se va, se va para rogar por nosotros, para pedir a Dios que nos colme con sus gracias.

"Ay, papacito querido, se le va una hija, la mejor tal vez, pero le queda otra que será todo para Ud. Ciertamente que no tengo ni sus cualidades y atractivos; que no soy ni tan abnegada, ni tan virtuosa y útil como ella, pero trataré con mi buena voluntad de suplir aquello que me falta y aunque ella es irreemplazable, haré lo posible por hacer notar menos su ausencia.

"También dígaselo a mi pobre Lucho, que recuerde que tiene otra hermana que también lo quiere y aunque como es cierto es muy inferior a la otra, tratará de llenar aquella insuficiencia con cariño y amor. Que si antes éramos tres, ahora seremos dos, y que el uno hará la felicidad del otro, consolándose mutuamente...

"¡Gracias!, soy feliz porque mi hermana lo es también.

"Adiós, papacito, lo abraza con todo su corazón su pobre hija que desde este momento su único deseo es hacer feliz a sus padres para llenarles en cuanto esté de su parte el vacío que les deja su hija angelical." Su

Rebeca

REACCION **DE LUCHO**

Cunaco, 7 de abril de 1919

Mi papacito tan querido:

"Ayer me parece no le agradecí lo bastante su generoso consentimiento; pero es por la pena intensa que sentía, la cual me impidió manifestarle todo lo que por mi alma pasó en ese instante.

"Mi papacito lindo, que Dios mil veces se lo pague. Es lo único que puedo decirle, porque me faltan las palabras para agradecerle tal como lo siento. Sentía en ese momento la pena más grande de mi vida al ver que, por la vez primera era yo la causa de sus lágrimas. Y, sin embargo, tuve la fuerza necesaria para soportarlo. Dios, papacito mío, es el que da la energía a nuestros corazones para hacer el sacrificio más costoso en esta vida. Tal es el que Ud. le va a ofrecer.

"A pesar de la inmensa pena que lo agobia, estoy segura que sentirá en lo íntimo de su alma la satisfacción más grande, al pensar que ya me ha dado a Dios y que ha asegurado para siempre la felicidad de su hija. Sí; no se inquiete porque cree que no seré feliz. En todo caso, si no lo soy, las puertas del convento se abrirán de nuevo para mí, pero tendría que cambiar enteramente, pues desde chica he deseado abrazar ese género de vida que, aunque es austero, considero que todo es poco para lo mucho que le debemos a Dios. Además, papacito, ¿no considera Ud. que por mucho que uno se sacrifique en esta vida, es nada en comparación con la felicidad que disfrutaremos en la eternidad? Cuán poco sacrificio, y una eternidad de gozo.

"Ya se acercan los últimos días que pasaremos juntos en la tierra. Pero seguiré viviendo en medio de todos por el pensamiento, rogando porque todos nos encontremos reunidos en el cielo. Entonces qué pequeño nos parecerá todo lo de esta existencia pasajera.

"Adiós, papacito. Que la Sma. Virgen lo consuele. Que Ella me reemplace cerca de Ud. Cuánto no daría por verlo feliz. Eso es lo que le voy a pedir a N. Señor, lo bendiga y le dé su recompensa.

"Lo abrazo y beso mil veces, y le repito de nuevo "Dios se lo pague".

Juana

"Allá cambian el nombre y me llamaré Teresa de Jesús. ¿Le gusta?" (C. 78).

Don Miguel leía la carta en el corredor donde tantas veces se habían paseado abrazados. Lloraba inconsolablemente, su Juanita se iría para siempre... Tenía algo tan especial, su mirada pasaba elevándola al cielo; ahora comprendía sus alejamientos, su generosidad. La había conocido poco, daba las gracias a Dios por haberla tenido a su lado en el último tiempo más de dos meses.

(1 Testimonio de Ofelia Miranda)
(2 C. 76 a la Madre Priora de Los Andes)

Lucho y Miguel lo sorprendieron así. Lucho de inmediato leyó la carta, no podía creerlo. Se enfureció contra su hermana y pensó en escribirle para hacerla retroceder. Don Miguel la defendió y trató de calmarlo. Miguel nada dijo, pidió la otra carta y sólo lloró. Lucho, en cambio, seguía enardecido, leyó también la primera carta y poco a poco se fue tranquilizando... transformando su ira en sollozos. Los tres abrazados lloraban. Era la primera vez que se producía una unión tan íntima.

Por la noche, Lucho le escribió a Juanita, pero de una manera suave, llena de ternura; la instaba a reconsiderar su posición. No debía irse.

"Oponerse a la vocación de ella es atajar un torrente", fueron las palabras de su padre al verlo escribir.

CARTA A SU **HERMANO LUCHO**

Cunaco, 14 de abril de 1919

Mi querido Lucho:

"Por mi mamá he sabido que ya no te es desconocido mi secreto. Perdóname no haya tenido el valor de confiártelo antes; pero sabía lo mucho que te iba a impresionar y quería ahorrarte lo más posible la pena que ibas a sentir cuando estuvieras al corriente de todo.

"Si por un instante pudieras penetrar en lo íntimo de mi pobre corazón y presenciar la lucha horrible que experimento al dejar a los seres que idolatro, me compadecerías. Mas Dios lo quiere y, aun cuando fuera necesario atravesar el fuego, no retrocedería; puesto que lo que con tantas ansias anhelo no sólo me proporcionará la felicidad en esta vida, sino la de una eternidad.

"Creo que tú, más que nadie, podrás comprender que existe en el alma una sed insaciable de felicidad. No sé por qué, pero en mí la encuentro duplicada. Desde muy chica la he buscado, mas en vano, porque en todas partes sólo veo su sombra; ¿Y ésa puede satisfacerme? No. Jamás –me parece– me he dejado seducir. Anhelo amar, pero algo infinito, que ese ser que yo ame no varíe y sea el juguete de sus pasiones, de las circunstancias del tiempo y de la vida. Amar, sí; pero al Ser inmutable, a Dios, quien me ha amado infinitamente desde una eternidad. ¡Qué abismo media entre ese amor puro, desinteresado e inmutable, y el que me puede ofrecer un hombre! ¿Cómo amar a un ser tan lleno de miserias y de flaquezas? ¿Qué seguridad puedo encontrar en ese corazón? Unir mi alma a otro ser que no me perfeccione con su amor, ¿encuentras que puede serme de nobles perspectivas? No. En Dios encuentro todo lo que en las criaturas no encuentro, porque son demasiado pequeñas para que puedan saciar las aspiraciones casi infinitas de mi alma. Me dirás: pero puedes amar a Dios viviendo en medio de los tuyos. No, mi Lucho querido. Nuestro Señor nada suyo reservó para Sí al amarme desde el madero de la cruz. Aun dejó su cielo, su divinidad la eclipsó, y ¿yo me he de entregar a medias? ¿Encontrarías generoso de mi parte reservarme a aquellos a quienes estoy más ligada? ¿Qué le ofrecería entonces? No. El amor que le tengo, Lucho querido, está por encima de todo lo creado; y aun cuando pisoteando mi propio corazón, despedazado por el dolor, al decirle adiós, no dejaré de decírselo, porque lo amo y **con locura.** Si un hombre es capaz de enamorar a una mujer hasta el punto de dejarlo todo por él, ¿no crees acaso que Dios es capaz de hacer irresistible su llamamiento? Cuando a Dios se conoce; cuando en el silencio de la oración alumbra el alma con un rayo de su hermosura infinita; cuando alumbra el entendimiento con su sabiduría y poderío; cuando inflama la voluntad con su bondad y misericordia, se mira todo lo de la tierra con tristeza. Y el alma, encadenada por las exigencias de su cuerpo, por las exigencias del ambiente social en que vive, se encuentra desterrada y suspira con ardientes ímpetus por contemplar sin cesar ese horizonte infinito que, a medida que se mira, se ensancha, sin encontrar en Dios límites jamás.

"Lucho querido, si supieras tú la amargura que encuentro en todo lo que me rodea, no te asombraría que buscara las paredes de un convento para vivir y pasar mi vida entera en esa oración no interrumpida por el bullicio del mundo. No puedes comprenderlo por ahora, pero yo rogaré para que Dios se manifieste un día a tu alma, como por su infinita bondad se manifiesta a la mía. Entonces verás que es imposible no sufrir horriblemente cuando se encuentra el alma con obstáculos que le impiden pasar constantemente en esa contemplación amorosa del Todo adorado. Viviendo en medio de los míos, esto es imposible. Las preocupaciones de la vida lo impiden, aunque se tenga la libertad más completa.

"Lucho tan querido, te hablo de corazón a corazón. En este instante experimento todo el dolor de la separación. Te quiero como nunca te he querido. Pocos hermanos existirán tan unidos como nosotros dos. Sin embargo, te digo adiós. Sí, Lucho de mi alma. Es preciso que te diga esta palabra tan cruel por un lado, pero no si se considera cuánto dice: "A Dios", Lucho querido, allí viviremos siempre unidos. En Dios te doy eterna cita.

"Tu carta que hace poco recibí, cuando ésta tenía principiada, me ha hecho sufrir mucho. Me acusas de falta de confianza, hermano el más querido. Si yo te dijera que muchas veces estuve a punto de decírtelo, no me creerás. Pero me reprimía por el temor de lo mucho que ibas a sufrir y temía por tu salud. Así, perdóname no haya tenido el valor de decírtelo, pero es por exceso de cariño.

"Lucho, no sabes cuánto te agradezco tu cariño. Verdaderamente encuentro que no lo merezco; pero créeme que yo te quiero doblemente. Con delirio. Fíjate que no sólo te dejo a ti, sino también a los **dos seres** que **idolatro**: a mi padre y a mi madre. Y, sin embargo, los voy a dejar por Dios. Lo he pensado mucho y reflexionado y no quiero volver atrás, porque siendo carmelita realizaré todo el ideal de felicidad que me he forjado. Si me quedo en el mundo, no haría todo el bien que tú me pintas; porque la virtud es una planta cuya savia es la gracia de Dios. Sin ella, la virtud perece. Y dime sinceramente, ¿crees que Dios me la otorgará si yo no soy fiel en seguirle? No. Si El me ha dado ya el valor para sacrificarlo **todo** por su amor, yo no debo dejar de ser generosa. Además, ¿qué favor más grande que el de la vocación? Y después de **tanto amor** de Dios para con una criatura miserable, ¿yo me quedaré en mi casa, en medio de todos los que amo y de las comodidades? Por un hombre a **todo** se renuncia, ¿y por Dios nada es aceptado?

"Si tú, querido Lucho, me hubieras visto casar con un joven bueno que no hubiera tenido fortuna y me hubiera llevado al campo lejos de todos Uds., tú te habrías conformado. Y porque es por Dios, ¿tú te desesperas? ¿Quién puede hacerme más feliz que Dios? En El todo lo encuentro. Ahora dime, ¿qué abismo insondable hay entre Dios Todopoderoso y la criatura? Y El no se desdeña en descender hasta ella para unirla a Sí y divinizarla. Y yo, ¿he desdeñar la mano del Todopoderoso, que en su gran bondad me tiende? No, jamás. Nadie podrá convencerme que

mi deber no es seguir a Dios sacrificándolo todo para pagarle su infinito amor como mejor pueda. Lo demás será bajeza de mi parte. Creo que juzgarás como yo.

"En cuanto a lo que me dices que la gloria de Dios no ganaría nada si todos entran en los conventos, te encuentro razón. Pero debes agregar a esto que no todos los buenos son llamados por Dios para ser religiosos. Hay almas que les infunde el atractivo de la perfección, y las tales **faltan** si no se entregan a ellas. Es cierto que en el mundo se necesitan almas virtuosas, y hoy más que nunca es de absoluta necesidad el buen ejemplo; pero para permanecer en el mundo es indispensable tener especial asistencia de Dios. Yo me considero sin fuerzas para ello, porque El no me lo pide. Pero mayor aún es la necesidad de almas que, entregadas completamente al servicio de Dios, lo alaben incesantemente por las injurias que en el mundo se le hacen; almas que le amen y le hagan compañía para reparar el abandono en que lo dejan los hombres; almas que rueguen y clamen perpetuamente por los crímenes de los pecadores; almas que se inmolen en el silencio, sin ninguna ostentación de gloria, en el fondo de los claustros por la humanidad deicida. Sí, Lucho. La carmelita da más gloria a Dios que cualquier apóstol. Santa Teresa, con su oración, salvó más almas que San Francisco Javier, y este apostolado lo hizo desconociéndolo ella misma.

"Me dices que las cualidades con que Dios me ha dotado las debo emplear para su gloria. Sí, como me dices, es cierto que las tengo, ¿cómo podré darle mayor gloria a Dios, si no es dándome enteramente a El y empleando día y noche mis facultades, tanto intelectuales como morales, en conocerle y amarle? La hermosura no la poseo, y si la poseyera, no dudaría en ofrecérsela también, porque lo mejor y lo más hermoso es lo que merece El.

"¿Podrás aborrecer tú la religión, a Jesucristo, cuando es ella, El, quienes me proporcionan la felicidad en esta vida y en la otra? ¡Qué desesperación habría embargado mi corazón al encontrar el vacío, la nada de las criaturas, si no hubiera conocido otro Ser capaz de saciarme y satisfacerme! No, jamás lo creeré, Lucho de mi alma, porque sé que en tu alma las creencias religiosas descansan sobre base sólida. Y si esto, por desgracia, llegara a suceder, yo te lo digo que en este instante conjuro a Dios para que me mande antes la muerte a mí, para que del sacrificio brote para ti la luz y el amor hacia nuestra religión.

"Además, la que puso en mi alma el germen de la vocación fue la Sma. Virgen. Y tú fuiste el que me enseñaste a amar a esta tierna Madre, que jamás ha sido en vano invocada por sus hijos. Ella me amó y, no encontrando otro tesoro más grande que darme en prueba de su singular protección, me dio el fruto bendito de sus entrañas, su Divino Hijo. ¿Qué más me pudo dar?

"Lucho, antes de partir, te dejo como sello de nuestra perpetua fraternidad la estatua de la Sma. Virgen, que ha sido mi compañera inseparable. Ella ha sido la confidente íntima desde los más tiernos años de mi vida. Ella ha escuchado la relación de mis alegrías y tristezas. Ella ha confortado mi corazón tantas veces abatido por el dolor. Lucho querido, te la dejo para que me reemplace cerca de ti. Háblale como lo haces conmigo, de corazón a corazón. Cuando te sientas solo, como yo muchas veces me he sentido, mírala y verás que sonriendo te dice: "Tu Madre jamás te deja solo". Cuando, triste y desolado, no halles con quién desahogarte, corre a su presencia y la mirada llorosa de tu Madre que te dice "no hay dolor semejante a mi dolor" te confortará, poniendo en tu alma la gota de consuelo que cae de su dolorido corazón.

"Yo, desde mi solitaria celda, rogaré por ti a esa Virgen casi idolatrada, para que se muestre como verdadera Madre con aquel hermano que tanto quiero. Unidos por el pensamiento aquí en la tierra, nuestras almas hermanas se encontrarán, después de esta existencia dolorosa, un día reunidas para siempre allá en el cielo. Entonces comprenderemos el mérito de la separación en el destierro, que nos ha granjeado la comunión eterna allá en la patria donde está la vida verdadera.

"Lucho, sólo me queda una cosa que decirte. Si me hubiera enamorado de un joven con quien creyera ser feliz y no hubiera sido de tu agrado, no hubiera dudado un momento en sacrificar por ti mi felicidad, porque te quiero demasiado. Pero no tratándose de un hombre, sino de Dios, y comprometiendo yo, no sólo la felicidad temporal sino la eterna, no puedo volver sobre mis pasos. Pero perdóname toda la pena que con mi determinación te he causado. Tú me conoces y podrás comprender mejor que nadie el dolor en que estoy sumergida, dolor tanto más grande cuanto que veo que soy yo la causa del sufrimiento de los seres que tanto amo.

"Déjame decirte por última vez adiós. Se escapa de mi alma en un sollozo. Adiós, hermano mío tan querido. Sé bueno. Llena tú, con el cariño hacia mis padres, el vacío que va a

Patio interior de San Enrique de Bucaramu.





Rebeca

dejar en sus corazones la ofrenda de una hija que, aunque poco vale, es al fin un pedazo de sus almas. Amalos, y evítales todo sufrimiento. Sé bueno también con mi querida Rebeca. ¡Pobrecita! ¡Cuánto siento dejarla abandonada en las luchas de la vida! Aunque no abandonada, porque siempre la acompañaré con mis oraciones. Acompáñense ambos y ayúdense mutuamente en el camino del bien.

"Lucho querido, ¡adiós! Ten corazón generoso y ofréceme a tu Dios y a la Sma. Virgen. Ellos van a hacer la felicidad de tu pobre hermana. Lo bueno y lo hermoso siempre cuesta lágrimas. La vida que abrazaré tiene estas cualidades, pero se compra con sangre del corazón. Dios te premiará, porque nunca se deja vencer en generosidad. Sobre todo piensa que esta vida es tan corta; ya sabes que esta vida **no es la vida.**

"A Dios, hermano querido. Te abraza y besa tu Juana que muy luego se llamará Teresa de Jesús" (C. 81).

PREPARATIVOS

Doña Lucía le escribía a la priora el 19 de abril:

"Estoy preocupada con las cosas para tenerlas listas el siete, día que debe entrar mi Juanita a su querido Carmelo. Ojalá me dijera la hora de la entrada para arreglar nuestro viaje para ese día o si será mejor el día anterior a la entrada.

"También quisiera saber si el retrato de carmelita se hace antes de entrar y cómo me fuera posible conseguir el hábito para dicho retrato, pues será un pequeño recuerdo exterior de mi hijita; que en cuanto al retrato moral lo tengo demasiado esculpido en mi pobre corazón(...)

"Mucho le pido a Nuestro Señor por todos para que nos dé fuerzas para hacer el sacrificio. Lucho, le aseguro que parte el alma verlo. Hoy llegó del fundo y junto con ver a la Juanita se abrazó de ella sollozando sin decir palabra y cada vez que la mira se le corren las lágrimas".

Dolores Gómez Ossandón, la costurera de doña Lucía, le hacía –en casa– el vestido de postulante; éste consistía en una falda larga café con una blusa de la misma tela y una esclavina, para ser colocada encima. El velo blanco y la ropa interior se la confeccionó Juanita ayudada por María Luisa Guzmán Ramírez, profesora de Ignacio. Pronto se iría a dirigir la Escuela Particular Victoria Prieto, fundada por doña Juana Solar de Domínguez. Juanita la había recomendado.

Asistía a Lourdes muy temprano, otras veces iba a San Ignacio o a San Lázaro. En los templos, la joven, permanecía un par de horas o más, pues en su casa era imposible retirarse a orar por las innumerables amigas que llegaban a verla. Sólo le quedaba la noche aunque se acostaba agotada.

María Luisa Guzmán tuvo que alejarse y Juanita antes de irse le entregó un recuerdo: "Lucha, yo soy pobre, no tengo otra cosa que dejarle". Era un pequeño crucifijo.[1]

La madre priora le aconsejó a doña Lucía que fuera al Convento del Carmen Alto para conseguirse un hábito de carmelita y con éste retratar a su hija. Le prestaron uno que pertenecía a la Madre Carmen de San Francisco Javier, hermana de Juana Bruner Prieto, casi tan alta como Juanita. Salió a fotografiarse con un vestido verde nilo y con su largo pelo tomado.

Su mamá le pidió que posara primero con su traje de seglar. Ella no quería, sólo pensaba en ponerse el hábito; pero le rogó que lo hiciese pues tenía escasas fotos de ella. En su afán de eclipsarse, evitaba aparecer. Juanita accedió. Luego fue retratada con el hábito; su emoción era tan grande que no la podía contener. Llevaba un crucifijo del Carmen Alto y con él posó. Se impresionó por el peso del sayal, el velo negro y la capa blanca. Pesaban alrededor de ocho a nueve kilos. Lo debía usar invierno y verano.[2] Mayor gloria le daría al Señor.

Le llegaron las fotografías y las mostraba feliz: "Parezco bien aquí, Dios quiere que sea religiosa", se refería a las dos que aparecía con hábito. "En esta otra [de seglar] parezco mona con estos crespos".

Alabaron mucho la que aparecía de frente con el hábito. El velo negro impresionó a su hermana. Juanita le explicó que primero debía usar como postulante el velo de lienzo blanco que se estaba haciendo en casa, luego como novicia debían ponerle otro velo diferente, pero también blanco y por último venía el negro cuando se profesaba como carmelita.

(1 Testimonio de María Luisa Guzmán Ramírez)
(2 Actualmente usan uno grueso para el invierno y otro delgado para el verano)
(3 Testimonio de Lucía Fernández de Huneeus)

Sólo Dios sabía que no llegaría a usar nunca el velo negro.

SU SOBRINA **LUZ**

Pedía a Isabel que le prestara a Lucecita y Juanita la mimaba, besándola con ternura, siendo esos los momentos más felices de la jornada, pues se olvidaba del dolor que reinaba en su familia.

Lucía aún permanecía en cama; por su estado delicado habían decidido callar su partida al Carmelo. Era la única de sus hermanos que nada sabía; su marido no se atrevía a comunicárselo.

"Tenía sólo unos días mi hijita, cuando encontrándome con ella principió a hablarme sobre la gran misión de la madre, de sus sacrificios y del amor a sus hijos. Lo expresaba en tales términos que quedé pensando que si la Juanita se casaba algún día, sería una madre perfecta, pues era imposible un conocimiento más claro de sus deberes. Jamás ni por un momento se me pasó por la imaginación su entrada al Carmelo. Todos, por mi estado, habían guardado un secreto absoluto y cuando diez días antes de su entrada lo supe por una indiscreción de mi marido, creí volverme loca, la quería con toda mi alma".[3]

CARTA A **SU PADRE**

Santiago, 18 de abril de 1919

Mi querido papacito:

"Aunque no he recibido contestación alguna de la carta que anteriormente le escribí, he querido ponerle siquiera unas letras porque tengo ansias de saber de Ud. y cómo le ha ido en la cosecha.

"Nosotros nos vinimos el martes de Cunaco, donde pasé unos días muy agradables, gracias al cariño excesivo de cada uno de los miembros de esa querida familia. ¡Cuánto me gustaría irlo a acompañar unos días para gozar siquiera por poco tiempo de Ud., mi papacito tan querido, y poderle prodigar mis últimos cuidados y cariños!

"No se imagina lo que le agradezco cada día más su consentimiento. Me ha hecho feliz con él. Le aseguro, papacito, que todo lo que sufro al pensar en la separación lo ofrezco por Ud., para que Dios le dé valor para realizar el sacrificio. Hoy, sobre todo, Viernes Santo, le pedí a la Sma. Virgen le diera un poco de su valor y fortaleza.

"En esto he conocido más que nunca

su generoso corazón y lo desinteresado que es. ¡Cuántos son los padres que, sólo mirando sus intereses y por evitarse el dolor de la separación, sacrifican la felicidad de sus hijas, reteniéndolas a su lado! Mas Ud., mi papacito querido, sabe querer con verdadero cariño. Jamás he de olvidar su generosidad. Dios pagará con creces lo que Ud. con tanto amor y presteza le ha ofrecido.

"Ya me falta muy poco que estar entre los míos. Le aseguro que siento en mi corazón sentimientos tan opuestos, que me es imposible describir. ¡Cuánto sufro por un lado al ver que soy la causa del sufrimiento de los demás! Y, sin embargo, no quisiera retardar un días más mi despedida. Además que ya me esperan, en Los Andes, el 7 de mayo, y ya no puedo retardarlo. Siento también una paz, una felicidad al pensar que dentro de poco seré toda para Dios. Sólo los que han pasado por estas circunstancias pueden comprender esto.

"¡Cuánto me habría gustado vivir siempre a su lado acompañándolo, y ser más tarde en su vejez su apoyo y compañera inseparable! Pero ya que Dios ha determinado otra cosa, conformémonos, que yo le aseguro no tendrá otra hija que lo quiera tanto y que siempre lo rodee con sus oraciones.

"Adiós, papacito. Déle un abrazo a Lucho a quien escribí. Y si está allá Miguel, déle otro. Y Ud. reciba de mi mamá y hermanos un abrazo, junto con mis cariños y besos" (C. 85).

RESPUESTA **DE DON MIGUEL**

Mi querida hijita:

"He recibido tus dos cartas que te las agradezco tanto, aun cuando me hacen tanto sufrir al pensar que la que escribe en esa forma que me llega al alma, se va a separar de mí para siempre. Pero el sacrificio está hecho y se lo he ofrecido a Dios para que me perdone lo que lo haya ofendido en mi vida y como es tan grande mi sacrificio y El lo ve, me lo tendrá en cuenta.

"Mi querida hijita, supieras el bien tan grande que me hacen tus cartas, no sólo ahora, sino antes de tu resolución, porque veía tanto cariño y ternura en ellas que me han dado nueva vida y ansias de trabajar para tus hermanos, y si Dios me oye mis súplicas y las tuyas podré salir al fin de esta triste situación y espero poder darles a mis hijos y a tu mamá mejores comodidades.

"Feliz tú mil veces, mi hijita, que te consideras feliz y sientes esa paz del alma que tan pocos pueden sentirla y que ha huido de mí tanto tiempo y sólo disfruto algo de ella desde las vacaciones que pasamos juntos en la intimidad, sin la presencia de extraños. Toda mi vida recordaré con intensa satisfacción esos días de la misión y el bien tan grande que hicieron predicando con la palabra y ejemplo; cuántas bendiciones he visto para ustedes casi todos los días, he notado un cambio radical en toda la gente de los alrededores y ahora que voy a dejarlos siento una



Libretas autógrafas de Juanita (Diario).

pena muy grande por estos pobres; a pesar que este fundo me ha tratado tan mal.

"Desde hace un mes, más o menos, noto que casi todos mis asuntos, algunos de ellos casi sin arreglos, se han solucionado muy bien y esto creo atribuirlo a ti, mi hijita, a tus ruegos a la Santísima Virgen, la cual jamás me ha desamparado, Ella es mi único consuelo en las noches interminables de mi triste y solitaria vida y si no hubiera sido por esa fe inquebrantable en Ella, estaría ya lejos, muy lejos..., pero Ella me ha salvado y me salvará siempre de esas ideas, pero, a veces, Dios me perdone, siento una desesperación tan grande y me encuentro tan solo en el mundo, sin esos afectos íntimos, sin tener a quien abrirle este corazón sediento de cariño y sediento siempre de esas afecciones sinceras, que, por desgracia hoy día son tan raras, y este corazón que se consideraba feliz por haber encontrado otro que lo comprendía y palpitaba al unísono con él, se ve ahora triste y solitario y se verá hoy más triste y solitario porque ese otro corazón ya no le pertenecerá o mejor dicho no podrá comunicarse con él sino con el pensamiento, pero como el amor que los une es tan grande, perdurará a través de las rejas y podrán comunicarse con el pensamiento noche y día, sí, mi querida hijita, en este momento las lágrimas nublan mis ojos y apenas puedo escribirte, pero es en la noche, triste como mi corazón, que puedo escribirte y ésta es aún más triste porque amenaza seguir lloviendo y me perjudicará tanto si llueve, pero confío en Dios me librará.

"No creas por un momento, mi querida hijita, que esté arrepentido de haberte dado mi consentimiento, muy al contrario; porque creo que las plegarias de un alma tan pura como la tuya serán oídas por Dios y ellas me acompañarán el resto de mi vida y serán mi mejor talismán para preservarme de muchos peligros y no olvides jamás que mi pensamiento te acompañará noche y día como ha sido muy raro que alguna noche no haya pedido yo por ustedes y que Dios me mande todas las pruebas y sufrimientos y las aparte de ustedes.

"No te canses, mi hijita, de seguir pidiendo más y más por tu pobre papá para que pueda arreglar sus cosas y poder descansar sus últimos años; grande es la lucha que me espera, pero tú con tus oraciones y yo con el esfuerzo de mi voluntad de acero, triunfaremos al fin, si ésa es la voluntad de Dios.

"Lo que más me hace sufrir, mi hijita, es no poder estar a tu lado estos últimos días porque será lo más duro para mí y no podré moverme tan luego porque me encontraré aquí hasta después del primero y es este sacrificio el que he ofrecido a Dios más que tantos otros.

"Saludos para todos y un beso y abrazo para la pobre Rebeca y para ti un millón de tu papá que no te olvida un instante."

Miguel

San Pablo, 22 abril 1919.

TEME NO **DESPEDIRSE DE SU PAPA**

"Le aseguro, me siento orgullosa de tener un padre como el que Dios me ha dado. Doy gracias mil veces al cielo de ser su hija. ¡Cuánto le agradezco su generoso consentimiento y todos los sentimientos que me expresa en su carta! Verdaderamente gocé con ella.

"Lo único que le pido es que se venga pronto, antes de irme, pues sería la pena más grande si tuviera que renunciar a abrazarlo y besarlo por última vez. Le aseguro que sólo la idea de que no se venga me produce una pena tan intensa, que llega a convertirse en desfallecimiento físico. Papacito lindo, venga por caridad. No puedo resignarme a no darle mi último beso y cariño. Acuérdese que lo quiero con locura. No puedo creer que Dios quiera someterme a esta horrible prueba; pero en fin, que se cumpla su adorable voluntad.

"Mi medalla de oro –que jamás se ha separado de mí salvo cuando se la presté a Ud.– se la he reservado, para que la conserve como un recuerdo de su hija su vida entera. Es muy milagrosa. Siempre que la he besado pidiéndole a la Sma. Virgen alguna gracia, me la ha concedido" (C. 91 1º de mayo).

SU DIARIO

Juanita escribía muy bien y más aún considerando sus años; en el colegio obtuvo en varias oportunidades premios literarios. Sin embargo, en su diario aparecían deficiencias en la redacción; nada de extraño puesto que jamás intentó dejarlo para la posteridad. La prueba más grande de ello es que estaba escrito en su mayor parte con lápiz y sólo tenía algunas hojas con tinta. Tampoco se trataba de un cuaderno grueso e importante como podría pensarse. Su diario estaba esparcido en cinco[1] diferentes cuadernillos, cuadernos y libretas pequeñas, algunos con páginas en blanco y otros con hojas de menos y con un comprensible desorden.

Era lógico, no escribía para nadie, sólo lo hacía para estampar los estados de su alma; ocasionalmente hablaba sobre acontecimientos que no estuviesen relacionados con el Señor. Abandonaba –en general– el diario en vacaciones y pasaba días y hasta meses sin escribir.

Antes de partir al monasterio deseó quemarlos, pero su mamá y Rebeca se los pidieron como recuerdo. No demostró ningún interés por dejárselos: "Es preciso que cuando me encierre en el Carmelo, mueran todos estos recuerdos del destierro para no vivir sino la vida escondida en Cristo. Mi mamá y la Rebeca me los han pedido, pero son cosas tan íntimas del alma que a nadie, a ninguna criatura, le es permitido penetrar" (D. 52).

Doña Lucía le siguió insistiendo y Juanita lo consultó con el Padre Falgueras y por carta con el Padre Blanch. El primero la autorizó para dejárselos a su madre, y el Padre José Blanch le escribió: "Verdaderamente me ha hecho pensar lo que me dice, que le piden sus cuadernitos de apuntes espirituales. Desde luego a la Rebeca no se los dé... ¿Qué le diré de darlos a su mamá? Yo creo que los favores de Dios no conviene manifestarlos a los parientes, y sí sólo al representante de Dios, en general. Para obrar de otro modo es menester asegurarse antes de que tal es la voluntad de Dios. Por otra parte su mamá es acreedora que Ud. la complazca en lo que pueda sin disgustar a Dios. Para esto le propongo una cosa –no se la mando ni se la impongo– y es que Ud. me envíe a mí esos cuadernitos y yo rasparé en ellos y cortaré todo lo que no deba leer o saber su mamá, y dejaré lo demás que ordinariamente es común en los apuntes espirituales. Y así su mamá tendrá un consuelo... Si su mamá acepta lo dicho sobre los cuadernitos (que sí aceptará) se los entrega con esta condición, y si no, échelos al fuego."

Juanita se los entregó a doña Lucía para que los enviara al Padre Blanch. Pero ella no se decidió a mandárselos.

[1] En el convento comenzará a escribir otra libreta, pero sólo ocupará 26 páginas)



Rebeca con Lucecita.

"Yo hasta la fecha [julio 1919] no he leído nada de él, pues no sé si estoy autorizada para ello; pero no querría que se cortaran o quemaran esas páginas que uno no sabe los designios de Nuestro Señor." –Escribirá su madre.

No lo leyó ni ella ni nadie. Cuando su hija muera –podrá hacerlo– con el permiso del sacerdote.

Su diario se librará del fuego y de la censura del Padre Blanch. Serán los designios de Dios.

AMISTAD

3 de mayo de 1919.

Mi idolatrada Teresita de Jesús:

"Mucho te agradecí tu cartita: ¡Cuán buena eres, has quitado horas de sueño para dedicarlas a hablar con una tan indigna amiga!

"El pensamiento de tu próxima partida me persigue día y noche. ¡Oh, cuán bueno ha sido Dios para conmigo, qué inmenso beneficio me ha hecho al darme un ángel por amiga!, cuánto siento no haberte aprovechado más. No tengo cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí, créeme Juanita, tú me has dado a conocer cuán bueno es Jesús, cuán sencillo. El es nuestro más querido amigo. No tengo cómo pagarte sino con mis pobres oraciones, cuenta siempre con ellas.

"Como tú me dices en la carta he ofrecido ya varias veces el sacrificio a Dios, el sacrificio que se me presenta, hay momentos que me siento desfallecer al pensar en tan triste separación, mas pronto me acuerdo de tu consejo y se lo ofrezco a Dios para que ayude a Rebeca a soportarlo, pues si para mí es tan doloroso, ¡cómo no lo será para ella! Pobrecita. Pondré cuanto esté de mi parte para consolarla, para ayudarla, haciéndole ver que si el ser que tanto la quería ya no está a su lado para edificarla con sus ejemplos y para rodearla de sus caricias. Queda una persona que la ama también grandemente y cuyo único deseo es hacer el oficio de hermana cerca de ella, aunque es tan indigna, pero confío en la gracia de Dios y en el auxilio de su Madre Doliente.

"Teresita, tú no me olvides, pide mucho por mí, no sabes cuánto lo necesito, quisiera Dios en su bondad infinita concederme un beneficio semejante al tuyo, es todo mi anhelo, mi ideal, mi todo.

"Yo por mi parte jamás te dejaré en el olvido, por el contrario, al encontrarme en circunstancias difíciles, al hallarme en medio de los seductores peligros, recordaré que hay un alma que vela por su amiga al pie del altar y de que ella gusta encantos indecibles, dulzuras sin fin que dejan muy atrás aquellas que el mundo ofrece. ¿No es así, Teresita?

"Cada vez que a mis oídos llegan los acordes del "Claro de Luna", de Beethoven, recuerdo aquellos felices días en que juntas lo tocábamos, una en piano y otra en armonio, y al recordar las circunstancias en que fue compuesta esta pieza, que como tú la debes saber, el deseo del artista fue dar a conocer a una cieguecita lo que era una noche de luna; viene a mi mente esta comparación, tú eras la cieguecita y las melodías que toca su Amado te han hecho gustar de una noche de luna, de una noche sin nubes, te ha hecho conocer sus dulzuras, se da a beber en el manantial de sus delicias.

"Juanita, una vez más, no me olvides en tus oraciones, adiós, mi Teresita, pueda ser que te vuelva a ver otra vez en esta tierra o sino, hasta el cielo, sí, allá con la gracia de Dios nos veremos; es tan corta la vida, pronto nos veremos, adiós, sí, adiós, llegará un día en que no nos volveremos a separar.

"Adiós, mi Teresita de Jesús.

"Tu pobre amiga Elena" (Sara González)

¡ADIOS A SU COLEGIO!

El jueves primero de mayo se fue a despedir de las religiosas de su colegio. La Madre Izquierdo la esperaba con emoción, Rebeca le había avisado. Recordaba la "excelente influencia que había ejercido entre las mayores con su bondad y sus palabras siempre oportunas, al mismo tiempo que, haciéndose 'toda para todas' se ponía a nivel de las más chiquitas jugando con ellas... Había dejado un perfume de edificación; excelente alumna y fervorosa hija de María; modelo para sus compañeras, una ayuda para el cumplimiento del deber, un apoyo para las debilidades de las otras"[1]. Le había preguntado hacía menos de un año si amaba a Jesucristo. A Juanita se le iluminó la cara. –¿No me contesta con toda su alma?. "Sería un monstruo si no lo amara". ¡Y cómo lo amaba! El miércoles se entregaría para siempre a El.

Rodeada por sus queridas madres, les pidió que la encomendasen en sus oraciones. La Madre Alaysa le preguntó bromeando que para qué había estudiado con tanto afán el año pasado si sabía que se iba a retirar después del primer semestre. Había sido una de sus mejores alumnas, "gozaba especialmente con los ramos que ponen el alma en contacto directo con la verdad y la belleza. Sus preguntas en filosofía eran hijas de la reflexión y su trabajo, siempre serio. Vibraba con lo bello, era un ser que había entrevisto el ideal. Un alma escogida y completamente orientada hacia las cosas de Arriba".[2]

La Madre Ríos, quien pronto partiría a Valparaíso, le rememoró la fiesta que habían celebrado hacía un par de años en el colegio, Juanita había sido escogida para representar a la Santísima Virgen. Todas la alababan diciéndole que había hecho muy bien su papel y que estaba muy hermosa y la religiosa después de la actuación le había dicho: –¿Espero, hijita, que Ud. no habrá perdido su tiempo durante la representación? ¿Recuerda lo que me respondió?, yo les voy a contestar por ella. "Oh, no, Madre, estuve hablando con El".[3]

–¿Se acuerda de cierto sermón en la fiesta de nuestra Madre Fundadora, cuando el Padre Villalobos habló que se debía ganar muchas almas para el corazón de Jesús, y usted, pequeñita, no se contenía de dicha por lo oído y me dijo: "Si es necesario sufrir, sufriré, yo me inmolaré; daría todo mi ser por una sola alma" –Era la Madre Du Bose, quien hacía sonrojar ahora a su alumna.[4]

La Madre Izquierdo les contó otra anécdota: "Un día Juanita tenía que ir al dentista y quería llevar un libro para aprovechar de estudiar y entonces me preguntó si no sería una injusticia llevarlo ya que iba a tener más tiempo que las demás alumnas para estudiar".[5]

–El deber ante todo, el deber siempre,– contestaron casi al unísono las religiosas junto a Juanita.

Les rogó por segunda vez que no la olvidaran en sus oraciones. Eran tan buenas y tan santas que Dios las escucharía.

Cada religiosa la abrazó con cariño y nobleza. Sabían que era la mejor de todas, el Señor la había llamado al Carmelo y no a su Congregación; lo esencial para ellas es que había escuchado el llamado, no importaba dónde, tenían la satisfacción que en algo habían contribuido en su formación y era muy cierto.

Con su fervor habitual se despidió: "Pidan para que no las vuelva a ver hasta el cielo".[6]

ULTIMOS **DIAS**

"Todos estos días son de mucho alboroto. Sin embargo, el alboroto no entra a la celda de mi alma".[7]

"Este tiempo es terrible, pues no veo sino lágrimas donde quiera que mire. Mas siento una energía y valor tan grandes dentro de mi alma, como me es imposible describirle. Dios pone insensible mi corazón ante esas lágrimas cuando estoy delante de los míos. Mas una vez sola, siento que mi alma se despedaza de dolor y la lucha más horrible se apodera de ella. ¡Qué dudas e incertidumbres, qué cobardías! En fin, las miserias que hay en el fondo de este pobre corazón parece que subieran en oleaje aterrador. Entonces gimo, clamo a Nuestro Señor que acuda a socorrerme porque perezco, y El siempre me tiende su mano divina para que no sucumba.

"No quiero llorar, porque encuentro que el sacrificio regado con lágrimas no es sacrificio. Es necesario que sólo Dios sepa que el cáliz que apuro es muy amargo. En fin, me parece que yo nada hago porque la gracia de Dios es inmensa. El es el que obra todo".[8]

Debía soportar otro sufrimiento. Su padre llegó en la tarde del domingo cuatro. Para evitar las despedidas la abandonaría al día subsiguiente. La corta permanencia de don Miguel se tradujo sólo en tormentos. Juanita le suplicaba al Señor que lo consolara y al mismo tiempo que le diera energía a ella para no flaquear.

La humildad era la verdad, reconocía que su valor provenía de Jesús... Estaba dispuesta a traspasar todas las barreras con heroica fortaleza en esos angustiantes momentos. Era El quien la impulsaba, era El quien la llamaba.

Un verdadero martirio fue la última cena –junto a su padre– para la familia. Reinaba la tristeza. Juanita se sentó a su lado. Procuraban mantener serenidad intentando entablar alguna conversación. A nadie le salía la voz. Siempre había deseado eclipsarse, pasar desapercibida y era ella el motivo de tanta pena. Miguel, el que solía hacerles reír con sus aventuras... comía en silencio. La madre, la que constantemente había apoyado su decisión, mantenía una discreta calma exterior. Don Miguel, Lucho y Rebeca lloraban.

No podía derramar lágrimas... era el regalo que le había ofrecido al Señor.

Al menos, Ignacio estaba durmiendo.

Lucía, aún guardaba cama, comía con su marido en el dormitorio ignorando la fecha de su partida. Juanita debía marcharse sin despedirse de su hermana mayor; el médico les había aconsejado evitarle cualquier impresión. Desde que se enteró de que se iría a Los Andes, cada vez que entraba Juanita a su cuarto, sollozaba. Evitaba verla, no quería ser la causa de su aflicción; pero serían los momentos finales con Lucía y su querida sobrina, la que amó desde el primer instante.

El abrazo con su padre, en la madrugada siguiente, parecía interminable. Lloraba como un niño, no se decidía a alejarse. Le dio su bendición y ella lo encomendó a la Santísima Virgen.

Tenía razón el Padre Julián Cea en su carta en la que le decía que al apartarse de los suyos iba a ser terrible, pero "Dios da una gracia particular junto con la vocación: el valor para sobreponerse a lo que la naturaleza reclama". Y también la tenía el Padre José Blanch al escribirle: "su papá harto sufre al darle el permiso para esta separación y no podemos exigirle que la presencie".

"ENAMORATE **DE DIOS"**

El lunes cinco sus amigas habían ido a despedirse, le habían pedido con anticipación que les reservara ese día.

Acompañada por su madre y por Rebeca, acudió temprano a la gruta de Lourdes. Después del almuerzo llegaron Carmen de Castro, María Josefina e Inés Salas, Amelia Montt, Clara Urzúa, Graciela Montes, Elena e Isabel Margarita Salas, Anne Marie de Grandbourg, las hermanas Lyon, las mellizas Vial Echenique, y muchas más. Para cada una tuvo una palabra cariñosa, un recuerdo personal; les dejaba una estampa, un pequeño crucifijo o un angelito.

La abrazaban llorando, pero ella, se mantenía tranquila. Algunas habían conseguido permiso para ir a dejarla a la Estación Central, y otras –incluso– a Los Andes; las que aún estaban en el colegio se afligieron porque les impedirían salir.

Carmen de Castro no quería separarse de Juanita. Fue la última en irse; era su mejor amiga, la había conocido en el Externado, Carmen era alumna nueva; no podía olvidar el primer día de clases y su timidez:

"Tú te acercaste siendo yo casi dos años mayor que tú y me dijiste ¿cómo te va?, yo voy a ser tu amiga, vas a ir a mi casa y en lo que pueda te voy a ayudar. Eres tan buena Juanita, me enseñaste tantas cosas, me mostraste el camino de Dios."

"Enamórate de Dios, es lo único que vale". Carmen abrazándola le dijo: "Juanita, te echaré de menos."

"Te voy a querer en el cielo lo mismo que te quiero en la tierra." –Adiós Juanita, nos encontramos en la estación, te iré a dejar con Elena y... "Carmen, no nos veremos hasta el cielo".[9]

Nunca más se vieron. La voluntad de Dios era otra. Carmen no la iría a dejar. Se enamorará de El –como Juanita– y entrará al Convento de Los Andes con

(1 Testimonio de la Madre Izquierdo)
(2 Testimonio de la Madre Alaysa)
(3 Testimonio de la Madre Rios)
(4 Testimonio de la Madre Du Bose)
(5 Testimonio de la Madre Izquierdo)
(6 Testimonio de la Madre Izquierdo. Recordar que estas religiosas eran de claustro)
(7 Carta 92 a la priora de Los Andes)
(8 Carta 88 al Padre Colom)
(9 Testimonio de su amiga Carmen de Castro Ortúzar)

el nombre de Carmen Teresa del Niño Jesús... después de la muerte de su amiga.

"MI QUERIDO **MIGUEL"**

El martes seis, junto a su madre y Rebeca, asistió a la Iglesia de San Ignacio para pedir los últimos consejos al Padre Falgueras y su bendición. Luego fueron a misa a la Gratitud Nacional.

Por la tarde reunió a todas las empleadas de la casa y de rodillas les pidió perdón. Era la segunda vez que lo hacía. Ofelia, Rosa, Isabel, Cruz y Susana lloraban inconsolablemente. Abrazando a cada una, les entregó – como recuerdo– un crucifijo. Les habló del rol que Jesús les había dado alentándolas a santificarse en su condición; debían trabajar con alegría y humildad por amor al Señor.

Después, la familia se reunió en el salón para renovar la consagración del hogar al Sagrado Corazón que se había hecho hacía ocho años. "Los corazones se sentían oprimidos por la tristeza y nadie acertaba a retirarse. La naturaleza misma parecía tomar parte en ella, pues ese día se había desencadenado un furioso temporal. Llovía a torrentes y el viento soplaba con tanta impetuosidad que derribó varios árboles y postes, de manera que en muchas calles se interrumpió el tránsito, dando a la ciudad un aspecto sombrío y desolado".[1]

Pero Juanita sólo pensaba en el día siguiente, estaba ajena al temporal. Lucho le advirtió que no podría partir, las vías férreas se averiarían y los trenes no saldrían. Doña Lucía llamó por teléfono a la estación, no habría problemas, el expreso saldría.

A las dos de la madrugada se retiró a su pieza, le escribiría a Miguel, había sido muy bueno con ella, ni un reproche, ni una palabra de rechazo; sólo la observaba acongojado.

7 de mayo

"Mi querido hermano:

"Antes de partir he querido dejarte estas líneas que te han de manifestar el inmenso cariño que te he profesado toda mi vida. He sentido por ti, al mismo tiempo que mucho cariño, mucha compasión.

"Comprendo, aunque tú nunca me lo has manifestado, que sufres; que llevas el alma destrozada. Sin embargo, muchas veces he querido penetrar hasta esa herida, pero tu carácter reservado me la ha ocultado. ¿Qué hacer sino callar y rezar por ti? Si tú pudieras comprender lo mucho que he llorado yo por ti, me oirías todo lo que mi alma te querría decir. Pero quizás no querrás oír los consejos de una monja. Sí; monja seré, pero siempre tendré corazón de hermana para ti. Siempre velaré desde el convento y te acompañaré a todas partes con mis pobres oraciones.

"Que jamás, Miguel querido, pierdas la fe. Antes prefiero morir y ofrecer mi vida que tu alma sea extraviada. Prométeme que todos los días vas a rezar un "Ave María" a la Santísima Virgen para que te dé la salvación, y que ese Crucifijo lo conservarás y llevarás siempre contigo hasta la muerte, como recuerdo de tu hermana. Siempre lo he llevado yo conmigo.

"Siento la pena más inmensa al separarme, pero Dios me sostiene y me da fuerzas para romper los lazos más estrechos que existen sobre la tierra.

"Créeme que mi vida entera será una continua inmolación por ti, para que seas buen cristiano. Acuérdate de tu hermana carmelita. Cuando las pasiones, los amigos te quieran sumergir en el abismo, ella al pie del santo altar estará pidiendo para ti la fuerza. Acuérdate que, mientras tú te entregas a los placeres, ella tras las rejas de su claustro someterá su cuerpo a las más rudas penitencias. Sí, Miguel. Te quiero con locura y, si es necesario que yo pierda mi vida porque tú vuelvas sobre tus pasos y comiences la verdadera vida cristiana, aquí la tiene Dios. Aún el martirio, con tal que, cuando pasen estos cuatro días del destierro, nos encontremos reunidos para siempre en Dios.

"Adiós, hermanito querido. Perdóname todo lo que te he hecho sufrir. No ha sido con intención. No te olvides de tu hermana que tanto te quiere.

Juana F. H. de M.

"Te ruego que no dejes de cumplir con la Iglesia. Sé bueno con mi papá y mamá. **Escríbeme**" (C. 93).

LA DESESPERACION DE **LUCHO Y REBECA**

Lucho entró a su dormitorio mientras escribía; le reclamaba un momento para él. Nuevamente la llevó al salón para conversar. Destrozado, no pudo sostener las lágrimas: "Te llevas todo y yo ni siquiera tengo a Dios". Juanita lo abrazó y se apoyó en su hombro.

"¿Es que no sientes a Dios cuando estás conmigo?"

Le expresó su dolor, quedaría solo, Rebeca regresaría al colegio; su alejamiento sería una verdadera revolución. "La mayor revolución es la del Señor; hacer que el hombre sea cada vez más humano, acercándolo a El".[2]

Rebeca la esperaba en su dormitorio, había decidido no llorar para no aumentar la pena de su hermana. Juanita la estrechó tiernamente y Rebeca se deshizo en llanto y cada vez que Juanita la soltaba, ella la apretaba con más fuerza; "Negrita querida, no nos separaremos, estaremos más unidas que nunca". Perdió el conocimiento y al caer al suelo arrastró a Juanita, quien de inmediato la depositó en su cama asustadísima. No pudo contenerse, copiosas lágrimas inundaron su rostro, era la primera vez que lo hacía en mucho tiempo. Suplicante le rogaba: "Vuelve en ti; esto no me gusta, porque si sigues así, mi mamá no te permitirá acompañarme a Los Andes".

Su hermana se recuperó.[3]

Con su madre habían acordado dormir juntas la última noche. Ella rezaba el rosario encomendándole a –Jesucristo y a la Virgen María–, su hija. Juanita no podía abandonar a Rebeca y la llevó al dormitorio de su mamá.

Poco o nada durmieron. Doña Lucía –la madre autoritaria y exigente, la mujer dominante y fuerte– al darle la bendición a su hija, como lo hacía todas las noches, también se quebró no pudiendo contener el sollozo que intentaba ahogarlo bajo la almohada.

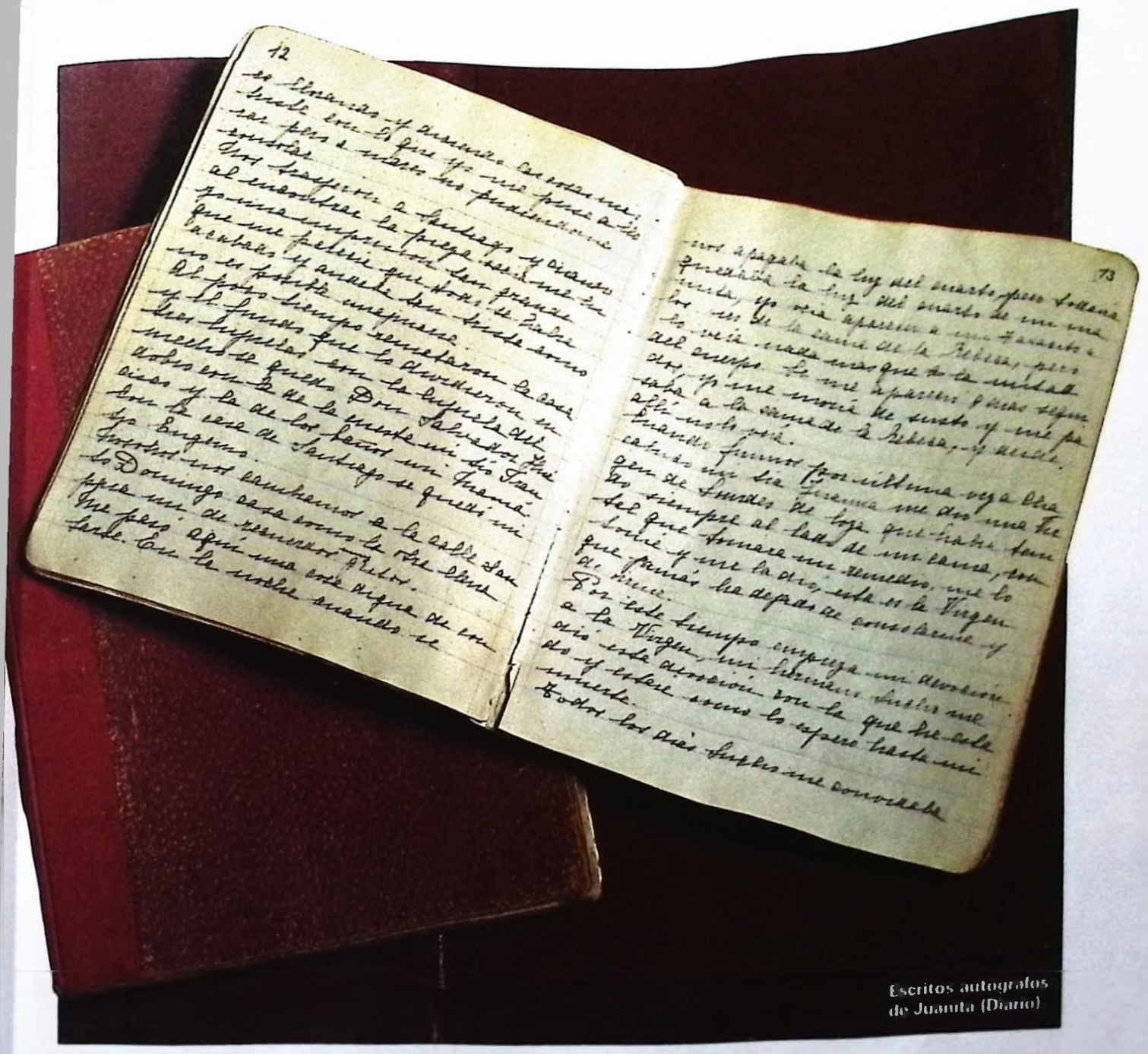
"HASTA EL CIELO"

Juanita recuperaba la calma: ya era el gran día. A las cinco de la mañana se levantaron. La lluvia continuaba, irían a misa y comulgarían. Rebeca no podría hacerlo, había tomado –por su desmayo– un confortativo. Su hermana la consoló: "Yo comulgaré por ti".

Regresaron a la casa a despedirse y a buscar la maleta. Juanita entró al dormitorio de Ignacio, quien dormía y abrazándolo y besándolo le dio su bendición... Nachito seguía durmiendo.

Doña Julia Freire de Rivas, los pasaría a buscar de un momento a otro en su automóvil para llevarlos a la estación y continuaría con ellos el viaje. Doña Juana Solar de Domínguez las esperaría en la estación, también los acompañaría a Los Andes.

Salían en silencio para no despertar a Lucía. Pero ella lo presintió, la hizo devolverse con sus desesperados gritos, aferrándose a ella sin poder soltarla. Juanita al apartarse luego de besarla y tranquilizarla le dijo: "¡Hasta el



Escritos autógrafos de Juanita (Diario)

cielo, es la vida tan corta!". En realidad, fue así; no la volvió a ver más sobre la tierra.[4]

En la estación, buscó a sus amigas. No había ninguna. No demostró su pena, era la voluntad de Dios. Debido a la tormenta no las habían dejado salir de sus casas.

ENTRADA **AL CONVENTO**

"Durante el trayecto nos vinimos los tres hermanos conversando y procuramos no hacer común la única preocupación que cada uno traía, así es que el viaje se hizo alegremente. Al llegar a Los Andes, junto con divisar el monasterio y su extremada pobreza, despertáronse los sentimientos de Juanita que ansiosa me preguntó: ¿No te atrae mi conventito? Como la entrada se determinó para las tres de la tarde, fuimos antes a los Padres Asuncionistas y delante de la Virgen de Lourdes rezamos los tres juntos, por última vez".[5]

Almorzaron en el restorán de la calle Esmeralda. La emoción de Juanita era perceptible, sólo atinaba a preguntar la hora.

Poco antes de las tres caminaron cuatro cuadras y llegaron a la calle Los Villares, donde estaba el monasterio, esquina con la calle Sarmiento. Su pobreza se manifestaba en la simplísima construcción de adobe; la edificación daba directamente a la acera. Golpearon la puerta. Sara Urbistondo los recibió cordialmente en la portería. Condujo a Juanita a una pieza para que se cambiara de ropa y corrió al torno para dar el aviso de su llegada.

La nueva postulante apareció con la falda, la blusa, la esclavina café y el velo de lienzo blanco sobre la cabeza. Se le veía muy delgada, pero su rostro sereno y decidido delataba su goce. Se impresionaron; estaba radiante, más hermosa que nunca; llevaba su vesti-

(1 Testimonio de Rebeca)
(2 Testimonio de Lucho)
(3 Testimonio de Rebeca)
(4 Testimonio de Lucía)
(5 Testimonio de Rebeca)

do de novia como llamaba a estas sencillas vestimentas. Sara los llevó al locutorio para saludar a la Madre Angélica. Luego, sin ocultar el dolor se dirigieron a la puerta reglar en silencio. Juanita se despidió de cada uno con un efusivo abrazo, los besos fundidos en lágrimas de la madre y de Rebeca le humedecieron sus mejillas.

A Lucho lo estrechó susurrándole al oído: "Dios existe hermano, no lo olvides nunca".

Recibió otro abrazo de su mamá: "No se preocupe de mí porque Nuestro Señor me sostiene. Preocúpese de usted y de los demás".[1]

Juanita llamó al torno.

–Alabado sea Jesucristo.

–Por siempre sea alabado.

–Madre soy la nueva postulante; estoy preparada, deseo entrar al claustro.

–Acérquese a la puerta reglar, de un momento a otro se abrirá.

Afuera se oyeron las voces de las carmelitas unidas en coro. Cantaban *O gloriosa Virginum*.

El Padre José Antonio de la Purificación entró a la portería. La puerta reglar se abrió de par en par y pudieron ver a las religiosas en dos filas, con capas blancas y cada una con un cirio encendido en la mano.

Una novicia con una gran cruz se adelantó.

"Juanita se arrodilló a los pies del Padre Carmelita para recibir su bendición y enseguida se arrojó a los pies de mi mamacita pidiéndole perdón y su bendición y le suplicó que también se la diera a su nombre. Sí, papacito, su último pensamiento fue para usted. Después atravesó el umbral de la puerta hincándose, besó aquel suelo bendito y levantándose se arrojó a los pies del crucifijo. Papacito, creo que en ese momento su alma estaba muy lejos de este suelo; no era dueña de sí misma, estaba absorta estrechando su único bien. ¡Ay, nunca jamás olvidaré esa entrada! En ese instante se reveló tal cual era: fuerte, grande, santa.

"Sus movimientos no eran naturales, parecía que estaban impulsados por algo divino, sobrenatural. Se arrancó de los brazos de los suyos para arrojarse en los de Dios.

"No se puede imaginar que felicidad tan grande expresaba su rostro angelical y como ella decía "no era digna de tanta felicidad" y llamaba "encantador" todo lo que tenía relación con su "lindo convento". Decía que esto era tener "el cielo en la tierra" y que era demasiado para ella... No sabíamos el tesoro que teníamos y que su valor sólo ahora lo hemos sabido apreciar debidamente".[2]

Rebeca cayó desmayada. Juanita debió de haber escuchado los lamentos y los sollozos. No se detuvo, no derramó una lágrima. Si en el mundo había vivido unida a Jesús en una oración continua, ahora, en la paz, en la soledad del Carmelo, podía permanecer en la más íntima fusión y por intermedio de El estaría más que nunca velando por los suyos.

EL CAMINO **DE LA CRUZ**

La puerta reglar se cerró.

Juana Fernández Solar moría para el mundo.

Teresa de Jesús emergía en un modesto y escondido monasterio.

Su camino no había sido fácil, desde pequeña había escogido el de La Cruz. Debía seguir adelante, precedida por María, la Primera Contemplativa, iluminada por el Espíritu Santo y guiada por la Voluntad Divina.

Había elegido ese camino para servir y amar al Señor, para conocerlo íntimamente y asemejarse a El, para convertirse en la esposa de Jesús y confortarlo en su agonía, para ser toda suya y vivir con El en lo íntimo de su alma, para dejar lo que poseía y cambiarlo todo por Cristo, para llevar a las almas al abandono total, en las manos de Dios, para orar por la santificación de los sacerdotes, para sacrificarse por los pecadores ofrendándose como víctima, para la salvación de sus propios hermanos, para inmolarse con Jesucristo por la humanidad, defendiéndolo de sus enemigos; para ayudar al Cordero de Dios a cargar los pecados del mundo, para desterrar el amor propio, para estar en la antesala del cielo, para no separarse de El ni un instante, para mayor gloria de Dios, para alabarle y cantarle sus misericordias constantemente y servirlo hasta el último minuto de su vida...[3]

Había andado demasiado rápido "extendiendo su vuelo hacia lo infinito"[4]. Nada le había negado al Señor. El camino a la santidad estaba llegando a su término.

Sólo le quedaba un tramo... Distancia que recorrerá en once meses. □

(1 Testimonio de doña Lucía)
(2 Carta de Rebeca a su padre, 8 de mayo de 1919)
(3 Motivos extraídos de Diario y Cartas)
(4 De su composición "Alas")



Comunidad actual del Convento del Espíritu Santo, Auco.





Nuestra Señora del Carmen. Imagen mayólica, Francia, siglo XIX, se venera en el convento desde la época de Teresa de Jesús.

TERCERA PARTE

TERESA DE JESUS

Es más precioso delante de El y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas."
(San Juan de la Cruz, Cántico 29,2)

"SOLO DIOS **BASTA"**

Teresa de Jesús fue conducida en procesión al coro mientras las religiosas elevaban el cántico, *O Gloriosa Virginum.* La emoción de encontrarse tras las rejas de la capilla donde adoraría al Señor la inundó de felicidad.

"Terminadas las oraciones que la siguen, al salir de él se la vio tranquila y serena, sobremanera hermosa; tenía algo de angel y de reina. Abrazó a su nueva familia con sumo amor y agradeció a la comunidad el que la hubiera admitido, confesándose indigna de esta gracia. Después dijo: ¡Estoy feliz! No necesitaba expresarlo; veíasele radiante de alegría: había llegado a la meta deseada, por fin hallábase en su amado Carmelo"[1].

La priora –al mismo tiempo– maestra de novicias, acompañada por las religiosas la llevó a la celda que ocuparía en el noviciado como postulante.

"En un pequeño rasgo, casi sin importancia, me grabé para siempre en mi memoria el día de su entrada. Al pasar por una puerta angosta iba a seguir en pos de la madre priora, pero de repente se detuvo para dejar pasar a las demás: "Yo soy la última", dijo[2].

Recorrieron un largo corredor en cuyo centro había un patio interior. La penúltima celda, cerca de la puerta del fondo que pertenecía al oratorio del noviciado, sería la suya. De tamaño reducido, sólo permitía una tarima por cama con un jergón y una dura almohada, todo cubierto con una tosca tela café. Las paredes blanqueadas por la cal recibían la iluminación de la puerta ventana. Una mesa baja de tablas por velador, un pequeño piso de paja y un jarro de fierro enlozado dentro de un lavatorio en el suelo entablado. La modestia unida a la limpieza daban un aspecto de paz y armonía especial para el recogimiento y la soledad.

La joven miraba la cruz que colgaba del elevado muro, una cruz sin Cristo que la invitaba a inmolarse por la humanidad, una cruz que la llevará a amar, servir y sufrir. Una cruz que la conducirá a rezar por la Iglesia y con la Iglesia para concretar el apostolado del Carmelo... Una cruz desnuda que la llamaba a crucificarse para aliviar a Jesús de sus padecimientos; una cruz que la atraía a imitar a la Virgen María, Madre, Hermana, Reina y Patrona que entregada totalmente a Dios en la persona de su Hijo, fue su primera seguidora abandonando todo para contemplarlo y adorarlo. La Santísima Virgen, corredentora de los hombres, medianera de todas las gracias, modelo de las carmelitas, ya le había tomado su mano para conducirla al Calvario.

Una corona de espinas remataba en lo alto, donde El asentó su cabeza, corona que simbolizaba la injuria, la humillación, el dolor universal y los sufrimientos de la Pasión. Al centro, donde el Salvador del mundo apoyó su

(1 Hermana Gabriela del Niño Jesús)
(2 Hermana María de los Angeles)

corazón, había una divisa: SOLO DIOS BASTA; extraída de una letrilla atribuida a su Santa Madre Teresa:

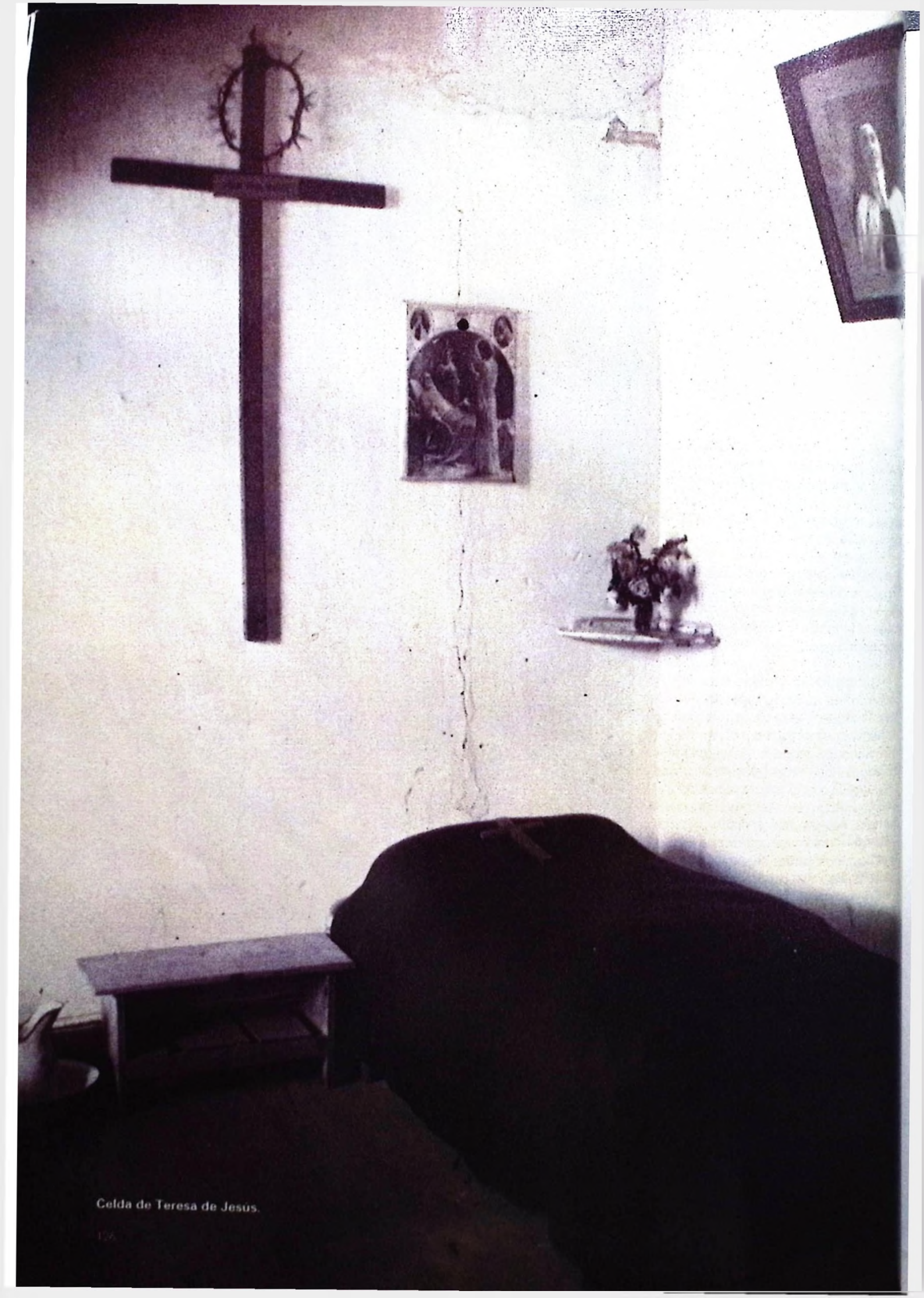
"Nada te turbe
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda,
La paciencia todo lo alcanza;
Quien a Dios tiene,
Nada le falta:
Sólo Dios Basta."

Al día siguiente le manifestará a su padre: "le escribo desde mi celdita que, aunque bastante pobre, no la cambiaría por ningún aposento de los más ricos del mundo. Me siento feliz en medio de tanta pobreza, porque tengo a Dios y El sólo me basta" (C. 94). Y anotará en su libreta nueva al cumplir una semana en el monasterio: "Siento de tal manera el amor divino, que hay momentos creo no voy a resistir. Quiero ser **hostia pura,** sacrificarme en todo continuamente por los sacerdotes y pecadores. Hice mi sacrificio sin lágrimas. ¡Qué fortaleza me dio Dios en esos momentos! Cómo sentía despedazarse mi corazón al sentir los sollozos de mi madre y hermanos. Pero tenía a Dios y El sólo me bastaba" (D.54).

EL LIBRO **DEL TORNO**

En el libro de anotaciones del torno, la Madre subpriora María Teresa de San Juan de la Cruz, el 7 de mayo apuntó: "Se cantó la Santa Misa del Patrocinio de San José, la ofició el Señor Cura, la cantaron las niñas del Asilo, el sermón fue del Reverendo Padre José Antonio. En este día, como





Celda de Teresa de Jesús.

a las tres más o menos, entró la señorita Juana Fernández Solar como postulante corista, vino a dejarla su señora madre Lucía S. de F., la señora Juana Solar de Domínguez, señora Julia Freire de Rivas y la señorita Rebeca Fernández y señor Luis Fernández. Antes de entrar recibió la bendición del Reverendo Padre José Antonio y de la señora Lucía, su madre. Fue acogida por la Comunidad con sumo gusto pues se revelaba en toda ella el gozo de que estaba inundada su alma al sacrificarse por Dios, en lo que se daba a conocer la grandeza de su alma que parecía no sentir lo que dejaba en vista de su Esposo Divino a quien se entregaba y de la Comunidad en que iba a incorporarse y a quien cambiaba por su afligida familia que deshecha en lágrimas ofrecía a Dios el sacrificio. Estuvimos esa tarde reunidas y después de la bendición del Santísimo Sacramento, el Rvdo. Padre José Antonio predicó en la reja haciendo alusión al acto del día y de la felicidad de la vida religiosa".

"SE COMIENZA EL DIA **ALABANDO AL SEÑOR"**

Alabado sea Jesucristo
y la Virgen María, su Madre;
a la oración hermanas
a alabar al Señor.

Era la voz de una religiosa que salmodiando las llamaba a levantarse acompañada por el sonido de las tablillas. Regía el horario de invierno, el día se iniciaba a las cinco y cuarto de la mañana.

Después de Completas, la última hora del Oficio Divino a la que podían asistir las postulantes recién ingresadas y luego de rezar el rosario en el oratorio del noviciado, Teresa de Jesús se había recogido a las ocho a su celda. La Madre priora Angélica Teresa entró a ofrecerle una almohada más blanda; comprendía su tensión y cansancio. Ella le rogó que le mantuviese la que tenía pues deseaba mortificarse y no tener diferencias.

A las seis de la mañana –recitando el *Miserere*– las religiosas acudieron al coro. Por orden de su maestra, Teresa se había levantado algo más tarde. No alcanzó a unirse a sus hermanas en el oratorio del noviciado llegando en el momento en que la comunidad entraba al coro. Las cortinas estaban abiertas y podía apreciarse la luz de la lámpara de aceite del sagrario.

–Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.



Madre María Teresa de Jesús, fallecida en 1916. Juanita heredó su nombre al entrar al Carmelo.

Las religiosas continuaron la invocación de la priora:

–Llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu espíritu y todo quedará creado y renovarás las faz de la tierra.

–Oh Dios, que has iluminado los corazones de tus fieles con las luces del Espíritu Santo, haz que sepamos estimar todas las cosas rectamente conforme a este Divino Espíritu y gozar siempre de sus consuelos. Por Jesucristo Nuestro Señor.

–Amén.

La lectora leyó la meditación y cada carmelita se recogió internamente para orar. La Hermana sacristana Gabriela del Niño Jesús cerró las cortinas de la reja. Se apagaron las velas para buscar en la oscuridad y en el silencio al Señor.

Teresa de Jesús experimentó el amor divino en su oración mental y percibió que el Sagrado Corazón se unía a ella "y su amor era tanto que sentía todo mi cuerpo abrasado en ese amor y estaba sin sentir mi cuerpo. Me tocaron para que me sentara y me produjo una sensación tan desagradable que me puse a tiritar. El amor de Dios se me manifestó de tal manera que no sabía lo que pasaba. Me ofrecí como víctima para que manifestara a las almas su infinito amor" (D. 54).

–Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No desoigas las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos de todo peligro. Oh siempre Virgen, gloriosa y bendita.

La plegaria de la priora avisaba el inicio de las Horas Menores. Sentadas en los estalas rezaron Prima, Tercia, Sexta y Nona que formaban parte del Oficio Divino.

A las siete y media la comunidad se retiró para realizar el aseo de las celdas. La joven postulante –aún inflamada por el amor– comprendía como nunca a Isabel de la Trinidad, la religiosa de Dijon: "La carmelita es un sacramento de Cristo. Todo en ella debe hablar de El, de nuestro Dios totalmente santo, del Dios crucificado que es todo amor. Pero para darlo de ese modo es preciso dejarse transformar en una imagen semejante a El."[1]

SOLEDAD

Después de la misa de ocho y luego de tomar el desayuno, Teresa de Jesús se retiró a su celda; le habían dejado un canasto de ropa para remendar a solas.

La soledad era la base para la unión con Dios, para una vida entera de oración y para permanecer escondida en Cristo. Teresa, su Santa Madre, había afirmado –por inspiración divina– que el único fin de los hombres era amarlo a El y lograr la unión más íntima, y esto sólo se conseguía con la oración y para tenerla había que buscar la soledad; aun en medio del trabajo manual era necesario buscar su trato continuo, pero no para pensar mucho, sino para amar mucho. Al estar en soledad se lograba la relación con el amigo Jesús. La Santa les había enseñado a las religiosas de San José que nunca estaban solas, todo consistía en procurar traer al Señor a su lado y cuando su presencia era constante, ¿qué mejor compañía? No se estaba en el Carmen para tener dos horas de oración mental, la razón esencial residía en una vida entera entregada al amor y al servicio de Jesucristo en continua e íntima amistad. La soledad y el silencio eran los medios indispensables para el en-

[1] Sor Isabel de la Trinidad, Notas íntimas, 14)

cuentro con Dios, para progresar en el camino de la oración y dilatar el amor hacia El. San Juan de la Cruz había advertido que Dios guiaba a los hombres en la soledad y al encontrarse el alma a solas con el Creador, El la levantaba a las cosas divinas.

Para ella, la soledad y el silencio no le significaron ningún cambio; siempre los buscaba porque estando a solas estaba con Jesús..., callando podía entrar al interior de su alma para oírlo y adorarlo.

Al cumplir cuatro meses en el Carmelo le escribirá a Graciela Montes: "Vivimos sólo para Jesús. Y así como los angeles en el cielo cantan incesantemente sus alabanzas, las carmelitas los secundan aquí en la tierra, ya sea cerca del sagrario donde está prisionero el Dios-Amor, ya en lo íntimo del cielo de su alma donde la fe le dice que Dios mora en ella. La vocación nuestra tiene por objeto el amor, que es lo más grande que posee el corazón del hombre. Ese amor reside dentro de su alma desde el día en que puso Jesús en ella el germen de la vocación. Es una hoguera donde el alma se consume y se funde con su Dios. Esa hoguera no deja nada a su paso. Todo lo hace desaparecer, aun las criaturas, para irse a unir al fuego infinito del amor que es Dios. Por eso busca la soledad para que nada le impida la unión con Aquél por quien todo lo deja. Un alma cuando ama verdaderamente (aun se ve esto en los cariños humanos) no quiere estar sino con la persona amada, mirarla siempre, expresar aquello que pasa en los corazones y estrecharse más y más. Por eso que nosotras, amando a Jesús con toda nuestra alma, sólo deseamos contemplarle y hablarle a solas para cambiar sus ideas y sentimientos divinos por los nuestros miserables"(C. 130).

RECREACION

Durante la recreación le mostraron el convento; inicialmente tenía amplias piezas pero a medida que se necesitaban más celdas iban dividiéndolas con tabiques. La edificación era modesta, fea, pobre y estrecha. El servicio higiénico consistía en "una casucha insalubre dentro del patio pequeño". No había agua caliente ni electricidad.

Al ver la huerta cuidadosamente plantada no pudo dejar de asociarla con Chacabuco; olivos, limones, nogales, castaños, pomelos, naranjos, caquis, granados, mandarinos, paltos, manzanos... parrones, hortalizas alineadas hierbas aromáticas. En todos los lugares, en todos los rincones, sentía la presencia del Dios Creador. Un firmamento despejado después de la tormenta se presentaba en su inmensidad. No había límites en el Carmelo, los horizontes se perdían en la Cordillera de los Andes pudiendo contemplar parte de la obra divina. Teresa de Jesús disfrutaba del cielo en la tierra. Girando lentamente en todo su contorno, se le presentaron dos palmeras..., dos empinadas palmeras que intentaban erguir sus copas hacia lo infinito...

"El justo florecerá como la palma
y crecerá como el cedro del Líbano,
los cuales plantados en la casa del Señor
florecerán en los atrios de nuestro Dios.
Aun en la vejez fructificarán todavía,
llenos de savia y vigor
para proclamar que el Señor es recto,
–¡Roca mía!–
y que no cabe iniquidad en El." [1]

Desde lejos avistó los colmenares. –La humildad "siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores, así el alma, en el propio conocimiento vuela algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma" [2]. Son palabras de nuestra Santa Madre.

Era la primera enseñanza que recibía en el convento por parte de su priora y maestra.

La Madre Angélica la detuvo unos instantes mientras una hermana algo le entregaba: "Ahora, le presentaremos a Molzuc, pero antes le daré a Su Caridad un trozo de pan para que la reconozca como una amiga." Molzuc, un perro grande de pelaje gris y negro recibía mansamente a la nueva postulante. Angela de San José, una de las hermanas conversas[3], observando asombrada la sumisa actitud del bravo animal, exclamó: "Miren, hasta los perros tienen buen gusto."

Siguieron avanzando por la huerta hasta llegar al cementerio. Oraron en silencio por las carmelitas que habían salido del destierro. La austera cripta de nueve nichos mostraba cuatro placas; en una de ellas estaba grabado el nombre de la hermana María de los Angeles fallecida en Curimón[4], víctima de un contagioso mal. Y allí estaban las tres religiosas que habían muerto en 1916. Teresa se impresionó al leer el nombre de la Madre Teresa de Jesús; en memoria suya lo heredó quien –a su vez– lo llevó en honor a Teresa de Jesús, la Santa de Avila. Además se encontraban los restos de la Hermana Margarita María del Corazón de Jesús y de la Hermana Benita del Corazón de María. ¡Cómo iba preparando el Señor los caminos!

EL CIELO EN LA TIERRA

"No se imagina la felicidad de que disfruto. He encontrado, al fin, el cielo en la tierra. Si es verdad que me aparté de los míos con el corazón desgarrado hoy gozo de una paz inalterable" (C. 94).

Teresa bien sabía lo que significaba el cielo en la tierra y bien entendía las palabras de su Santa Madre: "Esta casa es un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta de sólo contentar a Dios". El cielo en la tierra no era el Paraíso. Las almas que buscan la felicidad en el destierro la encuentran en la renuncia, el sufrimiento y la cruz.

"Soy feliz porque aunque nada tengo, todo lo encuentro en Dios" (C. 95). ¿Qué hacía para que esta paz fuera inalterable? Cargaba sus penas y enfrentaba las tormentas con los ojos fijos en Aquél que la llamaba: "Te aseguro que de todos los sacrificios hechos me parecen nada y eso que no han dejado de dolerme hasta lo más íntimo del alma, sin embargo, al separarme de los míos, al arrancarme de los brazos de mi madre sentí que Jesús me abría los suyos y me estrechaba contra su divino Corazón" (C. 105).

Vivía como una contemplativa en el cielo y en la tierra. Y vivía el cielo en la tierra porque su alma era el templo de Jesús. Había ansiado con vehemencia el puerto del Carmelo. Si quería servir a la Iglesia, a los hombres, ayudar a los sacerdotes, trabajar para que otros tuviesen la alegría de conocer y amar a Dios, ¿por qué abandonó el mundo si allí hacía tanto bien? ¿Por qué se encerró en un convento?

Iluminada por su Maestro, había comprendido –antes de los quince años la fecundidad de una vida que muere por amor: "Mayor aún es la necesidad de almas que, entregadas completamente al servicio de Dios, lo alaben incesantemente (...), almas que le amen y le hagan compañía (...), almas que se inmolen en silencio, sin

ninguna ostentación de gloria, en el fondo de los claustros" (C. 81).

De no haber pesado el valor de una vida que se entrega por otros nunca habría llegado al Carmelo. La Iglesia es un cuerpo cuyos miembros están estrechamente unidos entre sí; algunos de ellos están más cerca de la fuente misma de la santidad para transformarse en pequeños cauces que llevan la vida de Dios a todos los rincones: "Unirse a Dios para que así circule en ella la Sangre redentora y comunicarla a la Iglesia, a sus miembros, para que así se santifiquen" (C. 40).

Si ella encontró el cielo en la tierra era porque anhelaba vivir el ambiente propicio para sus ansias de oración y soledad. En el monasterio podía llevar a cabo lo que no podía hacer en su casa: la alabanza divina junto a sus hermanas, el coloquio amistoso con Jesús en el silencio de la celda, la adoración ininterrumpida al Pan de Vida, el esfuerzo y la negación de toda comodidad, el trabajo y la pobreza, el ejercicio fiel y continuo de las virtudes en el trato con la comunidad.

"Una vez que el alma entra al claustro, Jesús sale a recibirla; pero sale con su cruz y se la da como prenda de su amor. La esposa debe vivir siempre en el palacio del Calvario" (C. 138).

Entró al Carmelo, a imitación de Cristo, para morir y dar vida: "La carmelita tal como yo la concibo, no es sino una víctima adorante" (C. 101). Víctima, pero víctima del Amor. El servir a la Iglesia se traducía en ofrecerse completamente al Amor de Dios convirtiéndolo en vida para todos: "darse a Dios", "ser crucificada", "consolar a Jesús". Allí encontró la realización de su ideal... Un solo acto que cubrió todos los instantes de su vida.

Lo que llamaba tan gráficamente "ser hostia pura", era una realidad que alcanzaba todas sus potencias, defectos y deseos. Plasmar en su vida cotidiana las caraterísticas del Pan Divino en que se ha convertido el Señor: pureza, sencillez abandono, espíritu de servicio, desapego, olvido de sí misma. Su existencia se fecundizaba en la unión con Cristo que con su Pasión redimió a la humanidad. La vida orante de un alma que se entregaba así era más eficaz para la Iglesia cuanto más profunda llegaba la obra de su inmolación debiendo conseguir el despojo mismo, la transformación total de su ser a semejanza del Divino Crucificado.

Teresa de Jesús no llegó al convento porque era "un angel de pureza que no era para el mundo"; entró para proseguir en él su servicio a la Iglesia, para consumar en la soledad la unión con el Señor y para hacer de su vida una vida de cielo anticipando lo que haría en la

(1 Salmo 91)
(2 Sta. Teresa de Jesús, Moradas I, cap.II, 8)
(3 Las hermanas conversas equivalían a las hermanas coadjuntoras del Sagrado Corazón. Era costumbre de las órdenes e institutos. En el caso de las contemplativas el rezo del Oficio Divino ocupaba en aquella época muchas horas y las religiosas no disponían de tiempo para hacer todos los quehaceres, función que hacían las hermanas que ingresaban para ello; muchas no sabían leer. Su entrega al Señor era tan valiosa como la de las hermanas del coro. Hoy las hermanas por igual se reparten todos los oficios.)
(4 Lugar donde se fundó primitivamente el Monasterio del Espíritu Santo)



Jarro y lavatorio de la celda de Teresa de Jesus.

eternidad: "Estoy comenzando mi vida de cielo, de adoración, de alabanza y amor continuo" (C. 101).

"Carmelita, por mucho que idealices este nombre, sólo será tu pensamiento una vaga sombra de lo que es realmente. Yo así lo he palpado" (C. 101). Percibía cada vez más la grandeza de su vocación y su propia pequeñez.

LA AGONIA **DE CRISTO**

Mayo 20: "En la noche sentí una pena inmensa por la separación. Se me representaba la Rebeca sola en nuestro cuarto, llorando. Deseaba ardientemente abrazar y estrechar a cada uno de los que abandoné por Jesús. No sabía ya la pena que sentía y si declarársela a nuestra Madrecita pues me parecía que era buscar consuelos en las criaturas. Pero le dije a N. Señor que si ella venía a dejarnos [al noviciado] le diría; si no, me callaría. Pero N. Señor, como siempre me regalonea, permitió contra la costumbre, que viniera. Le dije mi pena y ella me llevó al coro donde me llegaba a estremecer de la violencia del dolor. Gracias a las oraciones de nuestra Madrecita quedé más en paz y pude dormir después" (D. 55).

Amaba a los suyos y sufrió hondamente la separación; el haber demostrado su fortaleza en la despedida no significaba que no le hubiese dolido dejarlos... Era una ofrenda inherente al llamado del Señor... Había escogido sacrificarse por amor a Jesús y tenía que padecer.

22 de mayo: "N. Señor en la oración, me manifestó cómo El había sido triturado por nosotros y convertido en hostia. Me dijo que para ser hostia era necesario morir a sí misma. Una hostia –una carmelita– debe crucificar su pensamiento, rechazando todo aquello que no sea de Dios (...). Una hostia no tiene voluntad propia, donde quiera la transportan. Una hostia no ve, no oye, no se comunica exteriormente sino en el interior.

"Después me mostró cómo, a pesar de su agonía en el altar, las criaturas no lo amaban, no reparaban en El. Esto me ha tenido muy apenada todo el día. Es una especie de martirio, pues me siento sin fuerzas para amarle como debiera: muy miserable, e incapaz de ofrecerle ningún consuelo. Además veo la ingratitud de los hombres. Esto me produce una amargura indecible (...). N. Señor me dijo en la comunión lo consolara. Se me presenta a cada instante como agonizante. ¡Es horrible...! Me dijo lo acariciara, lo besara, porque esto le servía de consuelo" (D. 55).

26 de mayo: "Hace tres días que estoy sumida en la agonía de N. Señor. Se me representa a cada instante moribundo. Con el rostro en el suelo, con los cabellos rojos de sangre. Con los ojos amoratados. Sin facciones, pálido. Demacrado. Tiene la túnica hasta la mitad del cuerpo. Las espaldas están cubiertas de una multitud de lancetas, que entiendo son los pecados. La Sma. Virgen está a su lado de pie, llorando y pidiendo al Padre misericordia (...).

"Con esta visión todo se me hace más amargo y no encuentro gusto nada más que en estar acompañando a N. Señor. Pero encuentro más perfecto hacerlo todo sin demostrar exteriormente ninguna pena. Con mi Madrecita he conversado, pues sentía necesidad de que lo consolasen almas que no fueran tan miserables como la mía (...). No sé cómo agradecerle a N. Señor me haga participante de sus sufrimientos y que encuentre consuelo en mí, pecadora miserable. Lo único que me pide es que no hable de mi misma, viva sólo para Dios y para consolarlo. Que sufra en silencio. Pero como a veces yo no puedo más, me desahogo con mi Madrecita. ¿Hasta cuándo buscaré las criaturas? Deseo no morirme sino hasta el final del mundo para vivir siempre al pie del sagrario, confortando al Señor en su agonía" (D. 55).

Madre Angélica Teresa del Santísimo Sacramento.



LA MADRE ANGELICA TERESA **DEL SMO. SACRAMENTO**

La madre priora y maestra de novicias había nacido en Valparaíso en 1861. En 1889 fue la primera postulante que entró a la nueva fundación del Monasterio de Viña del Mar cuya fundadora fue la Madre Margarita de San Juan de la Cruz, quien había acogido antes la petición de unas señoritas de Curimón que querían un convento de la Orden en su pueblo natal. El 2 de febrero de 1898, día de la festividad de la Purificación de la Virgen, la Madre Margarita fundó el Monasterio del Espíritu Santo, en Curimón, un pequeño pueblo que civilmente pertenecía a la provincia de Aconcagua.

Las fundadoras fueron: la Madre Margarita (Vial Guzmán), la Madre Isabel del Crucificado (Eastman Cox), la Madre Angélica Teresa del Santísimo Sacramento (Díaz Gana), la Madre Inés de Jesús (Ríos Thurn) y la Hermana María de San José (Buzeta Marín), todas del Monasterio del Sagrado Corazón de Viña del Mar; además, las acompañaban cinco jóvenes que iniciaban el noviciado.

El edificio del convento nuevo había sido en otros tiempos cuartel de policía y lugar de reunión del ayuntamiento. La pobreza era tal que el Arzobispo de Santiago, Monseñor Mariano Casanueva al visitarlo exclamó: "Para irse de aquí al cielo no está malo".

"Encontramos –escribía la Madre Angélica– suma pobreza. El vernos desprovistas, aun de las cosas que podrían creerse indispensables, hizo de nuestros primeros días el gozo de nuestras almas, pues encontrábamos en nuestro pobre monasterio la semejanza de los que fundó nuestra seráfica Madre Teresa de Jesús".

Por razones de salud, la Madre Margarita debió regresar al Convento de Viña del Mar, dejándole a la Madre Angélica la dirección del nuevo monasterio. La comunidad vivió allí hasta 1902, trasladándose el 8 de diciembre a la ciudad de Santa Rosa de Los Andes, a quince kilómetros de Curimón. La casa, aunque no tan estrecha y pobre como la anterior, distaba mucho en ofrecer las condiciones necesarias

para llevar una vida conventual con las mínimas comodidades.

"Todas las santas costumbres que se guardaban en el monasterio de su cuna religiosa, la Madre Angélica las impuso tal como era el deseo de nuestra Madre Margarita. Su gobierno era de firmeza para hacer guardar las leyes y conservar las tradiciones monásticas y de suma prudencia y bondad en el trato con sus hijas. Su gran corazón y la claridad de su espíritu unidos a su sólida virtud, hacían de ella una gran prelada con dotes excepcionales para el cargo".[1]

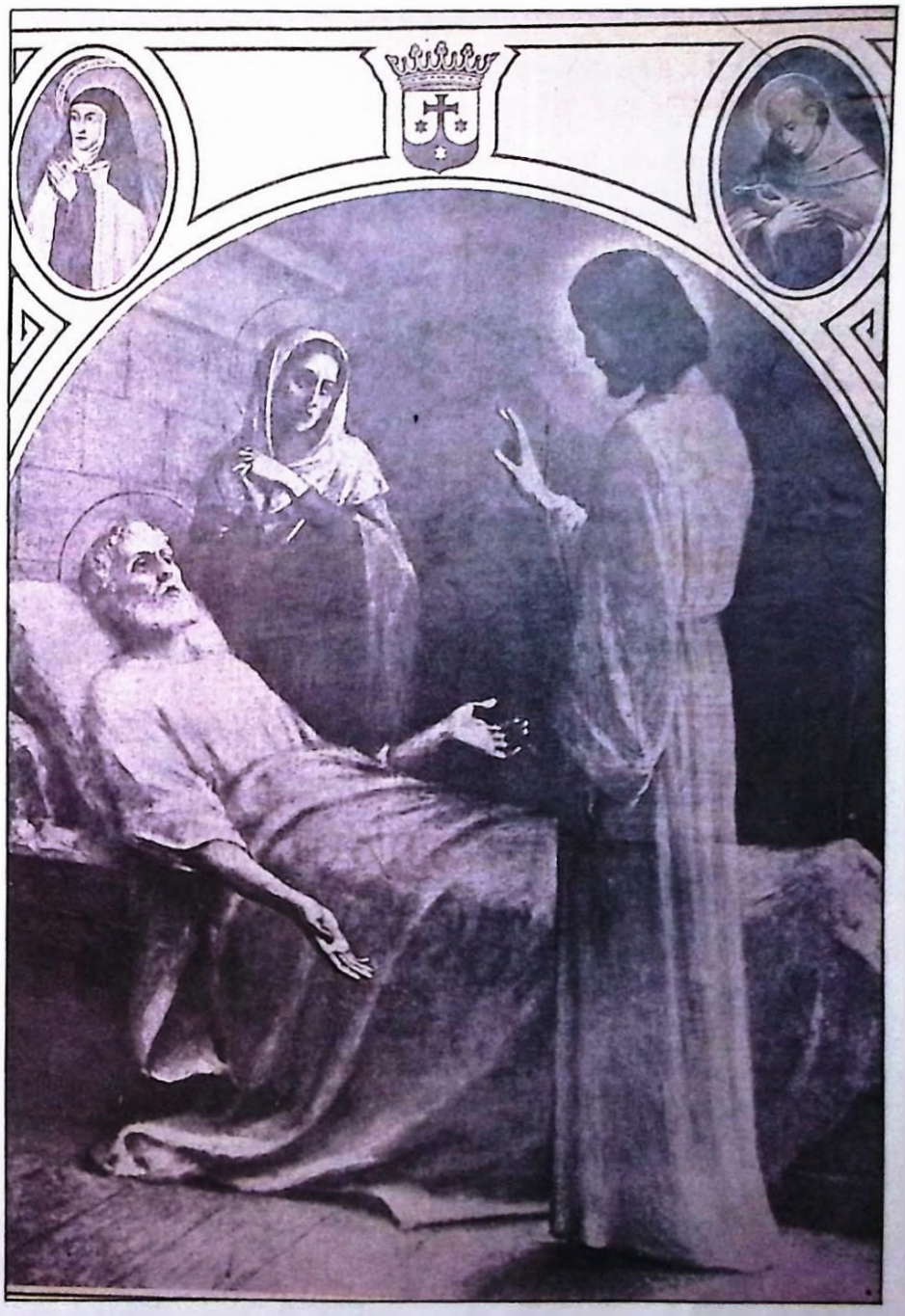
Al conocer por sus cartas a Juanita, la priora, había vislumbrado a una mística que se comunicaba con Jesús; advirtió sus luchas por vencer su naturaleza y la ardua batalla que sostuvo interiormente para lograr la humildad. Sabía que recibía a un alma extraordinaria, a una niña de dieciocho años que perseveraba por adelantar. Al frecuentarla –íntimamente– aumentó su admiración y la amó en el Señor como a una verdadera hija.

Once meses más tarde escribirá sobre ella:

"Su vocación de carmelita parecía acrecentarse de día en día (...). Se hallaba en su centro: el silencio del claustro, la oración, los actos de comunidad, todo la unía más a Dios. El Oficio Divino fue para ella una revelación (...), se penetró de su grandeza y su espíritu se sentía transportado de devoción (...). Criatura privilegiada en cuya alma había puesto Dios al crearla los tesoros de su amor, los que fue acrecentando a medida de su fidelidad y correspondencia a la Gracia, llegando a encenderse su corazón de tal manera en el amor divino, que si el mismo Dios no se lo hubiese ensanchado, no habría podido resistir (...).

"Su unión con N. Señor fue íntima, favoreciéndola con gracias especialísimas, hablándole en muchas ocasiones y manifestándose por visión intelectual. Sin embargo, su alma fue probada también con penas interiores, soledades y abandono que sin abatirla, la reducían al último extremo del sufrimiento; entregándose en las manos de Dios, para que hiciera de ella según su santísima voluntad, y le enviara, si así lo quería, mayores sufrimientos (...).

"Su caridad espiritual la hizo apóstol por medio de la oración y penitencia; clamaba al Señor por las almas, ofreciéndose como víctima por su salvación y para ayudar a los sacerdotes (...).



"Muerte de San José"; cuadro que cada hermana tenía en su celda en la época de Teresa de Jesús.

"Así veíamos en una niña, puede decirse, una prudencia y discreción consumadas unidas a una sencillez angelical (...). Su inteligencia y claro talento, la sólida instrucción que había recibido y la ilustración sobre materias altísimas de que Dios le había hecho gracia; procuró siempre ocultarlas (...). Jamás daba su opinión en nada; siempre pronta a ceder; ni manifestaba saber cosas en materia de oración, en virtudes, etc..., la que había recibido enseñanzas del mismo Dios (...).

"Su humildad la llevaba a despreciarse y a que todas tuvieran bajo concepto de ella. Quería ser siempre la última en todo; ocupar el último lugar, servir a las demás, sacrificarse siempre y en todo, para unirse más al que se hizo

(1 Rvda. Madre Angélica Teresa del Smo. Sacramento, circular necrológica, 1945)

siervo, siendo Dios, porque nos amaba (...).

"Verdadera amante de N. Señor Jesucristo trató de seguirlo muy de cerca en el amor y ejercicio de la santa pobreza (...). Dio alcance no sólo al voto de pobreza, que aún no la obligaba, por ser novicia; sino también a la virtud, que desnuda al alma de toda afición en lo temporal y en lo espiritual (...).

"Tenía sed de padecer y sacrificarse por los pecadores, por los sacerdotes y para desagraviar al Divino Corazón de Jesús (...). Su amor al sufrimiento lo expresaba así: 'Sufro, esta palabra expresa para mí felicidad; cuando sufro estoy en la cruz de mi Jesús. Qué felicidad más grande es decirle: Jesús mío, mi Esposo, acuérdate que soy tu esposa, dame tu cruz".[1]

SAN JUAN DE LA CRUZ

El 18 de mayo se confesó por primera vez en el monasterio. Su confesor fue el Padre Avertano del Santísimo Sacramento, quien será su único director espiritual. Al referirse a ella dirá: "Era sencilla en exponer, franca y breve en sus consultas. Me pidió permiso para pedir toda clase de sufrimientos por los pecadores y qué le contesté yo, después de haberme manifestado sus vehementes ansias de padecer, que se pusiera más bien en las manos de Dios para lo que El quisiera hacer de ella y que nada pidiera. También recuerdo que tenía el voto de hacer lo más perfecto y el ofrecimiento de víctima por los pecadores. Lo que noté en sus virtudes es que todas eran en grado perfecto, sin que deliberadamente quebrantara virtud ninguna; de gran fortaleza y prudencia pues nada hacía sin consultarme después de haber pedido antes luz a la Stma. Virgen a quien siempre acudía en todo como a su propia madre; y nada, referente a virtudes, dejaba de hacer aunque le costara la vida".

El encuentro con el padre carmelita fue providencial para Teresa al adentrarla en la doctrina de San Juan de la Cruz, el gran maestro y Padre del Carmelo Teresiano.

"Me confesé con el Padre Avertano. He dado gracias a Dios por haberme dado un director tan docto y santo" (D. 54).

Su oración era elevadísima, necesitaba el juicio de un director experimentado para no errar. Sus consejos se centraron en la oración y en la vida comunitaria. En cuanto a la oración le recomendó la sencillez, el espíritu de fe y la pureza y "que en la oración no buscara la imagen, sino el concepto puro de Dios; porque si lo imaginaba lo empequeñecería" (D. 54).



Padre Avertano del Santísimo Sacramento.

En el trato con sus hermanas que "fuera igualmente amable. Y no ser más atenta con aquella que me mire más o me dirija más la palabra (...). Que mi intención fuera sólo agradar a Dios (...). Que de tal manera obrara independiente con las criaturas que me creyera sola en el convento. Que no quisiera atraerme las simpatías y el cariño" (D. 54).

El Padre Avertano era el eco de la voz de San Juan de la Cruz, el místico doctor de la Iglesia que sabía caminar y guiar a sus hijos por las vías del desprendimiento de sí mismos y la opción exclusiva por Dios para alcanzar la verdadera humildad y pureza.

A Teresa debía costarle el "no querer atraerse las simpatías de los demás y el cariño de las criaturas" pues su naturaleza era regalona, afectiva y tierna. Renunciaría a todo porque por ese camino estrecho se asemejaría a Jesús.

Aunque –en general– las novicias y postulantes no se introducían en San Juan de la Cruz, Teresa leyó entre mayo y junio, tal vez su obra más difícil, "Subida del Monte Carmelo". Al recomendárselo a Elisa Valdés le expresará: "Es un tesoro (...). No te desconsueles con no poder discurrir ni saberle decir nada a N. Señor. El sabe mejor lo miserable que somos. ¿Quién sabrá decirle algo al Verbo, a la Palabra eterna, a la Sabiduría divina e increada, a mí me pasa muchas veces lo mismo, y no por eso creo que mi oración es mala; pues el fin de la oración es inflamarnos en el amor de nuestro Dios. Si el estar sólo en su presencia, si el mirarle sólo nos basta para amarle, y estamos tan prendados de su Hermosura que no podemos decirle otra cosa sino que le amamos" (C. 109).

Por amor a Jesús siempre intentó negarse a sí misma, pero se le aclaraba por completo la desnudez y la pobreza espiritual y luchará para obtenerlas al no buscar consuelos interiores ni exteriores:

"Mis esfuerzos todos se dirigen a ser una santa carmelita, y creo que lo que Dios quiere de mí para alcanzar esta santidad es un **recogimiento continuo**: que nada ni nadie pueda distraerme de El. No me pide nada más que esto, porque allí en esa unión íntima de mi alma con mi Dios, se encuentra para mí el ejercicio de todas las virtudes. Primero que todo encuentro **la renuncia completa de todo mi ser**, pues cuanto más me aísle de mí misma, más me internaré en El. Trato pues de negarme en todo para llegar a poseer el Todo, según nos enseña nuestro Padre San Juan" (C. 116).

"Mi vocación me es tanto más querida cuanto más la compenetro. La verdadera carmelita, según entiendo no vive, Dios es el que vive en ella. Esto es lo que trato de realizar: contemplar incesantemente al Ser Divino, perdiendo **mi nada criminal** en su océano de caridad. Esto es lo que quiere de mí el Divino Jesús: renuncia y muerte de mi ser para que El viva en mí" (C. 122).

A medida que su camino se iba estrechando, los horizontes del Carmelo se ampliaban. Teresa de Jesús quería asemejarse a Cristo y terminará consumiéndose por la transformación de amor:

"El cambia sus sentimientos con los míos, divinizándolos. El me rodea de su luz divina, embelleciendo mi alma con sus enseñanzas (...). Una carmelita es hostia que lleva en sí a Jesús. Ella

[1] Circular necrológica de la Hermana Teresa de Jesús)



San Juan de la Cruz, óleo atribuido a Onofre Jarpa. Monasterio de San José, carmelitas, Santiago.

no obra. Es El. El la sacrifica, la inmola en silencio como El se sacrifica y se inmola en silencio en el altar por el mundo entero. Ella siempre ora con Jesús en el altar; salva las almas, pero mirando a Jesús. Ella derrama la sangre de su corazón negándose en todo. Todo lo ha sacrificado por Jesús (...). En la oración es donde el alma aprende a conocer a Jesús, y por lo tanto a amarlo. Y como el amor no puede consentir diferencia sino igualdad, resulta de él la unión que está en la semejanza" (C. 141).

LA VISION DE SU **PRIORA Y MAESTRA**

Su maestra, con una extraordinaria visión, tal vez inspirada por Dios, deseaba que Teresa de Jesús continuara en el Carmelo el apostolado que había mantenido en el mundo como catequista y misionera para ofrecerle almas al Señor. Le permitirá escribir cartas, en muchas ocasiones se lo impondrá, más de lo que habitualmente escribía una carmelita. Presentía el bien que harían, no para reconfortar a los suyos por su ausencia, sino para acercarlos a El. Teresa, sin proponérselo, había sido un líder en su ambiente: sus amigas la querían, la admiraban, la seguían... Podría despertar o afianzar vocaciones.

Con las licencias que se le concederán para comunicarse, desde su celda atraerá a varias amigas para vivir escondidas en Cristo en el Carmelo o en una congregación. Sus cartas desbordantes de amor y felicidad, con el correr de las décadas invitarán a numerosas almas a entregarse al Señor y a aquellos que no han sido llamados a una vida conventual, sus escritos demostrarán que aún en el mundo, en medio de las actividades, en medio del dolor o el regocijo, en medio de las necesidades y la lucha diaria, en la tecnología y el materialismo..., es posible encontrar a Jesús, es posible seguir su camino y es posible santificarse.

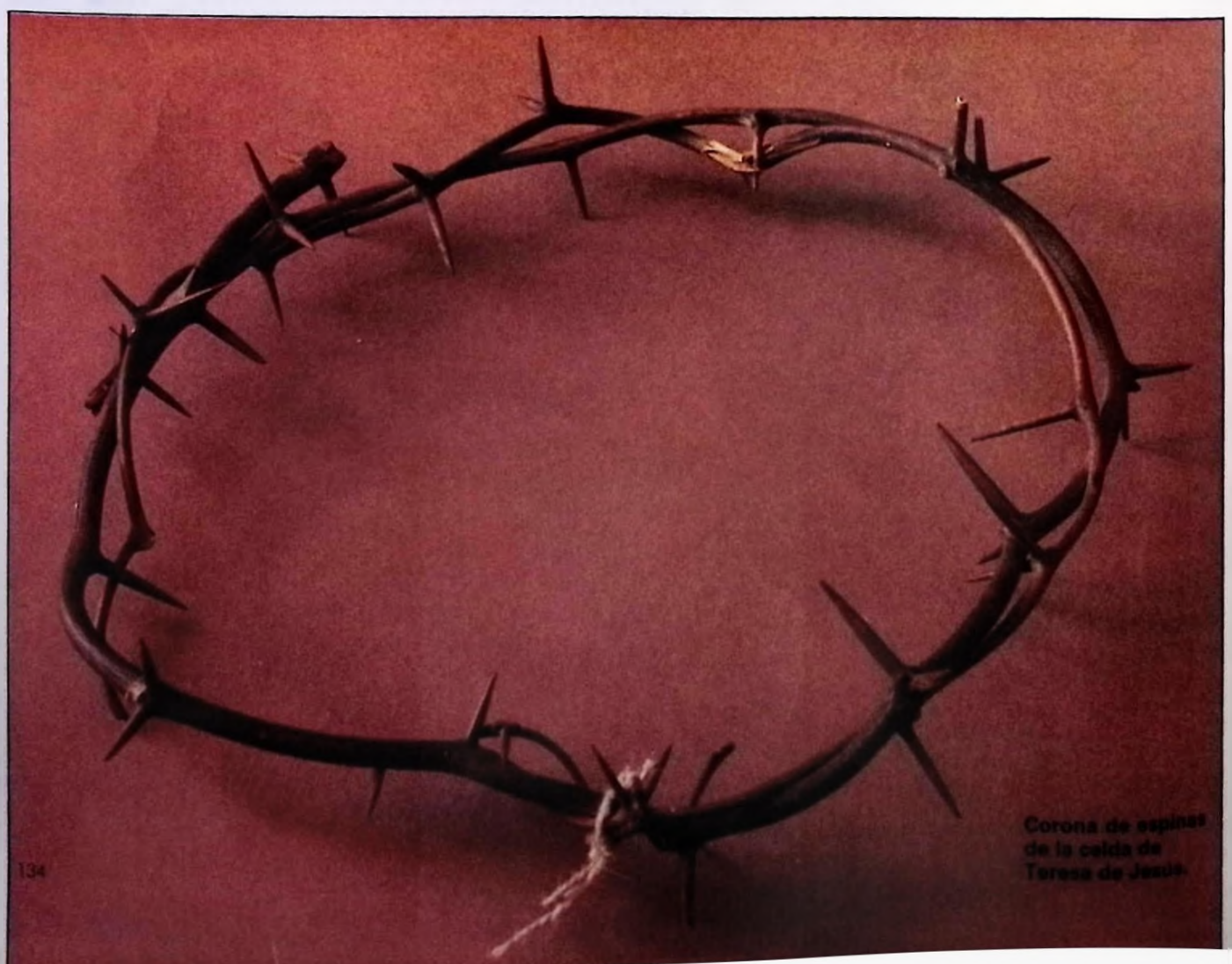
La Madre Angélica se preocupará de guiar y aconsejar como maestra a Teresa, penetrará en su alma para fortificar aún más sus virtudes. La nueva postulante debía lograr en el monasterio lo que estaba a punto de suceder: su plena madurez espiritual.

Intuía, y muchas hermanas lo confirmaron, que estaba ante la presencia de una santa. Pedía luces al Señor para orientarla pese a que tenía una vasta experiencia con las novicias y postulantes. Se encontraba ante una niña de dieciocho años que manifestaba destellos indiscutibles de santidad, por más que intentara ocultarlos. Le permitirá hacer penitencias y mortificaciones más allá de lo que autorizaba a las recién llegadas al convento. Le concederá, según su deseo, permiso para hacer la Hora Santa cada jueves por la noche. Le hará conocer en profundidad a su Santa Madre Teresa y la adentrará en su Padre San Juan de la Cruz. Como maestra de novicias conversará mucho con ella, la única postulante del monasterio. Le exigirá siempre más... olvidándose de su corta edad.

Sin embargo, la constante preocupación de la Madre Angélica hacia ella le deparará a la joven sinsabores en el último tramo de su camino, encontrando en ellos una nueva ocasión de luchas y vencimientos. La hermana pedagoga no mirará con buenos ojos su actitud cariñosa y maternal y buscará oportunidades para humillar a Teresa...

LA HERMANA **PEDAGOGA**

La Hermana pedagoga María Luisa del Santísimo Sacramento fue un ins-



Corona de espinas de la celda de Teresa de Jesús.

trumento para llevarla al último grado de humildad. La misión de la pedagoga consistía en ayudar a la maestra de novicias cuando ésta al mismo tiempo era priora. Su deber era acompañar a las jóvenes en formación, enseñarles y ayudarles en los oficios e iniciarlas en las ceremonias y costumbres de la comunidad.

Le parecía que la Madre Angélica le tenía demasiada estima; no comprendía por qué le daba más tiempo que a las demás. Pero su actitud, lejos de hacerle daño, demostrará su grandeza, una elocuente señal de ello fue su silencio. Al referirse al sufrimiento, tal vez, veladamente se podría descubrir algo de esto. Sólo en una de sus cartas –Teresa de Jesús– hablará de las humillaciones, que serán muchas, pero se cuidará en no nombrar a nadie; lo contará en un pequeño párrafo al Padre Colom:

"Trato de adquirir las virtudes; ser obediente hasta en lo más mínimo, caritativa con mis hermanitas y sobre todo el ser humilde. Para esto procuro no hablar ni en pro, ni en contra de mí misma y sólo humillarme delante de nuestra Madrecita. Procuro no disculparme, aunque sin razón me reprenden, y si alguna hermana me humilla, me estimulo en servirla y en ser más atenta con ella. Siempre quiero negarme y renunciarme en todo, para así unirme más a Dios" (C. 116).

La Hermana María de los Angeles referirá: "Noté que la hermana pedagoga era áspera con ella, pero siempre vi a Sor Teresa sumisa y respetuosa. Un día en la recreación de la comunidad, Sor Teresa, como es costumbre, había llevado un piso para sentarse en la huerta. Animada por su espíritu de mortificación lo puso de lado para sentarse en los palos, quedando sobre el nivel de las demás: "¿Qué es eso –le dijo la hermana pedagoga–. Vuestra Caridad sentada tan alto?" Al momento lo dio vuelta y siempre en adelante lo usó así. En otra ocasión la vi ir a golpear tímidamente a la puerta de la Madre Angélica, apareció la pedagoga y con ademán severo le hizo señal con el dedo de que se volviera al noviciado. Nuestra hermanita al punto, sin decirle una palabra ni hacer la menor demostración de disgusto, se volvió. La Hermana Teresa tuvo que sufrir mucho en el noviciado. Su madre priora le demostraba particular afecto, pero este mismo cariño creo que le hizo una atmósfera poco agradable. Veían a la priora hablar diariamente con ella, lo



Hermana pedagoga María Luisa del Santísimo Sacramento.

que le disgustaba a la hermana pedagoga, que solía tomarse más atribuciones de las que correspondían. Creo que le ocasionó momentos muy dolorosos. En una ocasión le oí decir muy molesta: "Esto de que todos los días de Dios tengan que hablar". Sé que a las otras novicias les hacía notar cuando la madre estaba con la Hermana Teresa. En los últimos años de vida de la Madre Angélica Teresa le referí todo esto que había notado. Ella dio a entender que en realidad había sido así y agregó: "pero la Hermana Teresa jamás me dijo una sílaba de esto", lo que es una muestra de gran mortificación".

Las palabras de la priora a la pedagoga, después de la muerte de Teresa, expresarán claramente lo que fue:

"Harto que la hizo sufrir Ud. hermana."

"CUANDO SE AMA TODO ES ALEGRIA; **LA CRUZ NO PESA"**

"¡Cuántas gracias le doy a mi buen Jesús por haberme dado una madre como la que tengo, una madre que sólo mira los intereses divinos! Amemos, mamacita, a ese Jesús que es tan aborrecido y ofendido. Consolémosle a cada segundo diciendo que le amamos. Le gusta tanto este canto no interrumpido de amor (...). Amémoslo en cada uno de nuestros actos, haciéndolos con perfección y sólo para agradar a El. Amemos su adorable Voluntad en cada una de las circunstancias de la vida. Cuando se ama, todo es alegría: la Cruz no pesa; el martirio no se siente; se vive más en el cielo que en la tierra. La vida del Carmelo es de amor. Esta es nuestra ocupación.

"Le aseguro, mamacita, que es hambre, que es sed insaciable la que siento porque las almas busquen a Dios. Pero que le busquen no por el temor, sino por la confianza ilimitada en su Divino amor. Cuando un alma se entrega así, Jesús lo hace todo, porque ve que esa alma es miserable e incapaz de todo bien y como la ve llena de voluntad y desconfianza de sí misma, se conmueve su amante Corazón y la toma por su cuenta.

"Busque, mamacita, a Dios de esta manera y verá que Dios se acercará más a Ud. y la arrojará más hondamente en el Océano infinito del amor. Parece que a N. Señor le agrada mucho esto, pues hace sentir su presencia al alma sensiblemente. Abandonémosle todo, mamachita linda, a su adorable Voluntad, y El todo lo hará porque nos ama infinitamente (...).

"Estoy feliz, pues tengo el oficio de despertadora. Me levanto un cuarto de hora antes para despertar a mis hermanitas. Es lo más delicioso, pues está oscuro, todavía con luna. Y soy la primera que me voy al coro. Allí delante de N. Señor, sola, cuántas cosas no le digo, mamacita linda, por todos; pues a esa hora tiene que estar muy generoso, pues toda la noche acopia las gracias para las almas. Me encanta este oficio, pues tengo que llamar a mis hermanas a la oración, y ya que mis alabanzas son tan pobres, al menos llamo a otras almas que saben amar y alabar mejor al Divino Prisionero (...).

"El jueves entramos a retiro por ocho días para prepararnos a Pentecostés. ¡Qué rico! Rece por su Teresita para que sea **loca endiosada**" (C. 104).

RETIRO DEL **ESPIRITU SANTO**

Entre Ascensión y Pentecostés la comunidad se acogía a un retiro de nueve días.

31 de mayo: "Entré ayer a retiro. N. Señor me dijo que fuera por El a su Padre. Que lo único que quería en este

retiro era que me escondiera y me sumergiera en la Divinidad para conocer más a Dios y amarlo y conocerme más a mí y aborrecerme. Que quería que me dejase guiar por el Espíritu Santo enteramente. Que mi vida debe ser una alabanza continua de amor. Perderme en Dios. Contemplarle siempre sin perderle de vista jamás. Para esto, vivir en un silencio y olvido de todo lo creado, pues Dios, por su nauturaleza, siempre vive solo. Todo es silencio, armonía, unidad en El. Y para vivir en El, es necesario simplificarse, no tener sino un solo pensamiento y actividad: alabar.

"Dios se comunica a mi alma de una manera inefable en estos días en que estoy en el Cenáculo. Ya no es sensible el amor que siento; es mucho más interior. En la oración me sucede como nunca me había pasado: me quedo completamente penetrada de Dios. No puedo reflexionar sino como que me duermo en Dios. Así siento su grandeza y es tal el gozo que siento en el alma, como que es de Dios. Me parece que me encuentro penetrada toda de la divinidad" (D. 56).

Durante el retiro pudo experimentar, como otras veces, la purificación a que Dios la sometía, purificación de la fe que debía ser acrisolada antes de llegar a la eterna visión:

"Pero no todo ha sido goce. La cruz ha sido bien pesada. Primero tuve que acompañar a N. Señor en la agonía. Después me vinieron unas dudas tan horribles contra la fe que tuve la tentación de no comulgar y después, cuando tenía en mi lengua la Sagrada Forma, la quería arrojar, porque creía que no estaba ni existía allí N. Señor. Ya no sabía lo que me pasaba y le conté a nuestra Madre, quien me aseguró no había consentido. Con lo que me quedé más tranquila y me dijo que despreciara el pensamiento y así desapareció la tentación. Pero N. Madre me dijo que no me abatiera tanto; que fuera más mujer. Y N. Señor me reprochó que descargara mi cruz sobre nuestra Madre, y me pidió sufriera sin decir nada" (D. 56).

En este estado permaneció hasta finalizar el retiro donde los actos comunitarios se desarrollaban como siempre a excepción del recreo que se suprimía para vivir más intensamente la meditación. La carmelita se retiraba a su celda y su único interlocutor era Dios:

"Hoy, víspera de Pentecostés, he sentido un arrebato de todo mi ser en Dios, con mucha violencia, sin poderlo disimular. Y tres veces he vuelto y después he sido de nuevo transportada. Sufro mucho, pues no sé si son ilusiones, y no tengo con quién consultarlo. En fin, me abandono a la voluntad de Dios. El es mi Padre, mi Esposo, mi Santificador. El me ama y quiere mi bien" (D. 56).



Corredor donde estaba la celda de Teresa de Jesús. La primera cruz señala la celda donde murió. La cruz del fondo señala su celda.

El 8 de junio se celebró Pentecostés. La solemne misa fue oficiada por el Padre Ernesto de Jesús. De las religiosas resplandecía el renovado amor a Dios y de Teresa nacían resoluciones "para llegar a vivir en Dios, con Dios y para Dios" (D. 54). Después de nueve días de silencio la comunidad se esparció con sencillez conmemorando alegremente una de las fechas más importantes de la Iglesia:

"Así pasamos la vida, hermanita querida, orando, trabajando y riéndonos (...). Dios es amor y alegría, y El nos la comunica" (108). "En la recreación, se toca música. Tienen cítaras, bandurrias, etc. Gozamos en el recreo, pues nos reímos y embromamos todo el tiempo con nuestras hermanitas" (C. 98).

El Padre Ernesto de Jesús había permanecido en el convento cinco días para confesar a la comunidad y ofrecerles conferencias diarias. En la tarde del 8 de junio, como parte de la recreación, las hermanas compartieron con el sacerdote un beneficioso diálogo, alegría que no pudo gozar Teresa de Jesús porque fue llamada al locutorio.

PRIMERA **VISITA**

La sorpresa fue grande, era Ofelia Miranda, la niñera, quien la venía a visitar. Al ver a su niña detrás de las rejas no pudo contener el llanto. Le llevaba cartas de su madre y de Rebeca. Doña Lucía, al enterarse del oficio de hortelana que desempeñaría en el convento, le enviaba claveles, patillas de rosas y semillas:

"Todas ellas son muy finas, se han sacado premios en la exposición. También le mando este abono, es el mejor. La Julia Freire le regala todas esas semillas que son muchas y muy bonitas. Si no se dan así, será culpa de la hortelana".

Teresa reía con la carta de su mamá; siempre buscaba lo mejor y lo más fino, pero Jesús lo merecía. Se esforzaría por ser una buena jardinera para presentarle en el altar las flores más lindas.

Además, le enviaba bicarbonato, polvos de magnesia y alimentos para la comunidad. Su mamá le había escrito anteriormente: "Ya sabe, mi hijita, que es un gran gusto que me pida cosas, Ud. es pobre y de limosna todo puede pedir."

Rebeca le mandaba papel, sobres, estampillas y unos encargos que le había solicitado con anticipación para hacer un regalo pues pronto celebrarían el aniversario de la reelección de la priora, su madrecita y maestra. A través del torno, Ofelia había pasado hilos y los útiles necesarios para confeccionar canastitos tejidos y yeso para moldear medallones.

Preguntó con mucho interés y cariño por todos, especialmente por su sobrina y por Juanito. Ofelia empleó largo tiempo en alabar la belleza de Lucecita y sus progresos y armándose de valor omitió hablar sobre la desaparición de su protegido inventándole que obtenía muy buenas calificaciones, que estaba sano y robusto y que a menudo acudía a la casa.

Al despedirse, le imploro que se cuidara, que no incurriera en mortificaciones costosas y que por favor le escribiera a Rosa Mejía, la niñera de los mayores; soñaba con una carta de ella.

En agosto a ambas les escribirá:

"Yo soy cada día más feliz; pues como soy de N. Señor, El me da la dicha verdadera. Muchas veces, cuando barro o tengo que arreglar nuestra pobre celda, recuerdo que quizás en mi vida no habría tenido necesidad de hacerlo. Sin embargo, por Jesús he preferido ser pobre y trabajar. Ya que El por mi amor se hizo pobre, yo por amor a El quiero serlo. Entonces, me siento feliz, aun cuando esté cansada. Quisiera que Uds. también pensaran esto, pues así no sufrirán y siempre serían felices como yo lo soy. El amor a Jesús da fuerzas y alegría y nos sirve para acopiar méritos para el cielo.

"También me gustaría mucho saber que todos los días comulgan. La comunión es un cielo en la tierra para el alma que se penetra bien del acto que se hace. Piensen bien que es Jesús el que viene, y ese Jesús es Dios, el Creador de todo lo que vemos, el Todopoderoso" (C. 128).

EL NOVICIADO

El noviciado estaba compuesto por la Hermana Isabel de la Trinidad, de veintiocho años, profesa de votos simples; permanecería allí y llevaría velo blanco hasta su profesión solemne; por la Hermana conversa María Marta de San Miguel de treintaitrés años y con trece meses en el convento y por la Hermana Teresa Eugenia de la Eucaristía de veintitrés años, su toma de hábito había sido recién en marzo. La única postulante era Teresa de Jesús, la menor del convento.

Dotada de una gran inteligencia y percepción para comprender a sus semejantes, la Hermana Isabel fue la única dentro del noviciado que captó de inmediato la grandeza interior de la joven postulante quien en su afán de eclipsarse para no ser notada, llevaba a las otras dos noviciadas a pensar que era común y corriente y nada la diferenciaba de ellas, a excepción de sus ansias para ofrecerse a realizar los trabajos más humildes y su constante silencio; jamás hablaba de su holgado pasado, de la alcurnia de su familia ni de nada que no estuviese directamente relacionado con su nueva condición. Isabel solía observarla. No tenía dudas, era un ser superior. Aparentemente nada lo reflejaba, pero poseía



Patio del claustro del convento donde vivió Teresa de Jesús. Al fondo, la imagen de la Virgen del Carmen

al Convento de Los Andes con el nombre de Carmen Teresa del Niño Jesús).

REBECA

"Nunca me haces tanta falta como cuando estoy en cama, pues no puedo menos de recordar todo el día tu compañía permanente, ahora sólo me contento con mirar tu retrato. Te quiero siempre igual y te recuerdo como el primer día, mi pensamiento está unido a tí y en todo . ¡Ay!, noto este vacío que me has dejado (...), ¿Y sin ti? qué hermosas vacaciones me esperan; ¡vacaciones! me parece irrisoria esa palabra. ¡Cuánto hubiera deseado la completa soledad, ¡no sé donde me iría si me dejaran libre". Eran las palabras de Rebeca, no podía conformarse con la ausencia de su hermana.

Rebeca le escribirá a la Madre Angélica:

"Con nadie desahogaba mi pena por la separación y desde la víspera de su entrada al convento, me principiaron unos desmayos que me hacían caer al suelo (...). Bastaba que en mi presencia se nombrara a Juanita para que yo cayese de espaldas. También en vez de llorar me reía por largos ratos y a veces sin motivo, no estando en mí el poder dominarme (...). A esto se agregó una gran inapetencia y comencé a padecer de insomnios, llegando a veces a dormir de dos a tres horas y esto con grandes pesadillas."

Aunque ignoraba sus fatigas, insomnios, debilidades y pesadillas, Teresa de Jesús, por sus cartas, pudo entrever la tristeza de Rebeca y sufría por ello. Oraba al Señor para que recobrara la paz. Pensaba que no sólo era su alejamiento, había algo más, presentía que Jesús la estaba llamando para que dedicara a El su vida y no quería reconocerlo o no podía comprenderlo. Desde su celda le enviará tiernas cartas para demostrarle su cariño y para que entendiera la transformación que Dios obraba en ella:

"Te quiero escribir para consolarte. ¿Por qué te encuentras tan sola? ¿No estamos siempre muy unidas por el Divino Maestro? ¿Acaso crees que la carmelita ya no tiene corazón para querer a aquella que forma parte de su propio ser? Siempre vas conmigo a todas partes; siempre seguimos obrando juntas. No temas que te olvide. Te he querido demasiado para olvidarte tan ligero; mucho más que antes te quiero, porque el amor no sólo está en las palabras sino en las obras. Ahora obro, **ahora me sacrifico por ti** para que conozcas la voluntad de Dios. Ojala, hermanita querida, que ese corazón que traigo junto al mío, no lata sino por Jesús (...).

"¡Quién pudiera abrir los ojos de tu alma para que vieras su infinita belleza que arrebata, para que comprendieras su amor infinito que extasía! Todo un Dios mendigando amor de criaturas miserables, de nadas criminales (...). Pidámosle juntas que te dé su divino amor y pueda ser que antes que la muerte nos dé la vida verdadera, podamos abrazamos y cantar las misericordias divinas, unidas tras estas rejas queridas de mi Carmelo; y después morir e ir al cielo a entonar el cántico de las vírgenes, siguiendo al Cordero" (C. 103).

"Nada me dices si haces oración. No pierdas, hermanita, el tiempo. ¡Cuánto me pesa a mí el haberlo perdido! Cómo quisiera desde que tuve uso de razón haberme dedicado a conocer a este Dios tan bueno, a este ser infinitamente hermoso, el único ser digno de ser conocido. Amale que sólo El merece nuestro amor. Piensa en El, en su grandeza, y en su amor, vive en El más que en ti. Dios está más en nosotros que nosotros mismos, Dios nos llena, nos traspasa enteramente, porque [es] inmenso y todas las cosas están en El. ¡Oh, hermanita querida! El en su grandeza no se olvida de sus criaturas y constantemente obra por amor" (C.108).

"¡Cómo ruego por ti, mi pichita querida, para que seas completamente de Jesús (...). Cada día que pasa hermanita, comprendo mejor que 'Sólo Dios basta'. Esa es la máxima que tengo sobre mi cruz. Que también sea la tuya. Búscalo a El y lo encontrarás todo (...). Busca a Dios allí, en el fondo de tu alma y cuando estés triste, expónselo todo y quedarás alegre; porque El te dará a conocer que siendo Dios sufrió más por ti que todo lo que los hombres han sufrido. Y no sólo esto, sino que ha sufrido infinitamente (...).

"Si cada mañana al comulgar nos preparáramos un poco mejor, ¡cómo nos aprovecharíamos de nuestra comunión...!, ¡cómo pasaríamos el día entero en éxtasis de amor para con ese Dios inmenso, majestuoso, hecho alimento de nuestras almas! En el cielo, hermanita, los ángeles lo contemplan faz a faz, pero nosotros los hombres lo poseemos cada uno, nos identificamos con El (...).

"Pídele que lo conozcas y que te conozca. Que cada vez comulgues mejor, pues en la comunión está la vida de nuestra alma. Pídele por todos, porque nada te negará; y después en el día estrecha a menudo contra tu corazón a ese Dios y continúa dándole gracias y suspirando por tu próxima comunión. Es el momento de cielo en nuestro destierro. Suspiremos por El. Pídele también te enseñe a vencerte, a hacer morir el yo, para que seas más humilde, para así demostrarle cuánto lo amas, pues El dijo que nadie amaba tanto a su amigo como aquél que da su vida por él. Démosle nuestra vida, haciendo morir al hombre viejo que es nuestra naturaleza, según San Pablo; renunciando a buscarnos a nosotros mismos, obrando no por lo que nos gusta, sino por aquello que es la voluntad de Dios" (C.114).

"ESE LOCO DE AMOR ME HA VUELTO LOCA"

J.M.J.T. 11 de junio de 1919

"Mi Lucho querido: Que el amor de Jesús se apodere de tu alma.

"No creo me culparás por no contestar inmediatamente tus dos cartitas, pues ya no me pertenezco. Di todo cuanto tenía. ¡Hasta mi propia libertad! Tengo que cumplir lo que Nuestro Señor me ordena a cada momento, y así sólo ahora vengo a leer tu última carta. ¡Qué felicidad! ¡Qué dichosa me encuentro en sacrificarlo todo por Dios! Todo esto es nada en comparación de lo que Nuestro Salvador se sacrificó por nosotros desde la cuna hasta la Cruz, desde la Cruz hasta anonadarse enteramente bajo la forma de pan. El, todo un Dios, bajo las especies de pan, y hasta la consumación de los siglos. ¡Qué grandeza de amor infinito! Amor no conocido, amor no correspondido por la mayoría de los hombres.

"Lucho querido, todos estos días te he tenido conmigo en el cenáculo... Cómo quisiera traspasarte, hermanito de mi alma, mis sentimientos. ¡Cómo quisiera hacerte ver el horizonte infinito, hermosísimo, increado, que vivo contemplando! Amo a Dios mil veces más que antes, porque antes no lo conocía. El se revela y se descubre cada vez más al alma que lo busca sinceramente y que desea conocerlo para amarlo. Lucho, todo lo de la tierra me parece cada vez más pequeño, más miserable ante esa Divinidad que cual Sol infinito, va iluminando con sus rayos mi alma miserable. Oh, si por un instante pudieras penetrarme hasta lo



Cristo del Monasterio del Espíritu Santo. Talla de madera restaurado por la Madre Angélica. Teresa de Jesús le sugería acentuar sus heridas y su rostro de dolor pues aseguraba que ninguna imagen representaba su verdadero sufrimiento.



Virgen Dolorosa del Monasterio del Espíritu Santo en tiempos de Teresa de Jesús.

íntimo me verías encadenada por esa Belleza, por esa Bondad incomprensible... ¡Cómo quisiera atar los corazones de las criaturas y rendirlas al amor divino! Tú no conoces el cielo que yo, por la misericordia de Dios, poseo en mi corazón. Sí. En mi alma tengo un cielo, porque Dios está en mi alma, y Dios cielo es.

"Tú dices que serás bueno por mí. Esto no te lo permito. Por una criatura miserable jamás hemos de obrar. Ama y haz el bien por poseer eternamente el Bien inmutable, el Bien infinito, el único que puede llenar y satisfacer tu voluntad. Yo, ¿qué puedo? Nada. Absolutamente nada. Unete a mí en el obrar, a fin de no tener otro móvil en nuestros actos que Dios. Pero nos separamos, Lucho, si no obras por El. Pues ¡qué abismo más inmenso puede existir entre las obras hechas por Dios y las que se hacen por una criatura. Lucho, sígueme y obra por Dios...

"Me dices que te asegure en mis cartas que te quiero siempre como hermana. ¿Lo dudas por un instante? Acaso no conoces que mi corazón está perfeccionado por el amor divino, y cuanto más perfecto es, mayor y más grande es el amor? Así, pues, no dudes que en todo momento ruego por ti y la oración es un canto de amor...

"Tanto que te predico en mis cartas, ¿no te lateas? Pero perdóname. Cuando uno ama, no puede sino hablar del objeto amado. ¿Qué será cuando el objeto amado reúne en sí todas las perfecciones posibles? No sé como puedo hacer otra cosa que contemplarle y amarle. ¿Qué quieres, si Jesucristo, ese Loco de amor, me ha vuelto loca? Es martirio, Lucho, el que padezco al ver que corazones nobles y bien nacidos, corazones capaces para amar el bien, no amen al Bien inmutable, que corazones agradecidos para las criaturas no lo sean con Aquél que los sustenta, que les da la vida y los sostiene, que les da y les ha dado todo, hasta darse El mismo.

Lucho, haz oración. Piensa tranquilamente quién es Dios y quién eres tú, y todo lo que le debes. Anda después de las clases a una iglesia, donde Jesús solitario te hable al corazón en místico silencio. Unete a mí. A las cinco yo estoy en oración. Acompañemos al Dios abandonado y pidámosle nos dé su santo amor.

"Adiós, hermanito tan querido. Siempre tienes hueco en mi pobre corazón de carmelita y hermana" (C 107).

Teresa de Jesús, Carmelita.

EL OFICIO **DIVINO**

El Oficio Divino, oración oficial y pública de la Iglesia, se recitaba en el coro. Consistía en salmos, himnos, pasajes de la Biblia, oraciones y escritos de los Padres y Doctores de la Iglesia Católica, dispuestos en forma que se recite una serie de ellos cada día del año eclesiástico. Comenzaba a las siete de la mañana con las Horas Menores y terminaba a las diez y media de la noche con Maitines y Laudes. Entre el día se rezaba Vísperas y Completas.

Para Teresa de Jesús fue un nuevo modo de hacer oración; se compenetró en tal manera de él que desde su entrada en el Carmelo rogaba a la priora para que la dejase asistir a Maitines y Laudes.

"Oficio Divino, oficio de ángeles. Me creo en el cielo cuando estoy en el coro recitando las alabanzas de la Santísima Trinidad" (C. 116).

"Quiero hablarte del Oficio Divino, Tú sabes que es el grito incesante que la Iglesia eleva a Dios. Nosotras, las contemplativas, somos las encargadas de clamar por el mundo. Cuando estamos en el coro somos ya ángeles que alaban a Dios, formamos nosotras parte de ese concierto angélico y nuestras antífonas son estrofas de esa pura y divina poesía. ¿No somos en esos instantes los ángeles que cantan ante el Sagrario para consolar a Jesús en su triste prisión? Jesús también canta con sus carmelitas. El eleva junto a sus esposas, ese clamor puro y suplicante por el mundo a su Eterno Padre.

"Esos mismos salmos son los que Jesús, cuando vivía en la Judea, salmodiaba en la soledad. Todos son preciosos y son un grito humilde y confiado que la criatura dirige a su Padre del cielo" (C.138).

Las religiosas al observar su recogimiento en el coro dirán:

"Por el Oficio Divino era verdaderamente entusiasta y verla rezar en el coro no parecía una criatura mortal, sino un ángel según la devoción con que rezaba y la actitud tan reverente que tomaba para cantar las alabanzas divinas" (Hermana Ana de Jesús).

"Su gran piedad se manifestaba, sobre todo, al ir al coro a la oración o a la recitación del Oficio Divino. Sus pies parecían no tocar la tierra cuando se

dirigía a este lugar de plegarias y de intimidad con Dios. Durante la salmodia divina era notable el recogimiento y fervor que se traslucía al exterior; parecía un ángel absorta en Dios" (Hermana Isabel de la Trinidad).

"Sólo mirarla cuando estaba en oración en el coro me hacía la impresión de un ángel en adoración. Su actitud tan reverente y recogida penetraba mi alma y la acercaba a Dios, sobre todo en el Oficio Divino; no tengo palabras para expresar lo que en mi alma sentía al mirarla. Estábamos en distinto coro y muchas veces dirigía mi vista hacia ella, por el bien que me hacía contemplarla. Parecía un ser no de la tierra, se le veía como sumida en Dios, recitando las alabanzas divinas con un fervor y recogimiento que muy bien denotaban que su alma se posesionaba plenamente de lo que estaba haciendo. Jamás podré olvidar la expresión de su rostro en el Oficio Divino. Parecía estar a los pies de la Divinidad. Oí a la hermana Angela de San José, religiosa conversa, que a veces la contemplaba desde el patio porque le llamaba mucho la atención su actitud tan devota" (Hermana María de los Angeles).

LA MADRE **SUBPRIORA**

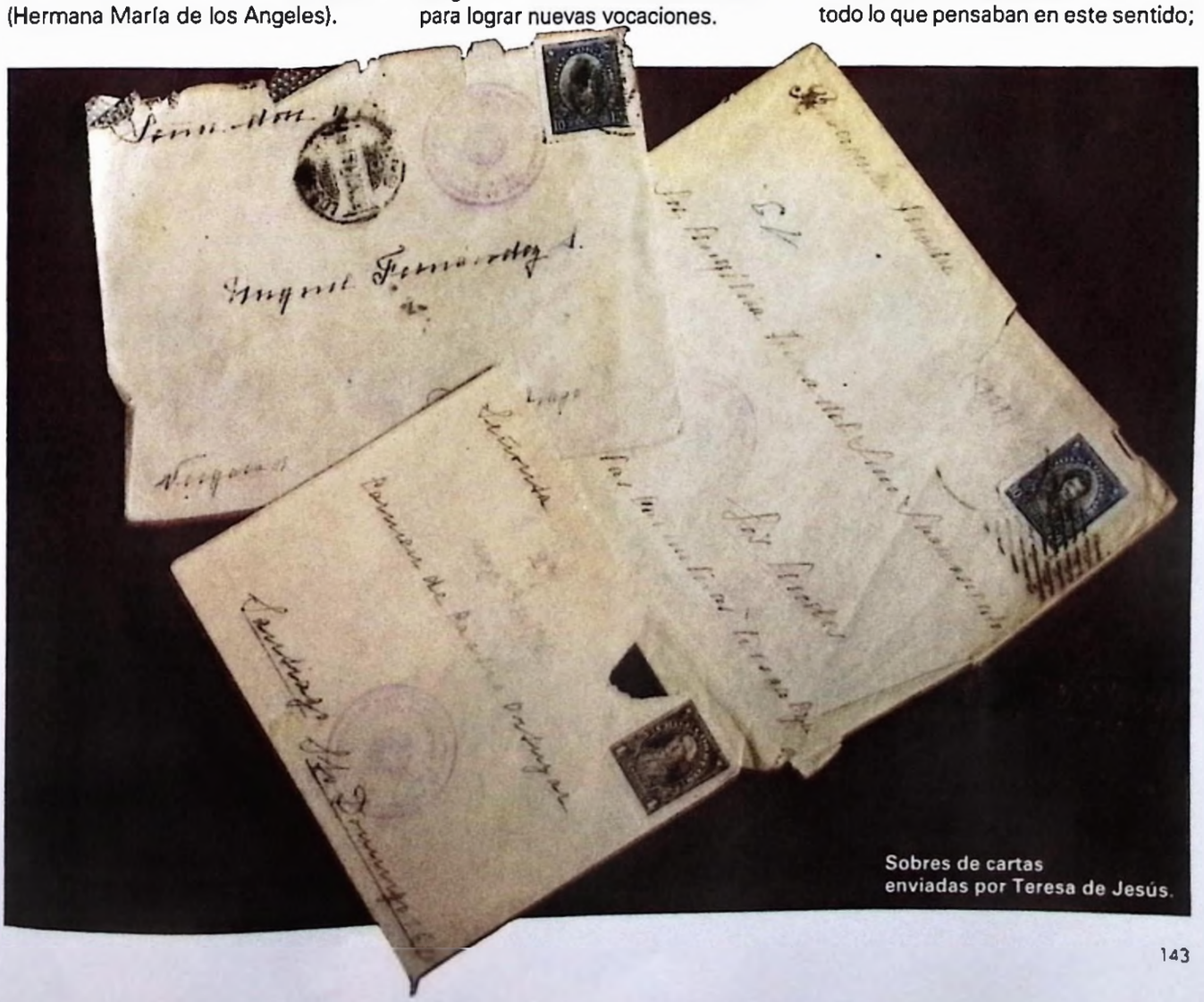
La Madre María Teresa de San Juan de la Cruz había conocido a la postulante cuando ésta tenía alrededor de tres años porque sus familias eran amigas. Volvió a saber de Juanita por su hermana Graciela; por ella se había enterado de sus grandes virtudes. La subpriora fue una de las religiosas que más rezó para que entrara al monasterio al estar al tanto de sus dudas entre el Sagrado Corazón y el Carmelo.

Desempeñaba los cargos de subpriora y tornera, tenía treinta y tres años y era muy considerada por su sentido de justicia y por sus ansias de ser una perfecta carmelita.

Las profesas tenían pocas oportunidades para hablar con las novicias y postulantes a excepción de la priora y maestra y de la hermana pedagoga. El noviciado estaba aparte y sus actividades, aunque muchas coincidían, no permitían romper el silencio. Incluyendo a la Hermana Teresa de Jesús, la comunidad se componía de dieciséis religiosas... Oraban constantemente para lograr nuevas vocaciones.

La Madre María Teresa consideraba una gracia divina el contar con Teresa de Jesús en el convento.

"Lo que más me llamó la atención en ella –asegurará la subpriora– fue su habilidad para encubrir sus virtudes y las gracias que recibía de Dios. Yo sabía que era extraordinaria, así es que la examinaba siempre que tenía ocasión; pude darme cuenta del gran dominio que tenía de sí misma. En las recreaciones de fiestas en que están las Novicias con la Comunidad me fijaba especialmente en ella, pues habiendo pasado la mañana en el Coro enteramente abstraída en Dios y muchas veces recibiendo grandes gracias, se manifestaba con una naturalidad y llaneza muy grande, siempre conversable y sonriente con las que le hablaban y sin llamar la atención en nada. Me fijé especialmente, un día en que se trataba en las recreaciones de las gracias extraordinarias de Benigna Consolata, admirándose algunas de la familiaridad con que la trataba N. Señor, recordando a este respecto la doctrina de N. Padre San Juan de la Cruz, animándose bastante la conversación diciendo todo lo que pensaban en este sentido;



Sobres de cartas enviadas por Teresa de Jesús.



Nuestra Señora del Carmen. Imagen quiteña del siglo XVII. Monasterio de San José, carmelitas, Santiago.

ella no daba su parecer, oía y aun preguntaba con admiración como si no sospechara tales cosas, teniendo los conocimientos y las luces que, a este respecto tenía. También me llamaba la atención su energía por dominarse. El día en que llegó, después que se despidió de su familia, yo la acompañé para traerla a la recreación, y en el trayecto vino alegre, sonriente, haciéndome preguntas respecto a la Comunidad; y ella después dijo en confianza a N. Madre que al despedirse de su familia había experimentado una verdadera agonía, que no creía posible sufrir más de lo que en ese momento sufrió.

"Era un alma humildísima que trataba de esconder las gracias que Dios le hacía, considerándose la última de las hermanas".

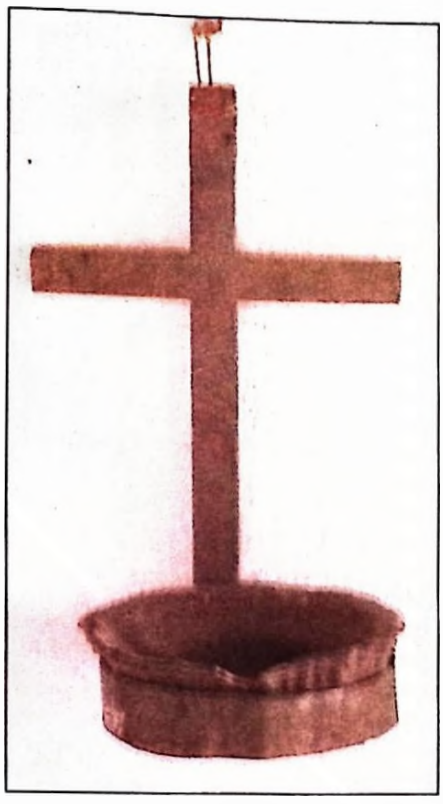
EL INVIERNO **EN EL CARMELO**

Teresa solicitó licencia para hacer los votos religiosos de obediencia, pobreza y castidad; la madre priora se la concedió mientras llegaba el tiempo de su profesión. Escogió el 27 de junio –día del Sagrado Corazón– para entregarse completamente "y morir (...) para siempre en el Corazón de Jesús" (C. 109).

"Quisiera expresarte mi felicidad –le transmitía a su hermana mayor–. Sí, quisiera por un momento hacerte saborear la dicha de ser enteramente de Dios, pero no hay lenguaje humano para reproducir los sentimientos divinos en que mi alma se halla sumergida. Lo he dado, es verdad, todo; pero también he llegado a poseer al Todo" (C. 112).

Tres días antes de hacer sus votos, había sido la fiesta de San Juan Bautista y por lo tanto su día; sus padres, Lucho y Rebeca llegaron a visitarla. Era la primera vez que la veían tras las rejas del locutorio. Don Miguel en medio de la emoción y de las lágrimas pudo apreciar el goce de su hija.

Seis meses después de la muerte de la joven, le escribirá a Rebeca: "En la soledad de mi cuarto de San Javier, lágrimas abundantes dejo caer, alivian mi corazón y le ofrezco a Dios con toda mi alma mis sufrimientos y me siento feliz y nuevas fuerzas me llegan para seguir la lucha; otras veces y muy a menudo, sueño durmiendo y lo continúo despierto con mi Juanita, la veo sonriente a través de la reja de su Convento, tan feliz y sonriente que su recuerdo no me trae pesar, sino una inmensa alegría y consuelo y le pido a ella por mí a cada momento".



Pila de agua bendita de la celda de Teresa de Jesús.

Lucho mantuvo una discreta serenidad; su hermana seguía igual, risueña, cariñosa, interesada por los suyos. Estaba impregnada de Dios; no hilvanaba dos palabras sin introducir a su Amado. De pronto, su alegría se disipó poniéndose muy pálida. Lucho miró hacia atrás... Rebeca se había desmayado. Teresa de Jesús estuvo a punto de llorar; cerró sus ojos y pidió fuerzas al Señor. ¡Cómo le habría gustado acariciarla!

Mientras don Miguel y doña Lucía la sostenían, Rebeca volvía en sí, y su hermana escondiendo el dolor, volvía a sonreír: "Negrita querida, ruego mucho por ti para que seas completamente de Jesús".

La madre sólo miraba, su Teresita difundía paz, consuelo, esperanza. ¡Si supiera cuánto la necesitaba! ¡Si supiera cuánto había llorado por ella! No, no debía ni pensarlo, había hecho el sacrificio de entregársela al Señor y tenía que vencerse como su hija lo hacía. Los suyos requerían más de ella; era mejor que ellos disfrutaran de su presencia.

En 1941, un día 23 de junio, evocará en una carta dirigida a la Madre Angélica este primer encuentro: "No puedo dejar de ponerle cuatro palabras en el día de mañana que tantos recuerdos tenemos de nuestra Juanita. Ese día fue nuestra primera visita a Los Andes desde su entrada; fue su papá, Lucho y Rebeca. Yo era la que menos la aprovechaba y por dejar a los demás conversar, casi no hablé con ella; quería que lograran ver su felicidad su papá, Lucho y Rebeca, que al verla se cayó. Me hizo tanta impresión porque Juanita se puso transparente al verla, ¡qué no pasaría por su corazón!"

La tristeza de Rebeca la había traspasado hondamente, pero pudo soportar la pena ofreciéndosela a Jesús. Una cruz más pesada cargaba sobre sus espaldas, pero una espina menos tenía El... tal era el gozo de la cruz. Algo diferente había advertido en Rebeca, los desmayos eran solamente una máscara para ocultar la causa. ¿Es que acaso El la había escuchado?... Seguiría rezando por su hermana.

"YA SOY **VIEJA"**

El 15 de julio, dos días después de su cumpleaños, le contaba a su mamá:

"Estamos en la novena de nuestra Madre del Carmen (...). No es posible comprender lo que siento cuando con todo el culto posible celebran alguna fiesta, pues de ordinario estamos en silencio en nuestro coro. Sobre todo mi alma se conmueve cuando cantan algo que he sabido, o cuando tocan lo que Ud. mamacita, tocaba. ¡Qué pobre, qué deslucido me parece el culto que tributamos a nuestro Dios sacramentado! ¡Qué poco respeto tenemos con Aquél ante el cual los serafines se cubren y anonadan! Y El todo lo soporta en silencio. El se mantiene sin esplendor, oculto bajo el pan, por vivir en medio de sus criaturas. ¡Oh, qué bueno es! ¡Qué infinito amor el suyo! ¿Cómo no nos enloquecemos de amor? (...).

"Rezo tanto por Ud., mi mamacita, la acompaño como siempre en todo.

"Ya soy vieja, tengo diecinueve años. ¡Qué horror! De cuánto tengo que dar cuenta. A Dios. Abrácese con la Cruz. En ella está Jesús. El lo es todo" (C. 115).

A los diecinueve años se consideraba "vieja", y tenía razón. Inconscientemente se lo había dicho a su madre, pero era la verdad, había madurado en pocos años lo que otros no conseguían ni siquiera triplicándolos. El des-

medido amor por Jesucristo la hacía elevarse a la inmensidad. La unión continua la desapegaba del mundo y este desasimiento lo iba ganando con sus virtudes y asistida por El. Abnegación, desnudez, purificación, renuncia, negación, sacrificio, penitencia, mortificación, vacío, desconsuelo..., todo lo buscó durante su vida con esfuerzo, alegría y constancia y lo seguía buscando para llegar a la más íntima unión de su alma con Dios. Tal era el camino de perfección que se había trazado, pero el trayecto era cada vez más estrecho... Menos de nueve meses le quedaban para llegar a la casa del Señor. El camino será tan angosto que avanzará más lento. Será un proceso duro, tendrá que sufrir y trabajar en exceso.

Cuando el fruto esté maduro se desprenderá sólo... El lo tocará y caerá.[1]

SANTA MARIA **DEL MONTE CARMELO**

En julio la comunidad celebraba la novena del Carmen. El día 16 de este mes se festeja la mayor de las fiestas carmelitanas, la Conmemoración Solemne de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo. "Estamos en la novena del Carmen y el Padre Julio es el que predica. No se imagina qué bien lo hace y cómo sabe penetrar con santa unción hasta el fondo del alma" (C. 115).

"Lo que me hace amar más aún mi vocación es el ver que la vida de una carmelita es semejante a la de la Sma. Virgen. Ella sólo oró, padeció y amó. Y todo en silencio. Además nuestra Orden es de la Sma. Virgen. Créeme que antes yo no sabía bien esto. Pero aquí he dado más de una vez gracias a mi Madre Santísima de haberme traído a su Orden" (C. 138).

"La que puso en mi alma el germen de la vocación fue la Santísima Virgen" (C. 81).

Si es cierto que la vocación es un don de Dios, no es menos cierto que es también una gracia de María, que siempre está presente en el alma que se abre al Señor. El Carmelo es "su Orden" y Teresa se sintió llamada a esa vida por medio de María. La Virgen distinguió a los carmelitas con el singular título de "mis hermanos"; les dio el santo escapulario como signo de consagración a Ella; les regaló con especiales privilegios y les aseguró su constante protección materna.

María de Nazareth fue la virgen orante, la virgen que siempre estuvo alerta a la palabra de Dios; la compañera de Cristo, la que más íntimamente trató con El. La vida de Nazareth es modelo de toda carmelita, como lo es la incondicional y generosa entrega de María a la obra redentora de su Hijo. "¡Qué hermosa es nuestra vocación, querida hermanita! Somos redentoras en unión con nuestro Salvador. Somos las hostias donde Jesús mora. En ellas vive, ora y sufre por el mundo pecador. ¿No fue esta la vida de la más perfecta de las criaturas, la Sma. Virgen?" (C. 130).

En el Carmelo su devoción a María se profundizaba, deseaba imitarla como lo había deseado siempre, pero allí, podía vivir como Ella y vivía como Ella: en soledad amando a Jesús, en silencio esperando oírlo y padeciendo con El en el Calvario. "La Sma. Virgen, mi Madre, fue una perfecta carmelita. Vivió siempre contemplando a Jesús, sufriendo y amándolo" (D. 47).

Era esta similitud con el estilo de vida de María lo que más la entusiasmaba:


Huerta donde trabajaba Teresa de Jesús.

"Ten siempre como modelo a la Sma. Virgen y pídele te asemeje, pues Ella siempre permaneció en silencio unida a Dios, y se consumió en el amor y en el sacrificio por sus hijos pecadores. Su vida se resume en dos palabras que son las de una carmelita: sufrió y amó" (C. 130).

CARTA AL **PADRE COLOM**

"Mis esfuerzos todos se dirigen a ser una santa carmelita, y creo que lo que Dios quiere de mí para alcanzar esta santidad es un recogimiento continuo: que nada ni nadie pueda distraerme de El. No me pide nada más que esto, porque allí, en esa unión íntima de mi alma con mi Dios, se encuentra para mí el ejercicio de todas las virtudes. Primero que todo encuentro la renuncia completa de todo mi ser, pues cuanto más me aísle de mí misma, más me internaré en El. Trato, pues, de negarme en todo para llegar a poseer al Todo, según nos enseña nuestro Padre San Juan.

"Hay días que consigo vivir enteramente para Dios. Entonces es cuando me siento en el cielo. Entonces es cuando comprendo que "sólo Dios nos basta". Fuera de El no hay felicidad posible. No se imagina, Rdo. Padre, lo que N. Señor se revela a mi alma, a pesar de ser tan miserable, y no comprendo cómo he amado a N. Señor sin conocerlo; tanta es la distancia que tengo y tenía de Dios.

"Mi oración es cada vez más sencilla. Apenas me pongo en oración siento que toda mi alma se sumerge en Dios, y encuentro una paz, una tranquilidad tan grande como me es imposible describir. Entonces mi alma percibe ese silencio divino, y cuanto más profunda es esa quietud y recogimiento, [más] se me revela Dios. Es una noticia muy clara y rápida. No es reflexionando; antes me turbo cuando reflexiono. Cuando esta noticia es muy clara, siento como que mi alma quisiera salir de mi ser. Mi cuerpo no lo siento. Estoy como insensible, y dos veces no me he podido mover de mi sitio, pues estaba como enclavada en el suelo. Otra vez una hermanita me fue a hablar, y sentí un estremecimiento terrible en todo mi ser, y lo que me dijo lo oí como de muy lejos, sin comprender sino hasta después lo que me dijo. Siento que mi alma está abrasada en amor de Dios y como que El me comunicara su fuego abrasador.

"Un Padre a quien le consulté acerca de mi oración me dijo que, cuando sintiera ese arrobamiento de todo mi ser, debía rechazar el pensamiento de Dios. Lo hice por obedecer, pero era el sufrimiento más terrible, y a veces no lo conseguía. También, que debía principiar mi oración por meditar en Jesucristo; y yo sentía que no podía, pues Dios me atraía el alma.

"Por fin el Padre Avertano, carmelita, que es actualmente mi confesor, me dijo que no debía resistir a Dios, sino seguir sus inspiraciones. Así lo he hecho. Después de tener esta oración de quietud, cuando he sido más fuertemente atraída por Dios, me vienen tentaciones muy grandes. A veces me parece que todo lo que me pasa son ilusiones. Otras veces, que es el demonio que me engaña para hacerme creer que soy extraordinaria. Otras veces me siento agobiada por mis miserias y abandonada de Dios; y por fin, la más terrible es la tentación contra la fe: quedo en completa oscuridad, dudando hasta de la existencia de Dios.

"Antes de ayer fue esta tentación tan grande que no podía ni aún rezar, pues era peor. Entonces creí había consentido en la tentación, y que estaba en pecado mortal; pero no me importaba ni aun esto, pues me decía que el pecado mortal eran invenciones. Anduve todo el día así y al mismo tiempo decía que se hiciera la voluntad de Dios. En la noche le dije a nuestra Madre que yo no comulgaría; sin embargo, ella quería sufriese yo sola y no trató de consolarme, pues creyó que la tentación pasaría como otras veces.

"Al día siguiente tenía fe y me dije que estaba en pecado mortal. Y como nuestra Madre juzgó que era prudente no exigirme que comulgara, pues yo no quería, me quedé sin comulgar, aunque tenía hambre de Jesús. Me sentía condenada. Dios se me representaba como un Juez terrible. Lloré tanto, que ya no sabía lo que tenía. Cuando nuestra Madre se me acercaba para consolarme, yo me retiraba, pues veía que estaba ella con Dios y yo con el demonio. Me tranquilicé cuando me aseguró que no estaba en pecado. Sin embargo, vi claramente que Dios no había querido venir ese día a mi alma. Ya la tentación pasó, y me ha dejado muy humilde, no sólo delante de Dios, sino delante de mis hermanitas (pues se cercioraron que no había comulgado y que me había tenido que confesar).

"Pero después de estas oscuridades Dios se comunica más a mi alma. Ayer ya no sabía dónde estaba, aun después de la oración; y aunque mi pensamiento no está permanentemente en Dios, me siento muy unida a El y, apenas pienso en El, mi alma se siente fuertemente atraída. Yo no sé si esto es ilusión o no. Lo único que veo es que ando con mucho recogimiento, sé mortificarme y vencerme más y soy más humilde. Dios es demasiado bueno con esta infeliz pecadora que a pesar que tanto lo ofende, no deja de amarla.

"Después que comulgo, me siento en el cielo, y dominada por el amor infinito de mi Dios. A veces mi solo consuelo en este destierro es la comunión, donde me uno íntimamente con El. Siento ansias de morirme por poseerlo sin temor de perderlo por el pecado. Este deseo me hace huir de las menores imperfecciones, pues ellas me separan del Ser infinitamente Santo.

"También N. Señor se me representa a veces interiormente, y me habla. Como una semana lo vi en agonía, pero de un modo tal como jamás lo había ni aun soñado. Sufrí mucho,



Imagen de San José en la huerta donde trabajaba Teresa de Jesús.

(1 Adaptación de una frase de la Hermana Teresa de Jesús)



Claustro del antiguo Monasterio del Espíritu Santo de la calle Sarmiento, Los Andes. La palmera y el jardín pertenecen a la época de Teresa de Jesús. Ella no conoció esta edificación.

pues traía la imagen perpetuamente, y me pidió que lo consolara. Después fue el Sagrado Corazón en el tabernáculo con el rostro muy triste; y por último, el día del Sagrado Corazón, se me representó con una ternura y belleza tal, que abrasaba mi alma en su amor, no pudiendo resistir. Sin embargo, en cuanto a las imágenes y hablas interiores no hago caso si no es al efecto bueno que producen en mí, para no aficionarme a ellas, y aun trato de rechazarlas. En cuanto a Dios, no me lo represento en ninguna forma para ir a El por fe. Todo esto pasa en mi alma. Juzgue su Reverencia si no voy errada, pues vivo con este temor" (C. 116 - 20 de julio).

ALMAS PARA **EL SEÑOR**

Teresa, íntimamente unida a Cristo e identificada plenamente con su obra redentora, participó en ella con verdadero espíritu carmelitano. Se sabía miembro de la Iglesia y su apostolado dentro de ella fue la oración y el sacrificio para contentar al Señor en su infinita sed de almas. Este rol se lo había adjudicado en el mundo, pero será en el Carmen donde comprenderá en toda su magnitud el carisma teresiano al convertirse en un instrumento eficaz para servir a Cristo y a su cuerpo místico. Esto le llevará a preocuparse no sólo por los suyos sino a extender su plegaria a todos los rincones de la tierra:

"Le aseguro, mamacita, que es hambre, que es sed insaciable la que siento porque las almas busquen a Dios. Pero que lo busquen no por el temor, sino por la confianza ilimitada en su Divino Amor. Cuando un alma se entrega así, Jesús lo hace todo, porque ve que esa alma es miserable e incapaz de todo bien, y como la ve llena de buena voluntad y desconfiada de sí misma, se conmueve su amante Corazón y la toma por su cuenta" (C. 104).

"Si supieras cómo el alma va encontrando horizontes infinitos, desconocidos hasta entonces, si supieras, mi hermanita, la vida de unión íntima que vive la carmelita con Jesús. El lo es todo para ella, cuántas horas pasa en el coro junto a la reja mirando esa Hermosura increada, oyendo lo que la Sabiduría infinita le enseña y, sobre todo, sintiendo los latidos del Corazón de su Dios. Nada puede separarla de El. Jesús la arrancó del mundo, de los suyos, para traerla a la soledad donde El descansa; para tenerla siempre junto a



Madre Margarita de San Juan de la Cruz, fundadora del Monasterio del Espíritu Santo.

su sagrario. Quiere que la carmelita sea su hostia. En ella vive y sobre su Corazón la sacrifica y la ofrece a su eterno Padre por el mundo pecador en silencio, como El, convertido en Hostia, se inmola en el altar ocultamente" (C. 133).

"Ella [la carmelita] comprende que al contacto con Jesús se diviniza; por eso se sumerge en El para transformarse en El, y a medida que se engolfa en Jesús, va descubriendo en El tesoros infinitos de amor y de bondad; va reconociendo poco a poco al Verbo humanado. Entonces es cuando comprende más que nunca la obra redentora del Salvador, el valor de esa Sangre divina, y, consumida por el amor, siente sed. Sí, sed de la sangre de su Dios, derramada por las almas pecadoras. Ir en pos de ellas para salvarlas no puede. Está ciega si se aparta del foco de Luz que es el Verbo. Entonces, como ya no forma con Jesús sino una sola persona y una sola voluntad, dice que tiene sed de su sangre y El no puede menos de sentir lo mismo y, echando a raudales su Sangre sobre las almas, las salva.

"Un alma unida e identificada con Jesús lo puede todo. Y me parece que sólo por la oración se puede alcanzar esto. Aunque otros digan que por el apostolado y la oración se salvan las almas, yo creo que es mucho más difícil, pues esto necesita una gran unión con el Redentor; pues el salvar almas no es otra cosa que darles a Jesús y así el que no lo posee, no puede dar nada. Por lo general las almas en la vida activa llegan más difícilmente a unirse enteramente, ya que las cosas exteriores y el trato constante con el mundo la hacen distraerse y apartarse de Jesús. Además me parece puede mezclarse el amor propio cuando se palpan los triunfos, peligro que la carmelita no tiene, ya que ignora el número de almas que salva por la oración y sacrificio. Y quizás de su celda conquista, al par que los misioneros, millones de infieles que se encuentran en los confines del mundo" (C. 130).

"Qué feliz me siento cuando le puedo decir: Todo mi ser te pertenece, Jesús mío. Mi corazón sólo debe amarte a Ti y amar las almas, porque ellas están teñidas con tu sangre. Al sacrificarme por ellas, sólo me sacrifico por recoger tu sangre adorada, para que no se pierda. Así pues, salvo las almas, pero sin perderte de vista mi Astro divino. Mi inteligencia, mi pensamiento, mi memoria te pertenecen. No tengo que conocer criaturas ni estudiar ciencias humanas. Eres Tú mi Sabiduría, mi libro de Verdad eterna. Mi cuerpo lo he venido también a inmolar, porque te amo y desde la cruz me enseñas a crucificarlo. Mi voluntad la he puesto en manos de mis superiores que representan tu autoridad divina. Nada puedo hacer sin permiso, ni aún recoger un alfiler. Los bienes temporales también los dejé por Ti y nada puedo poseer. ¿Qué me queda? Nada. He venido para desaparecer en Ti. Jesús mío" (C. 141).

CAPITULO **DE CULPAS**

Al asistir por primera vez al Capítulo de Culpas[1] confesó algunas faltas. La única que suscitó un leve interés fue una contra la obediencia; había cruzado el patio sin zuecos.[2]

"Sin duda Vuestra Caridad ha incurrido en esta culpa antes de saber la orden que había en contra", le mani-

(1 Reunión comunitaria en la que después de una exhortación espiritual por parte de la priora, cada hermana se acusaba a sí misma de sus faltas)
(2 Calzado de madera que se colocaba encima de las alpargatas para evitar la humedad)



Traje de postulante y zapatos de Teresa de Jesús.

festó la priora, quien presidía el Capítulo.

Rompiendo el silencio, con humildad y pena replicó: "No, Madre nuestra, lo hice después".

En el segundo Capítulo, antes de descargar sus errores, la hermana pedagoga hizo notar a la Madre Angélica que le molestaban los movimientos que la postulante hacía con los pies en el coro y este desagradable ruido perturbaba su oración.

Teresa de Jesús pensaba que nadie lo había notado... Postrándose en el suelo, pidió perdón.

La verdad es que temía que al arrebatarse en éxtasis su alma se elevara su cuerpo. No sólo movía los pies para impedirlo, también se pellizcaba, esto último, al parecer, no lo habían advertido[1]. Sufría, no quería aparecer como extraordinaria. Al Padre Julián Cea le referirá:

"Hace seis [días], estando en la acción de gracias después de la comunión, sentí un amor tan grande por N. Señor que me parecía que mi corazón no podía resistir; y al mismo tiempo –créame, Padre, que no sé qué decirle lo que me pasó, pues quedé como atontada– he pasado todos estos días como si no estuviese en mí. Hago las cosas, pero sin darme cuenta. Después, en la oración, se me presentó Dios e inmediatamente mi alma parecía salir de mí; pero con una violencia tal, que casi me caí al suelo. No pierdo los sentidos, pues oigo lo que pasa al lado, pero no me distraigo de El. Sobre todo cuando el espíritu sube más, entonces no me doy cuenta (esto es por espacio de minutos, creo), pero paso la hora casi entera en ese levantamiento de espíritu; pero eso sí que con interrupciones, aunque en estas interrupciones no vuelvo bien en mí. Después mi cuerpo queda todo adolorido y sin fuerzas. Casi no puedo tenerme en pie. Y el otro día me pasó que no tuve fuerzas ni aún para llevarme el tenedor a la boca. Tenía tan pesado y adolorido el brazo que no podía. Creo que pasaron dos [días] sin hacer caso de nada. En estos propósitos estaba cuando de repente se me vino a la mente el anonadamiento de Dios bajo la forma de pan, y me dio tanto amor que no pude resistir: y mi alma con una fuerza horrible, tendía a Dios. Después sentí esa suavidad, la que me inundó de paz y me convenció que era Dios.

"Sin embargo, hoy estoy con todas las dudas y he llorado, porque no quiero llamar la atención de mis hermanas. Por otro lado, el amor de Dios que siento es tan grande que estoy sin fuerzas, y creo que, si me viniera un levantamiento de espíritu, no podría resistir.

"También pienso que, cómo yo, siendo una pecadora y que sólo tan poco tiempo me doy a la oración, Dios se me va a unir a mí. Sin embargo, El me dijo que yo sufriría la purificación por medio del amor, pues quería hacerme muy suya. Otras veces se me ocurre que las hermanas me van a creer que yo soy una hipócrita que quiero hacerme pasar por extraordinaria, y que me van a echar. Esto no me atormenta tanto, porque gozaría que todas me despreciasen.

"He visto que esta oración me hace buscar más soledad. No tengo ningún apego. Tengo más humildad, amor al sufrimiento, a la mortificación. Sobre todo siento que yo no soy la que vivo, sino Jesús" (C. 122 - 31 de agosto).

RECREACIONES Y **TRABAJOS**

El 27 de agosto la Hermana María de San José celebraba sus bodas de plata en el Carmelo. Teresa le había pedido –con anticipación a su madre– media docena de cucharas de té niqueladas y una estatuilla de la Sagrada Familia "de una o dos pulgadas porque la que tiene ella, con el uso está completa-

mente gastada" (C. 123).

Con la autorización de la priora, la Hermana María de los Angeles vistió a Teresa de Jesús de ángel para coronar a la festejada; "llena de alegría aceptó y aprendió el papel que se le confiaba".[2]

"No te imaginas lo que la celebramos. Tanto que la pobrecita en su humildad –pues es una santa– llegaba a llorar: versos divertidos, cantos en guitarra, etc. Nos divertimos muchísimo. Todo es sencillez y alegría en el Carmen, y cada una se esmera en poner de su parte cuanto pueda para alegrar a sus hermanas. Verdaderamente es un encanto vivir en medio de santas hermanas, pues todas no formamos sino un solo corazón" (C. 127).

Durante las recreaciones, las hermanas conversaban alegremente no dejando nunca sus trabajos manuales; jamás estaban ociosas; hacían escapularios del Carmen para luego ser repartidos a los fieles, ornamentos de sacristía; además, bordaban, zurcían, cosían, ayudaban en la cocina; mantenían la huerta, los colmenares y las flores. Por medio del trabajo debían obtener su diario sustento. El trabajo ayudaba a fomentar la unión y a mantener el espíritu libre para unirse al Señor.

"Ayer amanecí muy cantora. Hice la celda cantando (pero porque era día de recreo). Formábamos dúo con otra hermana novicia. Eso sí que cada una por su lado. Después en el recreo todas nos embromaban. Así pasamos la vida, hermanita querida, orando, trabajando y riéndonos" (C. 108).

"El martes, por ser el día de Santa Marta, fuimos las novicias a reemplazar a las hermanitas conversas a la cocina. No se imagina lo que gozamos haciendo de comer. Nos reíamos a gritos al vernos picando la cebolla y llorando. Todo en el Carmen se hace con alegría, porque en todas partes tenemos a nuestro Jesús, que es nuestro gozo infinito" (C. 120).

"Después de la comida, a las doce y cuarto, tengo que ir a fregar (esta semana únicamente) que es lavar los platos. El primer día que lo hice sola me olvidé de ponerle el tapón al lavadero y principió caerse el agua. No sé qué habría pasado si no es por una buenísima hermanita conversa que me socorrió" (C. 108).

VOTACION PARA LA **TOMA DE HABITO**

"Me parece un sueño mi vida. Dos meses más y si Dios quiere, tomaré el hábito. ¡Qué feliz me siento sólo de pensarlo! Sin embargo, también me da temor. No tengo ninguna virtud y estoy llena de defectos, y llevar el hábito de la Sma. Virgen así, tan indignamente, me espanta. Créame que muchas veces quisiera retardar esa fecha, mas tengo ansias que todo lo del mundo desaparezca y llevar ese sayal pobrecito, que será más semejante a aquella túnica pobre de Jesús. Pienso trabajar en mi perfección para que El no se avergüence de vestirme con el ropaje de sus almas predilectas.

"¡Qué dicha, mamacita, es ser Carmelita! No puedo expresarle el himno de acción de gracias que se eleva incesantemente de mi corazón. Dios ha sido demasiado bueno con su pobre hija, tan indigna, tan pecadora. Sólo El ha querido apoderarse de mi ser, a pesar que tantas veces lo he olvidado. El cuida de su Teresa en cada instante dándose a ella por entero. En este momento estoy perdida en su Ser Infinito. El me ama infinitamente mientras yo, su nada criminal, permanezco amándolo, pues cumplo su divina voluntad. ¡Qué dulce cosa es para el alma vivir así con el Ser Divino, compenetrada, unificada por el amor con Dios! Así pasa su destierro su carmelita: amando para que la muerte la encuentre convertida en El" (C. 120).



Campanilla del noviciado en la época de Teresa de Jesús.

El 8 de septiembre se realizó la votación para su toma de hábito. La Madre Angélica había pedido permiso al señor nuncio para anticiparla un mes. Con la autorización de la priora lo comunicó a su madre:

"Tengo una noticia muy consoladora que darle: que el día de la Natividad, nuestra Madrecita me presentó al capítulo para decidir sobre mí toma de hábito, y obtuve los votos de mis hermanitas. No se imagina la sorpresa y emoción que experimenté, pues no tenía idea de ello, cuando me manda a llamar a la sala de capítulo porque la votación se había hecho. Entré temblando. Toda la comunidad estaba reunida, y nuestra Madrecita con la capa blanca de coro presidiendo. Créame que creí iba a ser rechazada, cuando oigo que me dice que he sido aceptada, no supe lo que me pasó. E inmediatamente nuestra Madrecita me abrazó (abrazo que duró mucho rato, porque no la soltaba, pues no sabía cómo agradecerle). Enseguida las abracé a todas (casi las desarmé), tanto que después me embromaban. Verdaderamente sólo Dios puede pagarles que me admitan" (C. 129).

EJERCICIOS **ESPIRITUALES**

El 15 de septiembre comenzaron los ejercicios espirituales dirigidos por el Padre Avertano. Nueve días de intensa reflexión. Teresa de Jesús anotará en su libreta algunos pensamientos de las conferencias:

"Soy de Dios ya que El me creó. Debo vivir sólo para Dios y en Dios. Al traerme Dios al claustro me atrajo a esta vida en El, ya que el claustro es antesala del cielo y en éste, sólo Dios existe para el alma. Un alma que no vive en Dios en el claustro lo profana. El claustro está todo penetrado de Dios. Es la morada de El. Las almas religiosas son los ángeles que constantemente lo adoran. Una religiosa debe observar sus votos, puesto que en ellos está su santidad. El voto de obediencia encierra los otros dos y es el que constituye a la religiosa. Es la ofrenda más grande que se puede hacer a Dios, pues por El renunciamos a nuestro querer, y para cumplirlo con

(1 Sólo se sabrá después de su muerte, por el P. Avertano el porqué de estos movimientos)
(2 Hermana María de los Angeles)



Doña Lucía Solar de Fernández con el hábito de carmelita seglar de la orden terciaria.

perfección tenemos que atender a los más mínimos detalles de las constituciones y ceremonial. Al obedecer debemos sólo ver la autoridad de Dios y prescindir de la criatura. Aunque esta se deje dominar por la pasión y ordene cosas al parecer injustas, debemos obedecer, no viendo en ello sino la voluntad de Dios que quiere perfeccionarnos y acercarnos más a El. Una carmelita debe vivir siempre en Dios por la fe, esperanza y caridad. La vida de fe no consiste sino en apreciar y juzgar de las cosas y criaturas según el juicio que de ellas tiene Dios. V. gr., una humillación con espíritu de fe es recibida con alegría, pues por ella se asemeja el alma más a Jesús humillado. La esperanza consiste en una plena desconfianza de nosotros mismos, confiando en la gracia de Jesús. Olvidar nuestros pecados cuando el enemigo se sirve de ellos para hacernos desconfiar de la misericordia de Dios-Amor. La caridad consiste en apreciar a Dios y preferirlo a todas las cosas y criaturas.

"Del espíritu de fe y caridad se desprende el espíritu de sacrificio, que consiste en el continuo renunciamiento de las criaturas, de las cosas y de nuestra propia concupiscencia. Un alma que es sacrificada desde la mañana a la noche, se vencerá y luchará contra sus pasiones. La unión con Dios o la santidad está en vivir en espíritu de fe y de caridad. La fe debe ser mi guía para ir a Dios. Debo desasirme de todos los consuelos y gozos que encuentro en la oración. Debo tratar de olvidar los favores que Dios me hace, fijando mi atención en el amor que me demuestra en [la] Cruz y en el Sagrario" (D. 57).

ORACION

"Tú que me creaste, sálvame. Ya que indigna soy de pronunciar tu dulcísimo nombre, pues ello me serviría de consuelo, me atrevo, anonadada, a implorar tu infinita misericordia. Sí; soy ingrata. Lo reconozco. Soy polvo sublevado. Soy nada criminal. Pero, ¿acaso no eres Tú el Buen Pastor? ¿No eres Tú el que saliste en busca de la samaritana para darle la vida eterna? ¿No eres Tú el que defendiste a la mujer adúltera y el que enjugaste las lágrimas de María la pecadora? Es verdad que ellas supieron corresponder a tus miradas de ternura. Ellas recogieron tus palabras de vida. Y yo –¡cuántas veces no he sido traspasada por tu amor, cuántas veces no he sentido palpitar tu Corazón dentro del mío escuchando tu melodioso acento!– y sin embargo, aún no te amo. Pero perdóname. Acuérdate que soy nada criminal; que sólo puedo obrar el pecado. Oh mi adorado Jesús, por tu Corazón divino, olvida mis ingratitudes y tómame por entero. Aíslame de todo lo que pase en torno mío. Que viva yo contemplándote siempre. Que viva sumergida en tu amor, para que él consuma mi miserable ser y me convierta en Ti." (D. 57)

DESAFIA A SU MAMA

Animada por el entusiasmo y la alegría de su hija, doña Lucía entró a la orden terciaria, convirtiéndose en carmelita seglar y tomando el nombre de María Magdalena de Santa Teresa. Teresa de Jesús comenzó a llamarla hermanita:

J.M.J.T.
Pax Christi
Convento del Espíritu Santo, 30 de septiembre, 1919.

"Sor María Magdalena de S. Teresa

"Querida Hermanita: Que la gracia del Espíritu Santo more en su alma.

"Grande ha sido el gozo que me ha causado su toma de hábito, tanto más cuanto que Su Caridad no ha pasado ni aun por el postulantado. Lo que me demuestra que el Rdo. Padre Avertano la ha encontrado con las virtudes y perfecciones dignas de una carmelita. Mientras Vuestra Caridad tiene esa dicha, su pobre hermana Teresa se encuentra bien pobre de virtudes, a pesar de tener cinco meses de postulantado. ¡Qué vergüenza! Sin embargo, confío en sus oraciones que han de ser muy aceptas a N. Señor, para que no sea tan indigna de ese hábito tan querido.

"Permítame Su Caridad enviarle un desafío, según se acostumbra en nuestra S. Religión: es para aceptar con alegría y santa conformidad las cruces que nuestro Divino Maestro se digne enviarnos. Ha sido despojada Vuestra Caridad de sus vestiduras del mundo, y pronto su hermana tendrá esa felicidad. No vamos a pertenecer al mundo ya, pues Jesús nos ha despojado del espíritu del mundo, para vestirnos con su Divino Espíritu. Y ¿cuál es este espíritu...? El de la Cruz, el renunciamiento de nuestra concupiscencia y carne. La negación de nuestros apetitos y gustos, comodidades, etc. Ya no somos del mundo. Jesús nos sacó de él para que lo siguiéramos más de cerca y nos dice: "Si alguno quiere venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame". Así pues, hermanita, caminemos en pos de El. El amor lo exige, pues nos ha elegido para hacernos todas de El. Y cuando el peso de la cruz nos agobie, llamemos a Jesús en nuestro auxilio. El marcha delante, y no se hará sordo a nuestro gemir. A pesar de sus dolores en el camino del Calvario, consoló a las santas mujeres; ¿por qué no nos ha de confortar? ¿Acaso Jesús no está allí, en el tabernáculo, para alentarnos? Así pues, carmelitas somos y, por lo tanto, corredentoras del mundo. Y la redención de las almas no se efectúa sin cruz. Animémonos, hermanita, para sufrir todo lo que Dios quiera.

"Mucho le agradecería que para la toma de hábito me trajera "Jesús Intimo" por Suave. Creo que comprende dos o tres tomos. En la Casa de Ejercicios ha de estar.

"A la Rebeca dígale que dentro de algunos días le escribiré y dígale que no me gusta nada su salida del colegio sin la medalla de Hija de María. Que yo se la di con la condición [de] que la recibiera. Y que el día de mi toma de hábito tiene ella que pedir **hueco.**

"Por Miguel rezo muchísimo. Lo mismo por Lucho.

"Gocé y agradecí mucho la visita de Chiro. Salude a la Lucita y muchos besos para la Lucecita. ¿Cuándo piensan mandarme el retrato de ella con su mamá? Espero que me traerán a Ignacito. Tengo tantas ganas de verlo a mi Nanito.

"A la Eli dígale que tengo verdaderos deseos de conversar con ella, pues hablaremos de todo, y pueda ser que el 14 **estemos solas**. Que le tenía escrita una larga carta con detalles de nuestra vida y que el perrito que tenemos se la comió entera.

"A Dios, hermanita la más querida en Jesús. Salude a todos. Para mi mamita, Rosa y todas las de casa, muchos recuerdos. Dígale a la María C. que uso sus tijeras; que Dios se las pague muy bien. A mi tía Juanita, Isolina, a misia Julia, muchos saludos. Recen por mí. No saben lo que necesito de oraciones.

"En el Corazón de Jesús, la abraza su humilde hermana,

Teresa de Jesús, Carmelita.

"¿Cómo está la Lucha en la Escuela Victoria Prieto? Acuérdese que en septiembre es el momento propicio para matricular en los Salesianos a Juanito" (C. 135).

EL DIOS **AMOR**

Doña Lucía había llegado a Los Andes el 13 de octubre, un día antes de la toma de hábito. Quería gozar de su presencia a solas. Era su tercera visita; la anterior la había hecho acompañada por su hermana Juanita, su cuñada Rosa Fernández de Ruiz-Tagle, Lucho y Rebeca. En la tarde tuvo la dicha de verla en el locutorio. Le pareció radiante, serena... madura. El sacrificio de entregarla al Señor estaba dando sus frutos: ella también cambiaba... Teresita la transformaba enseñándole que Dios era amor, alegría infinita; sus sufrimientos debía ofrecércelos a El y mirarlo con ternura pues Cristo la hacía participar de su cruz. A los cincuenta años, doña Lucía, la que se creía dueña de la verdad, la que se creía condenada por sus exagerados escrúpulos, la que actuaba correctamente por temor a Dios, la que se atemorizaba ante el Juez castigador..., se doblegaba asimilando el maravilloso concepto del Dios Amor.

Teresita la iba convenciendo –a través de sus cartas– de que Jesús era el amigo, el único gran Consolador: "la cruz es un tesoro" (C. 97), "cuando se le ama todo es alegría y la cruz no pesa; el martirio no se siente" (C. 104), las almas debían buscar a Dios "no por temor, sino por la confianza ilimitada en su Divino amor" (C. 104). Deseaba compartir la alegría de amar a Dios como lo amaba su hija y por eso se hizo carmelita terciaria seglar.

La joven la trataba de "hermanita", otras veces de "Su Caridad", la embromaba porque había recibido el hábito sin pasar por el postulantado.

Su madre aprendía a cargar con resignación sus penas; le hablaba de Miguel sin la dureza de antaño; aceptaba su condición de poeta y bohemio y oraba, no para que el Señor se lo llevara, como antes lo hacía, sino para que cambiase su conducta. Dios, al parecer, la había oído; su hijo estaba resuelto a trabajar en el campo junto a su padre. Ya no se horrorizaba frente a la incredulidad de Lucho; intentaba conducirlo por el buen camino encomendándolo con dulzura al Señor. En cuanto a su marido, le había perdonado sus reveses de fortuna y no se quejaba por los problemas monetarios que tantos trastornos le habían acarreado.

Le confirmó que vendrían el Padre Blanch, su papá y sus hermanos, a excepción de Lucita pues no podía dejar a su pequeña hija. Rosa y Ofelia también llegarían, tía Juanita, doña Julia Freire de Rivas con su hija Luz, su tío Maximiliano Fernández y su señora doña Victoria Correa; las Valdés Ossa, Elena Salas, Graciela y Mercedes Montes.

Pero Teresa volvía siempre a su tema: Jesús, infundiéndole su goce, su enamoramiento, su adoración.

Un año después de este encuentro, doña Lucía le escribirá a la Madre Angélica: "Cuánto siento no estar allá el 14 llevando mi ofrenda en gratitud de la gracia que me hizo Dios al darme una hija como mi Teresita. Mañana 13, un año que conversé tanto con ella y que apenas tocaba la tierra pues toda ella estaba más en su cielo. Era imposible hablarle de cosas humanas, su carita, sus ojos, todo su ser lo tenía inflamado por el amor divino. Como me

tomaba cuenta sobre mi pobre oración a la que casi no me atrevía a contestarle viéndola tan arriba y a su madre tan abajo. Un año, el 14 que vistió el hábito carmelita y lo llevará por toda la eternidad".

"NUESTRO **SANTO HABITO"**

Un cuarto para las tres de la tarde comenzó la ceremonia. Teresa de Jesús, con un vestido negro, largo, y discretamente elegante, ingresó al coro acompañada por la comunidad. Una novicia portaba el crucifijo; las religiosas llevaban blancas capas y en sus manos velas encendidas; ordenadas en procesión cantaban *O Gloriosa Domina*.

El Padre Blanch, asistido por el Padre Gavirati, leía en latín una oración. La joven postulante se arrodilló –en medio del coro– sobre un paño de sayal cercado por flores blancas. El hábito, el escapulario, el cinto y la capa yacían junto a la reja.

"Hermana, ¿qué pide?"

"La misericordia de Dios, la pobreza de la Orden y la compañía de mis hermanas".

Luego del sermón volvió a preguntar:

"¿Estáis vos resuelta a perseverar en la Orden hasta la muerte?"

"Sí, con la gracia del Señor y las oraciones de las hermanas".

Teresa de Jesús salió del coro –acompañada por la subpriora– mientras las carmelitas salmodiaban *In exitu Israel de Egypto*.

La joven regresó con su nueva túnica, la toca y el velo. Volvió a arrodillarse sobre el sayal con las manos juntas. Las religiosas permanecían de pie orando.

Se acercó a la reja con la cabeza inclinada –y de rodillas– esperaba que la Madre Angélica completara sus vestimentas. Le ciñó el cinto, le colocó el escapulario y la capa bendecidos por el sacerdote que rezaba tras las rejas; luego la roció con agua bendita.

Terminada la oración *Adesto Dómine* la comunidad se hincó entonando el himno *Veni Creator Spiritus*. Al concluir el primer verso, las religiosas se pararon y la nueva novicia quedó postrada en cruz sobre el sayal hasta que finalizaron el himno, las preces y oraciones.

Con el salmo *Ecce quam bonum* se levantó de la postración. "Abrazó a su familia religiosa con tal efusión y amor que parecía querer entrar en cada una de sus hermanas dentro de su pecho. Su mirada tenía algo luminoso, y el más puro gozo se reflejaba en su rostro. Después no se cansaba de estrechar contra su corazón el escapulario manifestando cuánto amaba la librea de la Santísima Virgen"[1].

La ceremonia concluyó a las tres veinte.

Despojada de todo lo superfluo, se entregaba al Señor vacía: "La esposa debe vivir siempre en el palacio del Calvario. Allí no se admite nada del mundo (...). La carmelita es una crucificada. Como Jesús, en ella no hay nada que no esté llagado, mortificado. El pensamiento, que es lo más libre del hombre lo encadena en Dios (...). Su acción, su obra redentora, ¿no es acaso semejante a la de Jesús-hostia? Ella salva a las almas por la oración y el sacrificio. Tras las rejas de su claustro, escondida, olvidada por el mundo, ella detiene la justicia de Dios. Ella es la savia por donde Dios hace circular su gracia en las almas" (C. 138).



Alpargatas que usó en el convento Teresa de Jesús.

"TUS MISTICAS PLEGARIAS **SERAN SU SALVACION"**

En privado le cortaron el pelo, lo dividieron en dos para hacer un par de trenzas que le entregarían a su madre.

Diecinueve personas la esperaban; venían de Santiago y todos ansiaban verla tras las rejas del locutorio debiendo turnarse para entrar a la pequeña sala. Cada uno de los que salía transmitía a los demás la felicidad de Teresa. Elena Salas pudo oír los consejos que tanto necesitaba: "Te convido para vivir con Jesús. Dile que te construya una casita. El material se lo das tú: olvido de ti misma y caridad. Entrégaselos porque es muy buen arquitecto". Elena confesará –más tarde– que "quedó transfigurada con el contacto de su amiga". Ese día afianzó su vocación para convertirse en religiosa del Sagrado Corazón... Juanita se la había despertado en el colegio.

Graciela Montes decidió enfrentar a sus padres y no ocultar más el secreto. Teresa la había animado para hacerlo y rezaría especialmente para que lograra el permiso para entrar al Carmelo.

La nueva novicia se conmovió al ver a Miguel y a Ignacio, era la primera vez que venían a Los Andes. Miguel había observado la pobreza del monasterio... un pálido reflejo de lo que le habían contado. ¡Contrastaba tanto con la felicidad de su hermana! Y él no podía encontrarla...

"Cuando en la tarde cruda, silenciosa, sombría,
la campana del Angelus te invite a la oración,
piensa en el alma hermana, reza un Ave María;
tus místicas plegarias serán su salvación"[2].

Herminia Valdés le agradecía las sugerencias que recibía en sus cartas: comulgaba diariamente, aprovechaba los estudios y continuaba con sus clases de piano; Teresa le había recalcado que no debía desperdiciar su talento musical, era un regalo del Señor que tenía que aprovechar pero también quería inculcarle el amor a lo eterno, a lo que no pasa: "Es necesario vivir siempre pensando que una eternidad nos aguarda (...). Gordita querida, siempre te predico en mis cartas; pero es porque quiero que seas muy piado-

(1 Hermana Gabriela del Niño Jesús.)
(2 Ultima estrofa de un poema de Miguel, "La Hermana Jardinera", dedicado a Teresa de Jesús.)



Hábito de Teresa de Jesús.

sa. Necesita tanto el mundo de niñas que tengan verdadera piedad. ¡Cuánto bien puedes hacer entre los tuyos si eres **sacrificada**, si no buscas tu **comodidad**, sino el bien de los demás! Y cuando sientas ese grito interior de egoísmo, dirige con tu pensamiento una mirada a Jesús. ¿Y por su amor, no tendrás fuerzas para vencerte? El se sacrificó por ti desde que nació hasta el Calvario. Y al ver a un Dios ensangrentado que te pide que te venzas, ¿podrás no hacerlo?" (C. 134).

A Rebeca y a Lucho los dejó para el final. Ninguno de los dos aceptaba la separación; no podían acostumbrarse a vivir sin ella. Les aseguró que más que nunca estaban unidos y en la oración a cada uno les dedicaba un tiempo.

"Lucho querido, a pesar de que la distancia nos separa, mi alma siempre está muy unida a la tuya. Ambas no formamos sino una sola, ¿no es verdad? Pues bien, yo ya estoy sumida en Dios. Su amor es la vida de mi alma. Quiero elevarte hasta El; quiero comunicarte, hermanito mío, un poco del fuego en que me abraso; quiero calentarte con ese calor infinito, para que tengas vida. Sólo quisiera de ti la buena voluntad. Déjame, Lucho, ser tu guía. ¿Quién puede desearte mejor y mayor bien que tu carmelita?" (C. 96).

EL CUMPLEAÑOS DE **LA MADRE PRIORA**

Al hacer su Primera Comunión Juanita habló de "día sin nubes", nada había perturbado su felicidad, pero el día de la toma de hábito hubo una nube que necesariamente debió haber empañado ese ansiado momento. No lo relató en ninguno de sus escritos y nadie pudo afirmar que le notó un atisbo de tristeza. Cinco días antes de su toma de hábito, la Hermana María Marta de San Miguel, su compañera de noviciado, había abandonado el convento. Uno de los motivos por el cual había escogido Los Andes fue para reemplazar a una de las tres carmelitas fallecidas. Era la número dieciséis y volvían a ser quince. Oraba para llevarle almas a Cristo y una religiosa, una hermanita conversa, dejaba el Carmelo. Fueran cuales fuesen las razones de su alejamiento, la joven tuvo que haber sufrido y mucho.

La novena de Teresa, la Santa Madre reformadora del Carmen, había comenzado el 6 de octubre para ser terminada el catorce. El quince, día de la Santa, el Capellán, señor Cancer ofició una solemne misa que fue predicada por el Padre Blanch y cantada por el Padre Gavirati. Teresa de Jesús –con su nuevo hábito– imploró su protección para ser una santa carmelita.

El diecisiete celebraban el cumpleaños de la priora. La nueva novicia, acostumbrada a pedir a su casa los materiales para confeccionar los regalos de las religiosas olvidó hacerlo por las emociones vividas. Se apenó al ver que sus hermanas habían preparado con sus propias manos y con anticipación un regalo. Decidió escribirle un poema para obsequiárselo; poema que reflejará veladamente el estado de su alma que pronto comenzará a atormentarla:

"Madre mía, muy querida,
hoy a obsequiarte venimos,
y nada tengo que ofrecerte.
Traigo las manos vacías.
¡Qué pena, Madre, me daba
cuando esto pensando estuve!
Y toda llorosa y triste
a consolarme me fui
a los pies del Santo Altar.
Golpée la puerta sagrada
del Tabernáculo Santo,
recordándole a mi Dios
su poder omnipotente,

Hermana Gabriela del Niño Jesús.



pidiéndole que me diera
un regalo para ti.
Mas las rejas del Prisionero
corridas estaban, Madre,
y me dije que Jesús
nos había abandonado.
Mas no, Madre, que estaba allí
y en dulce sueño descansaba.
Las rejas había abierto
para franquearnos la entrada.

"Con mi llanto lastimero
su sueño turbar no quería.
Así penetré muy quedo
hasta su pobre prisión.
Dormía... ¡qué dulce sueño!
Y aprovechándolo así,
lo más despacio que pude
le robé su Corazón...
Mira, Madre, a esta ladrona
de nuestro Dios y Señor,
y recibe lo robado
como prenda de su amor"[1].

IMPERFECCIONES

El Padre Blanch le había advertido que encontraría muchos obstáculos durante su noviciado y que éste sería "un ensayo serio de lo que después ha de ser toda la vida religiosa". Tampoco le escasearían "las dificultades, tentaciones, sequedades, sufrimientos, etc., etc. La vida espiritual es una lucha constante contra sí misma y contra el demonio. Y además de esto es una señal del amor que Dios nos tiene cuando nos da a gustar una partecita de su cruz".

Comenzaba a regir el horario de verano; la comunidad se levantaba a las cuatro y media de la mañana. El calor de Los Andes se dejó sentir. Teresa había heredado las túnicas interiores de un tejido de estameña –excesivamente grueso– las que soportaba con gran sacrificio.

"No te imaginas lo linda que está la huerta. Las flores se pierden por todas partes, y ayer nuestra Madrecita nos dio licencia –a una de las hermanas novicias y a mí– para ir a hacer oración en las ermitas. Créeme [Rebeca], que estaba preciosa la tarde. Todo llevaba a engolfar el alma a Dios. Y recordé las tardes de Chacabuco y San Javier, cuando sola me iba a hacer oración" (C. 140).

En el recreo, luego de haber arrancado las malezas y picado la tierra, el calor era tan intenso que –sin pensarlo– al secarse la frente, se echó la toca hacia atrás; al reaccionar y colocársela

adecuadamente notó que por quinta o sexta vez cometía faltas en menos de una semana. El día anterior había pedido permiso a su maestra para mortificarse en las comidas, y al negárselo, interiormente se rebeló llegando a pensar que sólo lo hacía por fastidiarla. En el coro se había reído estando presente la Madre Angélica. Iba acumulando imperfecciones que la atormentaban. Se humillaría ante su maestra dejando constancia por escrito de sus errores. Con la valentía que sólo nace de los seres que caminan al lado de Jesús y sus defectos los ven aumentados, el 22 de octubre le escribió lo que pocos se habrían atrevido a confesar tan directamente:

"Madrecita nuestra:

"Tengo tantas faltas en mi alma y he sido tan infiel a N. Señor que ya no puedo más del remordimiento, así es que se las voy a decir para que en nombre de Dios me perdone.

"He sido muy orgullosa, a veces interiormente me rebelo contra su autoridad despreciándola.

"He pensado mal de Vuestra Reverencia.

"He faltado a la caridad y al respeto cuando me reí en su presencia.

"He faltado a la modestia religiosa corriéndome un poco para atrás la toca en el recreo.

"Me reí en el coro y en la oración estuve un rato distraída.

"Perdóneme Madrecita, hacen hoy 8 días de mi toma de hábito. Así le pago a N. Señor y Vuestra Reverencia por todo lo que hace por mí. Perdóneme y ruegue por mí"[2].

A estas alturas una confesión así podría escandalizar a no pocos. Pero bastará alejarse para contemplar a Teresa en toda su dimensión y para comprender que si ella fue santa, lo fue porque aceptó morir a sí misma por Cristo. Las heroicas luchas contra su orgullo las había comenzado desde pequeña y ahora –muy cerca del ocaso de su vida– esa misma pasión vino a hacerle nuevamente la guerra. Su acusación personal señalaba que aunque ya gozaba de la más completa unión con Dios, se trataba de un ser humano de carne y hueso, por lo tanto un ser víctima de las tentaciones. Su acusación delataba la delicadeza de su conciencia al ser sensible aun a estos movimientos interiores con los que no llegaba a consentir. Fue un elevado acto de humildad el dejar que le conociesen hasta esas debilidades, y con su maestra, como lo afirmarán las religiosas, no hubo ni rebelión ni desprecio. Siempre se dejó mover únicamente por la caridad y la sumisión.



Padre José Blanch Ferrer.

La priora debió impresionarse ante tan sincera actitud. Con ternura maternal –en algunas ocasiones– le había acariciado su cabeza y la joven le había rogado que nunca más le hiciese una manifestación de estima. La energía, la fuerza, la voluntad, el espíritu de superarse momento a momento sólo cabía en los corazones que se encontraban profundamente ligados al Señor.

Teresa exteriorizará sus faltas a su propia mamá: "Tiene que rezar para que sea más fervorosa, pues del noviciado depende toda mi vida religiosa y a toda costa tengo que ser una santa carmelita. A veces la vista de mis innumerables miserias, de mis continuas infidelidades, me desalienta, pero tengo a mi lado a nuestra Madrecita que, con maternal paciencia, me infunde ánimo y fuerzas y puedo repetir después: "Todo lo puedo en Aquél que me reconforta" (C. 143).

Las tinieblas comenzarán a atormentarla, sumándose a ellas el apego que le tomará a su maestra a quien deseaba amarla en Dios –pero según ella– la quería porque necesitaba manifestaciones de ternura y contarle a alguien los estados de su alma. Pero tal apego nunca existió y si lo hubo lo superó como lo afirmará el Padre Avertano: "No cometió con deliberación lo que juzgaba imperfecto".

No se permitía imperfecciones por muy pequeñas que fuesen y –si las tenía– las enfrentaba con la verdad, con decisión y valentía. Quería llegar a la desnudez total, a asemejarse a Cristo... a transformarse en El. Su arma fue siempre la humildad.

Mientras más se abajaba, más se elevaba al Señor.

ESTADO **DE SU ALMA**

J.M.J.T. Paz Christi

10 de noviembre, 1919

Reverendo Padre José Blanch.

"Que el Espíritu Santo sea en el alma de Vuestra Reverencia:

"No había podido contestar su carta llena de santos consejos, la que tanto agradecí, pues ahora en el noviciado casi no podemos escribir.

"El estado de mi alma es tal, que no lo puedo definir: un día tinieblas, distracciones, y la voluntad desea amar causándome gran pena de no amar a N. Señor y de no poderlo ver. Aquí no puedo retener las lágrimas, porque llamo a mi Jesús con verdaderas congojas. Otro día, puedo recogerme en fe, pero no siento nada. Sólo puedo meditar. A estas tinieblas se sucede un poco más de luz, con lo que se aumenta mi tormento. También siento tanto mi miseria, mi inconstancia, que me odio a mí misma y me parece que nadie me quiere; lo que me hace sufrir, pues no encuentro ni en Dios ni en las criaturas consuelo ni paz. Veo el amor inmenso de mi Dios, y me siento incapaz de amarlo según las ansias que tengo. Deseo sufrir, pero me resigno a la voluntad de Dios.

"No quisiera comunicar a nadie mis sufrimientos para sufrir más. Y apenas resuelvo esto, me vienen pensamientos de orgullo y vanidad. Veo que Jesús quiere que viva bien oculta. Y si no le digo a Nuestra Madre el estado de mi alma, me pongo terriblemente orgullosa e independiente. Y si le digo, N. Señor me lo reprocha. ¿Qué hacer?

"Por otra parte, creo estar apegada a ella, pues pienso con frecuencia en lo que hace y me dice. Además me gusta estar con ella, que me demuestre cari-

(1 Poema inédito.)
(2 Escrito inédito.)

ño y me da pena cuando noto que no está tan cariñosa. Antes, siempre me hacía cariños; pero una vez que N. Señor me hizo una gracia, me dijo que si quería que El se acercara, no debía dejarme tocar por criaturas. Entonces yo le dije sencillamente a N. Madre; así es que nunca más me ha tocado. Pero siempre siento en mi corazón ese deseo de manifestaciones de ternura. Mas aún ahora; porque N. Señor no me las prodiga. Esto me da pena, porque sólo quiero ser de Dios, y quisiera no sólo ser despegada exteriormente, sino interiormente; pero me parece que el desear esas ternuras está innato en mí, pues no sé si se habrá dado cuenta que tengo carácter regalón y soy muy aguaguada,[1] lo que me desespera. Sin embargo, se me ha quitado mucho.

"Lo que me hace dudar sea apego es que su trato me lleva a Dios. Además la admiro como a una santa y su ejemplo me ayuda para ser mejor. También, cuando trato con ella de cosas de mi alma me da mucha paz; sobre todo, como sólo con ella puedo hablar de Dios, de su amor y bondad, me expansiono; lo que es una necesidad para mi alma, aunque creo que será más perfecto no buscar esa satisfacción. Le aseguro que todo este tiempo, Rdo. Padre, no he hecho más que luchar y veo que en esta turbación nada gano. Quisiera tener la luz suficiente para saberla amar en Dios, pues el pretender en mí no querer es imposible. Eso que me dijo Vuestra Reverencia de amar porque es la voluntad de Dios me parece que me aprovecharía si le tuviera fastidio, pero no cuando el cariño me sale espontáneo. Me acuerdo que sólo dos días cuando N. Señor me hacía favores, amé verdaderamente en Dios, pues andaba engolfada en El, de modo que lo apercibía hasta en el aire que respiramos. Para que se dé un tanto cuenta, Rvdo. Padre, de la unión que Dios se dignaba concederme en su misericordia, le diré que en la noche soñaba con Jesús. Y cuando a veces despertaba, me encontraba en sueños en contemplación en Dios. Dos veces me acaeció esto. Pero el soñar con El es casi siempre, aunque ahora rara vez.

"Una vez que sentía un deseo horrible de morirme por ver a N. Señor y, siendo hora de dormirme, no podía hacerlo porque lloraba sin poderme contener, cuando de repente sentí a N. Señor a mi lado, llenándome de suavidad y de paz, e inmediatamente



Padre Ernesto de Jesús.

me sentí consolada. Estuve un rato con El, y después como que se fue y dejé de sentir esa suavidad. Dígame, Rvdo. Padre, ¿son ilusiones o no? Pues no puedo creer que N. Señor se vaya a acercar a mí, siendo yo una miserable pecadora. No se imagina cuánto sufro cuando de repente vienen a mi memoria los recuerdos de ese acercamiento de Jesús a mi alma. En esta mi pobre celdita, tan vacía ahora, muchas veces sentí su presencia divina. A veces se me representaba tan lleno de hermosura y ternura como ya no es posible describir. Créame que todo me causa un hastío horrible; que cuando veo que encuentran algo hermoso y se alegran con ello, yo me digo: "No es Jesús. El sólo es hermoso. El sólo puede hacerme gozar". Lo llamo, le lloro, lo busco dentro de mi alma. Estoy hambrienta de comulgar, pero no se me manifiesta. Sin embargo, reconozco que todo lo merezco por mis pecados, y quiero sufrir. Quiero que Jesús me triture interiormente para ser hostia pura donde El pueda descansar. Quiero estar sedienta de amor para que otras almas posean ese amor que esta pobre carmelita tanto desea.

"Ruegue por su pecadora. Y cuando Jesús en el santo Sacrificio muera entre sus manos, ruéguele que yo también muera a las criaturas y a mí misma para que El viva en mí.

"Penitencias casi no puedo hacer, aunque siento deseos de ellas. Trato de adquirir las virtudes, pues soy tan pobre, sobre todo de humildad. Si tiene la bondad de contestarme, dígame cómo debo amar en Dios al prójimo.

"A Dios, Rvdo. Padre. En su atmósfera divina de amor permanezcamos para salvar las almas. Ruego mucho por V. Reverencia. Su pecadora" (C. 145).

Teresa de Jesús, Carmelita

"LA PERFECCION DE LA VIDA ESTA EN EL **ACERCAMIENTO DE DIOS"**

"¿Pensaba Ud. acaso que entrando a servir a Dios, todo serían goces, dulzuras y consuelos? –le respondía el Padre Blanch–. No se aflija demasiado por esas sequedades y por la soledad espiritual en que se encuentra, puesto que así lo quiere la voluntad de Dios (...). Ha de esforzarse en desarraigar todo afecto imperfecto del corazón, pero advierta que no lo conseguirá tal vez tan pronto como Ud. desearía; si Ud. persevera en luchar, al fin logrará purificar su corazón".

Perseveró en su lucha que había comenzado desde la infancia. Tal como había desterrado su mal genio, su pereza, la vanidad, el orgullo y su sensibilidad extrema, –una vez más– por amor al Señor, logró superarse. No le importaba no sentir consuelos espirituales; se conformaba en contentar a su Amado abandonándose a El sin esperar nada. Aunque acostumbrada a vencerse, probablemente no le fue fácil, pero con la ayuda de Jesús, con sus trabajos, con sus renuncias, negaciones, mortificaciones y penitencias y sobre todo con el trato permanente con El –al que jamás abandonaba no obstante estuviese en oscuridad–, seguía adelante por el camino que se iba tomando cada más estrecho.

Se propuso un plan de vida carmelitano muy austero. Seguramente, en esos momentos, a fines de noviembre, hizo el voto de obrar lo más perfecto, como lo declarará el Padre Avertano, a juzgar por lo que escribió en una hoja suelta:

"La perfección de la vida está en el acercamiento a Dios. El cielo es la posesión de Dios. En el cielo a Dios se le contempla, se le adora, se le ama. Mas, para llegar al cielo es preciso desprenderse de la tierra. Y la vida de

la carmelita, ¿qué es sino contemplar, adorar y amar a Dios incesantemente? Y ella, ansiosa de ese cielo, se aleja del mundo y trata de desprenderse, en lo posible, de todo lo terreno"(...).

"La carmelita sube al Tabor del Carmelo y se reviste de las vestiduras de la penitencia que la asemejan más a Jesús. Y, como El, ella quiere transformarse, transfigurarse para ser convertida en Dios.

"La carmelita sube al Calvario, allí se inmola por las almas. El amor la crucifica, muere para sí misma y para el mundo. Se sepulta, y su sepulcro es el Corazón de Jesús; y de allí resucita, renace a nueva vida y vive espiritualmente unida al mundo entero" (D. 58).

Y el 21 de noviembre, día de la Presentación de la Virgen, escribió sus últimas resoluciones; también en una hoja de papel:

"1º Vivir sólo para Dios, es decir con el pensamiento fijo en El, rechazando todo lo inútil. Vivir completamente eclipsada para las criaturas, no hablando nada de mí misma, no dando mi opinión en nada si no me la preguntan; no llamando la atención por nada, ni en el modo de hablar ni en el reír, ni en las expresiones, ni aun hablar de mí misma para humillarme, en una palabra, que la nada criminal desaparezca.

"2º Ser fiel en todo lo que me pide Jesús. Ser fiel en los detalles. Ser fiel para practicar lo que me adviertan y en hacer las cosas con perfección.

"3º Entre día, guardar silencio riguroso y no hablar ni aun con N. Madre, si ella primero no me habla.

"4º Vivir el momento presente con fe.

"5º No reírme ni hacer señas a mis hermanitas entre día.

"6º En los recreos tener mucho dominio de mí misma para estar siempre alegre, pero sin pasarme los límites de la modestia religiosa.

"7º Considerar que nuestra Madre es como una custodia donde está Jesús expuesto, y mis hermanitas son hostias, donde Jesús mora escondido. A nuestra Madre la amaré porque ella me representa la autoridad de Dios y su divina voluntad. Amaré a mis hermanitas porque son ellas imágenes de mi Dios y porque Jesús me dio un precepto.

"8º No hablar de cosas espirituales y hacer como que nada sé ni entiendo.

"9º Jamás manifestar que sufro, a no ser que nuestra Madre me lo pregunte.

"10º No buscar consuelo en nadie, ni aun en Jesús, sino pedirle me dé fuerza para sufrir más.

"11º Considerarme siempre como un ser despreciable, tanto a las criaturas como a Dios, y aceptar alegre las humillaciones, los olvidos de las criaturas y de Jesús sin abatirme.

"En fin, siempre procuraré obrar lo más perfecto" (D. 58).



Teresa de Jesús de novicia; fotografía tomada por la hermana Gabriela del Niño Jesús.

PUREZA Y **DESAFIO**

La Hermana Isabel de la Trinidad, la religiosa que más la conoció, después de su maestra, señalará: "Su santidad se fundó en la pureza de vida y en el

(1 Añadida.)





Purificador bordado por Teresa de Jesus y cuenta de conciencia que perteneció a ella.

constante y extraordinario ejercicio de todas las virtudes cristianas, especialmente las más difíciles: caridad, pobreza, humildad y fortaleza".

Lo último que escribió Teresa de Jesús en su libreta fueron algunos pensamientos sobre la pureza[1]:

"Soy de Dios, voy a Dios.

"Pureza es una virtud que significa ausencia de todo lo que es manchado. De un alma se dice que es pura cuando es simple, es decir cuando llena sólo de Dios no tiene mezcla de criaturas. El alma pertenece sólo a Dios, fue creada por El a su imagen y semejanza para su gloria. Debe el alma reflejar la imagen divina, la cual no admite nada que no sea El mismo; una vez que el alma no sólo refleja a Dios sino a las criaturas, no es simple porque está compuesta de medios diversos por lo tanto no es pura.

"Un alma para ser pura debe asemejarse en todo lo que pueda a Dios, perfeccionando así sus facultades. El pensamiento debe mantenerlo en Dios, no fijándose en las criaturas. Más aún, debe simplificar el pensamiento en Dios, mirando en El sólo el amor que es lo que encierra por decirlo así las perfecciones del Ser Divino. Esta alma vive en Dios, recibiendo todos los acontecimientos como preparados por el amor que quiere santificarla.

"Un alma virgen sólo recibe el impulso del Divino Espíritu, sólo Dios puede conmoverla; los acontecimientos exteriores, las criaturas nada pueden en este huerto cerrado. Obra en Dios, por Dios y para Dios, lo demás nada le importa.

"Un alma virgen se encuentra despojada de sí misma, no se busca para nada, no busca consuelo ni en Dios, ni en las criaturas, se ve a sí misma tan miserable y digna de desprecio que se confunde cuando tienen que ocuparse de ella por necesidad. Un alma pura olvida las penas que sus hermanas involuntariamente le proporcionan. Un alma pura no busca agradar nada más que a Dios. Obra siempre aquello que es más puro, exento de toda imperfección. En su exterior imprime el sello de su pureza; sus movimientos, sus palabras y acciones son puras".

El 30 de noviembre, primer domingo de Adviento, desafió a sus hermanas del noviciado como era costumbre en el Carmelo:

J.M.J.T.

"Una miserable pecadora que ha cometido tantos y tan enormes pecados que no merecía estar en la Casa de Dios, desconfiada de sí y confiada en la adorable Trinidad, en Jesucristo crucificado, en el Smo. Sacramento y en la Sma. Virgen, desafío a mis carísimas hermanas Isabel de la Trinidad y Teresa Eugenia de la Eucaristía a tres virtudes. 1º *Recogimiento interior,* desechando todo pensamiento inútil que no nos lleve a Dios; 2º *Silencio interior y exterior,* evitando hablar sin necesidad, y 3º *Obediencia* pronta a la menor indicación, sometiendo nuestro juicio. La que en el ejercicio de estas tres virtudes más se aventajare, gane tantos merecimientos, aplicándolos por la Santa Madre Iglesia, sacerdotes, conversión de los pecadores, ánimas del purgatorio, agonizantes y educación cristiana de la juventud".[2]

"La hermana Teresa de Jesús".

"QUISIERA QUE FUERA JESUS SU **INTIMO AMIGO"**

J.M.J.T. Pax Christi

26 de noviembre, 1919

"Que la gracia del Espíritu Santo sea en su alma, mi viejito tan querido:

"Muchos días estaba por escribirle, pero siempre tenía inconvenientes. Así es que ahora, quitando algo al



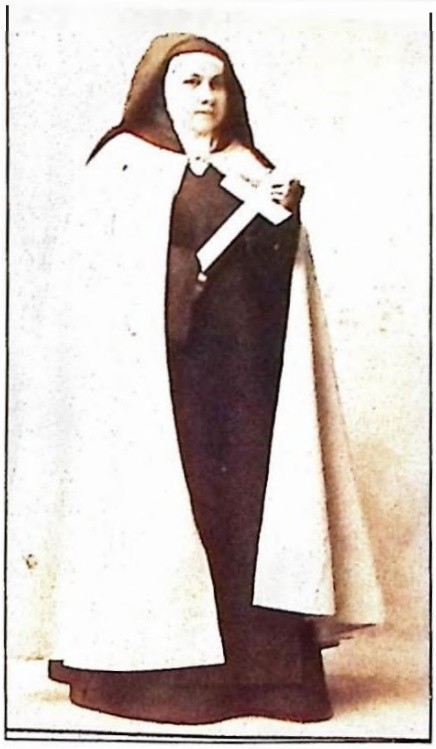
Tablillas para llamar a la oración.

sueño, me pongo a conversar con mi papacito, porque de otro modo no resultará la carta.

"El 14 me vio realizar mis deseos tomando mi hábito tan querido. Soy cada vez más feliz con él, y no me canso de darle gracias a Dios de haberme dado el cielo anticipado; y a Ud. nunca me cansaré de agradecérselo.

"Ese día de mi toma de hábito pude apreciar más que nunca que mi suerte ha sido la mejor. Al ponerme en íntimo contacto con las almas, pude notar que en todas hay llagas profundamente dolorosas; que todas, aunque muchas veces aparentemente son felices, encierran en su corazón un mundo de desdichas.

"En cambio, su carmelita ve deslizar sus días tranquilamente. Nada puede turbar su paz, su dicha, porque lleva en su alma al que es la fuente de la paz. Con Dios, mi papacito, es con quien vivo en un cielo ya aquí en la tierra. Entre Jesús y su carmelita hay una intimidad tan grande, que las uniones de la tierra son sólo una sombra; y a medida que lo conozco, más lo amo porque voy sondeando en su corazón un abismo de infinito amor. Por eso, mi papacito querido, siento la necesidad de llevarlo hacia El. Quisiera que fuera Jesús su íntimo amigo, en quien depositara su corazón cansado y saciado de sufrimientos. ¿Quién podrá, mi viejecito querido, medir la intensidad, el caudal de preocupaciones que lo agobian como N. Señor, que penetra hasta lo más íntimo y que sabe curar con delicado tacto aquellas heridas dolorosas cuya profundidad usted mismo desconoce? ¡Ah, mi papachito, cómo se transformaría su vida, si fuera a El con frecuencia como a un amigo! ¿Cree acaso que Jesús no lo recibirá como a tal? Si tal cosa pensara, demostraría que no lo conoce. El es todo ternura, todo amor para sus criaturas pecadoras. El mora en el sagrario con el corazón abierto para recibimos, y nos aguarda allí para consolamos. Papacito mío, ¡cuántas veces Ud. mismo no me ha expresado lo feliz que se ha sentido al comulgar! Es porque entonces su alma, libre de todo peso, ha sentido la presencia de su Dios, único capaz de satisfacemos. Además ¿por qué temer acercarse a N. Señor, cuando El mismo dijo que era el Buen Pastor, que daba su vida por recobrar la oveja perdida? Y dijo que venía en busca de los pecadores. Así pues, mi papacito, todos, aunque somos pecadores, podemos acercarnos a El. Somos sus hijos que debemos confiar en sus entrañas llenas de ternura paternal!.



Hermana Ana de Jesús.

"No se figura cómo he rogado por Ud. y por los asuntos que le conciernen, para que se arreglen como conviene. Especialmente en este mes de María se lo he entregado a la Sma. Virgen. Espero que Ella me oirá y lo protegerá a todas horas. A Ella le pido seque sus lágrimas, calme su vida tan llena de turbaciones, y sea también su compañía en la soledad; y sobre todo le ruego sea la Sma. Virgen su abogada, su Madre tierna y cariñosa a quien Ud. ha querido, su protectora en el horrible trance de la muerte. Invóquela siempre, papacito mío, y más aún cuando su alma luche con el desaliento. Entonces dígale: "María, muéstrame que eres mi Madre". Invóquela cuando luche para cumplir sus deberes de cristiano. Pídale a Ella lo haga ser su verdadero hijo; que extinga en su alma el fuego de las pasiones con su mirada de suavidad.

"Papacito mío, cuando sufra, mire a su Madre Dolorosa con Jesús muerto entre sus brazos. Compare su dolor. Nada hay que se le asemeje. Es su único Hijo, muerto, destrozado por los pecadores. Y a la vista del cuerpo ensangrentado de su Dios, de las lágrimas de su Madre María, aprenda a sufrir resignado, aprenda a consolar a la Sma. Virgen, llorando sus pecados.

"Quisiera seguir, mi papachito lindo, pero el tiempo se concluye; además temo ya cansarlo. Contésteme desahogando su corazón en el de su carmelita, todo lleno de ternura para su viejecito tan querido. Su indigna

Teresa de Jesús, Carmelita

"P.D. Si puede, comulgue el 8 de diciembre, día de la Inmaculada. Cuando me escriba, dígame cómo le ha ido en sus asuntos" (C.150).

"HE CONOCIDO LA **HERMOSURA DIVINA"**

"Aleluia, Aleluia, Aleluia.

"Que Jesús sea con mi mamachita:

"Todavía me estoy riendo de lo que me ha dicho nuestra Madrecita se corre en el mundo de esta pobre carmelita. ¿Por qué quieren turbar, mamacita, su felicidad, diciéndole que estoy triste, que lloro, etc.? ¿Por qué el mundo pretende despertar a los muertos para él, y encontrar en aquellos que viven en los brazos de Jesús tristezas? ¿No ve que es envidia del reposo, de la paz, de la felicidad que inunda mi alma? ¡Cuán bien veo que los que inventan semejante mentira no conocen lo que es vivir en el cielo del Carmelo y lo que es la gracia de la vocación! Además, si en mis cartas, mamacita, nota Ud. alegría, felicidad, ¿cómo puede creerme tan doble para expresarle lo contrario de lo que siento?

"Miro en este instante a mi Jesús y me río del mundo entero con El. Déjeme llorar entre sus brazos todo el día, mientras los demás se rien y divierten; que poco me importa a mí llorar mirando a la alegría infinita, gustar la amargura junto a la dulzura divina de Jesús. Soy feliz y jamás dejaré de serlo, porque pertenezco a mi Dios. En El encuentro a cada momento mi cielo y un amor eterno e inmutable. Nada más deseo que a El. A nadie más amo que a El. Y este amor va creciendo en mi alma a medida que me voy introdu-

(1 No se puede asegurar que sean de ella; puede haberlos resumido de algún escrito, o extraído de algún sermón, por este motivo no se publicaron en "Diario y Cartas". Luego aparece en la libreta: "S. María Amada, "Los Doce grados del Silencio", sólo anotó uno y las demás páginas las dejó en blanco).

(2 Escrito inédito. La fórmula, aunque no las virtudes ni los merecimientos, fue sacada, con algunas modificaciones de "Instrucción para Criar las Novicias Carmelitas Descalzas").

ciendo en su seno divino de amor y perfecciones adorables.

"Nada de la tierra puede servirme ya de atractivo, porque he conocido a la hermosura divina. Y en caso de llorar, mamacita querida, no sería por tristezas fingidas, sino por mis muchos pecados y por temor de ofender y perder a Dios; por no amarlo lo bastante.

"En cuanto a mi salud, gracias a Dios, puedo admirarme de lo bien que estoy. Además, nuestra Madrecita siempre está con sus maternales ojos para cuidarme.

"Pasando a otra cosa, le contaré que me han dado la ermita de la S. Virgen. Estoy feliz con ella. Sin embargo, quisiera que Ud., mamacita, como cosa suya, le pidiera a la Lucita el Niñito Jesús de ella, con los Reyes Magos, la Sma. Virgen y San José; pues directamente yo no me atrevo, pues quizás querrá que sea para la Lucecita; pero es por si acaso. También mándeme por caridad, ese cuadro de la Sma. Virgen que me regaló mi tía Rosa. Mi mama sabe.

"No se imagina lo mucho que he rezado por mi tía, pues la quería tanto. Verdaderamente tuvo la muerte de los justos.[1]

"A Dios, mamachita. Cariños a mi papacito, a quien voy a escribir, y también a los niños. Saludos para mi mama y todos los de la casa. De nadie me olvido.

"Amemos a Jesús y en El vivamos."[2]

Teresa de Jesús, Carmelita.

"ES JESUS EL UNICO ATRACTIVO **DE MI VIDA"**

A su amiga Elisa Valdés a quien llamaba Isabel por la gran admiración que ésta sentía por la carmelita de Dijon, Isabel de la Santísima Trinidad, le escribía a fines de noviembre:

"Ya más de 6 meses en el Carmen, Isabelita. Seis meses de cielo que no han sido turbados por nada de lo de la tierra. Seis meses viviendo escondida en mi Verbo adorado, escuchando su Palabra de vida, contemplando su hermosura infinita. Si pudieras comprender el vacío inmenso en que vivo respecto de todo lo del mundo, me envidiarías. Es Jesús, mi Isabel, el único atractivo de mi vida. Es El, con sus encantos y suavidad, lo que me hace olvidarlo todo. Sin embargo, hay momentos –créeme– que se sufre. Y no creas que son sufrimientos de cualquiera especie los de una carmelita.



Hermana María de San José.

Mas, sufriendo es como se goza, ¿no es verdad mi hermanita? Sobre todo cuando es Jesús el mismo que la crucifica, que la despedaza, se encuentra una feliz en ser juguete de su amor. Tú demasiado comprendes el lenguaje de la cruz; por eso no necesito decirte que la ames, que es en ella donde se efectúa la transformación del alma en Dios. Mas no creas por esto que yo sufro, pues créeme que deseo sufrir mucho más. Lo mejor es amar la voluntad de Dios. Allí encontraremos la cruz mejor que en ninguna parte. Allí crece este árbol bendito rectamente, sin impedimento, pues es sin la elección nuestra, sin satisfacción alguna (...).

"Sí, mi Isabelita, podemos vivir en comunión perpetua con el Amor uniéndonos a su voluntad. Que no encuentre resistencia en nuestra alma. Debe en ella reinar siempre el ambiente de la fe. En este aire puro no se pierde esa voz de Dios que debe imperar en nuestra alma. Que ella sea como una participación de El. Dios, en sí, obra siempre lo que quiere; que nosotras perdidas como nadas en su inmensidad, obremos también lo que El quiere. ¿Cómo seremos más semejantes a El si no es obrando su divina voluntad? Al quererla y al abrazamos con ella, queremos y practicamos un bien querido infinitamente por Dios, un bien que lleva en sí la razón eterna; un bien en que existe el poder infinito, un bien en que existe, concentrado, todo el amor, la santidad de nuestro Dios. Al ejecutar ese bien ¿acaso no obramos conforme a Dios? Al obrar conforme a Dios, somos otro Dios: en una palabra, somos El.

"Para esto, mi Isabel, es necesario soportarlo todo, amarlo todo como la expresión de la voluntad de Dios que quiere santificamos, ya que Jesucristo nos dijo que la voluntad de Dios era que fuéramos santos. Y creo que lo mejor y lo que más conviene a nuestra miseria es sólo mirar el presente, vivir –como dice Isabel [de la Trinidad]– en un eterno presente, es decir, que en cada hora hagamos la resolución de cumplir perfectamente la voluntad de Dios, de aceptar todo lo que nos envía, sea próspero o adverso, proceda de nosotros mismos o de las circunstancias que nos rodean, o de parte de las criaturas (...).

"Quisiera, mi Isabel, hablarte de mi Jesús, quisiera encenderte en su amor ya que yo no lo amo lo bastante: pero soy incapaz de ello. Quisiera, hermanita, que vieras en Jesús, en el Verbo, el amor que nos ha demostrado; pero no me atrevo a franquear ese abismo infinito en el que me pierdo, sobre todo que tú lo has sondeado más que yo. No miremos en El nada más que amor; ya que Dios es amor. El amor es su esencia, en el amor se hallan todas sus perfecciones infinitas (...).

"Después de Pascua te contaré cómo se pasa aquí en el Carmen navidad. ¿Te acuerdas el año pasado, que Jesús naciendo hizo nacer en mi alma la paz? Te tendré esa noche bien al ladito de El, o mejor le pediré que te deje besar sus piececitos. Mi Dios eterno, infinito, espíritu puro, naciendo niño en un pobre portal. ¡Qué misterio de amor, que éxtasis sería el de la S. Virgen y de nuestro Padre S. José! ¡Qué pureza, qué belleza se reflejaría en la frente de Jesús! Algo más que angélico, algo divino... Amemos y adoremos y escuchemos al Verbo... que dice de humildad, de silencio, de pobreza" (C. 149).

ESCLAVITUD MARIANA **Y ULTIMAS VISTAS**

El 8 de diciembre hizo el Voto de Esclavitud Mariana[3] y para ello convidó a Isabel de la Trinidad. Ambas se entregaban a la Virgen, y se ofrecían como esclavas; sus actos, sus sacrificios serían todos para Ella... Ya no se pertenecían. "Con la Sma. Virgen he arreglado que sea mi sacerdote que

me ofrezca en cada momento por los pecadores y sacerdotes, pero bañada con la sangre del Corazón de Jesús" (C. 398).

Doña Lucía pudo comprobar personalmente –el 30 de diciembre– que lo que le habían contado –sobre la tristeza de su hija– eran sólo habladurías. Venía acompañada por Rebeca. Querían despedirse pues partirían a Algarrobo. Lucho la había visitado dos días antes dejándola apenada pues nada relacionado con Jesús le interesaba. Su madre y su hermana no podían sospechar que nunca más la volverían a ver.

"No supe lo que me pasó cuando vi esa puerta, –expresará Rebeca–, ese locutorio donde la vi por última vez, esas paredes que me separaban de mi hermanita, impidiéndome aun el rezar junto a ella. Mas a decir verdad, después no sabría decir lo que sentí cuando la oí hablar, me sentí estrechamente unida a ella; además sentí a la Juanita tan cerca de mí, la vi en esos momentos tan feliz que yo no pude menos de serlo también."

Aunque nada dijo ni lo demostró, se entristeció al no ver a su padre: "Me quedé con los deseos de verlo el día de la visita pues me habían dicho que vendría sin falta. Pero esta carta suplirá un tanto todo lo que le hubiera dicho de cariño entonces (...). ¡Ah, mi papacito querido! Créame que ha sido preciso haya sido un Dios, el que me ha pedido el sacrificio de dejarlo. Por ninguna criatura me hubiera separado de mi viejito a quien tanto quiero, y por quien me sacrifico diariamente. Sin embargo, ya que Ud. fue generoso en darme a ese Dios tan bueno, no dude que El lo recompensará en esta vida y en la otra. Y aunque le parezca a Ud. que le va mal en todo, siempre Dios saca bien de nuestros males. Además la vida es sólo para sufrir y luchar, porque existe una recompensa eterna (...). Muchas veces cuando trabajo en nuestra huerta, recuerdo Chacabuco, San Javier, y me siento feliz de trabajar (...). ¿Y sus cosechas, cómo han sido? Cuénteme todo. Ya sabe que todo lo que le preocupa me interesa. Quisiera verlo libre de esas ideas tristes, en paz. ¿Por qué no va siquiera por quince días a darse unos baños de mar? No se mate en esos calores y en tanto trabajo. Vaya, mi viejito, a descansar con sus hijos y mi mamacita, porque mucho necesita de descanso. También le pido que las horas de comida no las atrase. Lo mismo procure dormir bastante. Oigale a su carmelita, que ella rezará para que le vaya bien" (C. 158).

A su madre le escribirá: "Mucho he agradecido a N. Señor los haya llevado de nuevo a Algarrobo, del cual tengo tan buenos recuerdos y donde me parece pasarán tranquilos y contentos. Lo único que siento es que mi papacito no esté con Uds., pues el pobre viejito pasa tan solo. Por mi parte, mamachita, no se apure, pues paso siempre en vacaciones con Jesús. Además, también desde Pascua –el 25– hasta el 6 de enero, tuvimos varios días de recreaciones que, podemos decir, son el veraneo de la carmelita. Sin embargo, mamachita, nada hay que pueda ser un atractivo para el alma que sólo busca a Dios; y yo misma me espanto al considerar esta indiferencia respecto aún de aquello que antes me entusiasmaba. Mi única dicha por ahora, es sólo vivir con mi Jesús. En El encuentro en grado infinito todo lo que mi alma pueda ambicionar (...). Cada vez que mire al mar, ame a Dios para que se una a su carmelita, cuya sola ocupación es amarlo, aunque tan miserablemente" (C. 157).

Su madre referirá un año después: "¡Qué impresión tuve en el fondo de mi alma al volver a ver el mar, por primera vez, después de su partida, recordando lo que me decía en una carta que me escribió a Algarrobo. "Cada vez que mire el mar ame a Dios por mí, mamacita querida", yo ahora le decía mirando el mar a cada momento: Amelo ahora mi hijita por mí en el cielo, que yo en mi miseria y frialdad lo amaré por Ud. en la tierra mirando el mar".

CONSEJOS PARA **LA VIDA MUNDANA**

"Créeme que no nos damos cuenta del tiempo. Y es porque vivimos sin otra preocupación que Dios. Soy tan feliz como ya es imposible imaginar. Es una paz, una alegría tan íntima la que experimento, que me digo que, si vieran esta felicidad los del mundo, todos correrían a encerrarse en los conventos" (C. 133).

(1 La tía fallecida era doña Ana Olea de Solar, la señora de don Eulogio Solar Armstrong)

(2 C. 148, sin fecha, pero fue escrita a fines de noviembre)

(3 Devoción impulsada por San Luis Grignon de Montfort; su lema es "A Jesús oir María")



Ninito Jesús que desde el convento Teresa pidió a su hermana Lucía.

Pero Teresa de Jesús tenía conciencia de que esto era imposible, reconocía que en el mundo también se podía alcanzar la santidad:

"No todos los buenos son llamados por Dios para ser religiosos. En el mundo se necesitan almas virtuosas, y hoy más que nunca es de absoluta necesidad el buen ejemplo" (C. 81).

"Como rezo para que conozcas y ames a Dios. No te figures que tienes que ser monja para esto. En el mundo hay almas que lo aman y le sirven" (C. 101).

"Rogaré por ti, hermanita querida, no para que seas religiosa, sino para que seas toda de Dios, cumpliendo su divina voluntad" (C. 140).

"Sacrifiquémonos al par que Jesús por las almas. Tanto tú en el mundo como yo en mi pobre celda podemos hacer que la sangre de N. Señor no se pierda" (C. 105).

"Creo que ahora harás todos los días meditación. Pues bien, ése es el momento de acopiar provisiones para todo el día: ése es el momento de pensar en la grandeza de Dios y en su amor" (C. 105).

"Sí, mi Lucita, es preciso que prepares el corazón de tu Lucecita para que sea siempre sagrario de Jesús. Ahora con tus oraciones, más tarde con la enseñanza, la vigilancia y el ejemplo. Enséñale a amarlo desde chiquita" (C. 112).

"Eli, sé carmelita cuando estés con Jesús, no dejes la oración, no pierdas esos momentos de cielo en que está tu alma sola con El" (C. 109).

"Cuando un día nos veamos en el cielo, que por la misericordia de Dios obtendremos, me agradecerás que tanto te haya pedido comunión diaria, porque comprenderás que en ella reside el germen de la vida eterna" (C. 117).

"Cuando sufra mire a Jesús. La está amando con ternura, pues le está participando de su cruz, de aquella cruz que llevó en su corazón divinísimo desde Belén hasta el Calvario" (C. 120).

"Vivir siempre muy alegres. Dios es alegría infinita. Ser muy indulgente para los demás y con nosotras mismas muy estrictas. El otro día dijeron a este respecto un pensamiento que me gustó mucho: "ser topo para con el prójimo y lince para consigo misma"; es decir, no ver los defectos ajenos sino los nuestros" (C. 101).

"Vas a salir a un nuevo campo de batalla. Adiéstrate para luchar. Que tu divisa sea esta: Dios siempre en vista y yo siempre en sacrificio". Tus armas, la comunión y la oración. Tu alimento, la voluntad de Dios. Tu Capitán, Jesús. Tu bandera, la humildad. Es preciso que te sacrifiques en todo momento. La vida de familia, para que sea vida de unión, ha de ser un sacrificio continuado. Considérate la última de todos, y aun trata de servir a las sirvientes. Ayúdalas cuando estén enfermas, y cuando estén en cama dales por tu propia mano los remedios. Cuando las veas de mal humor consuélalas con N. Señor. Léeles algún libro de algún santo y otro libro entretenido para no cansarlas. Así las atraerás y llevarás a Dios. Con tus hermanos chicos sé muy cariñosa. No los retes sin causa justa.(...). Y hazte respetar dándoles buen ejemplo. Que no te vean desobedeciendo ni de mal humor jamás. En cuanto a lo que debes ser con tu papá y mamá, sólo te digo que seas un ángel de consuelo: ser, ante todo, muy cariñosa, ayudarlos en lo que puedas y obedecerles ciegamente en todo, pues no te mandarán a hacer una acción menos buena. Vence siempre el respeto humano en sociedad. Ten una opinión fija, y no cedas cuando los demás no juzgan rectamente" (C. 121).

"Cuando sirvamos a las criaturas, sirvámosle a El con un amor y perfección dignas de El. Todo lo que hagamos, sea por su amor. El a cada instante obra con amor en nosotras; correspondámosle por amor. [Dile]: "Estoy fatigada, no tengo ganas de trabajar, mas lo haré por tu amor. Señor, todo lo que hago es por ti solo. No importa que

Piso de la celda de Teresa de Jesús con su rosario.



las criaturas me alaben y me miren, pues aunque ellas no estuvieran, yo lo haría igual por Ti" (C. 146).

VACACIONES EN **EL MONASTERIO**

"No necesito decirte que mi felicidad es cada día mayor; pues teniendo las mismas aspiraciones, conoces que sólo Dios nos basta para ser dichosas. Palpo a cada instante lo que es ser toda de Dios y me parece que, si ahora me fuera necesario pasar por el fuego para consagrarme a El, no titubearía en hacerlo; pues todos los sacrificios desaparecen ante la dicha de poseer sólo a Dios (...). La vida religiosa es una serie de cosas pequeñas, las cuales, obradas con perfección, engrandecen el alma. Todo esto que te digo, es sólo lo que oigo y veo en mis hermanitas, pues todavía no sé nada" (C. 160). Le comunicaba a Anita Rucker –el 17 de febrero– con la humildad que había adquirido con su trabajo y sacrificio, aquella que no desosegaba ni inquietaba, sino al contrario, le llegaba con suavidad y dulzura.

Y a su mamá le contaba: "Ya estamos en la mitad de las vacaciones, y casi no me he dado cuenta de ello. Tan rápido es el tiempo aquí, en el Carmen, que pasan los meses sin saberlo. ¡Qué rico! Esto me llena de alegría, porque pasará esta vida y luego vendrá la eternidad y con ella Dios (...). Podemos hacer tan poco para reparar tanto pecado, especialmente su carmelita (...). Sin embargo no me desconsuelo, pues he encontrado un tesoro y es el ofrecer la santa Misa, es decir, la santa Hostia, para reparar. Con la Sma. Virgen he arreglado que sea mi sacerdote que me ofrezca en cada momento por los pecadores y sacerdotes, pero bañada con la sangre del Corazón de Jesús. Haga Ud. otro tanto, hermanita querida. Vivamos dentro de ese corazón para unirnos en silencio a sus adoraciones, anonadamientos y reparaciones (...). Mamachita mía, he comprendido aquí en el Carmen mi vocación. He comprendido como nunca que había un corazón al cual yo no conocía ni honraba. Pero El ahora me ha iluminado. En ese Divino Corazón es donde he encontrado mi centro, mi morada. Mi vocación es el producto de su amor misericordioso" (C. 162).

La carta a doña Lucía reflejaba claramente la madurez de su espíritu; pero el texto –que lo reflejará más aún– será un poema que también escribirá en febrero en el dorso de una carta que le había enviado Herminia Valdés. Con una letra muy desordenada y poco clara, compuesta –seguramente– en su celda a la luz de una vela, con otras palabras, pidió "romper la tela de este dulce encuentro"[1] porque en su estado de unión íntima con Dios, El dejaba al alma ver su hermosura pues no había imperfecciones.[2]

Inflamada por el amor del Esposo deseaba ser arrebatada:

A JESUS

"Oh Jesús, Maestro mío
¿qué quiero ya sobre la tierra,
sino tu Faz velada?

"¿Qué puede el corazón desear
cuando ha gustado
las dulzuras de tu amor?

"¿Podrá haber en esta vida
melodía más dulce y regalada
que el acento de tu voz?

"¡No, Hermosura que arrebatas!
¡Nada puede bastar al alma mía
fuera de tu divino Ser!

"Sumergidme, Jesús, pronto
en el fuego de tu amor
en tu amable Corazón.

"Allí escondida,
sin saber ya lo que en el mundo pasa,
quiero morar el resto de mi vida.

"Allí aprenderé lo que es amar,
y la ciencia del dolor,
y también sabré gozar.

"¡Ah Jesús, venid [a] arrebatarme,
que mis ojos miren siempre
de tu Rostro la hermosura siempre
igual.

"Que mi corazón no encuentre
reposo ni alegría
sino allí en tu corazón.

"Repitamos y entonemos el cantar,
aquello que en el Huerto me enseñaste:
"Padre, si es posible, de mí se aparte
el cáliz del dolor...
Há [gase tu Voluntad.]".[3]

(1 San Juan de la Cruz, "Llama de Amor Viva", Canción I, 31)
(2 Cfr. "Llama de Amor Viva", Canción I, 31)
(3 Poema inédito, Teresa no lo terminó, en el último verso sólo escribió "Há". La Madre María de la Trinidad terminó la frase de este verso)

ANUNCIA **SU MUERTE**

El 2 de marzo llegó el Padre Avertano para la profesión de la Hermana Teresa Eugenia que sería el día seis. Teresa de Jesús, aunque seguiría compartiendo con Isabel de la Trinidad y Teresa Eugenia el noviciado, sería la única novicia. Pero los rezos de la comunidad y los de ella no habían sido en vano, el diecinueve ingresaría una postulante, Sofía Eguiguren Errázuriz, quien tomará el nombre de Josefina María de Jesús. ¡Por fin habrían nuevamente dieciséis religiosas! Sólo Teresa de Jesús sabía que pronto y muy pronto volverían a ser quince.

Al confesarse con el Padre Avertano del Smo. Sacramento, le expuso directamente lo que Jesús le había anunciado. El padre carmelita lo contará: "Unos días antes de que muriera me dijo que el Señor le había dado a entender, que al mes, poco o más o menos, moriría y que en su muerte sufriría mucho, lo cual se verificó al pie de la letra; mi contestación fue que no se preocupara de eso porque toda carmelita debe estar pronta para este trance". Al referirse a su oración reseñará: "Su oración era elevadísima: de ordinario era lo que llaman de quietud, y en su unión con Dios había llegado al matrimonio espiritual por los efectos que en su alma sentía de la Trinidad Beatísima, conforme a la doctrina de nuestra Santa Madre, Teresa y por los efectos que de ella resultaron pues era una almita que de continuo se encontraba absorta en Dios, sin perder en su alma su real presencia".

El segundo domingo de marzo llegó el Padre José Blanch. Estuvo con él en el locutorio y le rogó a su antiguo confesor que pidiera los cuadernos de su diario a su mamá y que se preocupara de quemarlos. Así lo relatará el sacerdote a doña Lucía: "Cuando hablé con ella el segundo domingo de marzo, me pidió con mucha insistencia que se los reclamara y los echara al fuego. Sabía ella la proximidad de su fin".

LAS PALMAS

Mientras arrancaba las malezas de la huerta, Teresa de Jesús, cada vez que se sentía fatigada, miraba hacia arriba. Las palmeras estaban resplandecientes... Una suave brisa mecía sus palmas que intentaban acariciar el cielo.

"Después de esto miré, y había una gran muchedumbre que nadie podía

contar, de entre todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, que estaban de pie ante el trono y ante el Cordero, vestidos de túnicas blancas, con palmas en sus manos; y clamaban a gran voz diciendo: "La salud es de nuestro Dios que está sentado en el trono, y del Cordero". Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron sobre sus rostros ante el trono y adoraron a Dios, diciendo: "Amén, la alabanza, la gloria, la sabiduría, la gratitud, el honor, el poder y la fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén". Y uno de los ancianos, tomando la palabra, me preguntó: "Estos que están vestidos de túnicas blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido? Y yo le dije: "Señor mío, tú lo sabes". Y él me contestó: "Estos son los que vienen de la gran tribulación, y lavaron sus vestidos, y los blanquearon en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios y le adoran día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono fijará su morada con ellos. Ya no tendrán hambre ni sed: nunca más los herirá el sol ni ardor alguno; porque el Cordero, que está en medio, frente al trono, será su pastor, y los guiará a las fuentes de las aguas de la vida; y Dios les enjugará toda lágrima de sus ojos" (Apoc. 7:9-17).

Era la visión de San Juan... Los santos en el cielo llevan hojas de palma como símbolo de victoria.

ULTIMA **CARTA**

La Cuaresma había comenzado el 18 de febrero. La única y última carta que escribió –en el tiempo que precedía a la fiesta de Pascua– fue dirigida a su madre –el 23 de marzo– con licencia de la priora. Le había llegado un telegrama que anunciaba la muerte de su tío Eugenio, hermano de doña Lucía.

"Al mismo tiempo que siento la muerte de este tío tan querido, no he podido menos de darle gracias a N. Señor porque oyó nuestras oraciones y se lo llevó bien preparado. Créame, mi mamacita, que siempre esperé y confié en que moriría con todos los sacramentos, porque no abandonó jamás su escapulario del Carmen. Además, ¡cómo lo habrá asistido en su ruego mi tatacito! También es cierto que Dios jamás desoye el ruego incesante que se le dirige cuando se trata de la salvación de un alma. Nada sé si tuvo el consuelo de comulgar con los



Madre subpriora María Teresa de San Juan de la Cruz.

suyos. Mucho hemos rogado por esto. Sin embargo, si Dios no se lo ha otorgado, ha sido para purificarlo más. (...)

"A mi tía Juanita dígale que también la acompaño en su pena y que, como estamos en Cuaresma, no le escribo. En fin, mi mamacita linda, no podrán menos de darle gracias a Dios que todos sus hermanos y la familia entera ha muerto con todos los auxilios de la Religión. Esto es sólo recompensa de la educación tan cristiana que les dieron mis abuelitos. Su carmelita esta noche, desde su pobre celdita, llora con Ud. y le pide a N. Señor la consuele y le diga aquello que ella no puede expresarle por la pena y el cariño que experimenta en estos instantes. (...)

"A Dios. Felices los que van a gozar de El. Vivamos en Dios muy unidas. Le abraza y besa mil veces su carmelita que tanto la quiere" (C. 163).

HERIDA **POR EL AMOR**

Aunque no estaba obligada al ayuno, pidió permiso para ayunar durante la Cuaresma; su maestra le concedió –además– hacer otras mortificaciones. Su cuerpo enfermo no recibía ningún alivio. ¿Por qué callaba el malestar? ¿Por qué no contó que desde principios de marzo se sentía mal? ¿Tal vez, no estaba tan mal como para manifestarlo? Nunca se supo lo que vivió en aquel tiempo. ¿Fue un martirio o sólo el comienzo? Sabía que iba a sufrir y sabía que iba a morir: se lo había dicho al Padre Avertano y lo insinuó al Padre Blanch[1]. Más aún, en diciembre de 1918 había preguntado a éste último: "Lo que yo deseo saber, es dónde Ud. cree me santificaré más pronto; pues, como le he manifestado varias veces, N. Señor me ha dado a entender que viviría muy poco" (C. 45).

Teresa de Jesús leyó y seguramente releyó "Camino de Perfección" y no le debe de haber pasado inadvertido el capítulo XI donde su Santa Madre remarcaba: "Cosa imperfecta me parece, hermanas mías, este quejarnos siempre con livianos males; si podéis sufrirlo no lo hagáis. Cuando es grave el mal, el mismo se queja; es otro quejido y luego se parece" (Cam. XI, 1).

Pero había algo más, sabía que moriría y pronto; El se lo había dado a entender, luego, ¿para qué molestar si era su voluntad? ¿Iría a torcerle sus designios? Cuando sea sorprendida con fiebre responderá: "No ha sido por callar que no lo dije". Entonces, ¿por qué? ¿Por no molestar pues consideraba imperfecto quejarse e ignoraba su gravedad? ¿En sus ansias de asemejarse al crucificado todo dolor le parecía poco? ¿Se había ofrecido como víctima por los pecadores? ¿O había ofrendado su vida para que Dios "manifestara a las almas su infinito amor" (D. 54), como lo reveló en su libreta?

A los diecinueve años había llegado al matrimonio espiritual, según su confesor, o mucho antes. Teresa había gustado las dulzuras de su Amor, ¿le imploraría para que El viniese a arrebatarla?

Sólo un escrito, él que también redactó en el dorso de una carta, podría descifrar algo:

"Agonizante en pos de Ti
subo a la senda del Calvario.
Principio a caminar
para morir en Cruz".[2]

En la misma hoja había expresado:

[1] Días antes de comenzar la Cuaresma, le escribió al P. Blanch; la carta se extravió en el correo; allí podría haber existido algún indicio).
[2] Escrito inédito; seguramente lo último que escribió, a excepción de los dos mensajes que le envió a su madre desde el lecho de muerte. También podría haber escrito después la carta Nº 163 a su madre).



Santa Teresa de Jesús. Imagen del convento que estaba en la época de la Hermana Teresa.

"Sufrir, ¿qué importa al alma
que en el secreto de tu santo seno
reposa en dulce calma?"

"Sufrir es suave melodía
del alma que te ama
y sólo en Ti descansar ansía."

"¿Qué importa cuando se ama
llevar la cruz pesada
si abrasada se está en santa llama?"

"Ah Jesús, sólo ansío
el abandono de la cruz.
Allí sin criaturas
sin beber una gota de consuelo
quiero beber el cáliz del dolor."

"Ah, no le niegues a tu esclava
aunque pobre y miserable
el tesoro de tu Cruz"[1]

La "dulce calma", la "suave melodía", su poema "A Jesús" donde le preguntaba: "¿Qué puede el corazón desear/cuando ha gustado/las dulzuras de tu amor?" o cuando le imploró: "Ah Jesús, venid a arrebatarme"; ¿no demostraban claramente los toques de la divinidad y la unión íntima con Dios?

Estas dulzuras serán más sabrosas, según San Juan de la Cruz, en su obra "Llama de Amor Viva", "cuanto más le parece que le va a romper la tela de la vida" (Ll. I, 29), pues ya se han roto las anteriores telas y sólo queda esta última que es la sensitiva. "Arrebatar", para el santo místico es llevarle antes de su tiempo natural porque en el amor el alma está fortalecida y Dios es fuego consumidor que consume y transforma el alma que toca. El alma, llagada por la miseria del pecado y luego purificada, queda llagada de amor hasta convertirse en una gran y única llaga que es el toque de la divinidad en ella. Y "el alma inflamada en amor de Dios(...) siente embestir en ella un serafín con una flecha o dardo encendidísimo en fuego de amor" (Ll. II,9).[2]

"PRINCIPIO A CAMINAR PARA **MORIR EN CRUZ"**

El primero de abril, Jueves Santo, la joven novicia permaneció la mayor parte del tiempo en el coro. Su verdadero calvario comenzaba ese día... Sufriría el Camino de la Cruz. Catorce estaciones tenía el Vía Crucis y catorce días soportaría con dolor y amor los tormentos de la Pasión. Morirá el día doce, al igual que Cristo en la doceava estación y será enterrada el catorce –como El–, en el Vía Crucis.

"Agonizante en pos de Ti
subo a la senda del Calvario.
Principio a caminar
para morir en Cruz"

Por la tarde realizó la disciplina extraordinaria y durmió en la camilla de penitencia que colocó sobre su tarima.

De madrugada, el Viernes Santo, se dirigió al coro donde permaneció hasta las once de la mañana. En el refectorio comió como único alimento del día un "charquicán de pescado seco muy espeso". Nadie había advertido que tenía 39º de temperatura. A mediodía rezó el *Vía Crucis* y en el ejercicio de las Tres Horas cantó el *Testamento* y el *Perdón*. A las tres, postrada en tierra, cargó con la cruz de su mal quitándosela al Señor. Después de la postración permaneció un largo rato de rodillas.

Al retirarse al noviciado, su maestra la sorprendió con el rostro encendido y comprobó su alta fiebre. Preocupada, la mandó a recogerse a la celda.

A semejanza de Jesús en la tercera estación, el sábado caía bajo el peso de la cruz. No se levantaría más.

Padre Epifanio de la Purificación.



A pedido de la Madre Angélica, Sara Urbistondo salió del monasterio a llamar por teléfono a doña Lucía, advirtiéndole que no debía inquietarla mayormente pues el único síntoma de la enferma era la fiebre.

Mientras conseguía los permisos del señor nuncio para trasladar a su hija a un hospital de Santiago, doña Lucía Solar enviaba a Los Andes al médico de la familia. El Domingo de Resurrección, el doctor Díaz Lira se encontró con un cuadro más desolador del que esperaba, la temperatura ya ascendía a 40º.

Esa misma tarde, Teresa de Jesús conversó con su priora y maestra y le anticipó "que iba a tener que sufrir y que luchar mucho, y con grandes instancias le pidió para defenderse contra el demonio, una cantidad de medallas y de reliquias que con mucha veneración se colgó al cuello"[3]. Su maestra la reconfortaba en su dolor. La asistiría al pie de la cruz como la Virgen María a su Hijo Jesús.

Al día siguiente, lunes cinco, hubo junta médica, entre el doctor Díaz Lira y los médicos de Los Andes, Rosende y Trincado. La temperatura no cedía y el diagnóstico era incierto.

A mediodía pensó que moriría y pidió confesarse y comulgar. El Padre asuncionista –Bruno Delpouve– le dio la comunión por viático. El sacerdote era el cireneo que la ayudaba a cargar la cruz al darle el alimento de su alma. "Después de alimentarse con esa carne divina, ¿qué desfallecimiento puede sentir nuestra alma por el camino del deber?" (C. 124).

La madre subpriora, quien la cuidaba, aseguró que "en su acción de gracias quedó en éxtasis. Le pedí tres veces que rogara por mí y ella no me contestó. Al volver del éxtasis, le pregunté por qué no me había contestado y me respondió: "Sentí que me hablaba, pero no podía responderle porque estaba con El".

"NO QUIERO TENER **VIDA SINO EN TI"**

"Tú Corazón Jesús
es el único asilo de mi alma.
No quiero tener vida sino en Ti"[4]

El martes seis, el señor Capellán Cancer le dio la comunión. "Como el día anterior, en su acción de gracias quedó ajena a todo lo que la rodea ba"[5]. La Hermana Isabel de la Trinidad, la acompañaba en esos instantes, y le preguntó: "¿Hermanita, se quedó



Costurero de Teresa de Jesús y el purificador que bordó en el convento.

dormida?" Teresa la miró extrañada: "Eso sí que no". Al rato, dijo que iba a morir. Isabel muy triste, para animarla le repuso: "Hermanita, estoy rezando mucho para que mejore".

"Hermanita, de esta enfermedad no me mejoraré".[6]

A mediodía llegó su madre en el expreso. De inmediato pidió hablar en el locutorio con la Madre Angélica. Allí le mostró las licencias que permitían que su hija saliese del monasterio. No quería ocasionar molestias ni gastos a la comunidad y deseaba la mejor atención para Teresita. La priora le hizo ver que no debía preocuparse por los gastos y molestias; la atención médica no le faltaría. Lo que realmente hizo desistir a doña Lucía fue el argumento que luego le dio: "si llegaba a morir fuera del convento no moriría como religiosa por tratarse de una novicia y para la enferma sería un sufrimiento demasiado terrible salir del Carmelo".

Nuevos permisos llegaban a doña Lucía, se los enviaba desde Santiago su hija mayor para que pudiera entrar al claustro a cuidar a Teresita. La Madre Angélica le dijo que podía hacerlo, puesto que estaban firmados por el señor nuncio, pero esto sentaría un precedente en la comunidad ya que jamás un familiar había entrado al claustro. Heroicamente tuvo que claudicar; a su Teresita no le agradaría que con ella se hiciesen excepciones. El

(1 Versos inéditos. No podemos hablar de un poema –pues por el desorden y las rayas que ella misma hizo– parecen más bien pensamientos que no tienen intención de unirse en una poesía).
(2 Cfr. Ll. I,29,34-36. II,2-8).
(3 Hermana Gabriela del Niño Jesús).
(4 Versos inéditos, aparecen en el mismo dorso de la carta donde escribió los otros pensamientos o versos).
(5 Hermana Gabriela del Niño Jesús).
(6 Testimonio de la Hermana Isabel de la Trinidad).

martirio para doña Lucía... recién se iniciaba.[1]

La priora fue a comunicarle a la joven novicia la llegada de su mamá y le contó que –pese a los permisos–, con un valor asombroso, había desistido entrar a cuidarla. Pudiendo haber reclamado la presencia de su madre mandó a decirle que le bastaba el cuidado de sus hermanas carmelitas y agregó: "Uds. comprenderán la alegría que tendría en abrazar a mi mamacita querida, pero que no entre porque estoy en la cruz con el Señor y así puedo ofrecerle un sacrificio completo".

Pero sí pidió el consentimiento a su maestra para verla en el locutorio. La Madre Angélica no le permitió levantarse; la debilidad era notoria. Sin una réplica, acató la orden. Su madre, aunque de lejos, era la Verónica que venía a enjugarle el rostro.

Le pasaron lo necesario para que le escribiera una carta.[2] "Con lápiz trazó en un papel unos cuantos renglones, contándole las atenciones y cuidados de que era objeto. Con su delicado corazón no se cansaba de ponderar lo mucho que por ella se hacía no siendo digna, según decía, de tanta atención y cariño".[3]

Nuevamente por la tarde quiso escribirle una nota. Agobiada por la fatiga y la alta temperatura sólo pudo escribir unas cuantas líneas algo inconexas y desordenadas:

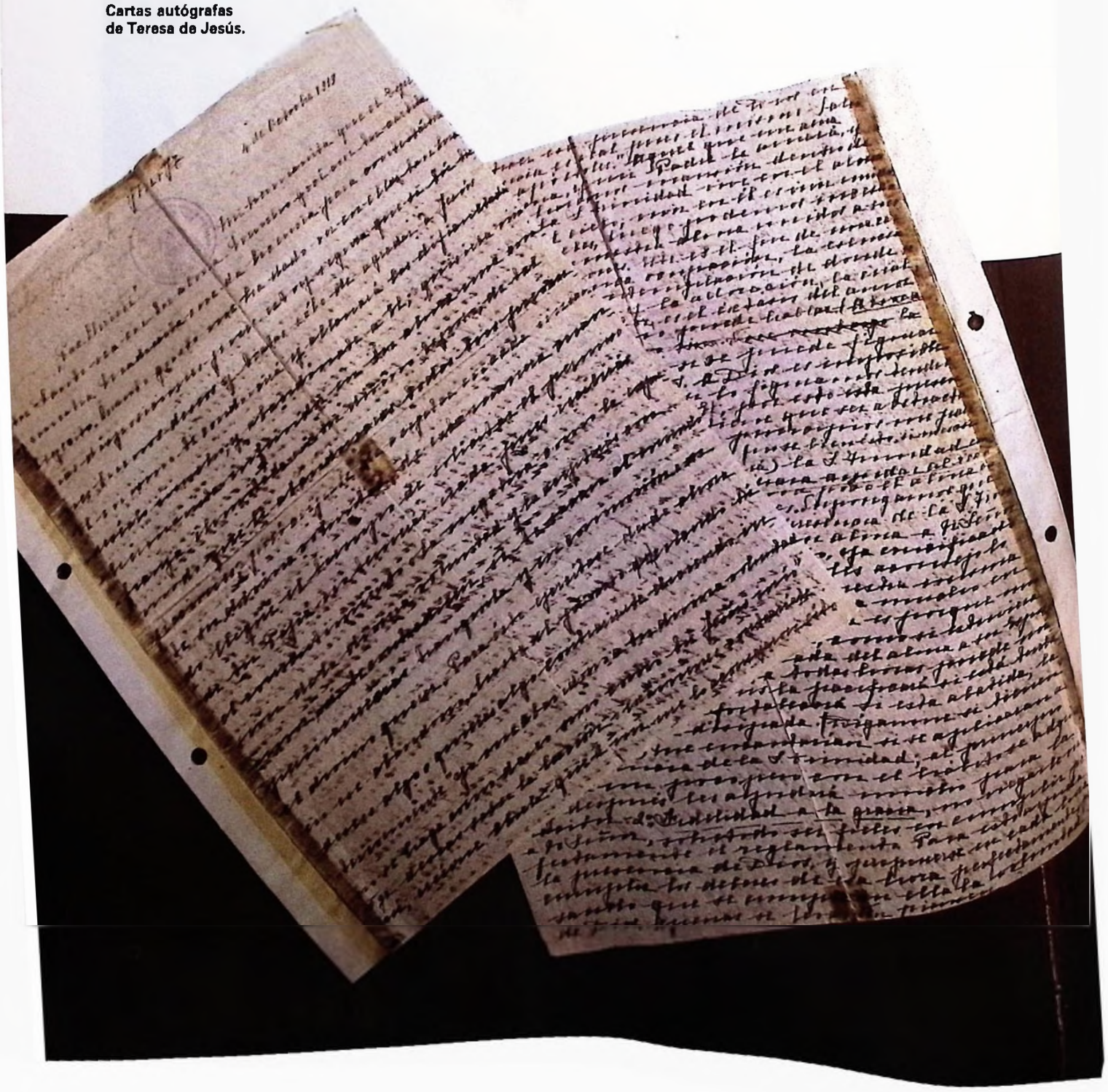
J.M.J.T.

"Mamacita

"Aunque no me voy a dignar salir [al] locutorio aunque no necesito decirle lo que gozaría con verla pero nuestra Madrecita y Hermanita me tienen agobiada a cariños (mimos).[4]"

La madre priora tuvo que armarse de valor para llevarle este mensaje a doña Lucía. Estaba más mal de lo que creían los doctores. Pero su pena más grande era que – desde hacía un par de días- ella misma se sentía mal; apenas era capaz de mantenerse en pie y deseaba estar al lado de la joven novicia para

Cartas autógrafas de Teresa de Jesús.



asistirla.

Los médicos aún no encontraban la causa de la alta fiebre y de los intensos dolores que desde el domingo se estaban manifestando en Teresa. Cada vez que entraban a su celda la hallaban peor.

Después de Maitines, Teresa de Jesús se desmayó. Llegó el señor capellán, le administró la Extremaunción y rezó las indulgencias de la Orden.

PROFESA COMO **CARMELITA**

Pasada la medianoche volvió en sí. La Madre Angélica aprovechó su lucidez para que profesara como carmelita en artículo de muerte. "Al proponérselo, nuestra hermana contestó con mucha humildad que no era digna de una gracia tan grande. Con voz entera pronunció tres veces la fórmula de la profesión"[5].

Ante la presencia de la priora, de la subpriora y clavaria[6], María Teresa de San Juan de la Cruz, y de las clavarias, hermanas María de San José y María Gabriela del Niño Jesús, la joven novicia profesó:

"Yo, Teresa de Jesús, hago mi profesión y prometo obediencia, castidad y pobreza a Dios nuestro Señor, a la gloriosa Virgen María del Monte Carmelo y al Ilmo. Rvdmo. Mons. Arzobispo de Santiago Dr. D. Crescente Errázuriz y a sus sucesores según la Regla Primitiva de la Orden y sin mitigación hasta la muerte. Vota mea Domino reddam in conspectu omnis populi eius in atriis domus Domine."[7].

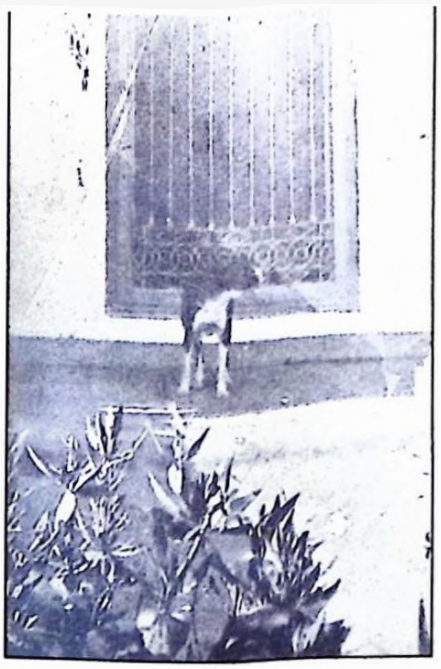
La neoprofesa intentó firmar el texto de su profesión pero no pudo hacerlo –y por ella firmaron– la priora y las tres clavarias. "¡Qué hermosa es nuestra vocación! Somos redentoras de almas en unión con nuestro Salvador. Somos las hostias donde Jesús mora. En ellas vive, ora y sufre por el mundo pecador "(C.131)." Me figuro muchas veces que soy una reina; pues mientras otras almas sirven al Rey en el apostolado de la acción yo –como reina– me estoy a su lado escuchándolo, contemplándolo, rogando junto con El, sufriendo con sus mismos sufrimientos" (C.141).

Se convertía oficialmente en la esposa de Cristo. Lo era ya en secreto desde los quince años –al hacer su voto de virginidad– y lo siguió siendo siempre.

A las siete de la mañana su temperatura[8] había descendido a 38,8º. Fue entonces cuando reclamó –con una actitud muy simpática– a la Madre Angélica, el velo negro de profesa; lo que hizo sonreír a sus hermanas. La priora le prestó uno, él que con la ayuda de las religiosas se colocó. Una hermana, para darle gusto, le hizo uno pequeño y liviano para que lo usase sin molestia.

El capellán le había dado la comunión a las nueve de la mañana... Sería la última que recibiría.

Cuando el doctor Díaz Lira entró a su celda, tenía 40º. Ya no cabía dudas, se trataba de "un tifus en el segundo período". Decretó trasladarla a la enfermería para evitar el contagio en el noviciado. Al enterarse de que debía abandonar la celda "se notó en su semblante una expresión de tristeza, sin embargo, en el momento en que se la trasladaba en su propia tarima, con mucha alegría nos decía: 'Respeto el velito negro'. Aludiendo a que ya era profesa."[9]



Perro Molzuc.

Otra pena reservaba a Teresa... La Madre Angélica fue obligada por la comunidad a guardar cama. "Esto debió ser para nuestra carmelita un gran sufrimiento, porque sabiendo que iba a tener mucho que sufrir y que luchar antes de su muerte, contaba sin duda con la asistencia y compañía de su madre y maestra que tan íntimamente conocía su alma. Cuando notó su ausencia pidió hablarle, dando a entender que tenía algo que decirle, pero al saber que no podía venir porque estaba en cama, no insistió más; se replegó en Dios y en perfecto abandono se entregó a todas las disposiciones divinas"[10].

Su mamá estando tan cerca y su maestra también, no podrían asistirla en su agonía. En soledad se sometía a la voluntad de Dios. El peso de la cruz... la hacía caer por segunda vez.

HEROICA **FORTALEZA**

"La paz de su alma era admirable. Cuando se le avisó que el Reverendo Padre José Blanch había llegado y que podía hablarle inmediatamente si quería, Sor Teresa dijo que no tenía apuro, que si el Padre venía con tiempo entrara al día siguiente. Desgraciadamente entonces tenía ya alguna dificultad para expresarse; pero pudo confesarse quedando después en gran recogimiento.

"Fue en estos días de su enfermedad cuando pudimos apreciar la santidad de nuestra hermana. Su tranquilidad, su paciencia admirable, su fortaleza para sufrir, sobre toda ponderación, nos reveló un espíritu de mortificación verdaderamente heroico. Jamás se quejó, ni pidió, ni rehusó nada, ni preguntó qué tenía, ni qué opinaban los médicos, si se mejoraba o empeoraba. En completo olvido de sí misma, con la dulzura y mansedumbre de un corderito, se prestó a los cuidados y penosos tratamientos que prescribían lo médicos para que evolucionase su tenaz enfermedad. Las inyecciones se sucedían unas a otras y llegó un momento en que en los brazos casi no había dónde aplicárselas. Sin embargo llegada la hora los presentaba con una sencillez tan admirable que hacía im-

(1 Testimonio de la comunidad y de la familia).
(2 Al contrario de lo que se piensa, Teresa escribió más de tres renglones, prueba de ello es el testimonio de la Hermana Gabriela del Niño Jesús. Ver nota[3]. Es el fragmento de una carta; doña Lucía lo conservó mucho tiempo y copiosas lágrimas suyas cayeron sobre ella. Seguramente la otra parte quedó tan estropeada que no la pudo devolver al convento).
(3 Hermana Gabriela del Niño Jesús).
(4 La última palabra podría ser " mimo", aunque no está claro).
(5 Hna. Gabriela del Niño Jesús)
(6 Consejera)
(7Salmo 115 "Cumpliré mis votos al Señor delante de todo su Pueblo, en los atrios de la Casa del Señor")
(8 Se conserva en el monasterio la hoja de su temperatura que fue anotada por la madre subpriora)
(9 Hna. Gabriela del Niño Jesús)
(10 Hna. Gabriela del Niño Jesus)

presión. A su enfermedad, dolorosísima en todos los aspectos, se añadieron otras complicaciones muy penosas, entre ellas una irritación a la garganta que no le permitía tragar sin dificultad; pero bastaba decirle que era voluntad de Nuestra Madre que tomara esto o aquello, para que, como perfecta obediente, hiciera todo lo posible aunque le costaba un tormento.

"Muchas veces la enfermera deseando aliviarla en lo posible, preguntábale qué le mortificaba; su respuesta invariable era: "Estoy muy bien".

"Una noche la madre subpriora temiendo que le molestara la luz, le preguntó varias veces si prefería estar a oscuras. Sor Teresa le respondió que le era indiferente, que hiciera lo que su maestra determinara. Sus dolores sólo se sabían cuando sobre ellos la interrogaban los médicos. Entonces con sorpresa oíamos que tal o cual órgano le dolía mucho.

"Impulsada por su espíritu de compunción, nuestra hermanita que sólo nos había dado ejemplo de virtud y santidad varias veces hizo esfuerzos para arrodillarse y pedir perdón con sentimientos de la más profunda humildad.

"Mientras conservó el uso de los sentidos se notaba que su alma se mantenía íntimamente unida a Dios. En algunos ratos en que quedaba en silencio, esa unión imponía y costaba interrumpirla o dirigirle la palabra. La expresión de su semblante entonces tenía algo de angelical".[1]

"CUANDO EL FRUTO ESTA MADURO SE DESPRENDE SOLO"

El jueves, apenas podía hablar, su delirio era casi continuo. Pero de pronto, tal como Jesús habló con las mujeres de Jesuralén, Teresa se dirigió a las religiosas que la cuidaban repitiendo una y otra vez que "la víctima de amor tenía que subir al Calvario". En medio de su estado febril reiteró en varias ocasiones que "se había ofrecido como víctima por los pecadores" y en especial por un alma que nombró.[2]

"Es tan bueno –decía, por el Señor–, que con poco se contenta: una mirada, una palabra que se retenga, basta para agradecerle. Y ¿qué más podemos ofrecerle nosotras que no somos nada?"

Bastó una frase, una sola frase, para demostrar el estado de su alma, el toque de Dios..., el ímpetu de amor: "Cuando el fruto está maduro, se desprende solo. Ahora El lo ha tocado y ha caído".[3]



Hermana Josefina María de Jesús. Entró al convento en marzo de 1920.

La subpriora, quien reemplazaba a la madre Angélica, no se movía de su cabecera. Trece veces al día le controlaba la temperatura; cuando ésta bajaba a menos de 39° se esperanzaba; pero al tomársela –a la hora siguiente– volvía subir a 40°. Eran los vaivenes de la enfermedad.

Por un telegrama, enviado por doña Lucía, el Padre Blanch había llegado el día anterior de Valparaíso. Después de confesar a la joven salió muy conmovido por su valentía para enfrentar la muerte.

El 20 de abril le escribirá a la mamá de Teresa: "Nada tiene que agradecerme por lo que dice Ud. que yo hice por su hija, al contrario, creo que soy yo el que debe agradecimientos a Ud. y a ella, primero, por la confianza inmerecida que depositaron en mí al entregar a mis cuidados un alma tan amada de Dios, y segundo porque en ella he podido admirar la bondad de Dios que ha colmado de favores a su criatura (...). La muerte de la Juanita no es más que un sueño en los brazos de Dios; así nos lo dice San Pablo al hablar de la muerte de los justos".

Doña Lucía, atenta siempre al tomo, a la salida de los médicos y de los sacerdotes por la puerta reglar, se mantenía en vigilia con el rosario en su mano y los dos mensajes que su Teresita le había enviado desde la celda. El doctor Díaz Lira, el médico de su familia, le dijo que "la impresión de la enfermedad no era tan pesimista", y gracias a las inyecciones que había prescrito, el pulso había descendido de 160 a 100.

Sara Urbistondo, la portera del convento, acudía con frecuencia a la botica a comprar los remedios que recetaban los cinco médicos que la asistían. Para aliviar sus tensiones, doña Lucía, de vez en cuando, la acompañaba. El boticario, señor Enrique Le-Beuffe, impresionado por la enfermedad de la joven carmelita, la atendía con gran amabilidad. Se preocupaba especialmente de tenerle glucosa, que escaseaba. En una nota le escribió que su botica "la ponía incondicionalmente a sus órdenes a cualquier hora de la noche o del día".

El interés que todos demostraban por su hijita era tan sincero que no olvidaba en sus oraciones –en la capilla– a ningún médico, ni a la enfermera, ni al boticario, ni a Sara y menos a las religiosas que se desvelaban por cuidarla.

Mientras permanecía en la capilla miraba hacia atrás para ver el coro y los estatales, donde su Teresita había pasado horas con el Señor. ¿Regresaría alguna vez a él? ¿Rezaría –junto a sus hermanas– nuevamente el Oficio Divino? ¿Se encontraría con ella en el locutorio? ¿Volvería a ver su maravillosa sonrisa?...

La última vez que había estado con ella, poco más de tres meses, ¿cómo iba a pensar que –tal vez– nunca más la vería? Los designios de Dios nadie los conocía. Lo único que la reconfortaba era la extraordinaria sensación que dejaba su hija a los que entraban al claustro. Jamás se quejaba y se entregaba dulcemente a la voluntad del Señor.

"Teresa quiere decir fortaleza, Teresa quiere decir alma enamorada, Teresa es tener sed insaciable de la salvación de las almas. Teresa no es otra cosa que ser víctima, Teresa es ser holocausto por los sacerdotes. El

(1 Hna. Gabriela del Niño Jesús)
(2 La comunidad nunca dijo a quién había nombrado.)
(3 Testimonio de la Hna. Gabriela del Niño Jesús.)



Crucifijo de Teresa de Jesús.

nombre Teresa no cabe en un alma pequeña, es para almas generosas".[1]

"AH, JESUS, SOLO ANSIO EL **ABANDONO DE LA CRUZ"**

Muy temprano, el viernes nueve, entró el doctor Díaz Lira al claustro. Salió desilusionado; la enferma había pasado una terrible noche, con dolores insoportables, pese a que apenas los exteriorizaba a las hermanas.

A las seis de la tarde, la comunidad se alarmó, la fiebre no era muy alta, pero apenas reaccionaba y no podía tragar ni un solo alimento. Por otra emergencia el doctor Díaz Lira, tuvo que partir a Santiago. Llamaron de urgencia al doctor Rosende, quien recetó inyecciones intravenosas para el día siguiente; traería a una especialista para que se las colocara.

Teresa de Jesús volvía a caer abrumada por el dolor.

Una enfermera del hospital de Los Andes entró dos veces – el sábado– a ponerle las inyecciones y dos veces la asistieron los doctores Rosende y Fonceda. Había amanecido con 38°, la temperatura más baja en el transcurso de su enfermedad.

Pero en la noche le subió a 40,3° y fue en esos instantes en que estando la comunidad orando alrededor de su lecho junto al Padre Blanch cuando le sobrevino una crisis y todos pensaron en su inminente muerte. Ante el estupor de las religiosas y del sacerdote, "se incorporó y convulsa y agitada y con energías increíbles en el estado de postración en que se hallaba, hacía grandes esfuerzos para sacarse el santo escapulario y apartar de sí todos los objetos de piedad que la rodeaban. En vano se procuraba que sostuviera en las manos el crucifijo; a su contacto se estremecía y al instante lo rechazaba. Sin embargo, por indicación del Rvdo. Padre José Blanch, una de las hermanas lo sostuvo en su mano. Con voz fuerte y angustiosa y cavernosa se le oyó decir:

"Es cierto que Dios me ha hecho grandes gracias, pero yo no he correspondido a ellas y estoy condenada".

"El Rvdo. Padre Blanch la alentó entonces, a la confianza, diciéndole que no estaba condenada, sino que iba al cielo, e implorando la protección de la Santísima Virgen le repetía el *Ave María*; pero Sor Teresa estremeciéndose clamaba con fuerzas:

"No, no, por favor no recen por mí", y con acento desgarrador exclamó: "¡Nunca creí que la Santísima Virgen me fuera a abandonar!"

"Las que presenciábamos tan dolorosa escena redoblamos nuestras oraciones, en tanto que el Rvdo. Padre Blanch asperjaba el lecho y la celda con agua bendita.

"Después de un largo rato de esta terrible lucha, se fue calmando poco a poco y hubo un momento en que sonriéndose dijo como si viera a alguien:

"¡Mi Esposo!"

"Y después con un acento de humildad y compunción que conmovía, repetía las jaculatorias:

"Jesús mío, misericordia, dulce Corazón de María, sed la salvación mía".[2]

Jesús fue despojado de sus vestiduras en la décima estación del Camino de la Cruz... Ella también fue despojada del ropaje con que su Esposo la había investido.

"Ah Jesús, sólo ansío
el abandono de la cruz.
Allí sin criaturas,
sin beber una gota de consuelo
quiero beber el cáliz del dolor".

¿DELIRIO?

Al salir por la puerta reglar, el Padre Blanch, le relató a doña Lucía el triste acontecimiento que recién había vivido. ¿Sería sólo un delirio debido a la alta temperatura o era obra del demonio?

"No es más que un delirio porque su vida fue inocente", le respondió el sacerdote tranquilizándola.

Si por amor al Señor ofrendó su vida y por amor a El se había privado de todo lo mundano, ofreciéndose como víctima, tenía que subir al Calvario y debía sufrir como El, en cuerpo y en alma.

Monseñor Alejandro Huneeus Cox, quien conoció a Juanita, en el proceso de beatificación declarará: "La teología ascética y mística responde satisfactoriamente a las angustias que padecen muchos santos en su última enfermedad".

El Padre Valentino Macca, O.C.D., relator del proceso, explicará: "Creo que es más simple pensar en el delirio que normalmente provoca el tifus, al que pudo estar unido una 'tentación' diabólica, como afirmó el Padre Avertano. (...) Es como cualquier otra prueba física o moral, una expresión de la pedagogía de Dios, que a través del juego de las causas secundarias, prepara y dispone para sí a aquellos que ama y que lo aman. La actitud de la Sierva de Dios después de la media hora de delirio, demuestra más que nunca su vida teologal profunda, no remecida ni por la terrible prueba física, que reveló aquello que llenaba su corazón y dominaba su mente: la salvación del alma. Es eso lo que da sentido a su frase, fuerte y audaz, dicha en otro momento:

"El infierno me hiela de terror: desearía estar allí para que un alma te ame"[3].

Cristo crucificado clamó a su Padre: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has



Huerta donde trabajaba Teresa de Jesús.

abandonado?" Teresa de Jesús padeció el abandono. Cristo sufrió por redimir a las almas; Teresa de Jesús al participar de la obra redentora del Señor, necesariamente debía pasar por la absoluta soledad y más aún si se había ofrecido como víctima por los pecadores. Si El clamó a viva voz el abandono de su Padre, ¿por qué Teresa no pudo haber sufrido esta desolación?

"Por medio de los sufrimientos me he de asemejar a Jesús crucificado" (C. 27). "¡Cómo quisiera derramar mi sangre muriendo por Jesús! ¡Qué dicha tan inmensa sería ésta: dar mi vida por El! Pero soy indigna de esta gracia. Sin embargo, no sé por qué abrigo la esperanza de que moriré por El" (C. 90).

"SUFRIR ES SUAVE MELODIA DEL **ALMA QUE TE AMA"**

"En la mañana del domingo once tuvo una pequeña reacción. A la hora de misa, después de que la comunidad entonó el *Vidi aquam* nuestra hermanita cantó el *Asperges* como cuando estaba en el coro, y más tarde reconoció a una de sus hermanas que le había prestado sus servicios y sonriéndose con mucho agrado la llamó por su nombre y le dijo muy bajito: "¡Dios se lo pague, hermanita!".[4]

Lucho había llegado a acompañar a su madre. El último telegrama había sido alarmante. Pero sólo allí se enteró de la gravedad de su hermana. Juanita no podía morir, era tan joven, tan vital. Mientras su mamá permanecía la mayor parte del tiempo orando en la capilla o sentada junto al torno, Lucho se dedicaba a hablar con los médicos. La ciencia debía tener una solución y era imperioso buscarla.

Luego de la junta médica entre los doctores Trincado, Fonceda y Capelli[5], comprendió que era imposible su mejoría; una septicemia se había declarado. Los facultativos resolvieron continuar con las dolorosas inyecciones.

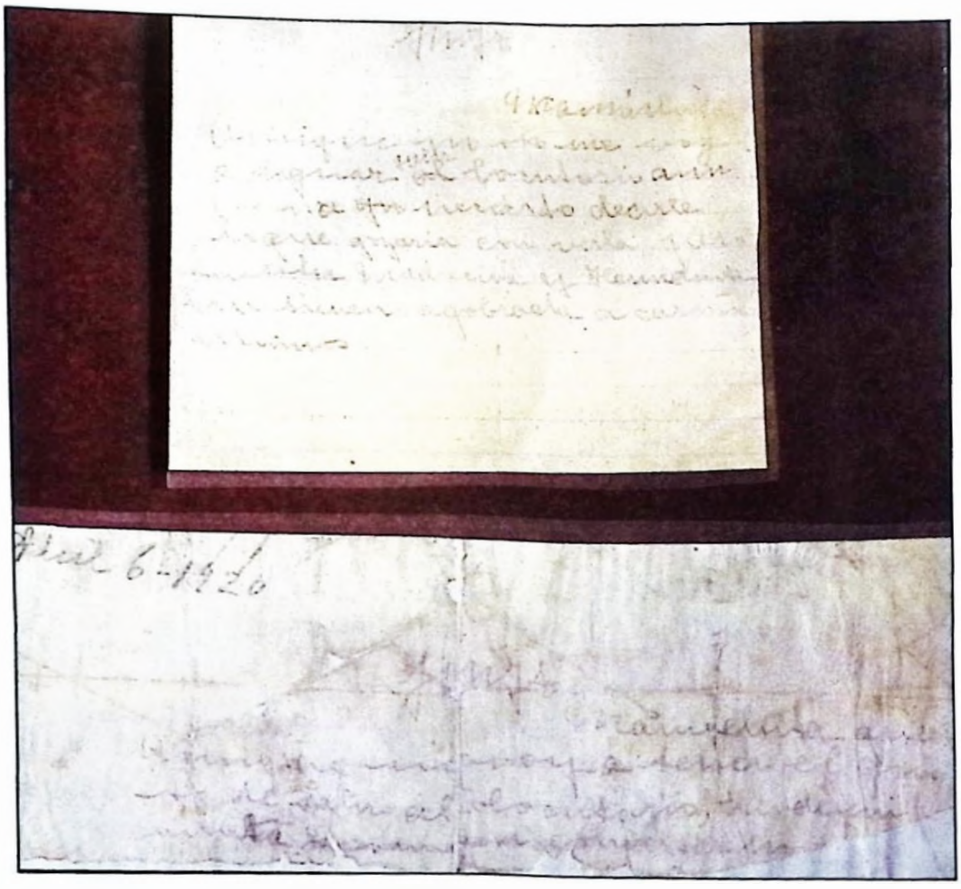
Zoila Vargas Valencia, la enfermera especialista que la inyectaba, declarará más adelante: "Tengo la dicha de haberla atendido. Recuerdo, como si fuera ayer, su rostro tan blanco y sonrosado, como transparente. Y su pelo castaño dorado. Estaba afirmada con almohadones y a mí, en cuanto entraba con la jeringa, me dirigía una mirada bondadosa con sus ojos color jacinto y brillantes, y sus labios que siempre los tenía entreabiertos, como una sonrisa. Tenía los dientes muy blancos y pequeños. Abría la boca para que yo le hiciera tocaciones a la garganta y a veces la curación la hacía manar un poco de sangre; pero jamás expresó ni una sola queja, ni tampoco cuando le colocaba la inyección. Ella permanecía llena de dulzura y tranquilidad, como si nada le sucediera, y yo le tomaba la temperatura y el termómetro marcaba la fiebre más alta; pero ella siempre apacible y hermosa. Para mí era una alegría, porque pensaba yo que era una santita digna de canonización, porque yo nunca había visto tanta resignación en medio de tanto sufrimiento".

Su frágil piel no resistía un pinchazo más. Pero nuevamente hubo que inyectarla. Ningún quejido, ninguna demostración de dolor, sólo una débil sonrisa para saludar a su enfermera. En la onceaba estación Jesucristo fue clavado en la cruz. Teresa de Jesús esperaba que El le clavara su corazón...



Exterior de la capilla del convento donde vivió Teresa de Jesús.

(1 Carta de doña Lucía a Rebeca.)
(2 Hna. Gabriela del Niño Jesús)
(3 La frase textual que escribió Teresa fue: "El infierno me hiela (...) Jesús querido, acabo de ver lo que es el infierno; lo terrible que es. Pero te digo que preferiría estar allí por una eternidad con tal que un alma, aunque fuera tan miserable como la mía te amara" D. 29)
(4 Hna. Gabriela del Niño Jesús)
(5 En el libro del torno aparece escrito todo lo relacionado con su enfermedad; los médicos, los sacerdotes, y las enfermeras que entraron a asistirla. Aún se conservan las recetas y las opiniones de los facultativos)



Ultimos mensajes de Teresa de Jesús dirigidos a su madre.

"¡AH, JESUS! VENID **A ARREBATARME"**

En dos oportunidades había entrado el señor Capellán Cancer, –ese día–, al claustro. La primera vez habló con ella y le dio la absolución. La segunda, la encontró dormida, sumida en un letargo del cual no salió más.

El lunes, el doceavo día, la doceava estación en que Jesús murió en la cruz... Teresa tenía que morir.

La fiebre era tan alta que los doctores Trincado y Capelli resolvieron darle a las cuatro de la tarde un baño para bajársela. Para esto hicieron venir a Zoila Vargas, la enfermera, y a la Madre Celia, superiora del hospital.

Más tarde, los médicos la desahuciaron; la ciencia no podía hacer nada por ella a pesar de las inútiles insistencias de Lucho.

A las seis llegó el capellán y de allí no se movió. "La comunidad asistió varias veces a su celda porque a cada momento parecía extinguirse su preciosa vida"[1].

"MUERE **DE AMOR"**

Teresa de Jesús morirá de amor porque había vivido de amor. Había llegado a la desnudez total, a la negación, a la cruz de Cristo..., al matrimonio espiritual. Su estrecho camino se ensanchaba abriéndose hacia el infinito.

Lejos de su lecho de moribunda, en Santiago, la Hermana Mercedes del Corazón de María, una carmelita llena de fervor y de virtudes, estando en oración en el coro de su convento de la Alameda, sin conocer ni de nombre a Teresa de Jesús o a Juanita Fernández, tuvo una visión... "Súbitamente, llevaron mi espíritu a una pequeña estación de ferrocarril, que era un ramal desde donde los trenes partían a Los Andes y hasta allí me llevaron, y me encontré en la celda de una carmelita moribunda; vi que era jovencita, y, a pesar de la palidez de su rostro, todo él reflejaba una luz suavísima y celestial. Al lado izquierdo de su cama, como a un metro de altura, había un ángel con ropaje como de nubes blancas, y con un dardo, que no le vi fuego en la punta, le traspasaba el corazón a la religiosa, y al punto me dijeron: 'Muere de amor' ".[2]

A la misma hora en que la Hermana Mercedes del Corazón de María estaba en el coro de su convento sumida en su visión; en la enfermería del Monasterio del Espíritu Santo de Los Andes, en presencia de la comunidad y del capellán, Teresa de Jesús, "envuelta en un velo blanco con los párpados ligeramente entreabiertos"[3], se sumergía en Dios, "su respiración era tranquila y por momentos se iba haciendo imperceptible",[4] abrió los ojos, fijó la mirada en el capellán y recibió la absolución...

Herida de amor, Teresa de Jesús salía del destierro para unirse en la eternidad con su Amado.

"...El morir natural de las almas que llegan a este estado, aunque la condición de su muerte, cuanto al natural, es semejante a las demás, pero en la causa y en el modo de la muerte hay mucha diferencia; porque si las otras mueren muerte causada por enfermedad o por longura de días, éstas aunque en enfermedad mueran o en cumplimiento de edad, no las arranca el alma, sino algún ímpetu y encuentro de amor mucho más subidos que los pasados y más poderoso y valeroso, pues pudo romper la tela y llevarse la joya del alma. Y así, la muerte de semejantes almas es muy suave y muy dulce más que les fue la vida espiritual toda su vida; pues que mueren con más subidos ímpetus y encuentros sabrosos de amor, siendo ellas como el cisne, que canta más suavemente cuando se muere" [5] □

(1 Hermana Gabriela del Niño Jesús)
(2 El relato continúa: "La posición del cuerpo de la agonizante era de espaldas, un poquito inclinada a la izquierda. Vuelta en mí guardé silencio y esperé, esto fue el 12 de abril de 1920 y hasta la fecha no lo he referido sino al Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo Dr. Don José Horacio Campillo que era mi director espiritual y a quien se lo escribí en cuenta de conciencia que le daba por escrito. Me olvidaba decir que al día siguiente recibimos en nuestro convento un telegrama que nos anunciaba el fallecimiento de la Hna. Teresa de Jesús, y así supe que Su Caridad era la que yo había visto agonizante el día 12 de abril..." El nombre de la religiosa era Julia Mirete Zorrilla y en una declaración jurada expuso este relato el día 24 de marzo de 1950. Isabel de la Trinidad atestiguará que "la vio morir en esa actitud que la Hna. describe")
(3 Hna. Gabriela del Niño Jesús)
(4 Hna. Gabriela del Niño Jesús)
(5 San Juan de la Cruz. LL I, 30.)



San José, talla de madera policromada, americana, siglo XVII. Monasterio de San José, carmelitas, Santiago.



Antiguo Monasterio del Espíritu Santo de la calle Sarmiento, Los Andes. Patio del torno, las columnas de madera pertenecieron al convento donde vivió Teresa.

CUARTA PARTE

TERESA DE LOS ANDES

Solas estas dos cosas nos pide el Señor: amor de su Majestad y del prójimo; es lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con El". (Santa Teresa de Jesús. Moradas V 3, 7)

LAS CAMPANAS **DEL MONASTERIO**

Sentada junto al torno, doña Lucía Solar, esperaba. Teresa expiraría de un momento a otro. Recordó a María del Carmen, su pequeña hermana que había fallecido un doce de abril. ¿Cuánto tiempo antes temió lo mismo? Ah, cuando Juanita tenía doce años y le dio difteria; ella había muerto de difteria a los doce años; su hija se salvó y sus temores se olvidaron. Rememoró los sufrimientos de María del Carmen y su valentía: pidió perdón a sus padres y se encomendó dulcemente a la voluntad de Dios. ¡Doce de abril! Teresita se iría.[1]

Cuando Juanita tenía apenas dos semanas de vida le vino una terrible tos, el doctor temía que se ahogara y le dio la orden de que a cada hora le pegara fuertes palmadas hasta hacerla llorar. Nunca pudo golpearla debiendo encargarle esta ingrata tarea a la enfermera. "Cómo elige Nuestro Señor a las almas a cargar su cruz desde la cuna".[2]

Sara Urbistondo le ofreció una taza de té. Se negó a aceptarla... estaba en vigilia. Prefería rezar el rosario. Por quinta o sexta vez comenzó a pasar de una cuenta a otra. ¡Dios mío, hágase tu voluntad y no la mía! Su mano izquierda aprisionaba los dos últimos mensajes que Teresa de Jesús le había enviado desde la celda; estaban arrugados y humedecidos por sus lágrimas; no los había soltado desde hacía seis días. Serían sus últimas palabras.

—Dios te salve María llena eres de gracia...

Lucho se paseaba de una pared a otra.

La campana dio tres señales.

Sobresaltada miró su reloj, eran las siete y dieciocho minutos. De inmediato se arrodilló. Sara lo hizo junto a ella. Volvieron a rezar el *Ave María.*

—... Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén, Jesús.

Nuevamente los tres toques.

Lucho comenzó a caminar lentamente.

...Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén, Jesús.

Otras tres campanadas.

Lucho se detuvo.

La madre comprimía el rosario junto a los dos papeles de su hija. No se animaba a seguir rezando. Sólo invocaba a Dios y a la Santísima Virgen.

Dos campanas al mismo tiempo retumbaron tres veces.

Lucho se arrodilló al lado de su madre.

—Desde lo más profundo clamé a Ti, oh Señor; oye Señor benignamente mi voz.

Estén atentos tus oídos a la voz de mis plegarias.

Si te pones a examinar, Señor, nuestras maldades, ¿quién podrá subsistir, oh Señor, en tu presencia?

Mas en Ti se halla como asiento la clemencia, y en vista de tu ley he confiado en Ti, oh Señor.

En la promesa del Señor se ha apoyado mi alma, en el Señor ha puesto su



Teresa de Jesús en la capilla ardiente.

esperanza.

Desde el amanecer hasta la noche espere Israel en el Señor. Porque en el Señor está la misericordia, y en su mano tiene una redención abundantísima.

Y El es el que redimirá a Israel de todas las iniquidades.

Las campanas resonaron tres veces.

Lucho abrazó con fuerza a su madre.

Doña Lucía miró a San José, el "guardián de las vírgenes" y del monasterio... y por segunda vez recitó el salmo *De Profundis.*

Parecía la Madre Dolorosa; Lucho era el joven apóstol, Sara... María Magdalena. Entrelazados pronunciaban el salmo.

Teresa se inmolaba en la cruz por amor.

Escucharon con impotencia el dueto de las campanas tres veces seguidas.

Era el llamado a difunto.

Teresita había muerto.

Lucho comenzó a caminar.

Sara sollozaba.

Doña Lucía besó su escapulario y nuevamente oró.

Sintieron el ruido del torno. Sara tomó la palmatoria, Lucho ayudó a su madre a levantarse.

–Alabado sea Jesucristo.

–Por siempre sea alabado–, respondió Sara abatida.

–Señora Lucía, ¿está ahí?

–Sí... sí, ya partió, ¿no es cierto?

–Sí, señora Lucía, ya partió. Dentro de un par de horas, aproximadamente, trasladarán a la Hermana Teresa de Jesús al coro. Podrá verla en la capilla. Si usted quiere puede acercarse a la reja. Nuestra Madre le envía desde su celda sus condolencias; está orando por ustedes.

–¿Sufrió mucho mi Teresita?

–Su hija emprendió el vuelo hacia la Patria como un ángel.

UNA CORONA **DE ROSAS**

Al toque de la primera campana, el capellán de la comunidad se había colocado la estola negra para entonar el responsorio *Subvenite* que fue concluido por las religiosas que cerraban sus ojos para contener el llanto.

El señor Capellán Cancer se retiró acompañado por la Madre subpriora María Teresa de San Juan de la Cruz y por la Hermana Josefina del Espíritu Santo.

Las hermanas esperaron una hora para preparar el cuerpo de Teresa de Jesús. Lavaron su rostro, sus manos y los pies. La vistieron con un viejo hábito y una gastada capa. Debían dejar las vestimentas más nuevas para que otra religiosa las usase. Las de la hermana Teresa apenas tenían seis meses de uso.[3] Con delicadeza le colocaron el velo blanco, el mismo que habría seguido utilizando por un tiempo como neoprofesa.

Cambiaron su "corona de espinas" por una de rosas blancas. Sobre sus restos derramaron rosas, también blancas. Como símbolo de pobreza sus pies quedaron descalzos. En su mano derecha depositaron una cruz pequeña. Encendieron dos velas y en la mesa dejaron el acetre de agua bendita junto al hisopo.

Por turno las hermanas rociaban su cuerpo. Notaron en su rostro una conmovedora placidez. Era justo, había quitado muchas espinas a Cristo.

"DIOS ES **ALEGRIA INFINITA"**

Al toque de la pequeña campana del claustro acudieron las religiosas a la enfermería con velas encendidas y sus capas blancas. La Hermana María Isabel de la Trinidad se situó a los pies

(1 Doña Lucía falleció al igual que su hija y su hermana María del Carmen un doce de abril)

(2 Palabras de doña Lucía)

(3 Las guardaron como reliquias)

de Teresa alzando una gran cruz, a su derecha estaba la Hermana María de los Angeles y a su izquierda la Hermana Teresa Eugenia de la Eucaristía; ambas portaban los ciriales iluminando la cruz. La Madre María Teresa se instaló cerca de la cabecera y las demás –alrededor del lecho– divididas en coro. Rezaron las antífonas, los salmos y las preces. La subpriora con el hisopo humedecía el cuerpo girando por toda la litera.

Teresa fue colocada en un transportador para ser llevada en procesión al coro. Primero iba la hermana más joven, la postulante Josefina María de Jesús, llevando el agua bendita.

Las campanas tocaron tres veces.

La seguían la hermana con la cruz y las dos hermanas con los ciriales.

Otra vez, las tres dobles campanadas.

Luego caminaban las religiosas de dos en dos, cada una con una vela.

Las últimas cargaban el transportador. Al final, avanzaba sola la subpriora. Cantaban el responsorio *Libera me Domine*.

La triple señal de las campanas que callarían por esa noche, volvió a retumbar.

El paso lento, los ojos humedecidos, delataban a cada instante la gran pena. Una religiosa había muerto, la más joven, la que había recibido más regalos del Señor... Su alma reparadora y enamorada la había ofrecido a El. "Esa es la vocación de la carmelita: ser hostia pura que continuamente se ofrece a Dios por el mundo pecador" (C. 90). "Señor, te amo tanto. Sólo por Ti tengo valor para sacrificarlo todo" (C. 90).

"Dios es alegría infinita" (C. 101).

Alzaron sus rostros, algunas sonrieron. Jesús las animaba, El había guiado a Teresa y El las guiaba a ellas.

En el coro depositaron su cuerpo sobre una tarima muy cerca de la reja. La subpriora tomó el agua bendita y el hisopo y continuó rociando a la hermana que se había unido para siempre con su Amado.

Descorrieron las cortinas.

Teresa de Jesús estaba CARA A CARA al Señor.

"ROGARE PARA QUE UN DIA SE **MANIFIESTE EL SEÑOR EN TU ALMA"**

Doña Lucía, Lucho y Sara esperaban en el costado izquierdo de la capilla, arrodillados en la última fila. Al abrirse las cortinas, la madre, tímidamente se aproximó a las rejas. Frente a ella estaba su Teresita. Cuatro cirios la iluminaban. Se le veía muy delgada. ¿Cuánto habrá sufrido? Al mirarla más detenidamente logró vencer su angustia; ante su presencia pura, su juventud, su belleza y la paz que irradiaba no se debía llorar. Sus restos hablaban de amor, sus restos reflejaban al Señor.

"No comprendo cómo Dios quiso hacerme madre de esta criaturita tan angelical, pues era más ángel desde chiquitita que criatura humana. Tenía algo tan especial que yo no me cansaba de mirarla y esto sin que ella lo comprendiera, pues todo me parecía empañarla y no ayudar a la obra de Dios que me la había confiado. ¡Y qué poco me la prestó, tal vez porque no sabía cuidarla, pero en fin, el regalo fue hecho y jamás sabré pagarle como debo".[1]



Rebeca y Juanita retratos, que conservó doña Lucía.



Lucho continuaba hincado mirandó hacia atrás a su hermana. No quería acercarse. Deseaba recordarla con su "linda piel sin mancha alguna, con su sonrisa y naturalidad, con su gracia y hermosura", "como al ángel del hogar con su ternura y alegría".

"Sirvió a Dios hasta el máximo de sus fuerzas. No vivió sino para Cristo. Todo en ella tenía un sentido divino".

"Juanita, te llevaré en mi corazón, serás mi ángel tutelar".[2]

"Lucho querido... No puedes comprenderlo por ahora, pero yo rogaré para que Dios se manifieste un día en tu alma, como por su infinita bondad se manifiesta a la mía" (C. 81).

¿Cuándo?... Necesitaba sentir esa manifestación. Suplicante, tomó la mirada al crucifijo.

El tormento no lo podía acallar.

LAS HERMANAS

"Nuestras lágrimas traducían el gran pesar que sentíamos al perder a nuestra angelical hermana, pero teníamos el consuelo de verla partir adornada con tan singulares virtudes, enriquecida con un caudal de merecimientos, dejando nuestro monasterio embalsamado con el aroma de su santidad y con la edificación de sus ejemplos".[3]

"Ya desciende Jesús, tu dulce Esposo,
Con cortejo triunfal de ángeles santos,
Que en concierto de voces armonioso
Te acompañan, ¡Teresa!, con sus cantos".

"No te olvides, hermana tan querida,
de los tuyos, tu Patria y tu Carmelo,
Que sea cual la tuya nuestra vida
Como un eco del cántico del cielo".[4]

Las hermanas la velaron durante toda la noche; se turnaban por estar a su lado. Heroicamente resistieron la larga vigilia, antecedida por la enfermedad. Seguirían velándola hasta el día siguiente. A las nueve de la mañana del miércoles se celebraría la Misa de Réquiem. Después la sepultarían.

(1 Carta de doña Lucía a la priora de Los Andes)
(2 Testimonio de Luis Fernández Solar)
(3 Hermana Gabriela del Niño Jesús)
(4 Estrofas de un poema escrito por una religiosa que convivió con Sor Teresa en el convento)

A LAS PUERTAS DEL CLAUSTRO

A las seis y media irrumpieron en la portería del monasterio numerosos sacerdotes: el Padre Epifanio de la Purificación, vicario provincial; el Padre Juan Cruz de la Virgen del Carmen, superior de los carmelitas de Valparaíso; el Padre Avertano del Santísimo Sacramento, el Padre Juan Luis, el Padre Cosme Lohr de la Congregación de los Sagrados Corazones, el Padre José Blanch, superior del Corazón de María, y el representante del superior de los carmelitas de Santiago, el Presbítero don J. Crisóstomo Gavirati; el Presbítero don José Cancer, capellán del monasterio y el Presbítero don Francisco Javier Lizana.

Doña Lucía y Lucho esperaban a los suyos de un momento a otro. De madrugada habían entrado por el costado a la capilla a ver nuevamente a Teresita. Lucho estaba más tranquilo. Meditó parte de la noche; Juanita había sido su hermana más querida; hicieron todo lo posible por traerle los mejores médicos y conseguir los permisos para llevarla a un hospital de Santiago; felizmente, no se había opuesto a la decisión de su madre después de hablar con la priora. Estaba en paz porque respetó su voluntad que era también la de su hermana. Ella había muerto como siempre lo soñó: carmelita... Esposa de Cristo.

Su gran preocupación era Rebeca, la hermana inseparable, la amiga... la niña débil que se apoyaba en la fortaleza de Juanita. Desde que ella había dejado el hogar, Rebeca estaba cada vez más deprimida y fatigada; nada le satisfacía, todo le hastiaba; ¡pobre Rebeca! ¿Y a él quién le aliviaría su dolor? Sólo su hermana menor lo comprendería; se uniría como nunca a ella.

Doña Lucía recibía las condolencias



Coro del antiguo Monasterio del Espiritu Santo, calle Sarmiento, Los Andes. Los estales son del tiempo de Teresa.

de los sacerdotes. Alguien le dijo que no sabía si darle el pésame o felicitarla por el ángel que le había ofrendado a Dios.

Esperaban a los familiares para celebrar la misa.

Al poco rato llegó don Miguel acompañado por sus hijos; a Ignacio lo dejaron en casa, tenía sólo nueve años. Venían, además, Isidoro Huneeus, doña Juanita Solar de Domínguez con su nuera Josefina Barros de Domínguez y Ofelia.

Don Miguel y su esposa se abrazaron en cuanto se vieron. El lloraba como un niño. Ella le pedía valor; debía de ser fuerte por sus hijos. Lucho estrechó tiernamente a Rebeca, quien manifestaba su pesar sin intentar esconderlo. Silenciosamente Ofelia se les había unido.

PRIMERA SEÑAL

Entraron a la capilla encaminando sus pasos hacia las rejas. De rodillas se unían reprimiendo el sufrimiento.

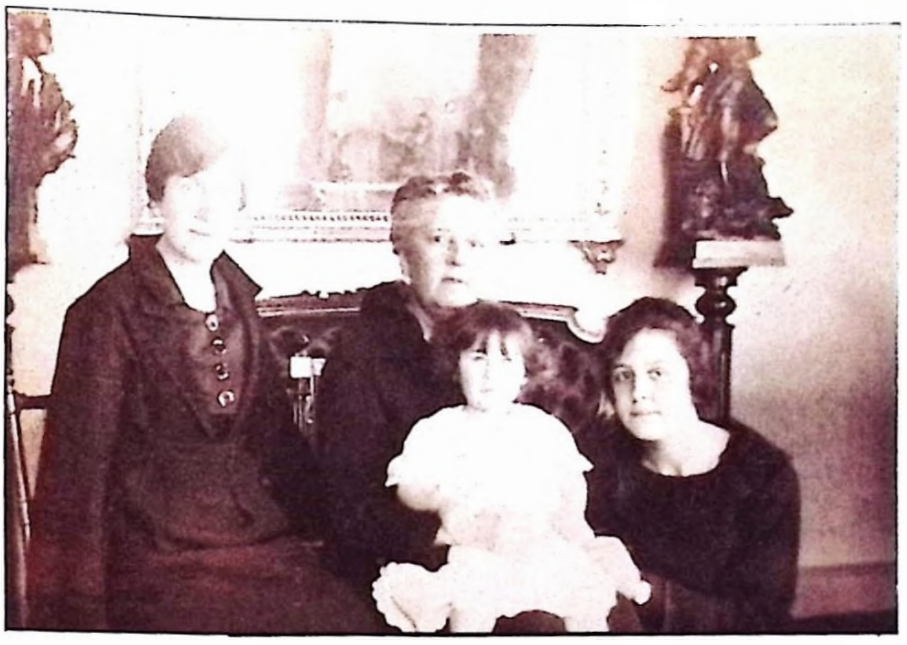
Don Miguel despedía desde los barrotes a su hija, al mismo tiempo mirando al crucifijo, le agradecía al Señor por haberlo iluminado al darle el consentimiento, "abrigaba la íntima convicción de que Dios la quería sólo para El, pura como un ángel".[1] Allí estaba pura como un angel al lado de Jesús.

La desesperación de Lucía era desgarradora: "Jamás tuve la dicha de ser testigo de la felicidad de Teresita en el convento. Sólo conservaba el recuerdo triste de su despedida: Hasta el cielo, la vida es tan corta".[2] Retrasaba sus visitas; primero por lo delicada que quedó después del parto, luego por cuidar a su hija Luz, siempre teniendo en mente traérsela cuando estuviese más grande y cuando pudo haber venido, su hermana estaba en retiro por la Cuaresma.

"¡Ay, Lucita!, siento ansias de amarlo hasta el infinito; pero mi incapacidad y miseria la palpo cada vez más. Quisiera consumirme y morir muy pronto por amarlo" (C. 112).

¡Es tan corta la vida! Lucía miró el cuerpo de su hermana y desde su corazón le dijo: ¡Hasta el cielo!

Miguel lloraba por dentro, sólo ella, la "santa de su casa", lo había comprendido; sólo ella fue capaz de calmar la furia de su madre cuando llegaba al amanecer luego de una noche desenfrenada. Como último homenaje a Juanita sus rezos los transformaba en versos.



Doña Lucía Solar de Fernández con sus hijas Lucía y Rebeca y su nieta Lucecita.

Ofelia contemplaba a su querida niña. Un recuerdo lejano de Chacabuco le vino a la mente. Juanita cojeaba, no tendría más de ocho años. Doña Lucía le había preguntado: ¿Por qué andas, hija, de esa manera tan extraña?, la niña no se atrevía a responder, le obligó a mostrar el pie; llevaba piedrecillas en los zapatos. Muchas veces la sorprendió colocándoselas; fielmente le había guardado el secreto. Le decía que era un regalo que le hacía a Jesús. ¿Si El había sufrido tanto, cómo no le iba a pedir siquiera una astilla pequeñita de su cruz?[3]

Rebeca pensó que no podría dominarse. Pero al mirar el cuerpo de su adorada Juanita, extrañamente recobró la paz que tanto necesitaba disipando las tinieblas de su alma. Sentía una maravillosa atracción; era tan fuerte, que contra su voluntad, se unía al coro de las carmelitas...

"¿Si estando fuera se siente esto, qué será adentro?"[4]

([1] Carta de don Miguel a Rebeca)
([2] Testimonio de Lucía)
([3] Testimonio de Ofelia)
([4] Testimonio de Rebeca)
([5] Testimonio de Isabel de la Trinidad)

SEGUNDA SEÑAL

Sara retiró la pesada tranca de la puerta de la capilla. En algunos minutos más celebrarían una misa por el alma de Teresa. Nunca faltaban los devotos que iban a rezar por las carmelitas difuntas; las campanas ya habían avisado; además, ellas eran muy queridas en Los Andes. Seguramente, como en otras oportunidades, llegarían diez o veinte personas. Sarita pensaba que por ser día de semana y por no ser la Misa de Réquiem, acudiría poca gente. Zoila Vargas, la enfermera que atendió a la Hermana Teresa, vendría de todos modos. Podría acudir, quizás, el doctor Rosende, quien luego debía ir a ver a la priora que había amanecido con 39° de temperatura.

Al abrir las puertas, Sara Urbistondo no podía creer lo que sus ojos veían. Eran docenas... varias docenas de personas que esperaban. Entraron en silencio, inclinándose frente al coro. De pronto, la capilla se repletó, "la gente ocupaba la acera y la calle porque no pudo entrar toda la multitud".[5]

La familia se había sentado en los primeros bancos. Lucho miró hacia atrás. ¿Por qué tanta gente? Algunos retrocedían acercándose a las rejas:

–¡Madrecita, por favor toque el cuerpo de la difunta carmelita con mi rosario!

–¡Madrecita, le suplico pasar esta medallita por las manos de la santita!

–Hermanita, mi escapulario, quiero que sea tocado por ella!

No era la primera vez que sucedía. Cuando fallecía una religiosa no faltaban los que pasaban objetos por las rejas. ¡Pero éste, era un desfile interminable!

Las hermanas accedían a los pedidos del público; recibían las medallas, los rosarios, las cruces y los escapularios y con mucho respeto los posaban un instante en el cuerpo de Teresa de Jesús.

Algo extraordinario sucedía; eran docenas los que se aproximaban a las rejas.

El pueblo acudía espontáneamente a pedirle favores y gracias a la hermana fallecida.

Era una señal de Arriba.

Aparecieron los sacerdotes.

Doña Lucía se volvió hacia atrás. ¡Ningún rostro conocido!

Al contrario de lo que pensaba Lucho, siguieron con devoción y respeto la misa. ¡Qué de misterios tiene la vida, Rebeca no lloraba!

Miguel no sabía si iba a ser capaz de sostener el llanto. Lo ahogaban el olor de las flores y el incienso. Poco más y le daría una fatiga. Debía salir. A su paso, le abrían el camino. Dos o tres personas lo tocaron intencionalmente. Al exterior, el panorama resultaba más increíble: decenas de personas en la vereda, en la calle empedrada y al frente. Muchas hacia los costados, en silencio, miraban al monasterio. Alejado del gentío, sacó un papel doblado de su chaqueta. En cuanto supo la triste noticia le escribió un poema a su hermana... era su manera de expresar el dolor. Sacó su lápiz y subrayó los dos últimos versos. Miró a la concurrencia y los volvió a subrayar:

"¡Nadie la conoce, nadie;
pero los siglos dirán...!"

NO LE IMPORTABA SER RECONOCIDA POR EL MUNDO, **SOLO QUERIA SER RECONOCIDA POR DIOS**

Terminada la misa, el desfile fue interminable –duró hasta el atardecer– cuando las puertas de la capilla se cerraron.

Una desconocida carmelita que había escogido el convento más pobre y más alejado comenzaba a llamar la atención en el pueblo de Los Andes. Una carmelita que practicó la humildad hasta el último grado se convertía en el bálsamo de los pobres, en la esperanza de los enfermos, en el aliento de los solitarios y en la fortaleza de los tibios. Una carmelita que deseó esconderse en Cristo y que evitó ser reconocida, era ahora el centro. Una carmelita que buscaba el último lugar... estaba en primer plano. Una carmelita de diecinueve años que estuvo sólo once meses en el convento, sería, con el correr del tiempo, modelo de vida, ejemplo de espiritualidad, móvil de peregrinación... orgullo de los chilenos. Una carmelita que se dedicó sólo a cumplir la voluntad de Dios llegaría a ser venerada más allá de las fronteras de su patria.



Hermana Magdalena del Corazón de Jesús. (Graciela Montes Larraín)

MISA DE **REQUIEM**

Al día siguiente, se levantó la Madre priora Angélica Teresa del Santísimo Sacramento con 38,5° de temperatura. En la víspera de los funerales le había pedido permiso al doctor Rosende para asistir a la misa de despedida; ante su insistencia el doctor se vio obligado a acceder con la condición que se recogiera en su celda terminada la ceremonia.

A las ocho se dirigió al coro. Las puertas de la capilla aún no se habían abierto. Por el costado entraron los familiares de Teresa y no pudieron presenciar la dolorosa misión que dirigió la priora, quien por consideración hizo cerrar las cortinas para colocar el cuerpo en el ataúd. Este quedó completamente abierto. A Teresa la cubrieron de rosas blancas y jazmines[1] recién cortados de la huerta.

Se lograba ver su rostro y la pequeña cruz.

"Parecía dormir apaciblemente. Su semblante, con la majestad de la muerte, guardaba una expresión de paz sobrenatural que infundía veneración a los que la contemplaban.

'Parece una santa', decían".[2]

Poco antes de las nueve, abrieron las puertas principales. Otra vez la multitud irrumpió. Traían flores que depositaban junto a la reja.

Pasaban sus medallas, rosarios, escapularios y crucifijos.

Lucho no tenía respuesta frente a este hecho inusitado: "¿Cómo se explica que una religiosa desconocida por el pueblo de Los Andes y conocida sólo por un grupo pequeñísimo de religiosas ocultas en una clausura severa, haya podido congregar junto a su cadáver un número apreciable de selectos sacerdotes y un gentío de pueblo que jamás había visto a Juanita y hayan venido tantos que se llenó la iglesia y la acera hasta la misma calle?"[3]

La gente decía que no debía ponerse festones negros, sino colgaduras blancas porque había muerto "una santa".

Elisa y Herminia Valdés Ossa despedían a su prima y amiga. Elisa rememoró con tristeza la canción que entonaban con Juanita en Cunaco:

Por amor cantan las aves,
por amor las hizo Dios.
Por amor yo vine al mundo,
por amor, yo quiero a Dios.

La había admirado, Juanita se había atrevido. En cambio... ella, ¿cuándo?

Terminada la solemne misa, los sacerdotes y acólitos se retiraron.

Las religiosas se alejaron del coro. Sólo quedaron cuatro para acompañar a Teresa de Jesús. Pronto se la llevarían.

Las hermanas abrieron la puerta reglar para que entrasen los reverendos padres al claustro. Al poco rato se les vio en procesión entrando al coro. Las carmelitas se arrodillaron con sus velas encendidas en las manos mientras los sacerdotes cantaban salmos responsoriales.

La Madre Angélica retiró las flores de su cuerpo. La familia se acercó a las rejas. Momentos finales de la última despedida. Momentos dolorosos para todos. Lucho por primera vez se aproximó a su hermana, llevaba un papelito doblado varias veces. Le pidió en voz baja a la priora que se lo depositara en la mano izquierda de Teresa. ¿Qué mensaje le había escrito? Nadie lo supo. El nunca lo contaría. De inmediato cerraron el féretro. Don Miguel buscó la mirada de su mujer. Rebeca le

lanzó un beso. Lucía pronunció: "Hasta el cielo, hermana". Miguel alcanzó a decir que era una santa. Doña Lucía le suplicó casi en susurro: "Teresita, ruega por los que quedamos". Don Miguel en silencio le pidió "la unión y la paz de su hogar". Ofelia sólo logró murmurar: "¡Adiós mi santa niña!"

Se produjo una quietud absoluta. Las religiosas salían del coro, con sus capas blancas, de dos en dos; adelante iban las más jóvenes; algunos pasos atrás, les seguía un acólito con el agua bendita, a continuación un sacerdote con la cruz en alto, en medio de dos acólitos con ciriales; luego los demás sacerdotes, también de a dos en dos; después el féretro llevado por seis acólitos. Al extremo y solo, se alejó con la procesión el Reverendo Padre Epifanio.

El coro quedó vacío; todos se retiraron a sus asientos. Teresa de Jesús se había ido para siempre.

Las rosas en el suelo tras las rejas fueron su último recuerdo.

DESDE **EL JARDIN**

En el claustro las hermanas salieron al jardín, el cortejo les seguía. Cruzaron el patio de los naranjos, pasaron cerca del parrón, avanzaron por el lado de los paltos. El féretro pasó bajo las palmeras, éstas al igual a las de Chacabuco, no se inclinaron para saludar a Teresa, pero más de alguien elevó la vista para mirar sus altas copas. Llegaron al cementerio de las carmelitas. Allí estaban sus antecesoras: la Hermana María de los Angeles, la Hermana Margarita María del Corazón de Jesús, la Hermana Benita del Corazón de María y la Madre Teresa de Jesús. Otra Hermana Teresa de Jesús fundiría sus despojos con los de ellas.

Otra hermana llamada como la Santa Madre se unía al coro de las carmelitas para alabar y glorificar al Señor por toda la eternidad.

"Contemplo a la Santísima Trinidad dentro de mi alma como un inmenso foco de fuego y luz, en el cual por su mucha intensidad no puedo penetrar ni mirar. Allí veo a la Santísima Virgen, a los angeles y santos. Y me veo yo, criatura miserable, confundida y anonadada delante de su Divina Majestad y me uno a las alabanzas que le tributan todos en el cielo" (C. 66). □

(1 En el convento aún se conservan las flores que cubrieron el cuerpo de Teresa)
(2 Hermana Gabriela del Niño Jesús)
(3 Testimonio de Luis Fernández Solar)

Si quieres la santidad comienza por la humildad



Puerta de una celda del antiguo Monasterio del Espíritu Santo, calle Sarmiento, Los Andes





Comunidad actual en el coro del Monasterio del Espíritu Santo, Auco. El Sagrario que aparece a la izquierda es el mismo que había en la época de Teresa de Jesús.

EN EL INTERNADO

"Tenemos que darle al Señor todo, duplicar, si es posible, nuestro amor para El, porque en la tierra hay un vacío... Se ha ido un alma que lo glorificaba tanto... aunque es verdad, lo está haciendo ahora ya en el cielo; pero Jesús, al mirar la tierra, ve aquí menos amor".

Con estas elocuentes palabras la maestra del último curso –Madre María Teresa Alaysa– manifestaba su dolor a las internas y a las ex alumnas que esperaban en la sala de estudios la señal de la campana de la capilla que anunciaría la misa que se oficiaría por el alma de Teresa de Jesús.

Religiosas, egresadas, alumnas grandes y pequeñas oían a la maestra entre sollozos. Un susurro, un rumor, una voz se esparcía en los rincones del colegio que guardaban tantos recuerdos de Juanita...

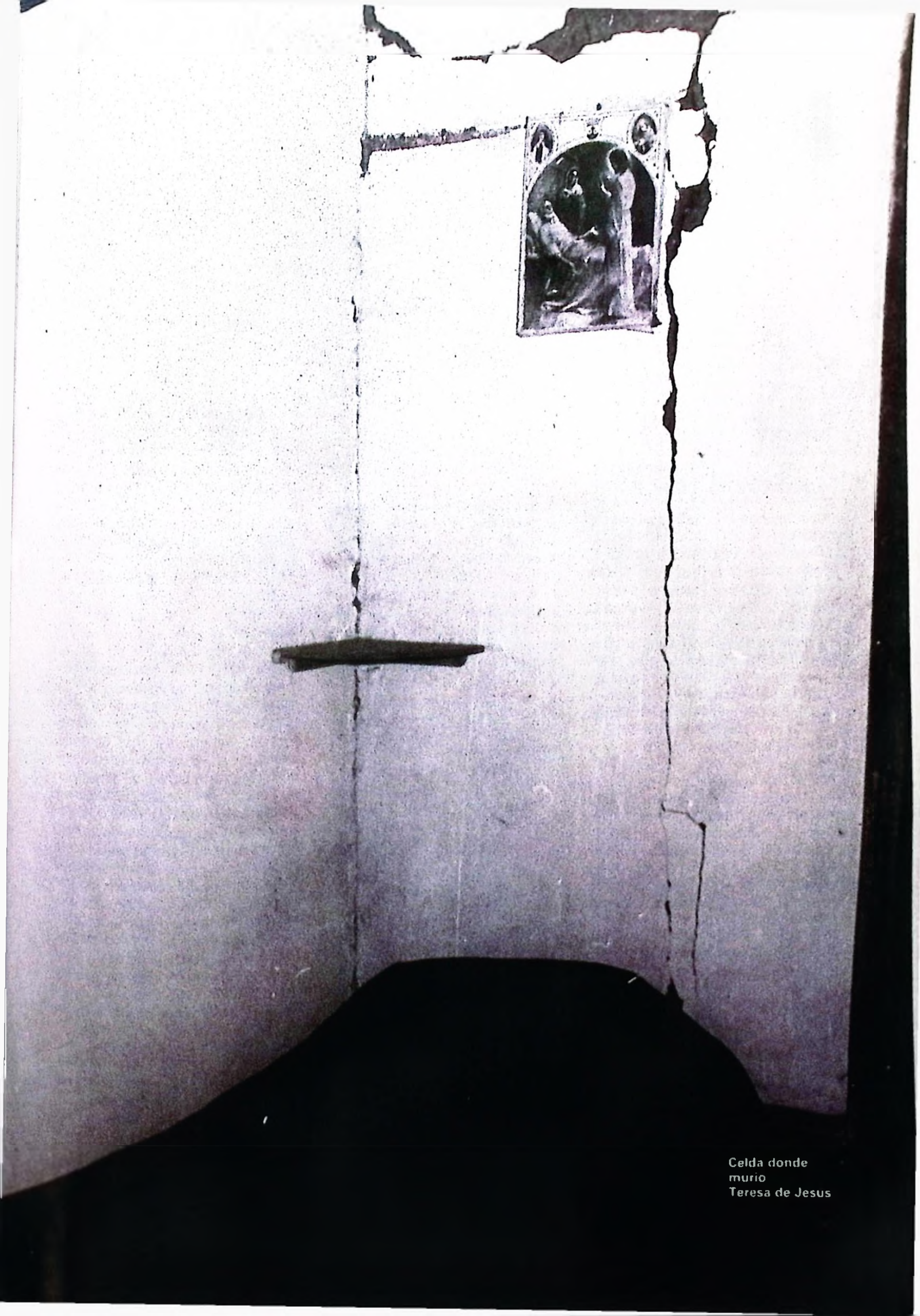
"¡Ha muerto una santa! ¡Ya tenemos una santa en el cielo!"

"Me cuesta permanecer en la tierra, creo que voy a morir muy joven"; la frase de Juanita se transformó en profética para Elena Salas. "Su vocación fue de inspiración divina, ¿cuántas veces le oí decir que Jesús la impulsaba a que pronto se fuera al Carmelo?"

Amó sin límites a Dios y del intenso amor que de allí irradiaba brotaba su caridad hacia el prójimo, proyectándola sin distinción. "El amor a nuestros semejantes es la medida del amor de Dios" (C. 88). Mientras más se entregaba al Señor más podía dar a los hombres. Elena consagraría su vida a El, entraría al Sagrado Corazón... Reconocía que Juanita en el colegio le había inculcado su ideal. Teresita no intentó arrebatarla al Carmelo; la conocía bien: "Nos llama Dios por diferentes caminos, pero, ¿qué importa si el término es El? Tú, mientras estamos aquí en la tierra, serás Marta, salvarás las almas inmolándote por ellas. Servirás a N. Señor en la persona de las alumnas o en las hijas de María, o en las niñitas pobres. (...) En ese abismo de amor, viviremos unidas" (C. 82).

Elena Salas, algunas décadas después, testificará en el proceso de canonización de la sierva de Dios, Teresa de Jesús, y dirá: "Su fama de santidad en el pueblo se debe a la pureza, sencillez y santidad de vida. Su constancia extraordinaria en practicar el deber de cada día, su virtud, alegre y confiada en el Señor, su dedicación esforzada por aprender en los años de estudiante, años que conviví con ella, la convierten en ejemplo para la juventud. Es providencial que Dios haya permitido tal modelo para las jóvenes. Había adquirido el hábito de practicar los actos virtuosos con facilidad, porque amaba de verdad al Señor. Los hacía con gusto, porque pretendía siempre cumplir con la voluntad de Dios, aunque le costara; por consiguiente, para la testigo, las virtudes de la sierva de Dios, teologales y cardinales, las practicó en grado heroico".

Carmen de Castro lloraba a Juanita, "amigas como ella se encontraban una sola vez en la vida". "Enamórate de Dios, es lo único que vale"; las palabras de su despedida resonaban diariamente en su corazón. Carmen estaba dispuesta a partir lo antes posible al Convento de Los Andes. Entre



Celda donde
murio
Teresa de Jesus

sus lágrimas, lograba sonreír. ¿Cuánto habrá rezado Juanita para que fuese sólo para El?

Carmen de Castro, mejor dicho, Carmen Teresa del Niño Jesús, cuando sea tornera en el convento, podrá ser testigo de oídas de varias curaciones extraordinarias que se le atribuirán a Teresa de Jesús; podrá palpar la veneración que le tributará el pueblo e íntimamente se sentirá orgullosa y le agradecerá a Dios porque su mejor amiga será considerada en Chile, una santa [1]. Será una de las primeras que oirá su nuevo nombre que brotará de los peregrinos que implorarán favores a través de Teresa; su nuevo nombre surgirá espontáneamente, su nuevo nombre será para Chile su apellido: TERESA DE LOS ANDES.

"PRONTO COMENZARA A **OBRAR SUS MILAGROS"**

Calbuco (Puerto Montt) 12 de mayo de 1920.

Rvda. Madre Priora de Los Andes

Muy apreciada y Reverenda Madre:

"Con honda pena recibí la triste noticia de la muerte de Sor Teresa de Jesús, alma escogidísima a quien tuve la dicha de conocer y tratar con alguna intimidad. Había escrito a su mamá días antes de ser ella notificada de la grave enfermedad que la arrebató de este mundo, y hasta mucho después no vine a tener conocimiento de la desgracia por estar por estas tierras del sur misionando. Me asocio a la gran pena que para toda esa comunidad habrá sido la pérdida de un ángel que Dios les había regalado. Yo lo he sentido muchísimo, pero mirando las cosas desde otro punto de vista me persuado de que Dios se la llevó porque tenía ya llena la medida de sus merecimientos y labrada su corona de gloria.

"Como supongo, apreciarán los datos que puedan servir para glorificación de la que fue su hermana en religión, me tomo la libertad de enviarles alguna cosa que creo es de edificación. Tengo en nuestra casa de Temuco algunas cartas de ella que conservo siempre como una verdadera reliquia de la que como santa verdadera la tuve cuando vivía. Y aunque no les pueda transcribir sus palabras (después será), algo de lo que me acuerdo puedo manifestarles. La conocí el año pasado dando misión en su hacienda. ¡Cuántas veces he dado gracias al Señor por haberme concedido esa dicha!



Miguel

Porque **santos vivos** son muy pocos relativamente los que se encuentran. Ante todo no pudo menos de asombrarme lo elevado de su oración. Era alma que se remontaba muy alto; mejor diría: era arrebatada por el Divino Espíritu; ella no era dueña de sí misma. Me decía que toda su delicia era estar en esa contemplación y que los rezos vocales la cansaban pronto. De ahí que en ella la presencia de Dios era continua y viva. Su fervor en las cosas espirituales sin decaimiento, y como el celo es la llama del amor, era de ver el que en ella se traslucía para ayudarnos a los misioneros. ¡Con qué entusiasmo y ardor rezaba a la gente en la Sta. Misa para prepararla a la comunión, y qué placer sentía al enseñar la doctrina a los niños! Antes de llegar nosotros, pasaba a convidar a la gente para la misión, y qué pena tan grande tenía en su corazón todos aquellos días por ver que un hombre había rechazado con insultos la misión. Tenía tantos deseos de salvar a aquel pecador de quien había recibido tal injuria, que me manifestó deseos de pasar toda una noche en oración por él.

"¿Qué les diré de su amor al sufrimiento? Era verdadera sed la que tenía, y si la hubieran permitido cumplir su gusto, ya mucho antes habría gastado su salud y sus fuerzas. Me decía que la permitiese ceñirse con un cerco de ramas de acacio plagadas de espinas muy largas, porque llevar piedrecitas en los zapatos, y el cilicio le era mortificación muy suave. Varias veces la observé que pasaba las comidas sin beber nada, que prefería hincarse en la desnuda tierra dejando el reclinatorio a los demás.

"Me admiró mucho también que habiéndome entregado una plata de otra persona para responsos, después de un tiempo me recordara por carta que cumpliese cuanto antes mi obligación de rezarlos, porque había ella sufrido mucho, y en realidad yo no puedo asegurar si los había rezado. ¿Serían las ánimas benditas las que se lo comunicaron? De todos modos me inclino a pensar que alguna revelación sobrenatural tuviera esto. Su amor a la vida carmelitana Uds. lo habrán conocido mejor por su trato; pero antes de entrar, sólo el cuerpo tenía afuera, pues su alma mucho tiempo que vivía dentro del suspirado convento. Sólo la consolaba el tener a Jesús Sacramentado. ¡Qué gusto por estar cerca de El allí en la pieza que en la hacienda le tenía arreglada! Y cuando se terminó la misión y quedó sin su Jesús, me escribía después que lloraba inconsolable al entrar a aquella pieza y no encontrar a su Amado.

"Su santidad tenía la propiedad característica de ser atrayente, amable, comunicativa. No sé qué respeto y veneración infundía su persona y al mismo tiempo se sentía por ella un santo cariño como el que creo se tendría a un ángel si lo viéramos con los ojos del cuerpo. Qué sonrisa celestial acompañaba siempre su conversación. No era esquiva sino confiada, comunicativa y pura su alma como de niño. ¡Qué hermosa era su alma! ¡Sobre todo, con qué pasión amaba a Jesús! **Amor sufrido** parece que fuera su lema. Pero según me decía candorosamente, el Señor le exigía fuera muy grande su generosidad y fidelidad a sus inspiraciones. Después de sus comuniones noté que se quedaba como extasiada y en el día de la comunión de los niños, mientras yo les predicaba, ella que estaba cerca del altar me parecía transportada a regiones celestiales. Pocos días tuve la dicha de tratarla, pero la impresión que me causó su santidad no se borrará jamás. Por eso no les extrañará si les digo que al saber su muerte no le he ofrecido ningún sufragio, sino que le rezo todos los días como a santa que está en el Cielo y de quien soy muy devoto. Y así como le escribía a su mamá le puedo decir a Uds. que si por una parte debía darles el pésame, por otra, más bien debo felicitarlas porque tienen una santa más en el Cielo, que estará intercediendo por todas.

"Yo confío que **pronto comenzará a obrar sus milagros** y su vida angelical influirá no poco en la conducta de muchas jóvenes de su posición. Esto es lo que, Rvda. Madre, me viene por de pronto y me creeré muy dichoso en aportar algún granito de arena para levantar el pedestal de su gloria.

"Por mi parte no le ocultaré mi deseo de poseer una fotografía de Sor Teresa para mi breviario y alguna reliquia para mi devoción, y cuando se escriba su biografía, un ejemplar. El día que supe la muerte, prediqué de sus virtudes (sin nombrarla).

"Aprovecho esta ocasión para encomendarme a las oraciones de esa santa comunidad y despedirme, su affmo. S.S."

Julián Cea. Misionero hijo
del Corazón de María.

MIGUEL

Al morir Teresa de Jesús, Miguel, el bohemio, el poeta incomprendido que no encajaba en las rígidas normas de doña Lucía, compuso un poema[2] inspirado por la prematura partida de Juanita, la "santa" que lo retenía en su hogar; poema que llegaría a ser famoso por lo profético de sus últimos versos:

In Memoriam

Llevaba el divino nombre
de Teresa de Jesús;
las hermanas se lo dieron
por semejanza y virtud.

La vida contemplativa
absorbió su corazón
y era viva encarnación
de aquella santa de Avila.

El Divino Pescador
la cogió en las francas redes
de su amor.
¡Nunca hizo presa mejor
el Divino Pescador!

Poseía un misterioso
anhelo de descansar,
ansias de eterno reposo
como de hundirse en el mar...

Y cambió el traje de baile
por el austero sayal;
por la diadema de espinas
trocó el lirio y el azahar...
¡Nadie la conoce, nadie;
pero los siglos dirán!

REBECA

"Ojalá, tengas la dicha algún día de encontrarte en este cielito anticipado". (C.108)

Santiago, 20 de mayo de 1920.

Reverenda Madre

Angélica Teresa del Santísimo Sacramento.

"Mi respetada y tan querida Madrecita:

"No sé cómo principiar para darle a conocer mi confusión por dirigirle estas líneas y le suplico que esta vez haga uso de su oficio de Madre para perdonar mi atrevimiento.

"Le aseguro que más de una vez he deseado hacerlo, pero el temor de ser inoportuna me ha retenido, pero al fin, dejando a un lado la vergüenza y confusión, he preferido la confianza.

"Al dirigir ésta a Los Andes, creo enviarla a la Juanita, pues creo que no se alejará de allí; ¿además, no decía ella que el Carmelo era un Cielo?

"Madrecita, al irse nuestra hermanita, ha dejado junto a Uds. un sitio vacío, ¿será demasiada la impertinencia que su otra hermana desee ocuparlo y que le suplique que la acepte? Ya lo creo que el cambio es muy desigual, pues por lo mismo, necesito un apoyo y un guía que me acerque a ella y me ayude a imitarla..."

Rebeca Fernández Solar

Rebeca entró al Monasterio del Espíritu Santo de Los Andes el 23 de noviembre de 1920 contra la voluntad de la mayoría de sus familiares porque no creían en su vocación. Sólo sus padres aprobaron su prematura determinación.

Se le dio el nombre de Teresa en memoria de su hermana. Teresa del Divino Corazón llegó a ser una carmelita ejemplar. Durante el noviciado ocupó la celda de Teresa de Jesús. La nueva religiosa era resuelta y trabajadora; prefería los trabajos manuales para así tener la mente centrada en Dios.

En 1932 fue designada para el cargo de maestra de novicias, destacándose por su gran responsabilidad y firmeza. Sus discípulas la quisieron mucho compartiendo con ella sus penas y alegrías. "Austera consigo misma, acudía a las demás con caridad y desinterés y era muy solícita para cuidar a las enfermas".[3]

A mediados de septiembre de 1942, comenzó a sentir dolores a causa de una hernia, debiendo operarse porque su dolencia se tornó insoportable. La intervención se realizó en el monasterio; desgraciadamente, se le infectó la herida y comenzó a vivir un terrible martirio uniéndose con fortaleza al Señor crucificado.

La familia le propuso salir del claustro por la gravedad de su estado; querían internarla en una clínica de Santiago para conseguir su alivio y mejoría. La Hermana Teresa se negaba a abandonar el convento. Lucho, en su desesperación, le envió una nota como último recurso para convencerla:

"Ahora no se puede esperar más. Tu enfermedad exige un tratamiento radicalmente nuevo y una atención especialísima. Hay en la Universidad Ca-

Teresa del Divino Corazón (Rebeca), orando ante la tumba de su hermana Teresa de Jesús.



(1 Testimonio de Carmen do Castro)

(2 Veintidós años más tarde cambiará estrofas completas del poema para ser publicado en "Campesinas", obra que le valió el Premio Municipal 1942.)

(3 Circular necrológica de Sor Teresa del Divino Corazón)



Teresa del Divino Corazón (Rebeca).

tólica un establecimiento ultramoderno que aún no se inaugura y atendido sólo por monjitas especializadas. Ahí te arreglarán un departamento independiente y totalmente solitario, al que sólo tendrán acceso las monjitas y nosotros. No habrá dolor más grande que abandonar temporalmente, después de veintidós años, tu convento. Pero será por poco, pues te juro en nombre de la memoria de la Juanita, que si tu enfermedad se alarga mucho o se agrava, te volveré a traer a estas paredes para ti tan queridas. Hazlo, Rebeca, aun por tus propias hermanas de religión, que quieren que te salves; hazlo por mi pobre mamá, que ya no puede más, y también por mí, que necesito tu vida por sobre todas las cosas de la tierra".

Doña Lucía había conseguido con el obispo el permiso para su traslado. Las religiosas permitieron su salida, siempre y cuando ella la aceptara. Teresa del Divino Corazón afirmó que lo haría sólo porque quería seguir siendo útil a la comunidad, no sin antes agregar: "Salir de la clausura es para mí la muerte".

Fue llevada a la clínica el 30 de diciembre. Al llegar allí le sobrevino una hemorragia. En la noche – agonizante– sólo se le oía decir: "Dios mío, Dios mío" falleciendo en la madrugada.

Sus restos fueron transportados al monasterio –el 2 de enero– celebrándose allí sus funerales.

"Dios obra maravillosamente en tu alma para atraerte a Sí, separándote de los seres que tanto quieres y aislándote de todo, para que encuentres sólo en El tu único apoyo. Convéncete, hermanita, que pertenecemos a Dios, sólo, pues El hace y deshace de sus criaturas. Tú, que creías que jamás nos separaríamos pues no formábamos más que una sola persona, has visto que te he dejado por Dios. Un día vendrá en la vida que lucharás sin nadie. ¿Quién será entonces tu apoyo? Dios. La muerte te abrirá también un abismo de misterios; y tú sólo con Dios estarás. ¿Por qué pues, hermanita, apegarse a criaturas que pasan, que son inconstantes, que mueren? ¿Por qué no amar a ese Dios que no necesitando de nosotras, nos ama, nos mira y siempre nos prodiga sus bienes? Vivir de amor, vivir en el Cielo, en Dios. Esta es la única dicha del alma de tu carmelita. No creas que te oculta que hay sufrimientos; pero en la cruz está el amor, y amando se es feliz".[1]



LUCHO

"El mayor milagro moral de Juanita fui yo".

Lucho se iba apartando cada vez más del Señor. Teresa de Jesús había ofrecido su vida por la conversión de él; le había prometido a su madre que todos sus hermanos morirían en estado de gracia; promesa que se cumplió fielmente... pero faltaba Lucho, quien la sobrevivió por más de seis décadas.

La vida de Luis Fernández Solar fue de eterna búsqueda. Creía en la persona de Cristo y lo admiraba por su extraordinario paso por la tierra, pero se negaba a reconocerlo como Hijo de Dios. Su mente racional le impedía considerarlo divino.

Lucho se rebeló por la partida de Juanita. Veintidós años después, cuando le llegó la hora a Rebeca, no pudo contener su desmoralización:

"Todo se me ha ido con ella, todo. Parece que por segunda vez se me hubiera muerto la Juanita. Para mí su muerte ha sido peor que para nadie, porque es una separación definitiva a la que no alimento ninguna esperanza ultraterrena. Jamás he necesitado tanto creer, y desde que se ha ido voy como un ciego que busca en la sombra. Llamo, pido, pero el Dios de "ellas" está mudo para mí. ¿Hasta cuándo?"

"Rogaré para que Dios se manifieste algún día en tu alma" (C. 81).

Con angustia y dolor clamaba por recobrar la fe. Sus tormentos fueron permanentes. En su dormitorio miraba con desesperación el crucifijo... quería encontrar al Señor.

Un año antes de morir, recuperó sus creencias de niño sin cuestionarse nada. ¡Por fin había logrado la paz! Su agonía fue devota y ejemplar. Volvería a ver a Juanita y a Rebeca.

Tenía la certeza del Cristo Divino.

Partió confiado: El lo estaba esperando.

[1] *Palabras finales de la última carta -Nº159- que Teresa de Jesús le escribió a Rebeca)*

RECUERDOS SOBRE TERESA DE JESUS
ESCRITOS POR LUCHO

"Acercarse a ella era como sentir una realidad superior. Cuando no hablaba daba la impresión de que estaba escuchando lo que los otros no oían, y oírla después era sentir más cerca a Cristo.

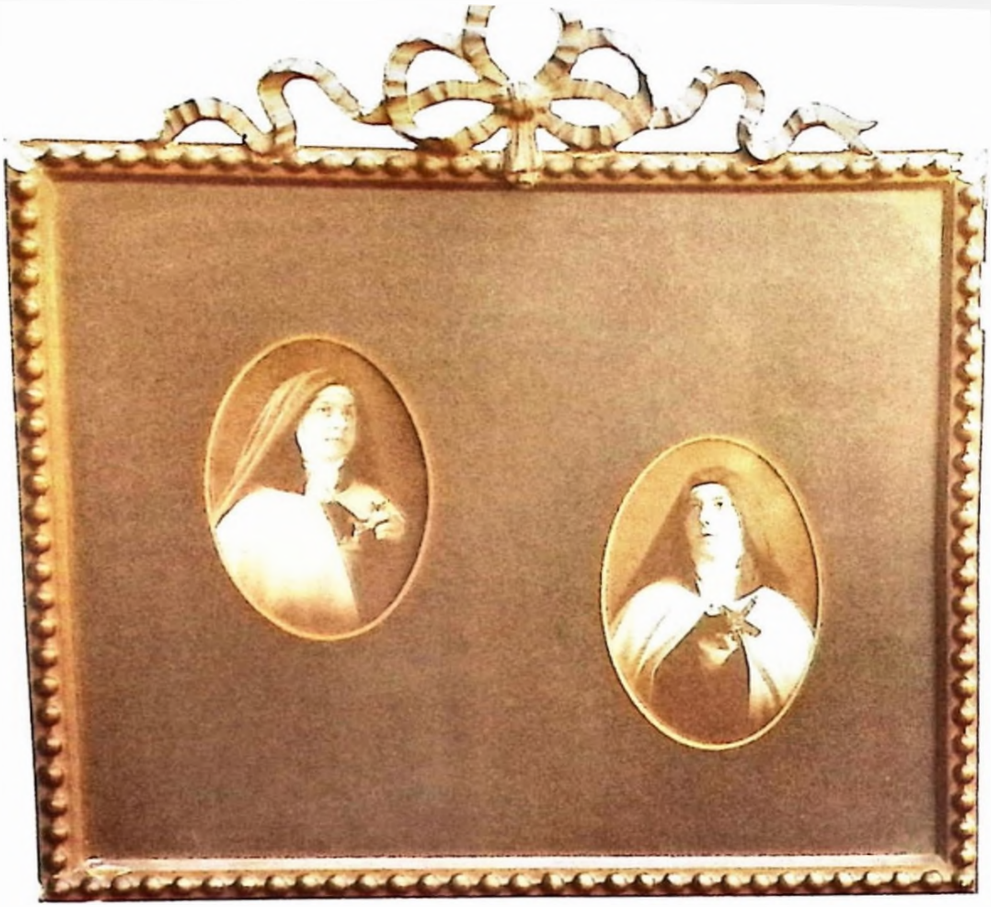
"Muchas veces me dijo: '¿Por qué dudas de Dios? ¿Es que no lo sientes cuando estás conmigo? Nunca estoy sola, y es cuando se retira la gente, cuando escucho más cerca y clara su voz'.

"Amaba el mundo en Dios, y para ella era, sin duda, el mundo la Casa de Dios.

"Con nuestra otra hermana menor, y también posteriormente carmelita, formábamos en el círculo familiar un trío permanente e indestructible. Las mismas aficiones, iguales anhelos, y de mi parte una voraz angustia filosófica.

"A menudo en el campo, nos íbamos en las noches a las parvas de paja de alguna era cercana, y allí, de cara al cielo inmenso, con su voz suave y profunda, entonaba sus canciones favoritas. Fueron diálogos inolvidables. Una vez le pregunté si no sentía como Pascal 'pavor ante los espacios infinitos', pero ella respondió: 'Lejos de asustarme, me acompañan y conmueven porque vuela por ellos mi alma con la confianza de una criatura de Dios'.

"Estaba tan profundamente penetrada en El, que entre otros, recuerdo un hecho que aún me enternece. En la vieja iglesia de la Hacienda de Chacabuco, patrimonio de nuestra familia materna, durante varias generaciones, había un armonium donde ella desde pequeña solía tocar y cantar preces religiosas. Cuando se vendió la hacienda con dolor de todos nosotros, el nuevo dueño envió de regalo el armonium, y Juanita lo puso en su dormitorio, vecino al mío. En la mañana, cuando todos aún dormían, ella lo tocaba bajito, en sordina, y sus notas apagadas todavía llegan hasta mí... Después de cincuenta años me conmueve oír-



Teresa de Jesús y su hermana Teresa del Divino Corazón. Retratos que conservó doña Lucía.

las. La interrogué por qué lo hacía, y ella respondió con sencillez luminosa: "Es que gozo, cuando amanece, saludarlo [a Dios] cantando...".

"Así era, y todo en la casa, a pesar suyo, resplandecía con su presencia. Yo lo sentía y me penetraba entero, pero ciego para las supremas certidumbres, ignoraba su causa... Postergó cuanto pudo revelarme su resolución de ser carmelita. Como lo afirma en una de sus cartas, sabía lo que había de ser para mí su partida, pero también me dice en ella, refiriéndose a Cristo: '¿Qué quieres? Ese Loco de amor, me ha vuelto loca'. Nunca, ni aun en el convento, trató de refutar o discutir mis zozobras religiosas. Sólo procuraba acercarme más a ella, como para que en ella viera más patente la presencia de Dios...

"Poseía una aguda solidez mental y un continuo afán de investigar y saber. Quizás esto le ayudó en sus aciertos místicos, audaces y profundos.

"Alguien que la conoció mucho –un científico destacado[1]– le oyó decir en Buenos Aires a uno de los mayores teólogos actuales de la Compañía de Jesús de paso por esta ciudad, textualmente: 'Para mí es un misterio, después de tantos años de estudiar y de enseñar teología, cómo esa niña puede decir, según lo revelan sus escritos, verdades místicas que hacen recordar a Santa Teresa. Me lo explico teológicamente sólo por causas no naturales'. Juicio que confirma Omer Emeth, en El Mercurio de 1929, donde anuncia asombradamente la magnitud futura de su huella.

"Imperaba y trascendía en cuantos la rodeaban, y hubo muchas que siguiendo sus ejemplos, amigas entrañables de su generación, abrazaron la vida religiosa. Fue un imán irresistible.

"Muchas veces la oí, comentando juntos el pasaje de María y Marta, que ella veneraba a María porque para ésta sólo existía El, y según el propio Jesús, 'había tomado la mejor parte'.

"Así es el amor, y como dijo alguien, es lo único que en la vida da la sensación de que tenemos todo, aunque no lo tengamos sino a El.

"Quiso ser carmelita, sólo carmelita. Un día me escribió: 'Santa Teresa ha redimido y liberado más almas que San Francisco Javier'. ¿Por qué lo dijo? Es que, según el Evangelio, se redime sufriendo. El sacrificio del inocente rescata y redime al malvado y la sangre se lava y limpia con sangre. La carmelita es ciertamente una misionera, que no sale, sin embargo, jamás de su celda. Quizás no ve ni escucha a los que salva, pero 'sabe', aunque estén distantes, cuántos salva. Como en la conservación de la energía del mundo físico, nada se destruye y pierde, en el mundo de las almas, y según la fe en Cristo, el mérito de unos es solidario de la maldad de los otros, y todo circula, se compensa y reparte por la acción amorosa de Dios, aunque invisiblemente...

"También Alberto Hurtado[2] cuyo amor encendido por el hombre hace recordar a San Vicente de Paul, realizó, aunque de otra manera y por vías diferentes, a Cristo. También sintió el tremendo llamado de Dios que a ciertas almas privilegiadas les exige ser santas.

"Resulta asombroso, entonces, aun objetivamente y cualesquiera que sean las ideas o principios religiosos profesados, que una criatura como ella, muerta antes de los veinte años, sin haber dejado nada concreto, nada exterior, nada de lo que cotiza el mundo, pueda alcanzar, por la calidad y potencia de su alma, acaso la consagración de un homenaje universal.

"¿Será posible que una vida principalmente interior, donde no ocurren grandes sucesos o aventuras, pueda conquistar el mundo?

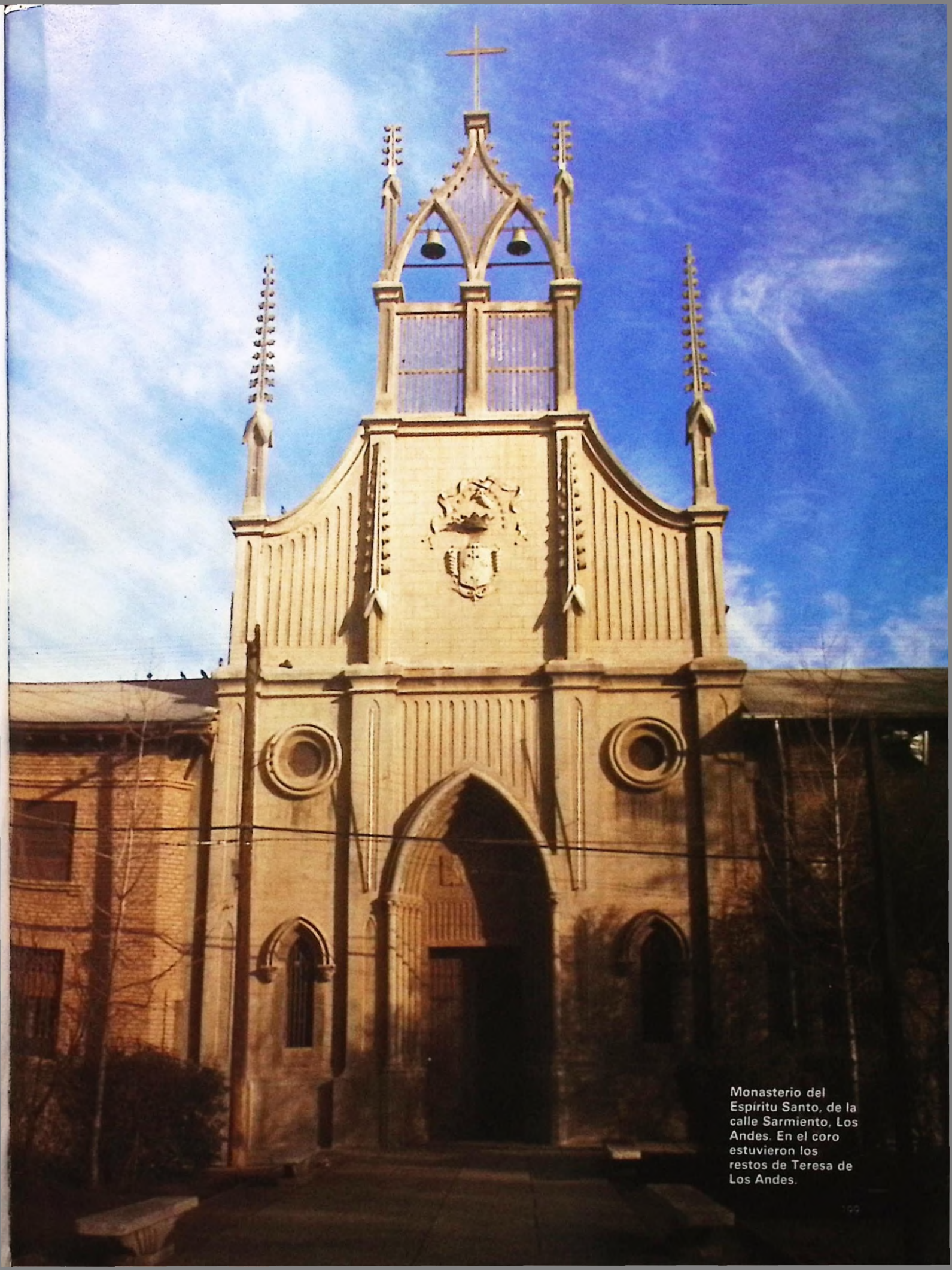
"Es que no todo lo grande que ha producido el hombre se revela siempre en actos externos o sucesos o cosas tangibles. A menudo éstas fueron fruto del espíritu, que es, según los místicos, el fuego interior secreto que mantiene vivo al mundo.

"En el santo, él alcanza su dimensión máxima y es también el máximo triunfo de lo invisible de que proviene la eficacia mayor del hombre: sus ideas, sus sueños, su congoja. Lo que no se ve y palpa es lo que profundamente mueve su alma; ¡cuánto mide el alcance de su vuelo! Extraña paradoja en un tiempo que proclama la 'muerte de Dios' y en que, según Marx, son las formas del trabajo humano el factor decisivo de la historia.

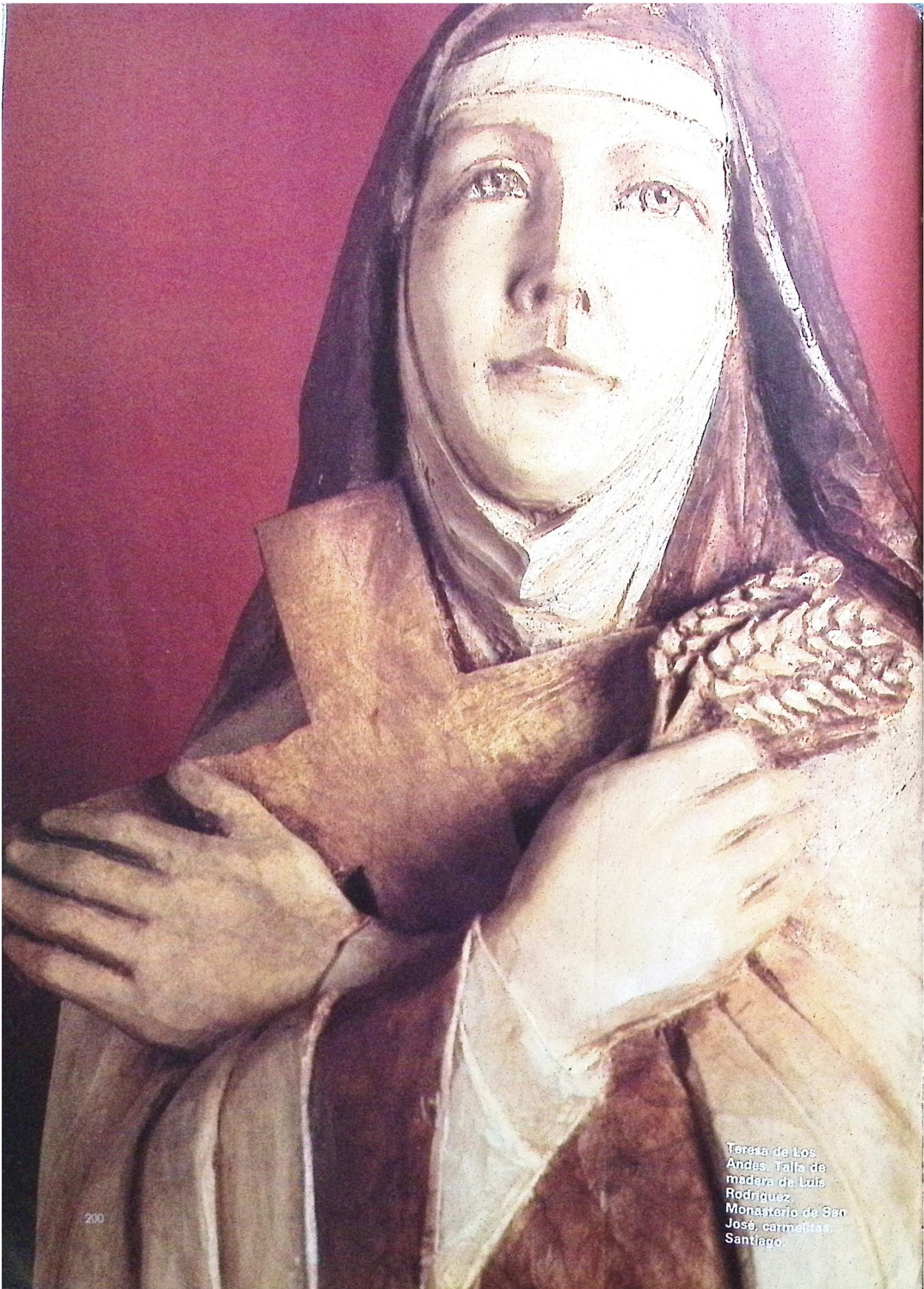
"Es difícil para un hermano juzgar lo que ella fue. Sólo la puedo recordar venerándola. Me invade, sin embargo, un humilde orgullo, saber que su sangre es también mi sangre". □

[1] Se trata de su primo hermano Francisco Javier Domínguez Solar)

[2] El Padre Alberto Hurtado Cruchaga, S.J. conoció a Juanita, fue amigo y compañero de Lucho)



Monasterio del Espíritu Santo, de la calle Sarmiento, Los Andes. En el coro estuvieron los restos de Teresa de Los Andes.

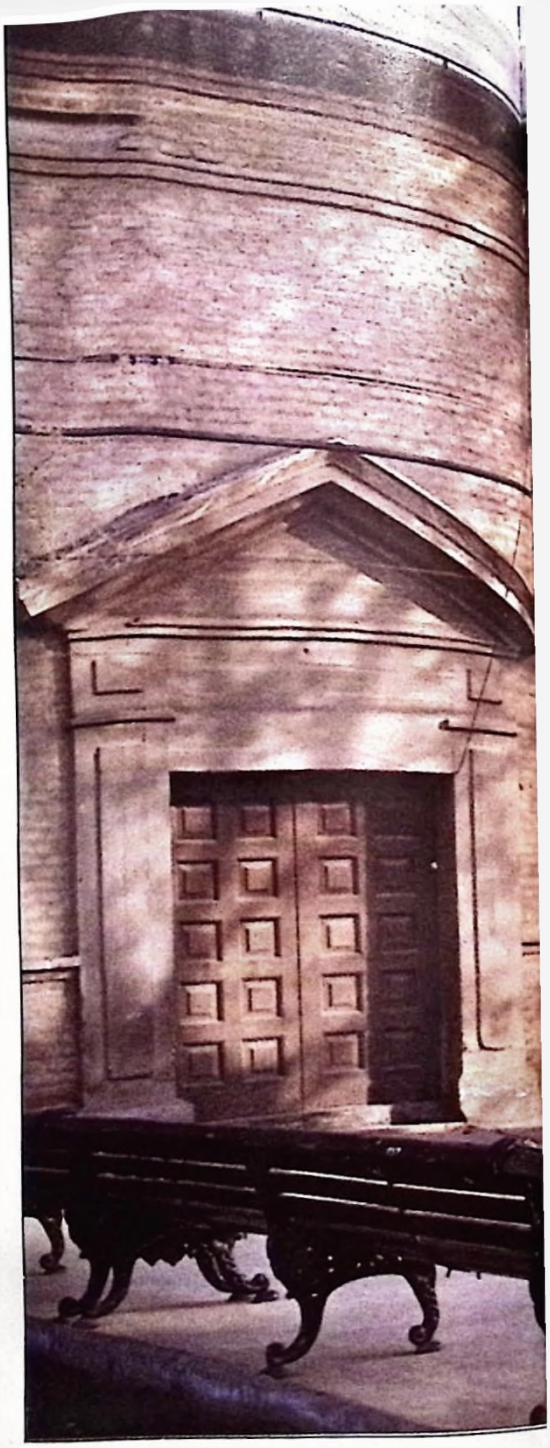


Teresa de Los Andes. Talla de madera de Luis Rodríguez. Monasterio de San José, carmelitas, Santiago.

QUINTA PARTE

TERESA DE CHILE

Carmelitas Descalzas
Monasterio del Espíritu Santo
Auco, Rinconada de Los Andes.



Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte, pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia".
(San Pablo a los Filipenses, 1, 20-21)

"SI EL GRANO DE **TRIGO NO MUERE..."**

(Jn. 12, 24)

Su hermano Miguel lo había dicho en un poema: "Nadie la conoce, nadie, pero los siglos dirán". Su profecía se ha cumplido:

Teresa es de Chile. Teresa, una hija de esta tierra de trigales, vive en el corazón de nuestra patria.

Vive del mismo modo que crece vigorosa la semilla echada al surco, imperceptiblemente, pero con una eficacia capaz de saciar el hambre de Dios que anida en tantos corazones.

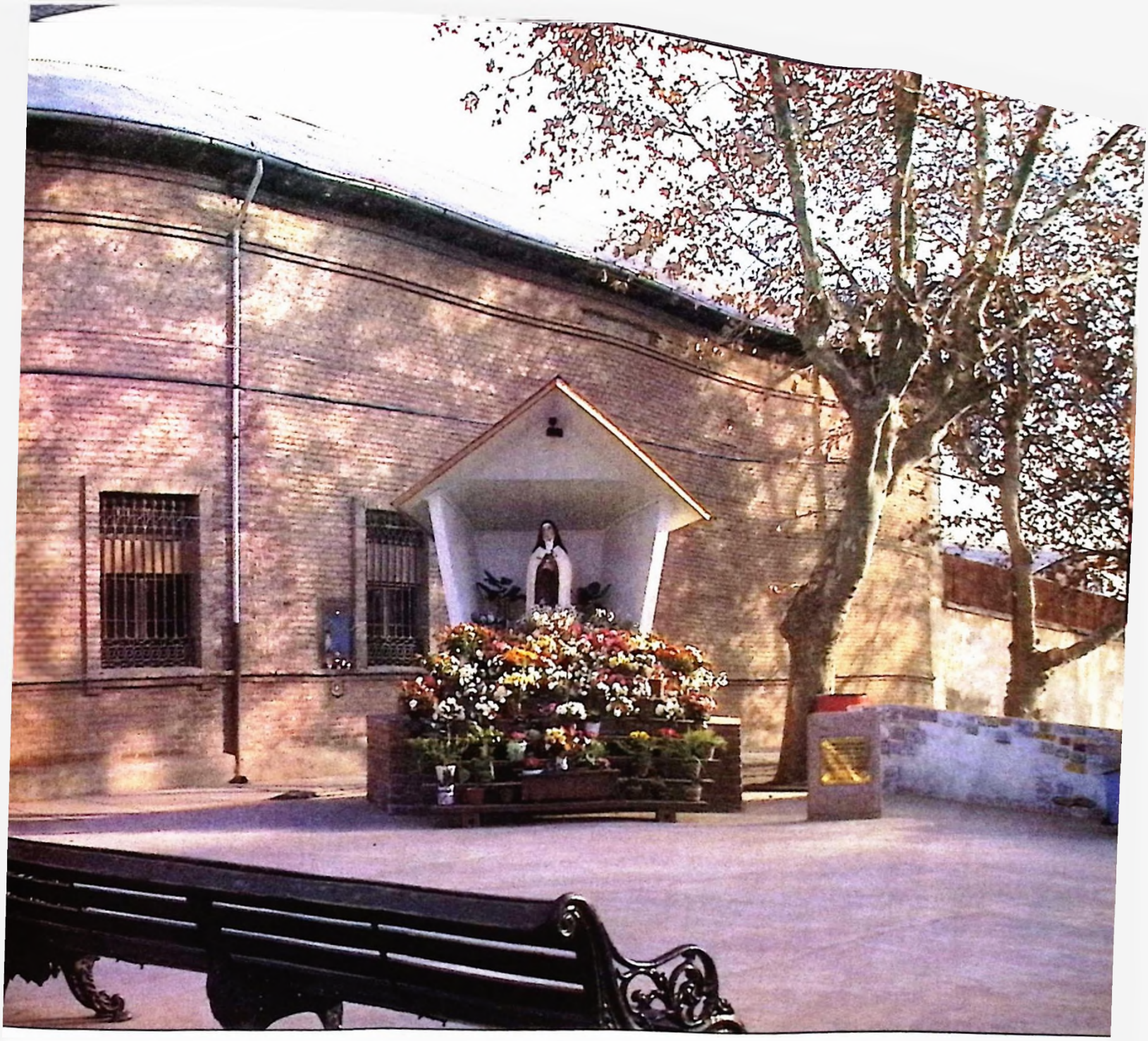
Juanita –o Teresa– fue sembrada en el surco del amor de Dios con dolor, con entrega, y hoy resplandece ante nuestros ojos como una dorada y abundante gavilla.

En nuestro Monasterio se registra más de medio centenar de grandes archivadores donde se conservan los testimonios, elogios y acciones de gracias de miles de creyentes que desde su muerte no han cesado de acudir a Teresita, haciendo de ella un puente para llegar a Dios.

Nunca nadie se ha preocupado de extender la devoción popular hacia nuestra santa hermana; únicamente es obra de Dios que –a través de la misteriosa presencia de esta alma orante– derrama sobre todos los tesoros de su misericordia.

Y la voz de Nuestro Señor se hizo oír definitivamente aquel anhelado 3 de abril de 1987. La voz clara y potente del Vicario de Cristo ratificó para siempre la verdad que ya se había plasmado en los corazones chilenos: "...Dejo al querido Chile, vuestra Patria, esta primera Beata chilena, Sor Teresa de Los Andes..."

Sí, no la dejó a unos pocos, ni a nuestra Orden solamente. La dejó a Chile, nos la entregó glorificada, coronada de virtudes. De esas virtudes que tanto le costó adquirir, que, en fin, fueron un regalo de Dios y que ahora nos invita a imitar. Que no es otro el motivo de ensalzar a los santos, sino para que nos sirvan de modelos.



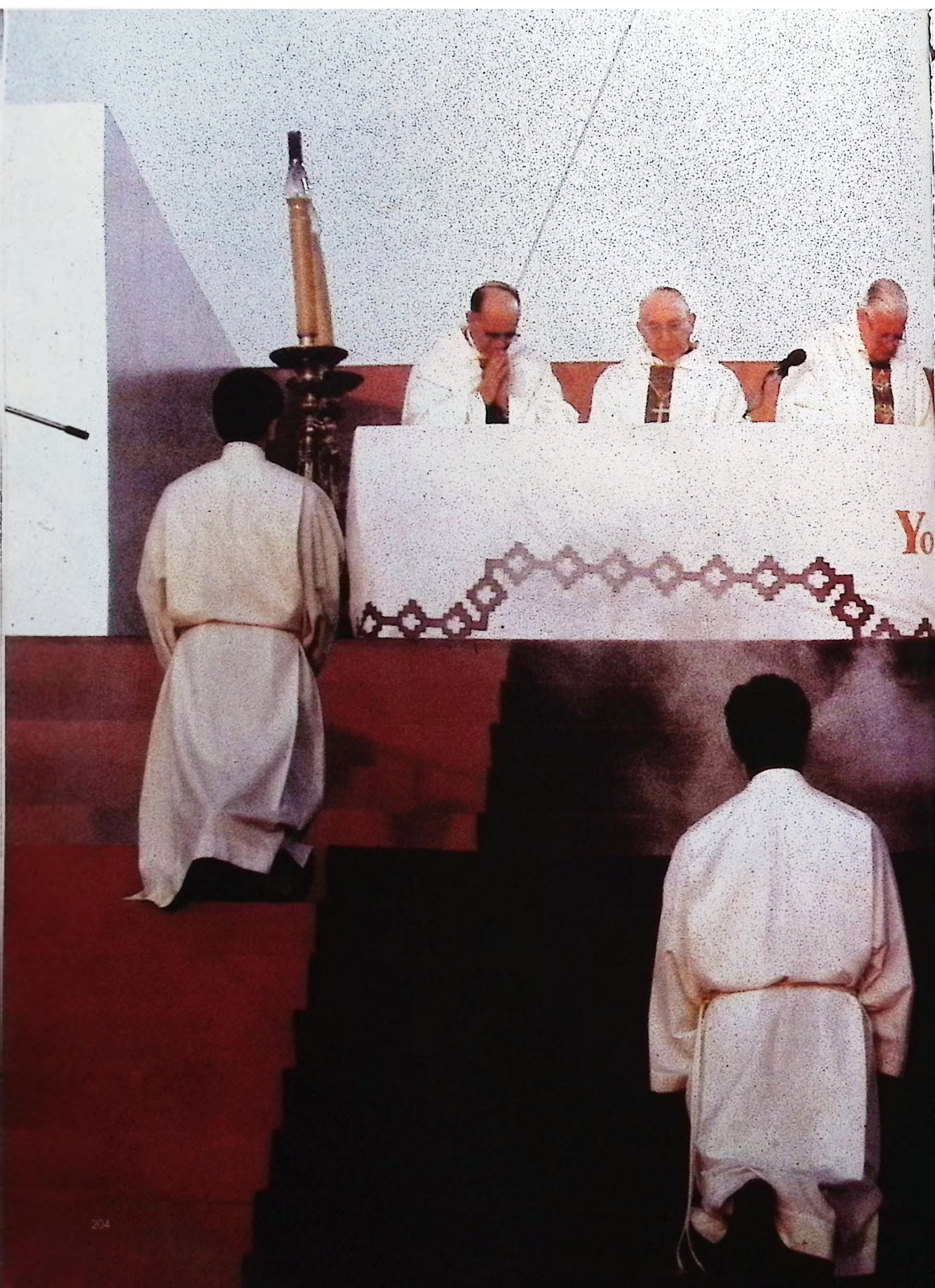
Fachada del Monasterio del Espíritu Santo de la calle Sarmiento de Los Andes; al fondo, la imagen de Teresa de Los Andes.

Esa tarde otoñal en el Parque O'Higgins nos fue dejada una herencia. La vida de Teresita resumida en cinco palabras: "EL AMOR ES MAS FUERTE". Sí, pues Juan Pablo II nos aseguró que junto con dejarnos a la primera Beata chilena nos dejaba "esta verdad del amor que siempre es más fuerte y siempre lleva a la paz".

A través de las páginas de este libro nos hemos adentrado un tanto en la vida de Teresa y hemos podido comprobar que realmente el amor es más fuerte. Sí, no son sólo palabras. Teresita fue una mujer que, como nosotros, sufrió la inclinación al pecado, la inclinación al egoísmo y a todas sus consecuencias. Pero desde niña, dándose cuenta con la luz del Espíritu de Dios, que su propia naturaleza la podría alejar de El, se empeñó con todas sus fuerzas para dejar que en ella triunfara el Amor de Dios. Hemos visto sus luchas, su abnegación a toda prueba, su constancia. Sólo el Amor puede conseguir lo que consiguió ella, el Amor sincero con que amó al Señor, a este Jesús que era el "Amigo íntimo de su alma".

"EL AMOR ES **MAS FUERTE"**

Aquél –que con generosidad se da a Dios para corresponder a su Don inestimable– hace un inmenso bien no sólo a sí mismo sino a la Iglesia y a la humanidad. Por el misterio de la comunión de los santos sabemos que los


Yo



El Papa Juan Pablo II en la beatificación de Teresa de Los Andes. Parque O'Higgins, Santiago.



El Santo Padre Juan Pablo II es saludado por el Padre Simeón Tomás Fernández, Carmelita Descalzo. Postulador de la causa de beatificación de Teresa de Los Andes.

bienes espirituales de un miembro de la Iglesia son también los bienes de ella entera. Las caídas y los triunfos de uno son las caídas y los triunfos de todos. Mientras más se acerca un alma santa a las profundidades del misterio de Dios, más cerca de El está toda la Iglesia y más fecunda es la acción de Dios en nuestros corazones.

Ante esto las fuerzas del mal se rebelan aún más y el demonio se lanza con furia tratando de rescatar para sí las voluntades de los hombres. Nuestro siglo se caracteriza, entre otras cosas, por la indiferencia y la incredulidad respecto a esta gran verdad de siempre: la existencia del demonio y su obra incesante en el mundo. Pero ahora no se puede cegar nadie ya que con la glorificación de nuestra Teresita chilena se han manifestado con toda su influencia tanto el Bien como el mal; la obra de Dios, salvífica, vivificante y la obra del enemigo, dañina y perversa.

Hablando claro: el demonio no quería la Beatificación de nuestra santa hermana. El, inteligente, astuto, sabía –y sabe– cuánto bien ha hecho y seguirá haciendo Dios a través de esta joven maravillosa. Luchó contra ella mientras vivía, pero no le pudo. Luchó contra sus amigos el día de su glorificación, pero no nos pudo. No nos pudo porque EL AMOR ES MAS FUERTE que él y que toda su obra.

De entre todas las celebraciones de la Eucaristía que Su Santidad Juan Pablo II tuvo en Chile, creemos sinceramente que la más viva y emotiva fue la realizada en el Parque O'Higgins el día 3 de abril de 1987.

Puerto Montt, tranquila y recogida; Concepción, alegre y concurrida; Valparaíso, según dicen, la mejor organizada; Antofagasta, original y vibrante por la cercanía del adiós. En cambio, la Eucaristía celebrada en Santiago fue, por permisión de Dios, la que más y mejor se asemejó a aquella celebrada por primera vez en el Cenáculo y en el Calvario, hace dos mil años.

Precisamente la que debía haber sido, según nuestro modo humano de ver, la mejor y más brillante, apareció como un desastre, una vergüenza. Sin embargo, no fue así. No fue así.

El momento de la glorificación de una esposa de Cristo no podía ser distinto de la glorificación de El. Ya lo dijo Jesús hablando de su próxima muerte: "Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre" (Jn. 12, 23). Antes de ser exaltado por la Resurrección, fue exaltado, levantado en la Cruz, objeto de odios y de blasfemias.

Signo de que mucho ama el Señor a Teresa es el hecho de haberla marcado con la cruz durante su vida y aun ahora que la sabemos ya en la presencia eterna de Dios. La fiesta de su Beatificación estuvo marcada, no por signos de muerte, sino por la muerte misma, ya que no otra cosa es la obra de los que no pueden amar.

Pero recordemos lo que sucedió aquella tarde del mes de abril. Había un clima de fiesta, alegre y sereno a pesar del calor e incomodidad que suponía estar allí esperando varias horas. Estábamos los carmelitas y las carmelitas juntos en una de las tribunas muy cerca del altar, en el lado sur del parque. Cerca ya de la llegada del Santo Padre, los cantos y el entusiasmo de esos miles de personas se vieron enturbiados por las primeras manifestaciones de violencia que decenas de muchachos habían preparado para esa tarde. Hacia el lado derecho de nuestra tribuna, una lluvia de inmensos palos hizo escapar a los periodistas que se hallaban presentes, especialmente extranjeros. La llegada del Santo Padre fue por el lado norte del parque donde no se percibía el desorden provocado por esos jóvenes. Llegó en papamóvil, saludando entre la gente, por eso demoró mucho, pero al fin lo vimos subir al altar. En ese momento una densa nube negra y rojiza se elevaba desde la parte de atrás de la inmensa asamblea. Habían hecho fuego para asustar y distraer a la gente. El Santo Padre estaba al tanto de lo que ocurría y desde la altura podía presenciar todo mejor que nadie. Sin embargo, no permitió que se suprimiera nada de la celebración.

Toda la asamblea, incluyendo a los sacerdotes concelebrantes, estaba distraída y preocupada. En el mismo momento de la Beatificación, otra lluvia, pero esta vez de piedras, y no sólo lluvia, sino que se veía a los mismos jóvenes golpear una y otra vez a los que estaban a su alcance. También por el lado derecho de nuestro lugar los que estaban allí escaparon desesperados y esta vez Carabineros tomó su parte. Sólo actuaron cuando peligraba la vida de los inocentes.

Luego de esto lanzaron bombas lacrimógenas y fue tanto el efecto y tan irresistible que nos vimos obligadas a avanzar, junto a la multitud hasta llegar al pie de la gran escalinata que conducía al altar. Esto ocurrió durante el Evangelio, que era sobre las Bienaventuranzas. Fue, en medio de tanto horror, una bonita señal, una elocuente señal.

Para nosotras, era clara la lucha entre Cristo y el demonio. La Luz, en el altar del Santo Padre, y las tinieblas más allá de la asamblea que se encon-



Beatificación de Teresa de Los Andes.

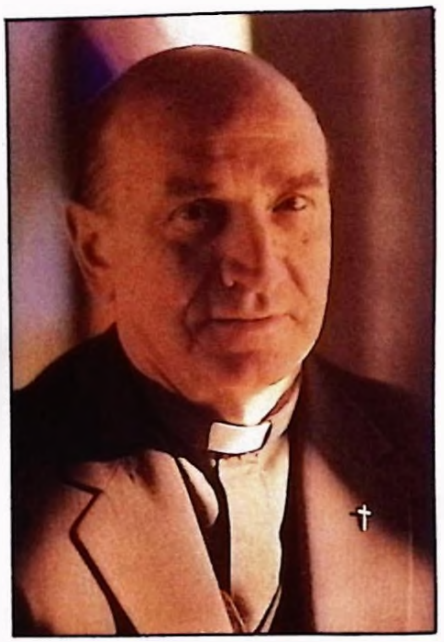
traba en medio de ese campo de batalla. Eran las dos grandes fuerzas del mundo, el bien y el mal, combatiendo entre sí. El enemigo con sus artes de muerte, Jesucristo con el ofrecimiento callado de su Humanidad sufriente, su Cuerpo y Sangre en manos del Santo Padre, y sus miembros vivos, padeciendo en sus cuerpos el efecto de aquel horror y en sus almas la tristeza de no ver aún vencidas las fuerzas del mal.

Toda la Eucaristía fue así. Al momento de comulgar los sacerdotes se dispersaron y el Santo Padre bajó hasta el medio de la gran escalinata y... qué delicadeza de Jesús para con sus hijos. Muchos que no estábamos en lista pudimos acercarnos hasta él y recibir a Jesús de sus manos. ¡Jesús nos daba con sus propias manos su Cuerpo! Esto era impagable, y para algunos fue el Domingo de Resurrección después de ese prolongado Viernes Santo. No hay alegría en la tierra que no esté mezclada de dolor.

A Juan Pablo II se le vio preocupado, pero en ningún momento se apartó de la senda de Jesús: la calma, la tolerancia, la misericordia. Al terminar la Santa Misa, felicitó a los que participamos en ella por la perseverancia y la paciencia con que soportamos todo. Sin duda esto fue para él una señal conmovedora de nuestra filial y sincera adhesión a su persona y a su incomparable misión.

¿Cómo calificar esta celebración tan singular? ¿Fracaso? ¿Desgracia? ¿Castigo de Dios? No, nada de eso. Lo que parece a los ojos humanos es generalmente lo contrario a los ojos de Dios. No podemos olvidar que los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas están mezclados sobre la tierra y que –mientras vivamos– no se manifestará plenamente el triunfo de Cristo sobre la muerte. "Nuestra vida, la que El nos ganó, está escondida con Cristo en Dios", aún está escondida y no se manifestará del todo hasta que El vuelva. Entre tanto es necesario que suframos el saldo de nuestro propio pecado, en nuestra carne y en la carne de esos hermanos nuestros, esclavos aún del demonio.

Todos hubiésemos querido que la Eucaristía de Beatificación resplandeciera con solemnidad. Pero no, ya que había de desencadenarse la furia del enemigo, quiso Dios que fuese contra nosotros, que tal vez, con el Santo Padre adelante teníamos que ser marcados con esa cruz. Pero el mal no hizo más que rebotar sobre los que estábamos allí, amantes de verdad del Señor. Ahora, de nosotros depende que el Reino de Dios siga construyéndose en la tierra hasta establecerse definitivamente.



Padre Marino Purroy Remón, Carmelita Descalzo, vicepostulador de la causa de beatificación de Teresa de Los Andes y en la actualidad vicepostulador de la causa de canonización.

LA RESPUESTA DE CHILE **AL DON DEL SEÑOR**

La glorificación de los santos es un regalo para la Iglesia. Es necesario entonces que Chile responda a este Don del Señor con una vida consecuente. Hemos sido testigos de las manifestaciones de fervor que han surgido entre los católicos de Chile, no sólo con motivo de la Beatificación de Teresita, sino también antes y después de ésta. Muchos de los lectores de estas páginas alguna vez han venido al lugar donde reposan los restos de la Beata o han expresado de alguna forma su devoción.

Aquí está lo importante, la respuesta de cada uno de nosotros a este regalo de Dios que se llama Teresa de Los Andes será una vida sinceramente cristiana, una vida que revele devoción verdadera y profunda. Devoción que traspase el límite de la expresión popular, la peregrinación, las "mandas", o las promesas de encender velas o regalar flores. Todo esto, que es consecuencia de una actitud religiosa, debe ser superado y enriquecido con una vida en la que predomine el "sentido de Dios".

Dice el Señor: "Sin Mí no podéis hacer nada" (Jn. 15, 5) Por lo tanto nuestra parte en la construcción del Reino será acudir a El para que nos ayude a "vivir la vocación a que hemos sido llamados" (Ef. 4, 1).

Y ¿cuál es esta vocación? La misma de Teresita, la que San Pablo anuncia con estas palabras: "Dios os ha llamado a participar en la vida de su Hijo Jesucristo, y ¡El es fiel!" (1 Cor. 1, 9).

"Participar en la vida de su Hijo Jesucristo", Ahí está todo, es el plan de Dios Allí se realiza su Voluntad. Allí está la fuente de nuestra alegría, allí encuentra el hombre su plenitud, su santificación... su fin. Participar en la vida de Jesús, entrar en su órbita, vibrar con sus sentimientos, sus deseos. Hacer propios todos los movimientos de su ser humano-divino. Entrar en comunión con sus padecimientos y con su Resurrección (Flp. 3, 10), perdemos en El, configurarnos con El.

Participar en la vida de Jesucristo entrando en su misterio no por nuestros propios medios sino dejando que el Espíritu Santo obre en nosotros este encuentro con el Hijo de Dios. Encuentro que toma forma en la amistad con El, amistad que no puede producir otra cosa sino una alegría intensa y perdurable. Amistad que da al alma fortaleza en la adversidad, paz en la tribulación, ánimo y consuelo en la tristeza o la angustia. Amistad que da al alma una plenitud indefinible porque ella vive ya "en su centro" que es Dios.

El participar en la Vida de Jesucristo es una experiencia que tiene horizontes infinitos. Siempre se entra más adentro, siempre se descubre algo nuevo, siempre se le vuelve a conocer. Es como en la naturaleza que nunca ofrece un amanecer igual a otro, nunca veremos un atardecer idéntico al anterior... Siempre es nuevo porque es eterno.

SANTIDAD: VIDA DIVINA Y HUMANA **EN UN SOLO ACTO DE AMOR**

A "El" estamos llamados. Hemos dicho que nuestra vocación es la misma de Teresita no porque ella haya sido llamada al Carmelo –ésa fue sólo una forma de vivir la vocación univer-

sal– sino porque tanto ella como nosotros tenemos la dicha inmensa de tener abiertas las puertas a la Vida divina.

La comunión con Dios, el participar en su Vida, es una experiencia interior que trasciende a nuestro vivir cotidiano. Esa es precisamente una de las más elocuentes características de la santidad, vivir la vida de Dios en todos nuestros actos por triviales que sean. Cuantas cosas hagamos no es lo que importa, sino que en todo sea El el móvil, el camino y la meta, pero de tal modo que nuestro vivir sea ya el vivir de Jesús.

"¿Encontrará el Padre la figura de Cristo en mí?" (D. 22). Este era un examen exigente y profundo que Juanita se hacía a sus 17 años, su ideal era El. Configurarse de tal modo con Aquél de quien estaba enamorada que todo su ser estuviese identificado con El, y así Dios Padre se complaciera en ella como en su divino Hijo.

Más aún, recordando ella lo vivido a los 14 años, cuando experimentó vivamente la llamada del Señor, puede afirmar con certeza: "...no se puede imaginar lo que Jesús hacía de mi alma. Yo, en ese tiempo, no vivía en mí" (D. 7).

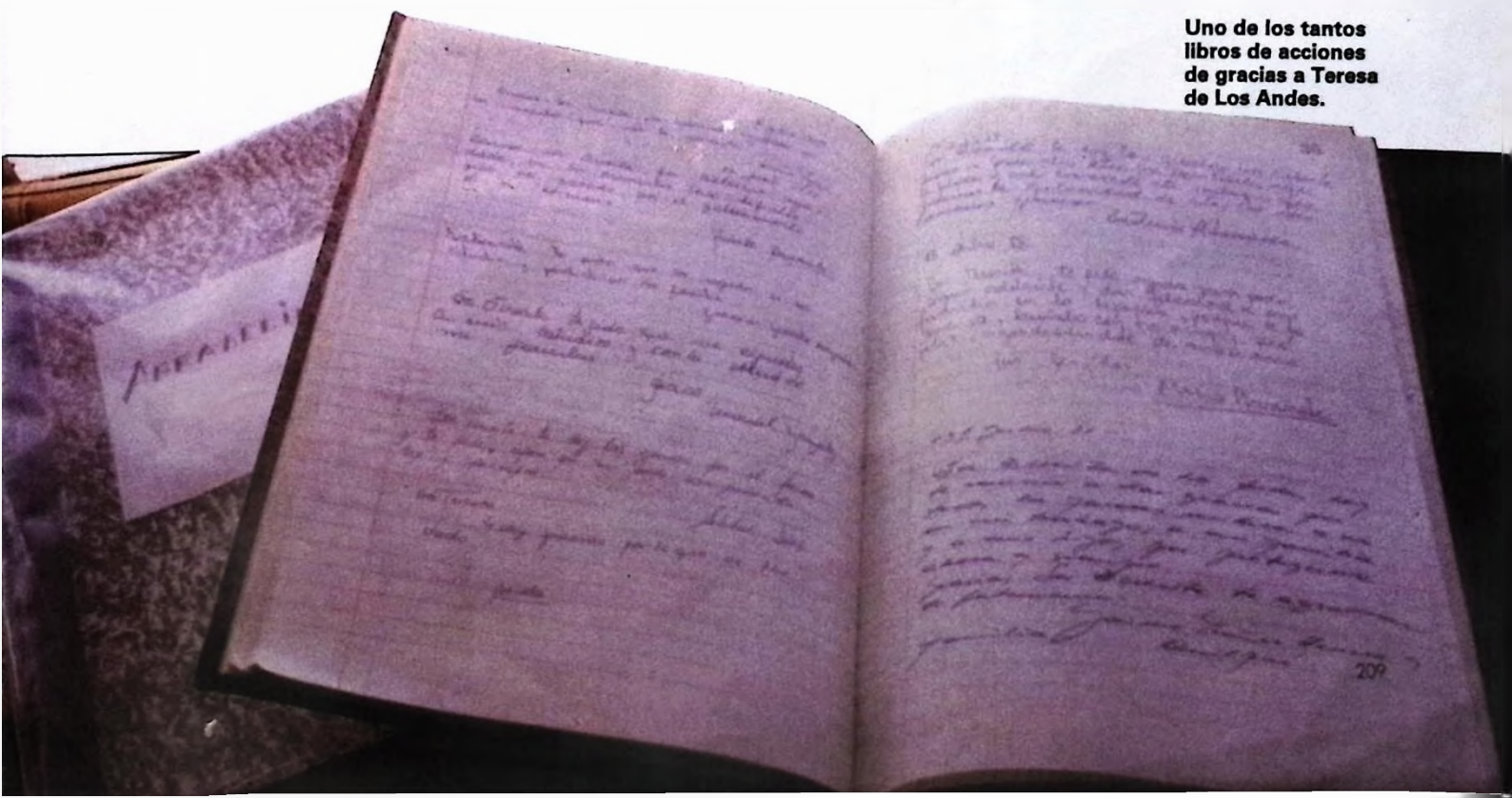
Son palabras suyas, en las que se adivina la lectura de San Pablo, con las que traduce su propia experiencia. "Es Cristo el que vive en mí" (Gal. 2, 20). De modo que el participar en la vida de Cristo no es sólo que nosotros vivamos en El sino, a la vez, que El viva en nosotros.

Cuantas veces leyó Juanita o escuchó en la Iglesia la invitación del Señor: "Permaneced en Mí y Yo permaneceré en vosotros" (Jn. 15, 4). Estas palabras hallaron cabida en ella y se enraizaron profundamente, o más bien ella se enraizó en la Palabra de Dios. Lo vemos en sus cartas, en los consejos que da a sus amigas o a su hermana Rebeca: "Vivamos con Jesús dentro de nosotras mismas... El nos dirá cosas desconocidas. Es tan dulce su arrullo de amor" (D. 16). "Vivir con Jesús en el fondo de mi alma en unidad de pensamientos, en unidad de sentimientos, de acciones; y así, al mirarme el Padre, encontrará la imagen de su Hijo. Y el Espíritu Santo, al ver residir al Padre y al Hijo, me hará su esposa y las tres Personas vendrán a morar en mí" (D. 20).

No se puede decir, al ver la vida de esta joven santiaguina, que su camino dista tanto del nuestro y que no podemos seguirla ni imitarla. Ella nos ha mostrado cómo se vive con Dios, en Dios a lo largo de una simple y a veces agotadora jornada; a través de los problemas de la vida, en los gozos y en las luchas; en el cumplimiento del deber. Ahí está Dios, basta que abramos los ojos.

El secreto de Juanita debe ser también el nuestro, descubrir al Señor dentro de nosotros mismos y pasar por el mar de esta vida apoyados y confortados con esta divina compañía. Ella recuerda, citando las palabras de Jesús: "El que cumple la voluntad de mi Padre, ese tal me ama 'y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos mansión dentro de él'. Esto te dice Jesús. Así pues, cumple con tu deber y vivirás con El allí, en tu alma, como en una celda. Y lo podrás oír y ver en todos los momentos del día" (C. 136).

Tenemos, pues, todos los momentos de esta vida para vivir el llamado de Dios, nuestra vocación a participar en su Vida. Aprovechémoslos ya que El está tan cerca de nosotros. □



Uno de los tantos libros de acciones de gracias a Teresa de Los Andes.





Santuario en construcción, cerca del actual Monasterio del Espíritu Santo. En la planta baja se encuentran los restos de Teresa de Los Andes, trasladados el 11 de diciembre de 1988.

RASGOS BIOGRAFICOS

13 de julio de 1900: Juanita nace en Santiago de Chile, en la residencia de su abuelo materno, calle Las Rosas 1352. Hija de don Miguel Fernández Jaraquemada y de doña Lucía Solar Armstrong de Fernández.

15 de julio de 1900: Es bautizada en la Parroquia de Santa Ana por el Presbítero Baldomero Grossi. Sus padrinos son don Salvador Ruiz-Tagle García Huidobro y doña Rosa Fernández de Ruiz-Tagle (hermana de don Miguel).
Hijos de los Fernández Solar: Lucía (1894), Miguel (1895), Luis (1898), Juana (1899, muere a las pocas horas de nacer), Juanita (1900), Rebeca (1902) e Ignacio (1910).
Veranean en la Hacienda Chacabuco descansando largas temporadas hasta 1917.

1906 Juanita asiste al colegio de las Teresianas en la calle Santo Domingo, sólo acude un mes. Allí aprende a leer.
Juanita desea comulgar, lo que no le permiten por su corta edad.

16 de agosto de 1906: Un terremoto destruye Valparaíso y Viña del Mar.

1907 Ingresa al colegio ubicado en la Alameda, el Externado del Sagrado Corazón.
Director espiritual: Padre Artemio Colom, jesuita.

13 de mayo de 1907: Fallece su abuelo materno.
Rematan la Hacienda Chacabuco, doña Lucía se queda con una hijuela, la de "Los Baños".
La Familia Fernández Solar se traslada a la calle Santo Domingo 1652.
Juanita promete rezar todos los días el rosario.
Hace su Primera Confesión.

22 de octubre de 1909: Recibe el Sacramento de la Confirmación.

11 de septiembrede 1910: Hace su Primera Comunión.

12 de octubre de 1910: Nace su hermano Ignacio.
Los Fernández se cambian de residencia a la calle Ejército 475.

8 de diciembre de 1911: Juanita está muy enferma.
(Durante cuatro años seguidos padecerá diversos males, siendo su peor momento el día de la Inmaculada Concepción.)

1914 Lee a Teresita del Niño Jesús ("Historia de un Alma").

Diciembre de 1914: Ataque de apendicitis.
Siente el primer llamado al Carmelo.

13 de julio de 1915: Escribe en su diario: "Condúceme por el camino de la Cruz".
A mediados de año ingresa al Internado del Sagrado Corazón de Maestranza.

8 de diciembre de 1915: Voto de castidad.

15 de abril de 1916: Manifiesta a Rebeca su vocación carmelitana.
Retiro espiritual que concluye en resoluciones personales, entre ellas: practicar el tercer grado de humildad.

3 de enero de 1917: Ofrece su vida por salvar a Lucho de sus dudas religiosas.
Comienza a leer a Santa Teresa de Jesús ("Vida").
Se propone seguir un método de vida y cobijarse con Jesús en el fondo de su alma, olvidándose de sí misma.
Nuevo director espiritual: Padre José Blanch, claretiano.
Ofrece nuevamente su vida al Señor por la conversión de algunas personas.

15 de julio de 1917: Recibe la Medalla de Hija de María (distinción máxima de su colegio).
Se remata Chacabuco.
Cambio de residencia: Vergara 92.

Julio de 1917: Lee a Sor Isabel de la Trinidad.

Agosto de 1917: Hace confesión general, le aseguran que nunca ha cometido pecado mortal.

16 de agosto de 1917: quiere "vivir adorando a Cristo como los ángeles."

Fines de agosto de 1917: Se siente enferma y agotada, pero no se deja abatir.

5 de septiembre de 1917: Escribe por primera vez a la priora de Los Andes, expresándole sus deseos de ser carmelita.
Pide fuerzas a Dios para superar las dificultades para entrar al Carmelo: salud débil, incomprensión familiar y problemas económicos para obtener la dote.

Diciembre de 1917: Obtiene numerosos premios en el colegio.

1918 Continúa su correspondencia con la priora de Los Andes.
Veranea en Algarrobo: Forma un coro para la parroquia y hace catecismo.

12 de marzo de 1918: Regresa al Internado.
Sufre de "abandono, sequedad y agonía". Su salud se debilita.

7 de junio de 1918: Le promete al Señor la renuncia completa de su voluntad.

15 de junio de 1918: Se casa su hermana Lucía.
Por su composición "Demoledores y Creadores", obtiene el primer premio en el Concurso General de la Vicaría.

12 de agosto de 1918: Abandona el Internado.
Reemplaza a su hermana Lucía como dueña de casa.

7 de septiembre de 1918: Escribe a la priora de Los Andes para que la admita en el convento.
Recibe respuesta afirmativa.
Lee "Camino de Perfección", de Santa Teresa de Jesús.
Es invitada a Cunaco, al fundo de sus primas Valdés Ossa. Colabora en las misiones.
Dudas: ¿Carmelita o religiosa del Sagrado Corazón?, varias semanas.

11 de enero de 1919: En compañía de su madre viaja a Los Andes a entrevistarse con la priora.

14 de enero al 7 de marzo de 1919: Veranea junto a su familia en el fundo San Pablo.
Consagra los hogares al Sagrado Corazón.
Es invitada por algunos días a San Enrique de Bucalemu.

25 de marzo de 1919: Solicita permiso a su padre para irse al Carmelo.

3 de abril de 1919: Nace Lucecita, su primera sobrina, hija de Lucía.

6 de abril de 1919: Su padre le concede el permiso.

7 al 15 de abril de 1919: Regresa a Cunaco donde sus primas.
Juanita se prepara para ingresar al Carmelo; pero sufre lo indecible por tener que abandonar a su familia.

7 de mayo de 1919: Ingresa al Monasterio de Los Andes. Cambia su nombre por el de Teresa de Jesús.
Sus cartas irradian felicidad; ellas arrastrarán a muchas amigas a la vida religiosa.
Su oración es de unión íntima con Dios.
Cumple la Regla con humildad y amor.
Se ofrece para realizar las labores más modestas y hasta las más desagradables.

14 de octubre de 1919: Toma el hábito de Carmelita Descalza, comenzando el noviciado.

Primeros días de marzo de 1920: Asegura al Padre Avertano que dentro de un mes morirá.

1º de abril de 1920: Jueves Santo. Pasa casi todo el día en el coro hasta la una de la madrugada del día siguiente.

2 de abril de 1920: Viernes Santo. Al alba parte al coro. A mediodía reza el Vía Crucis y participa en el ejercicio de las Tres Horas. Su maestra la sorprende con el rostro encendido por la fiebre.

3 de abril de 1920: Sufre terribles dolores.

5 de abril de 1920: Pide confesarse y comulgar.

6 de abril de 1920: Comulga nuevamente. Llega su madre.
Se le administra la extremaunción.

7 de abril de 1920: A las 0 y 30 minutos profesa como religiosa en artículo de muerte.
Diagnostican un avanzado tifus. Comulga por última vez.

12 de abril de 1920: A las 19:15 horas fallece.

14 de abril de 1920: Funerales. Es sepultada en el cementerio del convento.

23 de noviembre de 1920: Ingresa Rebeca al Convento de Los Andes.

21 de agosto de 1923: Víctima de un ataque cardíaco fallece don Miguel Fernández Jaraquemada, en Hualañe.

15 de agosto de 1925: Se traslada la Comunidad religiosa al nuevo monasterio de la calle Sarmiento, construido en los terrenos del antiguo convento.

17 de octubre de 1940: Sus restos son trasladados a un sepulcro construido bajo el coro del convento de la calle Sarmiento.

31 de diciembre de 1942: Fallece Rebeca.

20 de marzo de 1947: Se inicia el proceso diocesano en orden a su beatificación. Termina el 4 de marzo de 1971.*

16 de marzo de 1953: Fallece su hermano Miguel.

12 de abril de 1955: Muere doña Lucía (la misma fecha en que fallece Sor Teresa).

12 de agosto de 1968: Muere su hermana Lucía.

1976 La Santa Sede decide que se enriquezca el proceso diocesano mediante el proceso llamado "congnitionis".*

2 de noviembre de 1976: Muere su hermano Ignacio.

17 de noviembre de 1976: Se inicia oficialmente el proceso para complementar y enriquecer el anterior.*

18 de marzo de 1978: Sesión de clausura del proceso "congnitionis" cuyas actas se remiten a Roma.*

El Papa Pablo VI, un mes antes de morir, dispone que se abra el proceso de Sor Teresa cuanto antes.*

20 de marzo de 1981: Decreto de la Santa Sede declarando la validez de los procesos mencionados, trámite importantísimo del proceso de beatificación.*

7 de abril de 1984: Muere Luis Fernández Solar.

3 de diciembre de 1985: Los nueve teólogos consultados sobre la heroicidad de sus virtudes se pronuncian unánimemente favorables.

4 de diciembre de 1985: En un incendio en Santiago, un joven voluntario de la Sexta Compañía de Bomberos, Héctor Uribe Carrasco, cae desde una alta techumbre recibiendo una fuerte descarga eléctrica. Los médicos lo declaran "clínicamente muerto". Su madre y sus compañeros lo encomiendan a Sor Teresa de Los Andes, a los pocos minutos comienza a tener signos vitales. Todos los los antecedentes son enviados a Roma y el milagro es aprobado para conceder la beatificación de Sor Teresa el 25 de febrero de 1987.

18 de marzo de 1986: La Congregación ordinaria de Cardenales y Obispos reconoce que Teresa de Los Andes practicó en grado heroico las virtudes evangélicas.*

22 de marzo de 1986: El Papa Juan Pablo II firma el decreto de reconocimiento y aprobación de la heroicidad de sus virtudes. Desde ese momento, Teresa de Los Andes goza oficialmente del título de "Venerable".*

16 de febrero de 1987: Son exhumados los restos de Sor Teresa en el Monasterio de Los Andes ante la presencia del Obispo de San Felipe, Padre Manuel Camilo Vial R.; el Postulador de la Causa, Padre Simeón Tomás Fernández; el Vicepostulador, Padre Marino Purroy, dos médicos cirujanos, además de las carmelitas y otros miembros del Tribunal Eclesiástico. Los médicos certifican que los restos pertenecen a Sor Teresa.

1º de marzo de 1987: Se cierra el proceso de beatificación.

16 de marzo de 1987: Juan Pablo II firma en el Vaticano el decreto de beatificación.

3 de abril de 1987: El Papa Juan Pablo II procede a beatificar, en el Parque O'Higgins de Santiago de Chile, a Sor Teresa de Los Andes a las 17:10 horas.

18 de octubre de 1987: Se trasladan las Carmelitas Descalzas de Los Andes al nuevo Monasterio de Auco, llevando los restos de Teresa a la pequeña capilla, transitoriamente, mientras se construye el Santuario de Auco.

12 de abril de 1988: Conmemoración de su muerte. Fecha oficial que celebra su beatificación. El día martes de esa fecha acuden al nuevo monasterio más de cincuenta mil peregrinos a rendirle un homenaje a la primera chilena elevada a la gloria de los altares.

11 de diciembre de 1988: Se inaugura la cripta del nuevo Santuario, allí se trasladan sus restos.

Mensualmente concurren a Auco alrededor de cien mil personas a venerar a Teresa de Los Andes, Teresa de Chile.

*(*Los textos que aparecen con asterisco fueron extraídos de las obras del Padre Marino Purroy, O.C.D. y Vicepostulador de la Causa)*



AGRADECIMIENTOS

Agradecemos la valiosa y abnegada colaboración de: las Carmelitas Descalzas del Monasterio del Espíritu Santo (Auco, Rinconada de Los Andes).
Al Padre Marino Purroy O.C.D. Vicepostulador de la Causa de Beatificación.

A los únicos siete sobrinos directos de Teresa de Los Andes: Luz Huneeus Fernández de Arnolds y Laura Huneeus Fernández de González (hijas de Lucía Fernández de Huneeus).
Rebeca Fernández Pérez-Cotapos, Ignacio Fernández Pérez-Cotapos y Enrique Fernández Pérez-Cotapos.(hijos de Ignacio Fernández Solar).
Isabel Fernández Moreno de Caballero y Teresa Fernández Moreno (hijas de Miguel Fernández Solar).

A los primos hermanos de Teresa de Los Andes: María Antonieta Fernández García Huidobro.
Elisa Ruiz-Tagle Fernández de Castillo (hija de los padrinos de Teresa).
Inés Fernández Vicuña de Errázuriz.
Adela Fernández Vicuña de Ortúzar.
Rvdo. Padre Jaime Fernández García Huidobro.

A sus parientes: Paz Domínguez Barros de Huneeus (nieta de doña Juanita Solar de Domínguez).
Josefina Barros de Domínguez † (nuera de doña Juanita Solar de Domínguez).
Eduardo Castillo Errázuriz (bisnieto de los padrinos de Teresa).
Eduardo Castillo Ruiz-Tagle (nieto de los padrinos de Teresa).
Rvda. Madre Anita Rucker Solar, C.S.C. (compañera de colegio y prima tercer grado de Teresa de Los Andes).

A sus amigas y compañeras: Juanita Bruner Prieto (religiosa).
María Hurtado Valdés de Echazarreta.
Anita Sinn Montes de Covarrubias.
Marta Ríos de Griffit.

A los colaboradores: Rvda. Madre Marta Vial, C.S.C.
María Isabel Vial de Ureta.
Ximena Vaccaro Crespo.
Rvdo. Padre Arnoldo de Zepeda, C.M.F.
Marco Antonio Verdugo Guzmán.

Un agradecimiento muy especial a: las Carmelitas Descalzas del Monasterio de San José (Pedro de Valdivia, Santiago).

BIBLIOGRAFIA

Sagrada Biblia: • Versión directa de los textos primitivos por Mons. Dr. Juan Straubinger. The Catholic Press, Chicago, 1969.

Canonizationis Servae Dei Teresiae a Iesu (De Los Andes) Positio Super Virtutibus: • Roma, 1985.

Cartas y Manuscritos de Teresa de Los Andes: • Monasterio del Espíritu Santo, Auco.

Archivos y Documentos: • Monasterio del Espíritu Santo, Auco.

Un Lirio del Carmelo: • Carmelitas Descalzas del Monasterio del Espíritu Santo, Imprenta de San José, 1929.

Diario y Cartas: • de Teresa de Los Andes. Padre Marino Purroy O.C.D., segunda edición, 1983.

Historia de un Alma: • Santa Teresita del Niño Jesús. Ediciones Paulinas, 1985.

Sor Isabel de la Santísima Trinidad, su Vida y Recuerdos: • Talleres Gráficos, Buenos Aires, 1943.

Sor Isabel de la Trinidad, Pensamiento y Mensaje: • C. de Meester, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 1984.

Obras de Santa Teresa de Jesús: • edición y notas del Padre Silverio de Santa Teresa, Carmelita Descalzo, tercera edición, Burgos, 1939.

Obras de San Juan de la Cruz: • edición y notas del Padre Silverio de Santa Teresa, Carmelita Descalzo, Burgos, 1943.

Manual de Piedad, para el Uso de las Alumnas del Sagrado Corazón de Jesús: • Obra traducida del francés y aumentada por el Pbro. D.P.J.E., Barcelona, 1906.

Hijas de María del Sagrado Corazón: • Imprenta Santa Magdalena Sofía, Santiago, Chile.

Apercu Général sur la Congrégation des Enfants de Marie: • Societé du Sacre-Coeur, Rohehamtom.

Instrucción para Criar las Novicias Carmelitas Descalzas: • Madrid, 1862.

Regla, Constituciones y Ceremonial de las Primitivas Religiosas Descalzas de la Orden de la Gloriosa Virgen María del Monte Carmelo: • Santiago, Imprenta Católica de Manuel Infante, 1887.

Reverenda Madre Angélica Teresa del Santísimo Sacramento, Carmelita Descalza, 1861-1945: • Monasterio de Carmelitas Descalzas del Espíritu Santo.

Campesinas: • Miguel Fernández Solar. Poemas. Premio Municipal 1942, segunda edición, 1948.

llamando a fe
lia adelante y a
j apresar de sus e
nio consoló a Las
ria de confort
fatigando para
orios y por o
la redención de
y, arrimándose
que todos juntos
le agradecería que
ayud Jesús Libro
le dio otros tantos
a de estar.
Zebedea dígale que
e cobrible a de

